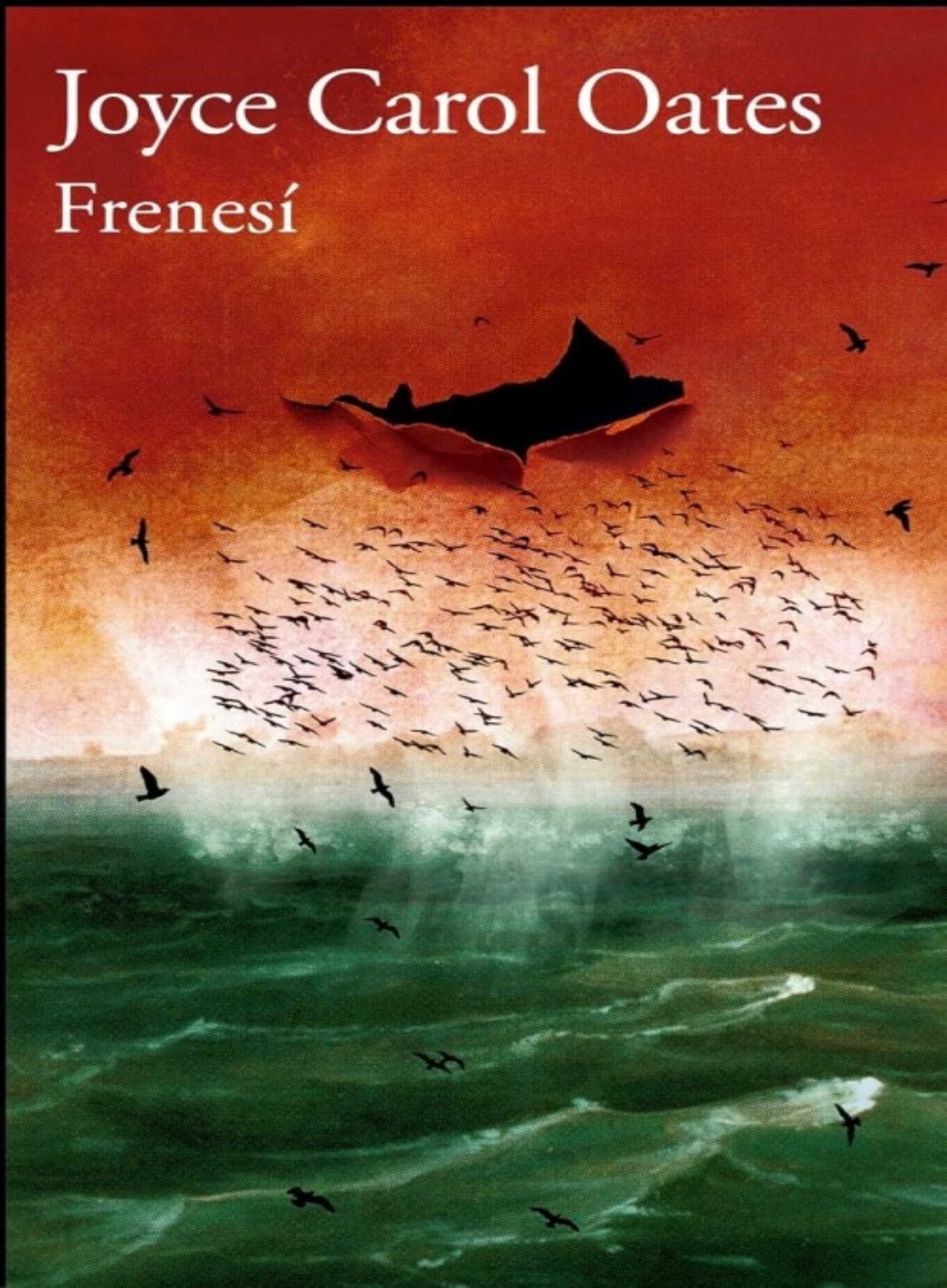
ALFAGUARA

Joyce Carol Oates

Frenesí



Narrativa Internacional

Traducción de Ismael Belda

Joyce Carol Oates

Frenesí

Traducción de Ismael Belda

ALFAGUARA

Para Warren Frazier

1

El frenesí

¿El acto irrevocable, imperdonable, ha quedado atrás o está adelante?

A primera hora de la tarde, conduce hacia el sur por la Ocean Highway con la chica a su lado. Dejan atrás Point Pleasant (New Jersey). Dejan atrás las salidas a Toms River. Hoy hay algo azaroso en su forma de conducir, lo cual es raro en él.

El viento del Atlántico zarandea el Subaru Forester y él siente un estremecimiento de, ¿de qué?, un tirón, como un tirón de otras voluntades, manos invisibles en el volante que es *su* volante, por lo que su reacción es corregir en contra de la intromisión al igual que al despertarse por la mañana en la oscuridad previa al alba, aturdido y exhausto por sus sueños, corrige la fuerza de atracción del deseo de dormir.

Y, aun así, se siente temerario. *Joven*.

—¿Pasa algo? —pregunta la chica bruscamente.

Qué típico de esta chica —(para él es *esta chica*, aunque tiene nombre)— captar el matiz de un instante, de apenas un instante en el que él (casi) ha perdido el control del coche.

Afablemente le dice que no, que no pasa nada. Es solo *el viento*.

La pregunta lo irrita, es una de las preguntas impertinentes e infantiles de la chica. Aunque por supuesto no mostrará su irritación, su actitud hacia ella es más bien divertida, conciliadora.

Antes, al salir de la Garden State Parkway para entrar en la Ocean Highway, ella ha pedido si podían estar un rato *sin hablar, por favor*..., las vistas eran tan especiales que no quería distraerse.

Las vistas de la costa de verdad sí que son especiales. El Atlántico invernal agitándose, espumeando, centelleando como una piel gigantesca que se sacude, y grandes nubes como galeones pasando en lo alto, desgarradas y hechas jirones por el viento.

Aun así se siente rechazado. Reprendido. *Por favor no estropees el momento hablando*.

Quiere protestar: es *ella* quien ha puesto esto en marcha, no él. Al llamarlo la noche anterior, una llamada clandestina a las doce y veinte, cuando sabía que él estaría despierto y su mujer estaría dormida pues esa información íntima la ha compartido con *la chica* para hacerle saber lo admirablemente diferente que es ella de *la mujer*.

En el momento de la llamada él estaba (de hecho) tumbado en la cama. Junto a su (dormida, inconsciente) mujer. Tumbado en la cama y pensando en ella, en *la chica*, la *amante adolescente*, en lo que haría con esa chica o le haría a esa chica si estuvieran solos en territorio neutral, en un lugar impersonal e innominado, un sitio de total privacidad, una habitación de techos altos en un hotel de lujo sin ventanas e incluso sin puerta; una especie de lugar flotante, un espacio mar adentro, *insonorizado*.

Atravesar descalzo y con paso seguro la conocida oscuridad del dormitorio hasta una habitación adyacente donde su teléfono móvil se estaba cargando como un corazón separado de su cuerpo.

¿Temblaba su mano?..., no, su mano *no temblaba*.

En el dormitorio, su mujer dormía sin saber.

En sus habitaciones, sus hijas adolescentes dormían sin saber.

Esa vertiginosa sensación de ebriedad al ceder, al hundirse, como si no tuviera huesos ni voluntad propia, a la que se estaba haciendo adicto.

Y ahora, al día siguiente, a la tarde siguiente conduciendo en dirección sur por la Ocean Highway a lo largo de la costa de New Jersey con *la chica* junto a él. Emocionado, exultante. Es como un milagro. Nunca lo habría anticipado pues cada vez que se han dicho adiós le ha parecido la última vez, la (sensata) (última) vez.

Pero no, mira por dónde. Porque aquí está él, y Brianna está a su lado. En ese tenso período antes de Navidad cuando su vida está a punto de romperse en pedazos y reorganizarse.

En su estado de euforia conduce por la derecha justo por encima del límite de velocidad, dejando que lo adelanten. Enormes camiones, impacientes todocaminos. No hace falta conducir con prisas, llegarán a Cape May bastante antes del atardecer.

Él, a menudo tan impaciente en la autopista de peaje de New Jersey. Ahora ninguna impaciencia.

Como si, con la chica a su lado, tuviera todo lo que necesita. Siempre y cuando estén ellos solos y la chica se encuentre bajo su custodia, por así decirlo. En *su* vehículo.

Cruzando franjas de cegadora luz solar interrumpidas por fugaces sombras de nubarrones.

Brianna lleva un rato inclinada hacia delante en el asiento del copiloto, haciendo fotos con su iPhone. Maravillada por las vistas. Las grandes rocas diseminadas por la costa, las olas oceánicas abofeteadas por el viento. La luz temblorosa y ondulante hasta el horizonte disuelta en neblina. A Cassidy no le parecen unas vistas

extraordinarias del océano, pero sí que es el océano Atlántico, un agradable cambio frente a la atronadora autopista de New Jersey y a las pequeñas ciudades de abrumadora banalidad, los suburbios diseminados a uno y otro lado.

La concentración de Brianna parece genuina, espontánea. Cassidy envidia este entusiasmo infantil, tan diferente del humor habitual de la chica, malhumorado y arisco.

¡*Amante adolescente! Qué esperabas*.

En realidad, Brianna tiene (casi) veinte años.

Su cumpleaños es el mes que viene, en enero. Signo del zodíaco: capricornio (según le ha dicho a Cassidy).

¿Debería importar un año más o menos? Si su mujer descubriera su aventura (o cuando la descubra), si él decidiera confesárselo (o cuando lo confiese), una aventura con una *veinteañera* parecería ligeramente menos censurable que una aventura con una *adolescente*.

De hecho, una *adolescente* conocida de la familia, hija de unos amigos de Fair Hills.

Cassidy hace una mueca de dolor al pensar en ello. Siente como si tuviera una espina o un abrojo en la garganta, no está seguro de si tiene ganas de toser o de reírse.

¿Qué demonios estás haciendo, cabronazo? ¿Por qué te sientes tan bien?

Olas centelleando hasta el horizonte, de color peltre, hipnóticas. Cassidy se acuerda de una vez que compró un pasaje para un barco fletado en Provincetown que llevaba pasajeros mar adentro en una excursión de cinco horas. ¿A veinticuatro kilómetros de la costa? ¿A veinticuatro *nudos*?

Alta mar, cielo inmenso, balanceo del barco, sin tierra a la vista. Leve sensación de pánico.

Al cabo de tres horas, el guía llamó a los pasajeros para que acudieran deprisa a la borda: el Provincetown Princess estaba pasando a través de una *ruta de plancton*, una franja de mar inabarcable a la vista en la que los peces se estaban alimentando, miles de peces, millones de peces, cuerpos plateados retorciéndose en el agua oscura, devorando de manera salvaje, en una actividad frenética que Cassidy jamás había visto, que lo dejó horrorizado, conmocionado.

El guía explicó a los observadores que aquella concentración de plancton había atraído a bancos de pequeños peces a la zona; la concentración de peces pequeños había atraído a peces más grandes que devoraban a los peces pequeños, y estos depredadores atraían a depredadores más grandes que los devoraban a su vez. La expresión popular era *frenesí alimentario*.

Cassidy, junto con otros pasajeros, observaba paralizado por el horror, asqueado, pero incapaz de apartar la vista.

Sintiendo las primeras punzadas de la náusea. Leves al principio, después no tanto.

Ante él se extendía una región de insondable apetito: espumeante, revuelta, fulgurante de azogue por los cuerpos anguiliformes de los peces, un debatirse de mera energía pura e ilimitada hasta el infinito. Vida devorando vida. Seres vivos devorándose a sí mismos. El guía seguía con su cháchara, recitando palabras ensayadas. ¿*Hay tiburones*?, preguntaban los niños. Los pasajeros abarrotaban la borda y hacían fotos. Ya que siempre tiene

que cumplirse la *toma de fotografías* para convertir cualquier escena brutal en algo estético, entretenido.

A Cassidy lo invadió un repentino asco del mar, de su mera visión, de su olor. Si había belleza en el mar, era solo cuestión de lejanía, de luces encantadas titilando en aguas turbulentas y agitadas, sin ver el *frenesí alimentario* bajo la superficie.

¿*Acaso no es toda belleza cuestión de lejanía*, pensó Cassidy? Negarse en redondo a ver lo que hay bajo la superficie.

También el incesante balanceo y cabeceo del barco le había dado náuseas. Arrítmico, asimétrico, imparable. Que aquella agitación fuera *imparable* y que él se hubiese condenado, de manera voluntaria, a cinco horas de aquel sufrimiento hacía que se sintiera más asqueado aún.

Poco después Cassidy logró alejarse de la borda. Vomitó en un servicio sin ventanas bajo la cubierta.

Echa el bofe. Tira de la cadena.

Estaba solo en aquel barco fletado, aún no se había casado. Con Charlotte, con quien se casaría dos años más tarde. Ninguna mujer a su lado para ponerle una mano en el brazo, para consolarlo y distraerlo.

Estoy aquí, no te abandonaré cuando me necesites, ¡pero sí, por supuesto!: tú sí puedes abandonarme a mí.

Cassidy siente el impulso de hablarle a la chica que tiene a su lado del horror del *frenesí alimentario*; le gusta contarle incidentes de su pasado, narraciones que ha ido embelleciendo con el paso de los años, nuevas para ella y que, si son nuevas para ella, son nuevas también para Cassidy.

Sin embargo, ella le ha rogado: *Por favor, vamos a estar un rato sin hablar, ¿vale*?

Además, aquel *frenesí alimentario* ocurrió hace mucho tiempo, antes incluso de que naciese Brianna. Podría ser embarazoso mencionarlo.

Siguiente salida, Barnegat Light. Cassidy siente una punzada de nostalgia. No hay niños en este vehículo, ni planes de salir de él, de subir las escaleras serpenteantes hasta lo alto del viejo faro, de otear el mar con los prismáticos instalados allí. Gaviotas y charranes sobrevolando el balcón del faro como esperando que los alimentasen.

Si esta fuera una de las excursiones en familia de hace años, aunque por supuesto *no lo es*.

¿Echa de menos Cassidy ser papá? ¿El papá de unas niñas? El supervisor de tantas emociones, un titiritero cuyos brazos pueden llegar a cansarse.

Cassidy espera en parte que Brianna proponga tomar la salida del faro: es el tipo de atracción turística que podría gustarle, una ocasión para el entusiasmo adolescente; magníficas vistas del océano desde lo alto del faro, fotos que sacar con su iPhone. Pero, para sorpresa de Cassidy, Brianna ya no está absorta en el paisaje, sino que mira fijamente el teléfono que tiene en la mano y le vuelve la espalda como haría una niña para ocultar la pequeña pantalla al escrutinio de un adulto.

Revisando correos electrónicos. O Instagram, TikTok.

—¿Has sacado fotos bonitas? —pregunta con tono inocente sin poderse resistir.

—¡S-sí! Sí. La verdad es que sí.

Sonríe a Cassidy de lado, rápido fogonazo de ojos muy oscuros, casi tímidos.

Azogue como raudos peces, removiéndose fulgurantes en aguas agitadas.

—Genial. Luego me las enseñas.

Él había apagado su teléfono esa mañana antes de Varick Street. Quería estar *desconectado* durante las próximas cuarenta y ocho horas.

Cruel referirse a Brianna Rinzler como la *amante adolescente* de Cassidy, pues Brianna tiene (casi) veinte años y es madura para su edad; y es la *amante* de Cassidy solo de manera intermitente y poco fiable.

Además, *amante* es una palabra cómica. Obsoleta, anticuada.

Diez días antes de Navidad suena como un ultimátum. No está seguro de por qué.

Cada vez que están juntos —han sido cinco, seis veces..., ¿siete? — es como una prueba que no llega a resolverse. Aquello que debe demostrarse aún no se ha demostrado.

Todavía no está desesperado. No quiere presionar a la chica. Ha alquilado el apartamento con vistas al East River, pero ella ya lo sabía hacía por lo menos una semana, no hay que insistir sobre el asunto. Sabe por experiencia que eso es exactamente lo que no hay que hacer con ellas: *insistir sobre un asunto*, *presionar*.

Sus propias hijas. Las hijas de otros hombres.

No está seguro de dónde terminarán hoy. A Brianna no le gusta hacer planes, evita lo *premeditado*. Planear tener sexo, por ejemplo:

asqueroso. Planear una salida juntos, escaparse en un día entre semana: espontáneo, descarado..., *guay*.

Vástago de la clase media alta privilegiada de las afueras, como el propio Cassidy, acostumbrada a que otros se ocupen de todo, a que la protejan. A que estén pendientes de ella como lo estarían de una persona ciega que cruza audazmente la calle tanteando con su bastón. Cassidy, por cautela marital/paternal, ha hecho una reserva en el albergue con mejores valoraciones de Cape May, por si acaso.

Dejan atrás las salidas de Ocean City y Sea Island City, el puente de peaje de la ensenada de Corson, la playa de Seven Mile. Marismas costeras, aves limícolas. Migración de parúlidos en primavera y otoño, migración de mariposas emperador en otoño... Hace años que Cassidy no llega tan al sur de New Jersey, años que no hace senderismo por la costa del Parque Estatal de Cape May Point.

Asombra pensar que ha recogido a Brianna a última hora de la mañana en un *loft* de Varick Street donde (según dice) pasa una temporada con unos amigos tras marcharse de casa de sus padres en Fair Hills (New Jersey). Paró en la esquina, ella corrió hacia él, hacia su vehículo, el pelo con mechas rubias sin peinar, la cremallera de la chaqueta abierta, echó en el asiento de atrás su mochila rosa fluorescente (espantosa: Cassidy hace una mueca al verla) y se subió al Subaru casi cayéndose junto a él, volviendo hacia él su rostro deslumbrante de belleza, de confianza, confianza *en él*. Volviendo hacia él su rostro para que la besase, confiada mientras él la besaba, y la besó muy fuerte, hasta que ella rio en señal de leve protesta.

—Oye. Te he echado de menos.

—Y yo te he echado de menos *a ti*.

No estaba enfadado con ella entonces, no está enfadado con ella ahora.

Eso es lo sorprendente cada vez: cómo las perdonas.

Le gustó, le gustó aquella intimidad, el aliento de la chica que olía a sueño, levemente mal, sin tiempo para enjuague bucal o pasta de dientes por la prisa de verlo.

A donde sea..., ¡fuera de la ciudad! ¿Cape May? ¿La costa de New Jersey?

Pues sí, es invierno, ¿a quién diablos le importa?

Siempre se sobresalta al ver las mechas rubias de la chica, es inútil darle vueltas a la desconfianza que siente hacia ella. Pues el hecho fatal es que está loco por ella.

Tiene que aceptarlo. Aceptar la ofuscación que existe entre ellos, por parte de Brianna. Tinta de calamar liberada en el agua para cegar y confundir a los depredadores.

Salida final: Cape May. Uno de los primeros hoteles frente a los que pasan en Beach Avenue es el Cape May Heritage House, en el que Cassidy ha hecho una reserva. Le dice a Brianna que le gustaría tomar habitación en un hotel ahora, que ese hotel es al parecer el mejor de Cape May, que ella puede esperar en el Subaru mientras él entra un momento, tardará cinco minutos; pero Brianna está impaciente por llegar cuanto antes al mar, a la playa. Le importa un pimiento dónde se vayan a alojar, dice. Son las tres y veinte de la tarde, el sol se pondrá dentro de una hora y ella quiere salir del maldito coche y *caminar*, *correr*.

Su piel cobra una palidez luminosa por la indignación. Sus ojos oscuros como la tinta son todo pupila. Es inútil discutir con Brianna

cuando se pone así, Cassidy no se atreve a tocarla como le gustaría: agarrarla de los hombros y sacudirla bien fuerte, borrarle esa expresión petulante de la cara.

Con su tono más razonable, le dice que ya tendrán tiempo de recorrer la playa por la mañana, ¿no? Todo el día de mañana.

¿Todo el día de *mañana*? Brianna mira a Cassidy como una niña miraría a un adulto que sugiriese algo tan ridículo, tan estúpido y ofensivo, que no encontrase palabras para oponerse y se quedara muda, paralizada, con la boca temblorosa.

Brianna se sube la cremallera de su abultada chaqueta acolchada, se cala sobre la frente un gorro de angora carmesí. Patea el suelo del coche con sus botas italianas de cuero, como un caballito listo para galopar.

Le dice a Cassidy que por favor la deje salir si él no quiere caminar. Puede ir a tomar habitación en el hotel solo y ella se reunirá con él más tarde.

Por Dios, *no*.

Cassidy siente pánico. ¿Qué demonios se cree Brianna? ¿Que se va a ir a correr por la playa sin él? ¿Conduce hasta aquí, hasta el puto Cape May en diciembre, y ella sugiere salir del vehículo *sin él*?

Es asombroso darse cuenta de que es solo una cría. Es de verdad una adolescente. Impulsiva, no piensa en lo que pasará después, no piensa en nadie excepto en sí misma. *Dios*.

Casi todo el viaje en silencio, como si se hubiera olvidado de la existencia de Cassidy, por completo inmersa en su maldito teléfono (Cassidy sospecha que, de forma constante, compulsiva, intercambia mensajes con personas desconocidas para él), y ahora lo sorprende

con esta súbita animación, como si alguien hubiera pulsado un interruptor.

Cassidy ha estado conduciendo sin rumbo fijo por el centro histórico de Cape May, que se encuentra casi desierto. Haciendo desesperados intentos por despertar el interés de la *amante adolescente* por la solemne arquitectura victoriana. Hoteles, albergues, pintorescos *bed-and-breakfasts* con encanto. Albergue Old Washington, hotel Chalfonte. Iglesia Católica Estrella del Mar. Antiguo casino reconvertido en salón de videojuegos. En la década de 1890, Cape May fue un tiempo un afamado lugar de moda: carreras de caballos, yates, juego. Una versión elegante de Atlantic City.

Brianna, intrigada, vuelve a hacer fotos a través de la ventanilla.

Cassidy comenta que este lugar no solo está *fuera de temporada*, sino también *fuera de siglo*.

Como una *alteración del espaciotiempo*, dice Brianna. ¡Le encantan estas localidades de otra época!

Se ve poca gente en el centro histórico, poco tráfico. No todas las tiendas y boutiques se encuentran abiertas. Es obvio que algunos hoteles están cerrados no solo por temporada, sino de forma permanente. Contra la pared de estuco llena de humedades del antiguo y majestuoso hotel Atlantic, sombrillas de cafetería plegadas, como cadáveres en pie.

Restaurantes con las luces apagadas, una taberna con un letrero de neón donde dice, inútilmente, Molson's. Bajo la pasarela de tablones del paseo, aceras en mal estado cubiertas de arena.

Es un disparate haber venido aquí, piensa Cassidy.

Por encima del mar, una palidez ártica vela el cielo. Batallones de nubes inmensas, cargadas de nieve, están a punto de asfixiar la luz. Lo que menos quiere hacer Cassidy es dar un paseo por la orilla del mar, se muere por tomarse una copa en un bar acogedor, pero es un consuelo haber despertado alguna emoción en Brianna, algún *sentimiento*.

Adolescentes: se aburren fácilmente. Como es bien sabido.

—Venga, *vamos* —dice Brianna, dándole con el codo, juguetona de pronto, perdonándolo—. *Horas* atrapados en este coche. ¡Dios!

Brianna se ha llenado de un entusiasmo infantil. Su boca, antes enfurruñada, está de nuevo llena de belleza, sonriente. Los ojos brillantes. Es toda codos, rodillas, piernas desperezándose. Cassidy se acuerda de sus hijas y su hijo cuando eran pequeños, súbita energía explosiva. Cuando todavía adoraban a su papá, cuando nunca habían dudado o desconfiado de su papá.

Antes de que Cassidy termine de aparcar junto a una de las aceras cubiertas de arena, Brianna sale a toda prisa del Subaru. Enrollándose una larga bufanda carmesí al cuello. Poniéndose unas manoplas. Con sus botas de cuero hasta las rodillas parece un potro saltarín deseoso de correr a lo loco por la playa mientras papá-Cassidy se queda atrás cerrando el aburrido vehículo.

La castigará, piensa Cassidy con calma. Esa será su recompensa personal una vez estén solos en la habitación que ha reservado en el Cape May Heritage House.

Ríe y saluda con el brazo a la patilarga chica con el gorro carmesí, corre para alcanzarla.

¡*Enamorado! Así es como nos comportamos cuando estamos enamorados*.

Un paseo por la orilla del mar. El viento es más frío de lo que Cassidy había previsto, cortante como una navaja, hace que le lloren los ojos. Junto a él, la chica lanza emocionadas exclamaciones sobre la belleza del mar, sobre la playa «virgen», sobre esos pajaritos tan graciosos —¿*correlimos*?— que picotean la arena endurecida. Agarra la enguantada mano de Cassidy con su mano enmanoplada y lo arrastra con ella, agitando los brazos, forzando en él una actitud bufonesca, cosa que Charlotte no habría hecho jamás, ni siquiera en su juventud.

... insensatamente enamorado, loco de amor. Miradnos.

La playa y el entablado paseo marítimo están desiertos, aparte de un señor mayor que pasea con su perro a lo lejos, ambos dando pasitos delicados. Nadie observa a los amantes, nadie envidia a este hombre de mediana edad que, en diciembre, da un paseo romántico (aunque con viento) por la playa de Cape May con una chica mucho más joven.

Un *disparate*, piensa Cassidy, casi sin aliento, aferrando con fuerza la mano enmanoplada..., *el destino*.

Se muere por preguntarle a Brianna por qué ha pasado cinco días sin contestar a sus llamadas. Por qué evita reconocer que, ahora que él ha adquirido un apartamento en Manhattan, ya no hay ninguna razón para que siga quedándose en el frío *loft* de unos amigos cuando podría mudarse con él.

Pero Cassidy lo sabe: al menor sonido de reproche, a la primera exigencia, Brianna saldrá pitando. Al menor atisbo de *papá severo*. No puede correr ese riesgo.

En sus momentos más íntimos Cassidy siente la tensión en el esbelto cuerpo de la chica, sus nervios tirantes como cables. Brianna parece oscilar entre dos estados de ánimo: intenso entusiasmo, intensa repugnancia. Según la imagina Cassidy (admirado, sobrecogido), Brianna piensa con todo el cuerpo alerta, finamente tembloroso. Su piel siempre un poco febril, unos grados por encima de lo normal, a diferencia de la suya propia, que a él mismo le parece tibia, tan solo medio viva. O quizá sea el efecto de las pastillas, esas pequeñas pastillas blancas que Brianna lleva sueltas en los bolsillos, anfetaminas, opioides, antidepresivos, que intercambia y troca entre sus amigos con la misma tranquilidad que los niños de otra época compartían chicles de hierbabuena.

Brianna le ha soltado la mano, se ha separado de él. Se ha acercado tanto a la espuma burbujeante que sus vaqueros pitillo están salpicados de humedad.

Aunque se siente incómodo, a Cassidy le gusta que Brianna Rinzler lo haya llevado a un lugar, a un lugar específico, al que jamás habría ido de no ser por un capricho de ella. Le gusta estar haciendo algo contrario a su carácter, algo que dejaría asombrados a su mujer, a sus hijos, a sus amigos, a sus socios de la empresa si pudieran saberlo.

Asombrados, horrorizados. Darse cuenta de que no lo conocían.

Además, a Cassidy le gusta que Brianna sea casi tan alta como él cuando se pone las botas italianas que él le ha comprado. En calcetines, o descalza, es mucho más baja.

Cuando están sentados, o cuando están acostados juntos y la chica está desnuda, su piel tan suave como un molusco sin su caparazón, Cassidy se alza imponente sobre ella.

Cassidy agacha la cabeza contra el viento y la helada espuma marina. Se apresura para seguirle el paso.

¡Trotando por la playa de Cape May en diciembre! Cuarenta y seis años. En compañía de su *amante adolescente*. Con una chaqueta de ante revestida de forro polar L. L. Bean y unos pantalones de pana. Su vanidad masculina es tal que lleva la cabeza al descubierto. Helándose pero sin emitir una queja. Sin aliento pero tonificado. Su pulso resuena con una excitación animal imposible de distinguir del terror, del pánico: una inundación de adrenalina, como si su vida estuviera en peligro.

Brianna se pondría furiosa si supiera que, en su mente, aun medio en broma, ella es su *amante adolescente*. Frase de sexista gilipollas, algo asqueroso, estúpido. Le daría una bofetada. Le pegaría con los puños. Le diría: *Vete a la mierda, vete al infierno*.

Aun así, Brianna a veces hace bromas incómodas sobre los años que se llevan. Aunque fue ella quien lo buscó a él. Eso hay que reconocerlo.

Cassidy alcanza a Brianna, le pasa un brazo por los hombros para refrenarla. ¡Su caballito saltarín! La besa en la boca pero con un movimiento torpe, patoso; los dientes de ambos se entrechocan, Brianna pone una mueca. Sus labios están deliciosamente fríos, gélidos, son un placentero sobresalto contra la piel de Cassidy.

—Oye..., te quiero —dice mientras ella se da la vuelta—, pero eso ya lo sabes.

Las olas hacen demasiado ruido, Brianna no parece haberlo oído.

La última vez que estuvieron juntos, ella le pidió que no hablara *de esa manera*. Él insinuó que Brianna debería mudarse con él ahora

que había adquirido un apartamento en un piso quince con unas vistas «fantásticas» sobre el East River: *Por favor, no*.

Aun así, Cassidy no se desanima. Sigue a Brianna. Se pone al lado de Brianna. Acabará por derrotar por agotamiento a esta chica impetuosa, de eso está seguro.

En ese momento se aparta el banco de nubes, y el pálido sol deslumbra, se rompe en las olas, misteriosamente hermoso, cegador.

Lo que me da miedo es cómo desaparece la gente.

Por lo visto, hay amigos de Brianna que han *desaparecido*.

Un chico llamado Colin, compañero suyo del instituto en Fair Hills, se fue a hacer senderismo a los montes Santa Cruz seis semanas después de empezar a estudiar en Stanford y nunca regresó. Sus padres tomaron un vuelo a Palo Alto, se quedaron allí meses mientras la policía lo buscaba, había carteles por todas partes, equipos de búsqueda..., pero sencillamente había *desaparecido*. Y una chica que se alojaba en la residencia de Brianna en Bard *desapareció* en Nueva York, o al menos cogió el tren a la ciudad, con un propósito desconocido para sus compañeras de residencia, y nunca regresó.

Un pariente de la propia Brianna, cuando esta era una niña. Un primo de su madre, que se decía que *desapareció* en Tánger.

¡Qué seria se pone Brianna mientras se aprieta contra los brazos de Cassidy! Tan fascinado está por ella que a menudo apenas oye lo que dice.

Haciéndole confidencias a Cassidy en lo profundo de la noche, hablando en susurros con su fina voz en brazos de Cassidy: también estaba aquel chico al que conocía, de hecho ella pasó una temporada en su casa a principios del semestre tras dejar las clases en Bard y venir a Nueva York, donde (según supo) él vendía drogas, sobre todo hierba pero también coca cuando podía conseguirla; había estudiado en Bard y después se había cambiado a NYU, pero también había dejado las clases en NYU (algo que Brianna no sabía exactamente hasta entonces) y estaba viviendo en la Avenida A. El chico (era obvio) se había hecho algunos enemigos, lo cual había sido un grave error: entraron a la fuerza en su apartamento un día que no había nadie y lo destrozaron todo, y la vez siguiente (esto fue después de que Brianna se marchase de allí a Varick Street, porque aquel ambiente era demasiado para ella) lo mataron. Sencillamente... lo mataron.

Lo mataron a puñaladas, unas treinta y siete heridas de cuchillo. Torso, cuello. Entrepierna.

El cuerpo estuvo tres días en el apartamento, y finalmente alguien llamó a la policía solo porque un vecino notó el olor. *Fue, en plan, asesinato... de verdad. Como los que salen en la tele*.

Brianna hablaba con voz lenta y fascinada, como si dudase de la autenticidad o incluso de la verosimilitud de lo que ella misma estaba diciendo y presentándole a Cassidy como adulta con capacidad para interpretar.

Lo que no podía perdonar era lo que ella misma había hecho, dijo, abandonar a su amigo, al que había sido su mejor amigo, sin decirle nada, sin dejar una nota, sin un mensaje de texto, sin una explicación, sencillamente *había huido*.

Temblando en brazos de Cassidy, las mejillas mojadas de lágrimas, desnuda, vulnerable, él la besó y le aseguró que no había tenido otra opción, que tenía que salvar su propia vida, que había hecho lo correcto al irse, que si no la habrían matado a ella también. Consolándola, meciéndola como a una niña pequeña para que se durmiera.

La hora más feliz de la vida adulta de Cassidy.

¿Cuándo se enamoró de la hija de sus amigos? Ese es el secreto de Cassidy, demasiado precioso para compartirlo con nadie excepto con Brianna, a la cual le da vergüenza que se lo cuente.

Cuatro años antes, en un concierto de Navidad en el colegio de Fair Hills al que Cassidy asistió con su mujer, de hecho al que asistieron junto a los Rinzler. Las hijas de ambos estaban en el coro.

¿Recordaba ella aquella pieza de Palestrina que cantaron?, le ha preguntado Cassidy a Brianna. El *Exultate Deo*. ¿Recordaba ella el *Salmo* de Vivaldi?

Brianna frunció el ceño haciendo memoria. Tratando de hacer memoria.

Hacía tanto tiempo... Ella tenía, en plan, *dieciséis años*.

Quizá no había sido exactamente *enamorarse*. Pero desde luego tuvo la sensación de quedar cautivado.

Lenta procesión portando velas por el pasillo central del auditorio hasta el escenario, y Cassidy se encontró mirando fijamente a una chica a la que al principio no reconoció del todo como Brianna Rinzler, un rostro de una belleza desgarradora, por completo encantador, imposible apartar la mirada incluso tras darse cuenta,

demasiado tarde, de quién era la chica. Una sensación de opresión en el pecho, una oleada de vértigo, como no recordaba haber tenido nunca.

La procesión con velas era uno de los actos del concierto anual de invierno. Durante semanas, Veronica y sus amigas habían discutido acaloradamente sobre lo que iban a ponerse. De dos en dos, los miembros del coro fueron entrando en fila por la parte de atrás del auditorio hasta el escenario, las chicas con blusa blanca de seda de cuello alto y falda larga de terciopelo en color vino, los chicos con traje oscuro y corbata. Música lenta y solemne de Natividad los acompañaba, como en una iglesia. Cassidy y Charlotte se sentaron con los Rinzler, a los que conocían desde hacía mucho tiempo y con quienes, aunque no eran amigos íntimos, solían quedar varias veces al año.

Cassidy estiró el cuello esperando a que apareciera Veronica: su hija era una chica seria de mejillas sonrosadas, ojos castaños muy juntos, cabello castaño lacio y un aire de timidez suplicante similar al de Charlotte; Cassidy quería mucho a su hija, entonces de catorce años, y tenía miedo por ella, por todo lo que le esperaba, pues *casi guapa* podía ser un destino duro. Había algo hipnótico en la forma en que continuaba la procesión con velas, una chica tras otra, un chico tras otro, acompañados por los músicos; de aquellos rostros iluminados por las velas, solo unos pocos, como el de Brianna Rinzler, merecían una segunda mirada, merecían más atención que la obligatoria de unos padres por sus hijos. Cassidy casi se había olvidado de Veronica cuando apareció; ella y su acompañante pasaron sin que Cassidy reparase apenas en ellos, pues se

encontraba mirando otros rostros, el de la hija de los Rinzler, y habría jurado que nunca la había visto antes.

Pero nunca debes exclamar ante ellas: ¡Dios mío! Cómo has *crecido*.

Brianna apenas recuerda aquel concierto de invierno. Ha olvidado las piezas corales que cantaron; el coro femenino no fue una actividad del instituto a la que dedicase mucho tiempo; recuerda vagamente la procesión ceremonial, las llamas oscilantes de las velas, la blusa blanca de seda que llevaba y el chico de un curso superior con el que la emparejaron. Del borroso mar de extasiados rostros adultos, entre ellos los de sus padres y los de sus amigos los Cassidy, Brianna no recuerda nada en absoluto.

Lo que Cassidy recuerda de su vida en Fair Hills es su *rutina*. La comodidad de la *rutina*.

Cuántos años, décadas. Su mujer, sus hijos. Sus amigos, conocidos, vecinos, formando una especie de círculo, o más bien una red, para sostenerlo; para definirlo y confinarlo. Una interminable ronda de cenas, cócteles, recepciones. La temporada de festividades que comenzaba después de Acción de Gracias y no terminaba hasta la última jornada de puertas abiertas en el colegio, el día de Año Nuevo... Después del concierto de Navidad de pronto se sentía asombrado de lo *aburrido* que era todo aquello.

La familia de su mujer, su propia familia. «Parientes»: ninguno de ellos escogido.

Toda la textura de aquella vida, su deliberada impostura... No es que aquello muriera de inmediato, no. Como el césped muy bien cuidado de un jardín de las afueras que con el tiempo va raleando,

quedando invadido por las malas hierbas; una lenta disminución, una lenta muerte.

Tres años después del concierto de invierno, Cassidy había más o menos olvidado a la hija mayor de los Rinzler. No la había visto en todo ese tiempo, nunca pensaba en ella, no era amiga de Veronica. Recordaba vagamente haber oído a su mujer decir que los Rinzler tenían problemas con su hija mayor, que había dejado de asistir a la costosa facultad de artes a donde la habían enviado, que quizá andaba metida en drogas, que estaba viviendo en Nueva York y no tenía contacto con su familia... En Penn Station, donde Cassidy estaba a punto de coger un tren para Fair Hills, Brianna Rinzler se acercó a él con aire descarado y coqueto; más tarde Cassidy comprendería que estaba colocada, luminosamente colocada, su piel radiante por el calor y sus ojos vidriosos y relucientes. Iba con un chico de piel blancuzca y facciones tan llamativas como las suyas, alguien que podría ser un modelo, fotografiado por Calvin Klein o por Maplethorpe. Tanto Brianna como su amigo llevaban ropa vistosa, de diseño, cuero de color caramelo, ante color de brezo colgando suelto y abierto de sus delgados hombros; en el área congestionada donde esperaban los pasajeros, disfrutaban del glamour de la juventud, como si fuese un espacio mágico solo para ellos.

—¡Qué paaasa! ¿Se acuerda de mí, señor Cassidy? Soy Brianna, Brianna Rinzler, ¿no se acuerda de mí? Yo iba como dos años por delante de su hija en el instituto, no me acuerdo de cómo se llamaba, en el instituto de Fair Hills, usted y la señora Cassidy conocen a mis padres, me parece..., ¿no se acuerda, señor Cassidy?

Una vez hubo pasado el primer impacto, sí. Se acordaba.

¿*Estás enamorado de otra persona*?, le preguntó tranquilamente Charlotte, con la mirada seria y herida, la voz firme. *Si es así, podemos hablar de ello. Si crees que es así*.

En aquel momento evitó responderle. No estaba preparado, no tenía las palabras adecuadas, aún no. Era más fácil sugerir que Charlotte se estaba imaginando cosas. O que había oído cosas, rumores infundados que quizá había malinterpretado.

Poco después, Charlotte tuvo un pequeño accidente con el coche. El pavimento estaba resbaladizo por la lluvia helada, su coche patinó hasta empotrarse en la trasera de otro. Muy alterada, llorosa, pero ilesa. Gracias a Dios, pensó Cassidy.

Si Charlotte hubiera resultado herida, gravemente..., si hubiese *muerto*. Él no habría podido soportar el peso de la culpa.

Aun así, el accidente despertó en él la conciencia de que su matrimonio era *temporal*, prescindible. Un matrimonio puede derretirse como un pastel de bodas bajo la lluvia..., por supuesto que sí.

Un día, según le diría más tarde a Brianna, se dio cuenta de que su vida había sido una impostura, un hacerse pasar por alguien a quien no conocía, a quien no respetaba.

Brianna se encontraba en un estado de euforia, se apretaba contra Cassidy, riendo, tropezando, levantando su iPhone para hacerse un selfi con él, despeinada y arrebolada.

Solo para nosotros, lo tranquilizó. Todo privado.

Cassidy quería seguir hablándole a Brianna de aquel descubrimiento que había dividido su vida en dos partes asimétricas. Estaba seguro de que quedaría impresionada si lograba explicarse con suficiente claridad. Aquella fase de la vida de Cassidy consistía

en gran medida en explicarse, en explicar sus motivos y sus intuiciones..., sus *epifanías*. Cómo había perdido poco a poco su habilidad para hacerse pasar por sí mismo, de la misma forma en que se pierde una habilidad como tocar el piano, nadar o jugar al ajedrez. Como asfixiarse; no llega suficiente aire y la habilidad muere.

A Brianna le estaba costando evitar que su exquisito rostro se arrugase como la cara de una muñeca horrible y estallar en carcajadas.

Poniéndose de puntillas (descalza), dándole besos húmedos en la boca a su papá-amante, con descaro.

Rara vez Brianna llamaba a Cassidy por su nombre de pila, como si no importara que tuviera nombre, un nombre muy común que, en cierta manera, no era *su nombre*. Pero a veces, cuando estaba del humor adecuado, le decía al oído *Osote*.

Absurdamente halagador. El rostro de Cassidy se acalora al recordarlo.

Le comenta a Cassidy, a su vez, una queja frecuente en ella: ¡ojalá la gente la dejase en paz! Ojalá no tratase de manipularla.

A veces a Brianna se le escapa *me dejaseis*. Como si Cassidy fuese *la gente*.

Cuando Brianna habla de personas manipuladoras suele referirse a sus padres, a algún que otro profesor (de Bard, de donde Brianna se ha tomado un semestre de descanso) o a misteriosas personas sin nombre, desconocidas para Cassidy. Personas que intentan *chantajearla emocionalmente, presionarla. Coaccionarla, forzarla. Joderle la cabeza*.

Hay un psiquiatra, o hubo un psiquiatra, que le *jodió seriamente la cabeza*. Amigos en los que confiaba y que la traicionaron.

A Cassidy le resulta sexualmente excitante que Brianna hable de sus padres. Es como si, al quejarse de ellos, de un matrimonio de Fair Hills al que Cassidy conoce desde hace años, Brianna reconociera que él, su amante, no entra en la agobiante categoría de *padre*, de personas de *mediana edad*, a la que pertenecen los Rinzler.

Cassidy había tomado la decisión de marcharse de la casa de Fair Hills en la que había vivido (felizmente, de hecho, esa era la desconcertante verdad) durante casi veinte años. No estaba (aún) preparado para contárselo todo a Charlotte, eso ya llegaría.

La situación ideal sería que Charlotte le echara toda la culpa *a él* y le pidiera que se fuera de casa.

¿Por qué nos estás haciendo esto?, preguntó Charlotte. *¿Por qué quieres destruir lo que hemos creado*?

Cassidy se estremeció ante el *nos*, el *hemos*. Pues Charlotte no tenía ni idea, aquello no tenía nada que ver con ella.

¡Qué agradecido se sintió por el control y la dignidad de su mujer! Justo esas cualidades que la volvían razonable, fiable, predecible hasta el aburrimiento, él las valoraba ahora que la abandonaba. Que Charlotte sea tan *ecuánime* que él pueda confiar en que no pondrá a los niños contra él. Pues él no podría soportar que lo considerasen *egoísta*, *cruel*..., un *mal papá*.

De hecho, Cassidy no se consideraba egoísta o cruel o un *mal papá*. Se ha convertido en alguien que dice la verdad, que no se salva a sí mismo al condenar todos sus años de matrimonio.

Pero ¿por qué? Ayúdame a entenderlo. Estoy intentando entender, Matthew.

Se oye a sí mismo hablar. Palabras para aplacar a Charlotte, al menos por el momento.

El apartamento está alquilado, Brianna lo sabe, pero Charlotte aún no. Oficialmente, aún vive en Fair Hills. Anoche todavía durmió junto a su mujer. Explicándole, sin explicarle, escogiendo las palabras con cuidado, con esa voz normal de Cassidy afable, consoladora, indirecta, evasiva. No se atrevió a hablar de otra manera. No tenía el guion. Imposible confesarle a su mujer de tantos años que la pena secreta que siente ha estado acumulándose como flema en su garganta y que lo único que quiere hacer es escupir.

Todo este tiempo, Brianna ha estado recogiendo objetos de la arena endurecida de la playa en Cape May.

¿Qué tipo de objetos? Cualquier cosa que llame su atención, cualquier cosa cómica o extraña, por ejemplo un pedazo de madera traído por la marea que parece un brazo humano; una zapatilla de niño que las olas han dejado limpia y pálida; una concha de molusco grabada con cientos de pequeñas marcas parecidas a agujas. Brianna saca una foto de la concha sobre la arena, después la coge y la mira como si fuera un talismán.

Cassidy, que lo único que quiere hacer es volver al Subaru, conducir hasta el hotel y tomarse una copa, le pregunta si quiere que le lleve esas cosas... Deberían ir volviendo al pueblo...

Son casi las cuatro de la tarde, el sol se acerca al horizonte por el oeste. El viento del Atlántico es cada vez más frío, pero Brianna no

parece darse cuenta. Le pasa a Cassidy sus pequeños tesoros sin valor y se da la vuelta para buscar más. Hay algo bufonesco, retozón, demasiado explícito en su actitud, pero a Cassidy se le antoja genuino.

Se han alejado caminando más de un kilómetro y medio del centro histórico de Cape May. La playa es aquí más basta, está más descuidada. La arena se ha erosionado formando pequeñas zanjas, hay desperdicios por el suelo, restos momificados de peces. Están ya lejos del paseo marítimo entablado, pero hay unos escalones de madera que conducen a la cima de un promontorio cubierto de hierbas de unos cuatro metros de alto.

Un penetrante olor húmedo a podredumbre hace que Cassidy se acuerde del banco de plancton junto a la costa de Provincetown. Aquel frenesí al alimentarse, el salvajismo y el sinsentido del apetito; destellos anguiliformes y plateados de peces, agua espumeante, agitada, los niños a bordo del Provincetown Princess gritando emocionados: ¿son tiburones? ¿*Son tiburones*?

Como si los únicos seres que devorasen fueran los *tiburones*.

—Brianna, ¿qué te parece si volvemos?

Pero Brianna se aleja al trote en busca de un nuevo tesoro, haciendo fotos con su teléfono, enviando fotos, registrando de manera continua y compulsiva todo aquello que llama su atención, cualquier distracción, las olas, la espuma, sus propias botas empapadas, matas enroscadas de algas, trozos de vidrio, al propio Cassidy (este sabe que Brianna ha estado sacándole fotos desde que llegaron a la playa, de forma juguetona, traviesa, a pesar de que él no quiere, de que levanta la mano para taparse la cara, y es algo que se ha convertido en una especie de broma entre ellos, una

broma que a Cassidy no le hace mucha gracia), mientras él planea lo que va a ocurrir durante la velada..., durante la noche..., en una habitación en el Cape May Heritage House amueblada con *verdaderas antigüedades*..., tras una cena a la luz de las velas en el *histórico comedor*..., tras una copa de buenas noches ya en la habitación, del minibar..., completa privacidad, secreto. Brianna tiene una manera especial de dejarse caer a medias en una cama, risueña por el alcohol, por las drogas, limitándose a reírse de aquello que (más o menos) siente que le hace su amante de mediana edad, sin protestar..., *le parece gracioso, nada importante*.

¿Por qué quieres destruir lo que hemos construido?, había preguntado Charlotte, como si la pregunta fuera a provocar una respuesta razonable.

El cuerpo de Brianna, esbelto y sinuoso como una anguila, el embestir de los huesos pélvicos, los ojos brillantes poniéndose en blanco con la pasión o en un simulacro de pasión... Una vez, Cassidy la agarró demasiado fuerte por sus estrechas caderas y ella, sorprendida, resoplando, empezó a darle patadas como un niño, a tirarle del pelo, a arañarle la cara, jugando con él a lo bestia, como un cachorro, inesperadamente fuerte para estar tan demacrada, la saliva reluciendo en su barbilla como un colmillo de animal. Estaba colocada, luminosamente colocada, su piel seca y ardiente al tacto, con una arteria latiendo en el cuello que Cassidy tuvo que besar, fuerte.

Le dice a Brianna que no suba esos escalones: la madera parece podrida.

Brianna lo ignora porque ha vislumbrado algo entre las hierbas en lo alto del promontorio..., algo que parece una muñeca rota.

Veloz como un mono, trepa los tambaleantes escalones, agarra la muñeca mientras Cassidy la mira. ¡Dios mío! Si se cayera, si se hiciera daño..., ¿sería él responsable? ¿Informaría alguien de ese accidente, llegaría a aparecer en algún periódico?

Brianna agita en el aire la basura que ha encontrado; parece una muñeca de trapo.

Cassidy está preparado para agarrarla en caso de que se caiga al bajar de nuevo los inseguros escalones, pero cuando uno se rompe bajo su peso, Brianna cae con un gruñido al suelo, brutalmente, y Cassidy no es lo bastante fuerte como para detener la caída con los brazos; maldice, irritado consigo mismo y con ella. ¡Joder! No puede haberse hecho daño, piensa mientras se agacha para ayudarla a levantarse, pero ella está gimoteando, le brillan las lágrimas en las mejillas, al principio se queda quieta como un peso muerto, negándose a colaborar. ¿Se ha torcido un tobillo, se ha hecho un esguince en alguna parte? Por qué demonios no le ha hecho caso, le dice Cassidy. Tiene miedo de estropearse la condenada espalda al inclinarse para levantarla y después sufrir durante días, semanas.

Brianna gimotea, busca con aire petulante su móvil, que debe de estar bajo los escalones podridos, aparta la mano de Cassidy, que de pronto se enfurece con ella, agarra el condenado móvil y lo tira al mar, maldiciendo como Brianna nunca lo ha oído maldecir.

En ese instante Brianna se queda en un silencio estupefacto: los ojos muy abiertos, la boca abierta, *no puede creer lo que ha hecho Cassidy*.

Su iPhone perdido entre las olas, que palmean perezosamente la arena. Olas de cortante frío cuya espuma les moja la cara. *No puede creer lo que le ha ocurrido a su teléfono*...

Cassidy pone en pie de un tirón a la desdichada chica. La sacude con fuerza para que deje de gimotear. Le dice que le comprará otro condenado teléfono por la mañana, pero ahora se vuelven al pueblo, al hotel. A pasar la noche.

Brianna manotea distraídamente a Cassidy, desesperada por recuperar su teléfono; Cassidy la insulta, le dice que el puto teléfono *se acabó*, está en el agua, el agua está demasiado fría como para que ella se meta, para que él se meta, joder, el teléfono está ya destruido, empapado y destruido, *a la mierda*.

Brianna solloza y cojea mientras Cassidy la lleva con brusquedad de vuelta al Subaru. Cassidy siente la sangre alterada, no tiene ningún remordimiento por lo que ha hecho. Le dice a Brianna, le promete que por la mañana le comprará un iPhone nuevo, un modelo actualizado, el último modelo, que no se preocupe, la información de su móvil está almacenada en alguna parte, en la Nube, sea lo que sea la Nube. Está seguro. Brianna sigue sollozando en un estado que va más allá de la sorpresa, como alguien en shock; rota, derrotada.

Él ha triunfado, como esperaba. Como suponía. Finalmente.

Le exige una respuesta, mientras conducen al hotel en Beach Avenue: ¿por qué no ha contestado a sus llamadas, veinte llamadas o más en cinco días? ¿En qué demonios estaba pensando? ¿*Estaba* pensando? Y llamarlo anoche a una hora en que su mujer podía haberlo oído, ¿a qué vino eso?

Brianna, en el asiento del copiloto del Subaru, está rígida con algo que parece miedo, culpa. Cassidy tiene ahora todo el control. La testaruda chica se ha vuelto dócil, aquiescente. Ha visto lo que Cassidy ha hecho con su teléfono, ha sentido la fuerte presión de

sus manos sobre su cuerpo, su resistencia se ha disuelto como un kleenex en el agua.

Apenas emite un murmullo para responder a sus preguntas *No sé* y después, en la habitación del hotel, apartando la mirada de su rostro furioso, *Lo siento, lo siento mucho*.

Por la mañana, Cassidy se incorpora con esfuerzo en la cama *king size*. Está desnudo, le pica la piel y huele a su propio cuerpo. Cuerpos.

Se tambalea al ponerse en pie. Leve estremecimiento de asco. Observa a la chica entre las arrugadas sábanas del lado más alejado de la cama, que es absurdamente grande; el rostro macilento no muy atractivo ahora, el pelo a mechas rubias enmarañado, los párpados temblando como si quisiera despertarse pero no pudiese. La flácida boca entreabierta, aún estupefacta. En uno de sus hombros desnudos, un moratón del tamaño de un pulgar. Cassidy observa con algo parecido a la satisfacción, pero también con ternura.

Recuerda cómo la chica lo miró anoche, con miedo. Una vez se quedaron solos. El miedo es una especie de sobrecogimiento, de reverencia.

Saber, aceptar que se merecía cualquier cosa que Cassidy fuera a hacerle. A Cassidy, esa sumisión en la *amante adolescente* le resultó adictiva, como un narcótico. Le encantó: los ojos de Brianna vidriosos por la sumisión, las pupilas dilatadas. La piel pálida y suave, sumisa. Sus propias manos rápidas y duras. La autoridad de

sus manos. Por todo esto, la perdonará. La recompensará, le comprará el modelo más nuevo de iPhone, el precio le da igual.

En el hermoso cuarto de baño, blanco y reluciente, un cuarto de baño de lujo, ansioso por quitarse con una ducha los olores corporales. Pues, en cierto modo, le da *asco*.

Aun así, no puede evitar sonreír mirándose al espejo empañado.

—Osote.

No se resistió ella anoche, tras entrar tambaleándose en la habitación. En la *suite Monarca*.

Él la ayudó a acostarse en la cama, la empujó a la enorme cama, ella rechazaba débilmente las manos de él mientras seguía disculpándose *Lo siento, lo siento mucho, no me hagas daño*.

Quizá se había hecho un esguince en el tobillo. O se había distendido un tendón. Parecía desesperada mientras rebuscaba en su mochila rosa fluorescente: pastillas envueltas en un kleenex, analgésicos, dijo ella que eran, y los necesitaba ya, se los tragó en seco. Ninguno de los dos estaba de humor para el *comedor histórico*, pues habrían tenido que arreglarse, los hombres con chaqueta, las mujeres nada de vaqueros o de ropa deportiva, a la mierda. Cassidy terminó prácticamente dándole a la boca la costosa cena del servicio de habitaciones, pues Brianna se quedaba todo el tiempo dormida. Lloraba con una voz aguda, la floja boca temblorosa. No se había resistido a Cassidy, nunca se resistía a Cassidy, como una muñeca de trapo que complacía y, hasta cierto punto, incluso cooperaba cuando podía mantener los ojos abiertos, que no era el caso. Él le arrancó las malditas botas ajustadas de cuero italiano. Le arrancó los malditos vaqueros pitillo. Mientras ella le apartaba las manos como un bebé grande él la adoraba, le dijo

que la querría, que cuidaría de ella, cuando volvieran a la ciudad la ayudaría con sus cosas, a mudarse del *loft* de Varick Street, a mudarse con él. *Tú sabes que me quieres. Lo sabes*.

Más tarde, esa misma mañana, le compraría un iPhone nuevo. Seguro que hay algún centro comercial cerca de Cape May. La gente pierde el móvil todo el tiempo, no puede ser un problema serio reemplazarlo. Quizá después podrían ir a comer, visitar el faro. El (los) museo(s) histórico(s). Otra noche en el Cape May Heritage House, él ya había reservado dos noches.

Todo muy simple. Tomas una decisión, actúas. Por qué no lo había descubierto antes en su vida.

A qué llaman *amor*. A una decisión que tomamos.

Si tan solo Brianna se quedase como estaba ahora, como ha estado desde el accidente en la playa. Dócil, mansa, sumisa, agradecida. Agradecida de que él la perdone.

Si tan solo, para siempre. Los dos. Así.

Se toma su tiempo, sin prisa en el lujoso cuarto de baño de azulejos blancos, ahora fragante. Brillante rociador de ducha cromado, todas las superficies lustrosas y limpias. Cassidy se aplica champú en el pelo, que ya le ralea, cubre su cuerpo con espuma blanca de jabón, acaricia vigorosamente su cuerpo, está engordando por la cintura, barriga cervecera cubierta de pelo, las piernas separadas para guardar el equilibrio. Con cuidado se afeita la mandíbula con su maquinilla de hojas desechables, no es el momento de ir con prisas y arriesgarse a hacerse un corte. Se unta loción corporal en las manos, en el pecho. Se enorgullece del pelo gris de su pecho, de los gruesos pelos de sus brazos, de los genitales que cuelgan entre sus piernas, apenas visibles tras la curva

de su barriga. La barba tan espesa que debería afeitarse dos veces al día. *Testosterona*.

Se mira de lado en el gran espejo empañado, frunciendo los ojos, la cabeza ladeada; sin ser muy consciente de ello, Cassidy ha aprendido cuál es la mejor manera de mirarse, *no hay que mirarse muy directamente*.

Al salir del baño le dice a la chica ¡*Buenos días*!, con una toalla blanca en torno a su gruesa cintura, con tono de buen humor, fijándose en que son las ocho y cuarenta y uno, según el reloj digital en la mesilla de noche de su lado, pero no hay respuesta; atónito y erguido junto a la cama con sus pies planos en el suelo, ve que la enorme cama king size está vacía, tan solo sábanas sucias como blancas serpientes enroscadas.

—¿Brianna? ¿Dónde...?

En el suelo hay una almohada, una de las grandes almohadas de adorno que tiró de la cama con una patada la noche anterior.

Parpadea despacio estupefacto al ver que Brianna *no está*. A no ser que en el armario...

No está en el armario, comprueba estúpidamente. Y no hay nada en las perchas de madera, nada en los estantes dentro del armario o en el suelo.

Su propia ropa, sus cosas..., no están en el armario, ni en la silla donde las tiró, ni está tampoco la ropa de la chica; ni chaqueta acolchada, ni botas italianas, ni zapatos mojados, ni mochila rosa fluorescente, incluso el espejo de la pared opuesta parece vacío mientras Cassidy mira tratando de comprender.

—¿Brianna? Oye, ¡por Dios!..., venga...

Se le está acelerando la respiración. Se siente mareado, débil. Se dice que esto no está ocurriendo, por supuesto que Brianna está en algún lugar de la habitación, gastándole una broma al Osote, quizá ha entrado sigilosamente en el baño sin que él se diera cuenta, así que Cassidy entra de nuevo en el cuarto de baño, que huele a vapor fragante, inspecciona la ducha con su mampara de cristal salpicada de jabón, no hay nadie, nada. En el suelo del baño, toallas mojadas que él ha tirado, que ha apartado con el pie para que las recoja el personal de limpieza.

Regresa a la habitación, mira deprisa en torno: sus cosas las dejó en la mesilla de noche, a su lado de la cama, ¿dónde están?..., cartera, móvil, llaves.

No están en el suelo, no hay nada en el suelo excepto la almohada.

Ni siquiera sus calcetines, sus calzoncillos. Los vaqueros de la chica que arrancó él mismo de sus inertes piernas, sus bragas, que dejó caer al suelo, ni rastro.

El jersey de cachemira de ella con el cuello manchado, la chaqueta de ante L. L. Bean, los pantalones de pana, los zapatos manchados por el agua de mar..., ¿dónde están?

En una mesa, la muñeca de trapo que Brianna encontró en la playa, rígida por la mugre. Esto es lo que le ha dejado a Cassidy.

Nada más que la toalla blanca en torno a la cintura de Cassidy. Aparte de eso, desnudo, descalzo, ahora temblando, sus dientes castañeando por el frío y con un súbito y fuerte latir en la cabeza.

Aturdido, comprueba de nuevo el armario como si hubiera olvidado que ya ha mirado en el armario y no ha encontrado nada. Abre los cajones del escritorio, ni un solo objeto que traquetee

dentro, ni móvil, ni llave del Subaru, la chica se ha atrevido a llevarse la llave del Subaru, se ha llevado su cartera, su móvil, su ropa, sus zapatos, le ha robado su Subaru Forester y a él lo ha dejado solo en el Cape May Heritage House, *desnudo*.

La mente de Cassidy trabaja deprisa, los pensamientos vienen disparados hacia él como misiles, no es posible que Brianna Rinzler haya abandonado a Cassidy en Cape May (New Jersey), no es posible que Brianna sea capaz de conducir el Subaru de vuelta a Nueva York, ¿posee la chica esa capacidad, esa fuerza de voluntad? ¿Abandonará el vehículo de Cassidy en una amplia calle desierta del West Side, el distrito de la carne, el distrito de los almacenes, y caminará hasta el *loft* de Varick Street? ¿Y qué hará él abandonado en New Jersey? ¿*Qué puede hacer*?

Paralizado, insensible. Qué pensamientos vienen volando hasta él. Y, sin embargo, su mente está en blanco, los pensamientos la atraviesan como agua que pasa por un cedazo, las manos extendidas para recibir agua que se derrama entre los dedos.

¡Cómo lo ha engañado la chica! Profundamente dormida, como si estuviera en coma, drogada; desamparada como un molusco fuera de su concha. Sin prestarle atención (había creído él) mientras Cassidy se quedaba de pie ante ella regodeándose y sintiéndose protector, enternecido.

—No. No puede ser. No es capaz.

Había esperado a que él estuviera en la ducha y había salido de la cama sin hacer ruido, se había vestido de cualquier manera, cogiendo al azar la ropa de Cassidy, incluso sus zapatos, su cartera, llaves, móvil, lo había metido todo en su mochila rosa fluorescente y había cerrado la cremallera, no había tiempo de ponerse las botas

de cuero, tuvo que llevar las botas en las manos, al igual que la chaqueta de ante, metió los brazos en las mangas de la chaqueta acolchada, sin aliento y cargada de adrenalina como si huyera para salvar la vida, salió de la habitación y cerró la puerta, todo ello en cuántos minutos, cuántos segundos.

La puerta hizo clic tras ella y se cerró. Él, en el cuarto de baño, no oyó nada.

Cassidy comprueba de nuevo el cuarto de baño: nada. De nuevo el armario. Se pone de rodillas (desnudas), mira debajo de la cama, pero la cama king size está montada sobre una plataforma de madera maciza, no hay espacio debajo, nada que ver.

Ahora está exhausto, mareado. Le palpita la cabeza, se queda paralizado por el miedo a tener un infarto, crece la presión en sus venas. Se sienta, pesado como el plomo, en el borde de la cama. Tratando de pensar, de comprender: qué debe hacer a continuación.

Mira durante varios segundos el reloj digital sin llegar a leer la hora: ocho y cuarenta y ocho.

Finalmente se oyen varios fuertes golpes de nudillos en la puerta, y en ese instante Cassidy se siente inundado de alivio; por supuesto, Brianna ha vuelto, se ha apiadado de él; se levanta a medias para abrir la puerta, pero la voz es una voz desconocida, una voz de mujer eficiente y sin encanto:

—Limpieza de habitaciones.

El miedo

De las dos, ella no era Juliet, era Janette.

Si les preguntaban si eran gemelas, habían aprendido a sonreír y a decir que *no*. Juliet siempre decía que *no*. Janette no estaba tan segura, Janette solo negaba con la cabeza para decir que *no*, era tímida con los adultos, que siempre se inclinaban y le ponían la cara demasiado cerca.

—Ah..., ¿entonces *no sois gemelas*?

Juliet sabía que *no eran gemelas*. De hecho, ni siquiera eran hermanas sino algo llamado *primas*.

Janette lo entendía, más o menos. *Hermanas no: primas*.

Primas nacidas de hermanas que se casaron el mismo año. Y que tuvieron cada una un bebé con un año de diferencia: Juliet y después Janette.

A Janette le parecía extraño que Juliet fuera once meses mayor que ella. Eso significaba que había un solo mes (agosto) en el que Janette y Juliet tenían la misma edad, y enseguida, de la noche a la mañana, llegaba el cumpleaños de Juliet, y Juliet se volvía *un año mayor*.

Janette no comprendía esto del todo. Con el pulgar en la boca, paralizada por una (tonta) timidez, no era exactamente una imagen especular de Juliet si se la miraba de cerca. (¿No tan guapa?).

Y es que el pelo de Janette era más rizado, y los ojos de Juliet eran más brillantes, y Juliet había aprendido a usar sola el orinal

antes que Janette, y era más lista, y más alta, y tenía una forma de superar en todo a Janette que hacía parecer que Janette se quedaba atrás a propósito, por tímida y torpe.

¿Era justo?, se preguntaba Janette. ¿Estaba *bien*?

Janette *no estaba celosa* de su prima. Janette quería *ser* su prima.

Los fines de semana, visitaban a los abuelos en Charlevoix. Se quedaban a dormir en la vieja casona de ladrillo pintada de blanco que se alzaba sobre el acantilado frente al lago. Tantas habitaciones que una niña no podía contarlas: Juliet y Janette compartían un dormitorio infantil rosa floral, camas gemelas de cabeceros blancos bordados con corderos y cerditos de satén, y entre las dos camas una lámpara de Mamá Oca de cuarenta y cinco centímetros de alto que, en caso de que una de las dos niñas tuviese miedo de la oscuridad, podía dejarse encendida con una luz muy tenue toda la noche.

(Este era el secreto de Janette: ¡lo que le daba miedo era la lámpara de Mamá Oca! Al parecer nadie más se fijaba en la expresión malvada en los ojos de Mamá Oca o en su pico afilado, que amenazaba con picotear si una se acercaba demasiado).

Las madres de las primas, al recordar su infancia en la casa de ladrillo pintada de blanco, que no había sido del todo feliz, estaban decididas a que ninguna de sus hijas resultara favorecida sobre la otra. Si a Juliet le regalaban una muñeca por su cumpleaños, a Janette le regalaban también una muñeca, no una muñeca idéntica, pues se evitaba lo *idéntico*, pero sí una muñeca de más o menos la misma calidad y precio y comprada en la misma tienda. Si a Janette le regalaban un abrigo, a Juliet le regalaban también un abrigo. Zapatos, ropa, libros para colorear, libros de cuentos.

La infancia tiene que ser algo precioso, pensaban las hermanas. No hay que obligar a los niños a competir por la atención y el amor de los adultos. ¡No!

Sobre todo en los años preescolares. Los años más felices. Y es que muy pronto, al comienzo de la adolescencia, las rivalidades serían imposibles de prevenir, eso lo sabían muy bien las hermanas.

Aun así, cuando Janette vio a Juliet con su nueva muñeca Bonnie, le quitó el aliento que Bonnie fuera mucho más bonita que Betsy, su muñeca: la cara era más bonita, el pelo era más bonito, la ropa era más bonita. Aunque el abrigo de Janette provenía del mismo departamento infantil de Neiman Marcus, a Janette le parecía que su abrigo no era en absoluto tan especial como el abrigo de Juliet, pues los ojos parecidos a dos piedrecillas azules de Juliet se estaban volviendo mucho más llamativos que los ojos parecidos a dos piedrecillas grises de Janette.

Toda su vida de niña pensando *Por qué es así, no es justo*, pues Janette era siempre solo ella misma, se despertaba en su cama gemela, que era la suya y no la de Juliet, en casa de los abuelos; no importaba cómo calculase abrir los ojos, ella no era nunca Juliet, que había aprendido a caminar antes de que Janette aprendiera a caminar y había aprendido antes a hablar, y antes a leer, y a restar y sumar, y que empezó antes el colegio Montessori.

Hasta que finalmente a las pequeñas primas dejaron de preguntarles: *¿Sois gemelas*?

Pero he aquí la primera conmoción de la vida de Janette: su sexto cumpleaños.

En lugar de una fiesta de cumpleaños en casa de los abuelos con todos los parientes, con Juliet sentada junto a ella llena de susurros y de risitas y ayudando a Janette a soplar las velitas de la gran tarta de chocolate, con montones de regalos envueltos en papel brillante y con todo el mundo cantando *Cumpleaños feliz te deseamos Janette*, no hubo... nada.

Bueno, no exactamente *nada*. Una tarta de cumpleaños en casa, unos pocos regalos, todos de mamá y papá.

Sin fiesta en casa de los abuelos. Sin Juliet.

Janette tenía ganas de llorar, ¡no era justo!; durante un tiempo tendría la misma edad que Juliet, pero a nadie le importaba, ni siquiera a Juliet.

Y cuando sonó el teléfono, justo cuando mamá estaba cortando la tarta de cumpleaños para Janette, mamá dejó caer el cuchillo sobre el mantel y se fue corriendo a otra habitación a contestar la llamada y a decir en voz baja cosas que Janette no alcanza a oír.

Sí, hubo regalos para Janette. Sí que era su cumpleaños.

Pero Janette se sintió dolida porque Juliet no estuviera con ella. Las dos primas estaban siempre juntas en sus cumpleaños. Siempre se sentaban juntas a la gran mesa de la casa de los abuelos con todos los parientes reunidos.

No podía ser culpa de Juliet, pensó Janette. Debía de ser culpa de la tía Leslie, porque estaba claro que Juliet no podía venir sola en coche a casa de Janette. O quizá era culpa de la abuela y del abuelo por no celebrar en su casa el cumpleaños como hacían siempre.

Cuando mamá regresó a la mesa donde papá estaba cortando porciones de tarta de cumpleaños, Janette vio que parecía como si a la cara de mamá le hubieran estirado la piel y hubiera perdido toda

la sangre bajo la piel, y Janette se puso furiosa con mamá por estropearle el cumpleaños, que tenía que ser un día especial, y hubo que convencerla para que comiese tarta de chocolate, a pesar de que la tarta de chocolate era su tarta favorita, y la tarta le pareció seca y le hizo toser, por lo mucho que echaba de menos a Juliet, y también porque estaba furiosa con Juliet, y con la tía Leslie y con el tío Stan, y con todos los adultos, porque a Janette le parecía evidente que los adultos se habían interpuesto entre ella y Juliet y estaban estropeando el momento especial en el que Janette iba a tener la misma edad que su prima y no un año menos.

Pero más tarde, a la hora de irse a la cama, mamá abrazó a Janette y le dijo en un susurro, al oído, que Juliet había querido venir al cumpleaños de Janette pero que *algo malo* le había ocurrido y por eso no había podido.

Algo malo. Janette se asustó mucho al oír aquellas palabras, que eran tan diferentes de cualquier palabra que ningún adulto le hubiera dicho nunca. Se asustó tanto que no se atrevió a preguntarle a mamá qué era ese *algo malo*.

Mamá estrechó a la temblorosa Janette en sus brazos.

—No te preocupes, cariño. Eso nunca jamás te ocurrirá *a ti*.

El fin de semana siguiente era Pascua. Y cuando a Janette la llevaron a visitar a los abuelos, lo primero que vio fue que Juliet no estaba.

No la esperaba al otro lado de la puerta, ni arriba en el dormitorio rosa floral que compartían.

Tampoco estaban esperando la tía Leslie y el tío Stan. No había casi nadie en la fría casa de altos techos excepto la abuela y el abuelo, que abrazaron a Janette más fuerte de lo habitual y la hicieron sentir incómoda, y parecían más viejos, y también tristes y callados; y, como no estaba Juliet para jugar con ella, Janette enseguida empezó a sentirse intranquila y aburrida y a querer irse a casa.

Janette preguntó dónde estaba Juliet pero la respuesta fue vaga, evasiva. Juliet estaba *fuera*.

Pero pronto Juliet *volvería*.

Tampoco nadie explicaba qué era esa *cosa mala*. Janette no quería hacer más preguntas por miedo a la respuesta.

Solos todos juntos los adultos hablaban entre ellos. Murmullos tras puertas cerradas pero nada de risas allí donde antes se habrían oído risas entre el tintineo de vasos, de botellas.

Por su lado Janette jugaba con Betsy. Escondida en el dormitorio rosa floral con las camas gemelas donde nunca había estado sin Juliet, de modo que parecía que Juliet *estaba* allí, que podía verla con el rabillo del ojo.

Pero cuando se daba la vuelta no había nadie.

Allí donde, si estaba Betsy, debía estar Bonnie.

Esto daba miedo. Esto era una *cosa mala*. Porque si Juliet (que era la favorita de todo el mundo) podía desaparecer, Janette (que no era la favorita de nadie) también podía desaparecer.

Pero adónde *vas*, se preguntaba Janette. Cuando ya *no estás*.

Desde que era capaz de recordar, Janette había querido dormir en la cama que era la de Juliet, la más alejada de la puerta. Era una cama más bonita que la otra cama (gemela) que era la «suya».

(Janette nunca había elegido aquella cama, ¿no?). Pero ahora que podía dormir en cualquiera de las dos camas no quería dormir en ninguna. Ni siquiera acostarse sobre la colcha de Juliet y patearla para arrugar la ropa de cama.

Se le ocurrió un pensamiento malo: podía meterse dentro de las sábanas de esa cama y hacer pis, y la culpa del pis, que era asqueroso y olía mal y era algo de lo que había que avergonzarse, recaería sobre Juliet, no sobre *ella*.

Ah, pero ¿quién ha hecho esto?, exclamarían los adultos arrugando la nariz.

¿*Ha sido Juliet quien ha hecho* esto?, diría asombrada la abuela.

Pero no, Janette no podía meterse dentro de la cama de Juliet y hacer *pis*, porque el pis la mojaría a ella, le mancharía la ropa, y ella misma olería a pis, y los adultos sabrían exactamente quién habría hecho pis en la cama, y le echarían la culpa a *ella*.

Sin Juliet, Janette sentía que odiaba el dormitorio rosa floral. Por el rabillo del ojo veía cosas moviéndose, pero cuando se atrevía a mirar eran solo sombras.

Sin Juliet todo era tan *lento* y tan *aburrido*.

Qué ganas tenía de que la llevasen a casa. De no quedarse a pasar la noche en aquel (odioso) dormitorio sola. Porque allí estaba la lámpara de Mamá Oca con sus malvados ojos de oca fijos en ella.

Pues los ojos de oca sabían: la *cosa mala* que le había ocurrido a Juliet era un secreto que hacía que Juliet fuese importante, mientras que Janette no tenía nada secreto e importante.

—¿Janette, cariño?... Pero ¿qué le ha pasado a tu muñeca?

Mamá estaba en el umbral, debía de haber abierto la puerta sin llamar. Y ahora mamá la miraba con sorpresa y fruncía el ceño.

Janette vio en la alfombra la cabeza de Betsy allí donde se había detenido tras rodar por el suelo. La cabeza de Betsy debía de haberse soltado y caído del cuerpo de Betsy de alguna manera sin que Janette se diera cuenta, y ahora la cabeza estaba en la alfombra con sus ojos vidriosos como platos y su tonta boca abierta.

—¿Se lo has hecho *tú*, Janette? ¿A tu propia muñeca?

Mamá cogió la cabeza de muñeca con el ceño fruncido y trató de encajarla en el cuerpo de muñeca, pero no encajaba, lo cual hizo que Janette resoplase de la risa.

—Ah, ¿sí? ¿Te parece *gracioso*?

Mamá estaba indignada, dolida.

Aún más gracioso fue el modo en que mamá salió de la habitación, enfadada y a grandes zancadas, dejando a Betsy en dos partes sobre la alfombra, de modo que dentro de Janette la risa empezó a burbujear y a bullir como algo salvaje que intentaba escapar.

Poco después de Pascua llegaron «noticias». Y al parecer ahora los adultos estaban dispuestos a contarle a Janette cuál era el secreto.

¡Habían podido extirpar la *cosa mala* que le había crecido a Juliet en la mandíbula! Y muy pronto tendría lugar una segunda «operación» en el ojo izquierdo de Juliet, a donde se había extendido la *cosa mala*.

Esas terribles palabras Janette apenas las oyó. *Crecido*, *operación*, *cosa mala*, *extendido*.

¡Terribles palabras! *Mandíbula*, *ojo izquierdo*.

En lugar de hacer preguntas como esperaban sus padres, Janette no hizo ninguna pregunta en absoluto. Su cara estaba rígida como la cara de una muñeca, los ojos vidriosos de aburrimiento. A Janette le molestó sobre todo que mamá montase un numerito tras colgar el teléfono en otra habitación y venir corriendo a acuclillarse sin aliento junto a ella de esa forma tan irritante que tienen los adultos cuando quieren fingir que no son más altos que tú, pero aun así son mucho más fuertes que tú, y pueden agarrarte con sus brazos para que te estés quieta, y poner sus enormes caras muy cerca, y sus grandes ojos llorosos, de modo que no puedes mirar a otro lado y te quedas atrapada y sin poder respirar.

Sarcoma de Ewing, se llamaba.

Un tipo especial de *cáncer*, eso es lo que era.

Ahora papá estaba diciendo esas palabras horribles y también se inclinaba sobre Janette. De modo que era algo importante, porque se implicaba papá y no solo mamá, que siempre se ponía tan nerviosa. Aun así, Janette no tenía por qué escuchar si no quería. Nadie podía obligarla a oír esas palabras: *sarcoma de Ewing*, *cáncer*. Había un rugido burlón en los oídos de Janette, la cara se le había puesto muy caliente.

Es que parecía una tontería, que una *cosa mala* pudiera crecer en la mandíbula de Juliet y extenderse a su ojo... Janette se apretaba la boca con los nudillos para sofocar las risitas.

Desilusionaba a los adultos, Janette lo sabía. Pero ¿qué querían de *ella*? Si la *cosa mala* era culpa de alguien, era culpa de Juliet, no suya.

Papá tenía la cara roja y respiraba fuerte. Janette había entendido, ya desde muy pequeña, que a los adultos no les caes muy bien

cuando te portas como no se lo esperan, aunque lo hagas sinceramente.

Aun así, a Janette le parecía gracioso, le hacía reír, que una *cosa mala* pudiera crecer en la cara de alguien. Solo el césped, los árboles, las flores, las hierbas *crecían* de esa forma. Intentar entenderlo hacía que le doliera la cabeza, como si le estuvieran metiendo a la fuerza en la cabeza algo del tamaño equivocado, y eso le daba miedo a Janette, como si una *cosa mala* se hubiera plantado en su cabeza.

Papá preguntaba si Janette tenía alguna pregunta, pero Janette no tenía ninguna pregunta.

Mamá decía que era «un disgusto terrible» para ellos, pero que los médicos eran «muy optimistas» y que Juliet estaba siendo una «niña muy valiente».

Después de la segunda operación, al cabo de unos días, cuando Juliet volviera a casa del Hospital Infantil, llevarían a Janette a que la viera. Se lo prometieron.

¡*Hospital Infantil*! Esas dos palabras no podían ir juntas, Janette temblaba al oírlas.

Una sensación de frío la invadió, la hizo temblar. Y después no podía dejar de temblar, y le castañeaban los dientes como a una tonta.

Con voz alegre mamá dijo que llevarían regalos para Juliet. Un peluche, porque Juliet tendría que pasar un tiempo sin salir de su habitación, en la cama; y flores, y galletas, mamá iba a hacer galletas con gotas de chocolate, que eran las galletas favoritas de Janette, y a Juliet le gustaban también.

Janette no podía soltarse de los brazos de mamá porque mamá no le dejaba. Y papá estaba también inclinado sobre ella.

Su único escape era cerrar los ojos. Porque estaba muy cansada, el esfuerzo de no oír las palabras feas era agotador para alguien tan pequeño, así como el de no reírse en voz alta.

Era como cambiar el canal en la televisión; de pronto se encontraba en otro lugar. Algo la perseguía, y los pies de Janette se hundían en el fango, y a su alrededor había extrañas formas que «crecían» del fango, pero ella no podía escapar de ellas a no ser que abriese los ojos, pero no podía abrir los ojos porque los tenía pegados.

... qué conmoción para ella, ¡pobre niña!

¿*... arriba a la cama? ¿Cariño*?

Y ahí estaba papá levantando con un suave gruñido a Janette en sus fuertes brazos como si fuera un bebé de nuevo y nada malo pudiera ocurrirle a *ella*. Nunca jamás.

Pero algo salió mal: la visita a Juliet en su casa se planeó, se esperó a que llegase y después se canceló.

Y de nuevo una semana más tarde: se planeó una visita, se esperó a que llegase y se canceló.

Infección, ingresada en urgencias, seguimiento postoperatorio.

Radiación, quimioterapia.

No tenía ni idea de lo que significaban esas palabras tan feas, pero Janette entendía que eran dolorosas, ya que tenían lugar en el Hospital Infantil.

Fueran lo que fueran aquellos tratamientos, nunca le ocurrirían a *ella*.

Al principio a Janette le entusiasmaba la idea de ver a su primita después de tantas semanas, pero poco a poco, a medida que las visitas se planeaban y se cancelaban, empezó a preguntarse si los adultos le estaban diciendo la verdad sobre Juliet.

¿Estaban jugando a una especie de juego? ¡A ella le daba igual!

Y es que ahora Janette iba al colegio. No a preescolar, sino a primaria. Juliet no iba al colegio, Juliet se quedaba en casa para ponerse «fuerte». A menudo la madre de Janette, tras cerrar la puerta de la habitación, hablaba con la tía Leslie, pero lo hacía en voz baja, y Janette no podía oír a escondidas y no quería oír a escondidas.

Aun así, incluso con la puerta cerrada, a veces podía oír llorar a su madre.

¡Janette odiaba eso! Odiaba a la tonta de mamá *llorando como un bebé*.

Los adultos no tenían que llorar. Una no quería oír llorar a un adulto, había que taparse las orejas con las manos para no oír.

Además, no estaba bien que mamá llorase por Juliet y no por Janette.

Janette era la niña de mamá, no Juliet.

A veces, era incluso gracioso. No podía evitar reírse. Una mujer adulta llorando, qué sonido más tonto.

La abuela también. Veía las lágrimas en las arrugas de la piel blanda y blanca de la abuela cuando iban de visita. Qué cosa tan *tonta*.

Janette se quedaba escuchando en la escalera, en la casa de la abuela. Después de cenar, de noche, cuando debía estar en su cama del dormitorio floral, que ahora odiaba.

En esos (secretos) momentos el pulgar de Janette se le iba a la boca. A pesar de que chuparse el dedo estaba prohibido. A pesar de que Janette tenía (ya) siete años.

Sin nadie que la viera, nadie que supiera cómo se chupaba ávidamente el dedo. Hasta que el pulgar se le quedaba blando, blanco y arrugado.

(Si nadie lo veía, no contaba: chuparse el dedo no era real si no lo veía ningún adulto).

Parientes en casa de la abuela levantando bruscamente la voz.

¿Cómo? ¿Estás segura?... ¿Sarcoma de Ewing, una niña?

Nunca había oído nada parecido.

Pero ¿eso no es... sida?

Debe de ser algo genético...

Ese tono de reproche, de acusación. Hasta una niña podía detectarlo.

Quizá era por algo que su tía y su tío habían hecho. Quizá aquello era algún tipo de castigo que ellos se merecían.

Fue una noche en las escaleras cuando Janette supo por la conversación de los adultos que a su prima se le había *caído* el pelo.

Janette no tenía ni idea de por qué había ocurrido aquello. Sintió un estremecimiento de pánico y, después, alivio de que una cosa tan terrible no le hubiera ocurrido a ella.

Cómo no preguntarse si Juliet estaba recibiendo un castigo. Fue Juliet quien rompió la cabeza de la muñeca de Janette, y Juliet se hacía pis en la cama, como un bebé. Juliet había tirado helado de

chocolate en un sofá de la casa de la abuela y se rio y no pidió perdón, puso un cojín encima de la mancha para esconderla y nadie se enteró nunca.

Solo Janette lo supo. Pero ningún adulto lo supo.

¡*Qué cosa tan triste! Ese pelo rizado tan precioso*.

Cómo explicarle a una niña...

Dicen que ya no llora tanto.

El fino pelo rizado color castaño rojizo de Juliet; era difícil para Janette creer que ese pelo se le había «caído». Su propio pelo estaba perdiendo sus reflejos rojizos, se volvía cada vez más marrón, ya no era tan rizado como antes.

El pelo de Janette no era tan especial. Como su cara, que era insulsa. A Janette le parecía que estaba mal que la castigada fuese Juliet y no ella, le parecía que era una equivocación.

Los adultos estaban diciendo que el pelo «le volvería a crecer»... más tarde. Esa era la promesa. Mientras tanto, Juliet llevaba pequeños gorros de punto en su (calva) cabeza para que no se le enfriase.

Pequeños gorros de punto en su (calva) cabeza para que la gente no la mirase con curiosidad y los otros niños no se rieran de ella.

Cabeza calva. Estas palabras hacían que Janette se retorciera de vergüenza; habría querido que su madre no las dijera en voz alta.

¡Y que no enseñase lo que estaba tejiendo a cada persona que venía a la casa! Janette quería gritar de rencor a su madre.

Y es que mamá estaba tejiendo un gorrito de lana para Juliet con un hilo suave multicolor. De la nada habían salido unas agujas de tejer que relucían y chascaban, y por el suelo rodaban bolas de lana.

A Janette no le gustaba nada: mamá insistía en probar el gorro en la cabeza de Janette mientras lo tejía, y si papá estaba en casa, mamá llamaba a papá para que mirase.

A menudo mamá se equivocaba al tejer y tenía que destejer varias filas que le habían salido mal.

Derecho, revés. Derecho, revés. Janette miraba hipnotizada las agujas de tejer, que centelleaban y chascaban.

Mamá le decía: ¿Te gustaría aprender, cariño? Yo puedo enseñarte.

¡No! Janette no quería aprender algo tan tonto y tan triste.

Y al final para colocar algo en una *cabeza calva*. No.

Finalmente, al cabo de unas semanas, mamá terminó el gorrito arcoíris, que inesperadamente resultó ser muy bonito. Mamá se lo probó a Janette una última vez. Le estaba un poco grande porque mamá había estirado la lana con su falta de experiencia al hacer punto, pero los colores eran suaves y bonitos. Janette se miró frunciendo los ojos en un espejo y por primera vez deseó que el gorro fuera suyo. Sintió lo injusto que era que mamá nunca le dedicase tanto tiempo a ella; mamá nunca le había tejido un gorro de lana a *ella*.

Antes de que Juliet enfermase, a ella y a Juliet les regalaban las mismas cosas. Ninguna resultaba favorecida sobre la otra. Pero ahora mamá y la tía Leslie estaban siempre pensando en Juliet y nunca pensaban en Janette.

Con una vocecita dolida Janette preguntó si la tía Leslie le iba a hacer un gorro a ella, pero mamá fingió no haber oído.

Cuando Janette decía ciertas cosas, a menudo mamá no oía.

El tío Stan se había separado de su familia, según se supo. Cuando papá lo supo, papá dijo una palabrota: ¡*Qué cabrón*!

La madre de Janette visitó a Juliet en el hospital y más tarde en la nueva casa que había alquilado la tía Leslie, pero no invitó a Janette a que fuera con ella ni la animó más tarde a hacer preguntas sobre esas visitas.

Quizá mamá habría dicho que, según los médicos, Juliet se estaba poniendo muy bien.

O quizá mamá habría dicho: ¡*Malditos médicos! Juliet está en cuidados intensivos, otra infección*.

Como un fantasma a la luz del sol, Juliet empezó a disiparse.

Janette apenas podía recordar cuando su madre y su tía Leslie las paseaban juntas dos o tres veces por semana empujándolas en sus cochecitos; cuando pasaban horas juntas en casa de una y de otra, y también en casa de los abuelos. Juliet estaba empezando a caer en el olvido, incluso el nombre «Juliet» no se oía muy a menudo en casa de Janette.

Y es que Janette había hecho amigos en el colegio. Sus caras y sus nombres comenzaron a expulsar el nombre y la cara de Juliet como cuando las señales de radio más fuertes expulsan una señal de radio débil.

A veces Janette iba a casa de una amiga después del colegio para jugar. A veces una amiga venía a casa de Janette a jugar.

Janette nunca le habló de Juliet a ninguna de estas amigas. ¡Había tantas cosas de las que hablar! Era una cháchara continua.

Cuando mamá traía noticias de Juliet adoptaba cierta expresión tensa que Janette aprendió a detectar, y a veces Janette se escapaba antes de que mamá pudiera decirle nada; y cuando Janette tenía una pregunta sobre Juliet, si descubría en el rostro de mamá, o de papá, cierta expresión —rígida, inmóvil—, enseguida cambiaba de opinión y se la guardaba.

Un niño aprende pronto: calcula cuál será la expresión en el rostro del adulto. Con mayor urgencia, en el rostro adulto masculino.

Lo que quiere es una sonrisa, una mirada de aprobación. Bañarse en esa aprobación que es el amor.

A los ocho años, Juliet se había sometido a *doce operaciones*.

A los diez años, Juliet se había sometido a *quince operaciones*.

Y ahora Juliet tenía que someterse a *cirugía reconstructiva*.

Estas noticias familiares empezaron a hablarse más abiertamente en presencia de Janette. Pues la *reconstrucción* se consideraba una «buena noticia», era algo «esperanzador».

Reconstruir el rostro.

Una vez las ecografías salgan bien.

A no ser que vuelva, otra vez...

¡*Dios mío! El seguro no le va a cubrir apenas nada*.

Y entonces un día, después de tanto tiempo, ¡mamá llevó a Janette a visitar a Juliet! Una sorpresa para Janette, a la que advirtieron de que no debía poner cara de «sobresalto».

Pues, al parecer, la tía Leslie y Juliet vivían en un dúplex alquilado, en una casa de ladrillo junto al parque, a solo tres kilómetros de allí.

—Juliet tiene mucho mejor aspecto que antes. Pero la cirugía no es perfecta, ya sabes.

Janette tragó saliva con fuerza. ¿Qué era lo que tenía que *saber*?

—... ha sufrido mucho. Pero ha sido muy valiente. Tendrás que estar preparada, cariño. Tú haz como si nada, ¿de acuerdo?

Janette asintió, asustada y resentida. *De acuerdo*.

En lugar de llevarla a visitar a una de sus amigas del colegio, la llevaban a visitar a su prima Juliet. Era *injusto*.

Se suponía que el reencuentro sería algo informal, discreto. Mamá y Janette tan solo se iban a «pasar por» casa de la tía Leslie y no se quedarían mucho rato. Le explicaron a Janette que Juliet casi no recibía visitas porque había riesgo de infección y que (por supuesto) Juliet había estado yendo al colegio, aunque «se cansaba enseguida»; pero lo extraño fue que Janette se sentía tan ansiosa por la visita, estaba tan preocupada por el hecho de que la casa adosada de ladrillo oscuro en la que vivían su tía y Juliet —y que nunca había visto— fuese mucho más pequeña que su casa de antes, que no reconoció a Juliet cuando la vio allí mismo, en el salón: una niña de aspecto atrofiado de menor edad que Janette, con un rostro paliducho que en parte parecía haberse fundido como cera y después haber vuelto a endurecerse pero no de manera uniforme; el párpado izquierdo caído, el ojo con un brillo poco natural, desenfocado, como el ojo de una muñeca.

Una cara como rota en dos mitades asimétricas que después hubieran unido a la fuerza, al igual que un plato roto.

Había algo desparejo en la mandíbula inferior. Y en la nariz: una narina era mucho más estrecha que la otra, era apenas más grande que una ranura.

Y en la cabeza, que parecía antinaturalmente pequeña, como una cabeza reducida, con el suavecito gorro arcoíris que había tejido mamá.

Aunque Janette entendió que *esa era Juliet*, algo en su cerebro se oponía y se resistía, ¡*esta no es Juliet*!, mientras las hermanas adultas la miraban con ansiedad y la pequeña niña atrofiada con la cara derretida la miraba también, intentando sonreír.

Intentando hablar con Janette, su barbilla temblando: ¡*Hola! J-Janette*...

Una voz burlona llegaba a los oídos de Janette, *No no no*, pues aquella niña, aquel pequeño engendro, era más baja que Janette, pero Juliet era más alta que Janette, eso lo sabía todo el mundo.

Y Juliet no tenía *ese* aspecto. Eso lo sabía todo el mundo.

Los ojos de Janette parpadeaban deprisa. Retrayéndose ante aquella cosa atrofiada con sus vaqueros demasiado grandes y su camiseta de un amarillo demasiado brillante, exactamente lo que le habían dicho que no debía hacer. Su labio superior contraído, dejando ver la encía, como contrae el labio un perro cuando gruñe, pero demasiado conmocionada como para hablar, para producir cualquier sonido.

Sentía oleadas de horror, de miedo, que la dejaban temblando, fría.

La tía Leslie avanzaba hacia Janette, como para abrazarla.

—¡Janette! Ven aquí, cariño...

Y mamá la instaba:

—¡Dile hola a Juliet, Janette! Hacía *tanto tiempo* que no os veíais...

Los ojos de las dos mujeres se aferraban a ella. Y los ojos vidriosos y deformes de la niña atrofiada fijos en ella con aquella *ansiedad*.

Janette tenía tantas ganas de salir corriendo, Janette tenía tantas ganas de ocultar su propia cara, de cerrar los ojos.

Pero no, Janette se armó de valor.

La boca de la pequeña niña atrofiada tembló en una sonrisa tímida, para animarla. Janette se dio cuenta de que la niña atrofiada le tenía lástima *a ella*.

Dijo algo como *No pasa nada*.

Es decir: Juliet entendía que Janette no quisiera mirarla.

Pero no, Janette iba a *intentarlo*. Tartamudeando, sonriendo. Aun así, seguía habiendo miedo en sus ojos. En su cabeza latía algo como un gusano gigantesco.

No pasa nada, no tienes por qué.

Ay, pero yo... yo...

Ojos tironeando de mamá en busca de ayuda. Y mamá asintiendo con apremio, empujando suavemente a Janette hacia delante.

Un zumbido como de avispas. Pero Janette estaba decidida, iba a estar bien.

Les trajeron cuencos de helado de vainilla con sirope de chocolate que había hecho la tía Leslie. Y mamá había traído galletas de avena recién horneadas. Janette estaba sentada en un sofá, avergonzada, con los pies colgando. La pequeña prima atrofiada, con su camiseta amarillo chillón, estaba sentada en una silla hecha de cierto tejido suave, de tamaño infantil, que habían colocado muy cerca de donde colgaban los pies de Janette.

Juliet tenía problemas para comer porque su boca estaba torcida. El helado derretido le chorreaba por la barbilla y la tía Leslie se lo limpiaba con un pañuelo de papel. Su ojo vidrioso seguía fijo en Janette, y eso la ponía incómoda.

Cuchara en mano, intentando comer helado que hacía que le doliese la boca por lo frío que estaba. Masticando despacio una galleta, difícil de tragar por lo seca que tenía la boca.

Mamá estaba animando a Janette a que le hablase a Juliet del colegio, pues Juliet iba a empezar muy pronto, y en el mismo colegio que Janette.

Había tenido «tutores» privados. Y la tía Leslie había intentado la «educación en casa». Pero Juliet no iría al mismo curso que Janette: Juliet iría a tercero, a pesar de tener diez años.

¡*A tercero*! Janette estaba en cuarto. Sintió una punzada de esperanza: quizá no tendría que ver a Juliet nunca.

—A ti te gusta el colegio, ¿verdad, Janette?... ¿Te gustan tus profesoras?

Janette asintió, *sí*. Pero no se le ocurría qué decir.

—¿Quién era tu profesora el año pasado, en tercero? Seguro que Juliet la tendrá también... La «señorita King»..., «Klinger»...

Asintió, *sí*. Retorciéndose de sufrimiento, ni siquiera el helado de vainilla con sirope de chocolate podía distraerla de aquellos ojos vidriosos a solo un metro de ella, que parecían a la vez saber y perdonar.

Poco después se reanudaron las visitas a casa de los abuelos. No con tanta frecuencia como antes de las operaciones, y ninguna de

las dos niñas tenía que quedarse a pasar la noche, pero allí estaba Juliet (un fin de semana, tras una visita a urgencias, en silla de ruedas) y allí estaba Janette, de la que siempre se esperaba que pasase tiempo con Juliet y que se sentase junto a ella en la gran mesa de roble.

Tenía ganas de llorar por lo injusto que le parecía todo.

No era justo. No era justo para *ella*. Todo el mundo sabía que Juliet *olía mal*.

De la piel de Juliet emanaba un olor como de monedas de cobre cuando se dejan en la mano.

O, peor aún, como algo enfermizo que se pudre dulzonamente.

Le explicaron a Janette que el olor, si era verdad que había olor, sería solo el antiséptico que ponían las enfermeras al cambiar el «catéter» del pecho de Juliet (Janette *no quería saber* qué era un «catéter»), o quizá los efectos secundarios de la quimioterapia (Janette *no quería saber* qué era la «quimioterapia»).

—Lo mínimo que puedes hacer es sentarte un rato con Juliet. Ya sabes que se cansa enseguida, se irá a casa pronto.

—Ya, ¡de acuerdo!

Janette tenía ganas de llorar por lo injusto que era aquello.

Pensando: *Te odio a ti, y la odio a ella*.

Incapaz de comer mucho. Malhumorada, taciturna. Trataba de no mirar con atención a Juliet, que estaba a solo unos centímetros de ella.

Trataba de no inhalar, de no oler el hedor químico que emanaba de la piel húmeda de su prima. Trataba de no tener náuseas.

Después Janette se quejaba durante días a su madre: aquel olor enfermizo se le metía en el pelo, la comida olía raro, no podía

comer.

Resentida, avergonzada. Pues sabía que estaba siendo cruel y egoísta y odiosa, y la verdad era que no odiaba a Juliet, *no la odiaba*.

Su madre la miraba con una expresión de... ¿de qué? No de horror, ni de asco, sino de compasión.

—Ay, Janette. Pero tú tienes la vida que le han quitado a Juliet.

Janette se escabulló, abochornada. ¡Qué injusto era *eso*! Janette jamás perdonaría a su madre por decir algo así.

La *reconstrucción cosmética* era un proceso que parecía no tener fin.

Y es que siempre había nuevas operaciones a las que Juliet debía someterse: implantes de piel, implantes de hueso.

En séptimo curso, la prima de Janette tenía una carita delicada, demacrada y pálida que podía pasar por una cara «normal» si no se la miraba muy de cerca.

Pero, por supuesto, los niños miran muy de cerca. Entra dentro del carácter de los niños (crueles), sobre todo de los varones de secundaria, *mirar muy de cerca*.

Poco importaba que el pelo de Juliet casi le hubiera vuelto a crecer del todo: ralo, fino, pero de un hermoso color castaño, lleno de elásticos rizos. Y que la madre de Juliet le comprase ropa bonita, de colores brillantes, de texturas suaves. Se veía que algo no estaba bien en la cara de Juliet, había algo asimétrico, roto. Y esa expresión de presa perseguida, casi una expresión de culpa.

Ya lo sé, da miedo mirarme. ¡Lo siento!

Un brillo de miedo en el ojo «bueno», el derecho, la piel como algo derretido y después coagulado.

El cuerpo de Juliet era frágil, estaba subdesarrollado. No experimentaría la «pubertad» como las demás niñas, según le explicaron a Janette en términos vagos pero lo bastante clínicos como para hacer que se retorciera de vergüenza, de mortificación.

(Aunque en cierto modo Janette envidiaba a su prima: *no* tener calambres en el bajo vientre cada pocas semanas, *no* chorrear sangre negruzca y hedionda de entre los muslos...).

(*No* tener que preocuparse jamás por quedarse embarazada, por tener un bebé. Lo que fuera que significara esa palabra: *preñada*).

Los directivos del colegio y los profesores conocían la condición médica de Juliet y la naturaleza impredecible de dicha condición. A menudo tenía que ausentarse del colegio porque su recuento de glóbulos blancos era irregular; necesitaba «transfusiones» debido a la anemia.

Sus (desparejos) ojos parecían enormes en su rostro. Muy callada, vigilante, con aquella sonrisita de disculpa o de arrepentimiento.

Cara de engendro, le decían los chicos a Juliet.

Riéndose, mirándola de reojo. Mofándose. Persiguiéndola en el colegio, cuando no había adultos cerca. Persiguiéndola al salir del colegio. Y si ella volvía hacia ellos su carita pálida, retrocediendo con exagerado horror.

No todos los chicos, solo algunos chicos.

No todos los días, solo algunos días.

Janette guardaba las distancias. Sabiendo que el sufrimiento de Juliet sería su sufrimiento si se acercaba demasiado.

Tarde de invierno. El suelo cubierto de nieve endurecida.

Frío afilado como cables que se te meten por la nariz hasta el cerebro.

¿*Es Juliet esa que camina más adelante en dirección a la biblioteca pública del centro, después del colegio*?

Es raro que Janette vea a su prima después del colegio. Es raro ver a Juliet caminando sola por la calle, pues normalmente su madre la lleva en coche al colegio y la recoge a la salida.

Le preocupa su salud: Juliet se resfría enseguida, se cansa enseguida. Es propensa a dolencias respiratorias que, según se afirma, no están relacionadas con el cáncer.

Las primas tienen ahora dieciséis y quince años. Ambas están en segundo curso en el instituto. Juliet ha adelantado un año. Pero no suelen encontrarse, pues están en tutorías diferentes y tienen horarios diferentes.

¡*Pobre Juliet! Con uno de esos tontos y tristes gorros de punto (de nuevo). Que hacen que su cabeza parezca reducida. Que no se quita en el colegio. Pues el cáncer ha vuelto, ahora lo tiene en algo llamado «nódulos linfáticos». Le dan quimioterapia una vez a la semana, según ha oído Janette. Todo su hermoso pelo castaño se le ha caído (de nuevo)*.

¡*Qué pena! Qué mala suerte*.

Janette lleva años oyendo estas exclamaciones de boca de sus padres, de parientes.

Existe un cansancio incluso de la pena, de la aflicción. Como un músculo que se ha estirado demasiadas veces y pierde su elasticidad. Sobre todo el dolor por otro es susceptible de quedar embotado.

Janette se dirige también a la biblioteca pública a documentarse para un trabajo de estudios sociales. Tenía pensado llamar a su prima, preguntarle a Juliet sobre qué va a hacer el trabajo y qué tal está, pues las primas están ahora en contacto, hasta cierto punto, aunque por lo general no en el colegio.

Y Janette es mayor ahora, ya no es tan niña.

Al final ha resultado que Juliet es buena alumna. Aunque sus notas son erráticas, como su recuento de glóbulos blancos.

Cuando la medicación le produce somnolencia, tiene problemas para mantenerse en la media. Otras veces saca sobresalientes, hace los deberes, estudia con tesón para sus exámenes y sus controles.

Las notas de Janette se quedan en el notable, a excepción de las matemáticas, para las que, según le ha dicho directamente el profesor, no tiene ninguna aptitud. Ha oído que Juliet ha sacado un sobresaliente bajo en esa asignatura, en geometría, pero le parece difícil creerlo.

Son las madres de las dos primas las que transmiten historias de una a otra. Hermanas-madres que hablan todos los días por teléfono como si sus vidas importaran muchísimo, sobre todo ahora que sus padres han fallecido, que la gran casa de ladrillo pintada de blanco se ha vendido y que las visitas al lago de todos los fines de semana han cesado para siempre.

Por lo menos, piensa con satisfacción Janette, la maldita lámpara de Mamá Oca ha acabado en la basura.

Nunca tendrá que dormir de nuevo en el dormitorio rosa floral. Y nunca tendrá que volver a examinar a Bonnie, la muñeca de Juliet, para ver lo superior que es a Betsy, su estúpida muñeca.

Aunque se siente culpable cuando su madre le pregunta si ve a Juliet en el colegio. Pues la tía Leslie se queja de que Juliet lo pasa mal, de que los malditos niños pueden ser muy crueles. Janette le explica a su madre con voz contrita que no suele cruzarse con Juliet en el colegio porque no están en la misma tutoría y solo tienen una clase juntas, estudios sociales. Y sí, por supuesto, cuando Janette se cruza con Juliet siempre dice hola y es especialmente amable con ella...

Janette comenta que Juliet ha sido nombrada delegada en su tutoría, así que no todos los niños son crueles con ella. ¡A ella *nunca la han nombrado para ningún puesto en el colegio*!

La madre de Janette reconoce que sí, que eso fue amable por parte de los compañeros de tutoría de Juliet, fue un bonito gesto por su parte, pero ¿por qué no puede sentarse Janette con Juliet para comer?, Leslie siempre se está quejando de que Juliet no tiene a nadie con quien sentarse en la cafetería; pero Janette protesta, dice que hay una mesa cerca de la entrada de la cafetería reservada para los alumnos con necesidades especiales, y que un profesor se sienta con ellos por si precisan ayuda. Y que a ella *no le darían la bienvenida en esa mesa si quisiese sentarse con Juliet allí*.

(Por supuesto, esto no es verdad. Es una mentira ridícula, y Janette se asombra de que su madre se la crea. Y Juliet podría sentarse con Janette y con las amigas de Janette en cualquier mesa de la cafetería si Janette la invitase).

El problema es que nadie quiere ver a Juliet, nadie quiere ver su cara. Aunque te dé lástima y te caiga bien, esa cara es, en fin..., deprimente.

Los chicos lo que quieren sobre todo es reírse. Y las chicas también. Lo que una no quiere *es deprimirse*.

Si (por ejemplo) hay un chico que está (más o menos) interesado por ti, y Juliet está contigo, y el chico mira a Juliet, entonces...

Estas objeciones dan vueltas por el cerebro de Janette en el luminoso aire invernal como coloridas bolas de plástico barato.

Janette, media manzana por detrás de su prima, puede ver cómo los peatones miran a Juliet mientras se acercan a ella y al pasarla de largo. Incluso mujeres adultas, que deberían entender que eso no está bien.

No es que la cara de Juliet esté deformada de manera espeluznante. No es eso. Después de tantas operaciones, no es una cara terrorífica, no es una cara monstruosa. Y, sin embargo, da aún más miedo que estas porque parece «normal» a primera vista... hasta que miras con más detenimiento y ves las zonas de piel desparejas, la mandíbula asimétrica, el vidrioso ojo muerto, con su párpado caído.

Es como mirarse en un espejo y ver en tu propio (y conocido) rostro algo profundamente desconocido, inesperado. Insondable.

Pues hay algo en el cerebro humano que teme, que se horroriza, que retrocede ante la deformidad. Incluso de la deformidad más leve que puede detectar el ojo.

Así como el ojo del depredador está condicionado para detectar el más leve movimiento, para reconocer a la presa, el ojo humano detecta algo incorrecto y envía una señal al cerebro.

Miedo, asco. Horror a la diferencia. Deformidad. Pánico, histeria.

El deseo de desfigurar al otro: des-figura.

De modo que los desconocidos, al ver la diminuta silueta de Juliet en la calle, que parece tener mucho menos de dieciséis años, que no se sabe claramente si es un chico o una chica, tan delgada, con su chaqueta demasiado grande, sus pantalones holgados, su gorro de punto calado hasta las cejas, sin saber nada de ella excepto que hay algo en su cara que no está bien, sin saber, sin que les importe, que tiene dieciséis años, que es una superviviente de cáncer (de momento), una superviviente de veintidós cirugías faciales (de momento), una amante de los animales y una hija querida, reaccionan como si se tratara de una amenaza, incluso de un adversario que es necesario evitar.

Los chicos de secundaria son los peores. Los chicos del instituto a veces son igual de crueles.

Cuando están en grupo, no de uno en uno. Si hay varios, miran abiertamente, sin piedad. Azuzándose unos a otros, los labios contraídos de desprecio, de irrisión sexual.

¡Oye! ¡Preciosidad!*..., burda risa simiesca, silbidos piropeadores*.

Peor que el cáncer, ha dicho alguna vez amargamente Juliet, es la forma en que la gente la mira en público, las cosas que dicen.

Janette quiere correr hacia Juliet, caminar junto a ella. Quiere pasarle un brazo por el brazo a Juliet. Se pondrá a gritarle al siguiente patán que se enfrente a Juliet: ¡Déjala en paz! Deja a mi prima en paz. No tiene ningún problema, el problema eres *tú*.

Abrazará a Juliet. Tú eres hermosa; ellos son los feos. No les prestes atención. Yo te quiero.

El corazón de Janette late fuerte por la indignación, por la anticipación. Pero sus pasos empiezan a ralentizarse al acercarse a la biblioteca. Aquí hay más peatones por la acera, más adolescentes.

Juliet sigue caminando con valentía, con paso decidido. Si los patanes adolescentes se la quedan mirando con la boca abierta y murmuran palabras burlonas cuando ella pasa a su lado, Juliet los ignora. Es una chica frágil, pero son ya muchos años de aplomo imbuido de pragmatismo y de estoicismo, muchos años de resignación. Su rostro hecho de retazos es una obra maestra de impasible ironía.

Janette la mira subir los escalones de piedra de la biblioteca, abrir la puerta y entrar tras echar una rápida mirada por encima del hombro.

Y los chicos burlones se quedan atrás, olvidados.

Y también Janette, al pie de los escalones. Calculando cuánto tiene que esperar para entrar a su vez en la biblioteca.

El corazón latiéndole de vergüenza, de culpa. Porque sospecha que Juliet la ha visto.

Aun así, Janette se queda indecisa en la acera. No entra en la biblioteca tras su prima. Aún no.

—Ay, Janette, ¿te has enterado? Terribles noticias...

Su madre se echó a llorar. De inmediato, Janette lo supo.

Lo supo, y deseó poder cortar la llamada a toda prisa.

—... la pobre Juliet, ha...

Siete semanas tras el comienzo del semestre de otoño en la Universidad Estatal de Michigan, donde Janette vivía en una residencia para estudiantes de primer año, con dos compañeras de habitación. Mientras en Ann Arbor, a noventa y cinco kilómetros de

allí, Juliet estaba también en su primer año en la Universidad de Michigan y vivía sola en un alojamiento fuera del campus.

Juliet empezó estudiando varias asignaturas difíciles y necesarias para ingresar en la facultad de Medicina: Biología, Química, Estadística, Informática. Al principio sacaba notables altos y sobresalientes bajos. Pero al cabo de unas semanas empezó a faltar a clase, según supo su madre más tarde. La descubrió un bedel encerrada en el cuarto de baño de su habitación, en coma tras una sobredosis; nadie sabía cuánto tiempo llevaba allí, sola.

Calmantes, pastillas para dormir: una enorme sobredosis. Ya no recuperó la conciencia y murió en la sala de urgencias del hospital universitario.

Paradójicamente, en el momento de su muerte Juliet estaba curada del cáncer. Su última resonancia, seis meses atrás, había salido limpia. Su recuento de glóbulos blancos permanecía estable. Su madre afirmó más tarde que la universidad le «entusiasmaba», que las asignaturas eran «un reto» y que «estaba haciendo nuevos amigos». Se había sometido a su vigesimoséptima operación a comienzos de verano, reconstrucción cosmética de pómulo y mandíbula. Había aprendido a «maquillarse» la cara con cosméticos especiales. Llevaba de tal manera el pelo, ralo pero débilmente rizado y aún castaño rojizo, que disimulaba las cicatrices de los puntos en el nacimiento del cabello.

Juliet había solicitado permiso para vivir en un alojamiento fuera del campus porque no quería soportar el estrés y el ajetreo de una residencia mixta. No quería vales para la cafetería, prefería prepararse la comida ella misma, pues tenía numerosas restricciones alimentarias. No quería tener compañeras de habitación, para así

ahorrarles a unas desconocidas sus dramas médicos, los protocolos de sus necesidades especiales. Quería privacidad, no soportaba la compasión.

Había estado «saliendo» con un chico, según decía su madre. Janette, que (aún) no había tenido novio en East Lansing, no creía que fuese cierto, pero por supuesto no dijo nada.

Por teléfono «parecía feliz». Habían planeado que fuera a casa por Acción de Gracias.

¿Por qué se habría quitado la vida? ¿Por qué *ahora*? Era una pregunta que no tenía respuesta, pero que seguiría haciéndose de manera implacable, sin piedad.

Janette no se atrevió a preguntarle a su madre si Juliet había dejado una nota de suicidio. Ni siquiera si se había pronunciado la palabra *suicidio*. Si un médico forense había dictaminado que había sido un suicidio o un accidente.

Muerte accidental por sobredosis. Eso parecía probable, ese sería el relato adjudicado a la muerte prematura, a la edad de diecinueve años, de una superviviente de cáncer.

Al comienzo del semestre las dos primas habían intercambiado correos electrónicos. Habían hablado brevemente por teléfono una o dos veces. Juliet fue quien inició tanto los correos electrónicos como las llamadas. Juliet expresó una especie de entusiasmo reservado por Ann Arbor, donde no conocía prácticamente a nadie, se mostró ilusionada con sus asignaturas, le confesó a Janette que se sentía «un poco sola, a veces».

Janette no le hizo a Juliet ninguna confidencia. Ni acerca de lo nerviosa que la ponía el proceso de selección de las fraternidades, ni sobre la inseguridad que le inspiraban sus asignaturas, ni sobre lo

sola que se sentía en el campus de East Lansing, inmenso y barrido por el viento, donde, como Juliet en Ann Arbor, no conocía a casi nadie y donde las pocas personas que conocía, del instituto, no estaban muy interesadas en conocerla a ella.

Por qué no mantuve el contacto con Juliet.

¡*Por qué soy así*!

Dios mío, por qué soy así...

Habría un funeral dentro de dos días, Janette tenía que volver a casa.

Le aseguró deprisa a su madre que por supuesto, por supuesto allí estaría. ¡Por supuesto!

(Sintiendo una oleada de desesperación, de resentimiento. Se perdería algunos eventos ese fin de semana, eventos cruciales, una jornada de puertas abiertas en Kappa Gamma Phi, a la que pensaba unirse, y también estaba un chico llamado Kevin, o Colin, que se sentaba detrás de ella en la clase de economía y que le había propuesto «hacer algo» el sábado por la noche).

Sin decirle a su madre que Juliet le dejó un mensaje de voz hace dos semanas y que Janette no llegó a responder nunca.

No queriendo admitir que esa fue la última vez que oyó la voz de su prima.

¿Janette? Solo quería hablar contigo. Estoy pasando por una época más bien difícil...

¿Tú estás bien? ¡Espero que sí!

Te quiero.

Se había propuesto llamar a Juliet, sin duda. Pero, por alguna razón, no lo había hecho.

Recordando que su madre le dijo de niña, con tono de reproche: *Tú tienes la vida que le han quitado a Juliet*...

¡Qué extraño que una madre le diga algo así a su hija!

Cómo podía ser *cierto*. No podía ser cierto.

Esas palabras no tenían sentido. Su madre habló en aquella ocasión de manera impulsiva, irresponsable. Como acusando a Janette de ser simplemente Janette, y no Juliet.

Corta abruptamente la llamada con su madre, necesita escapar. Lamenta el hecho de que parecerá grosera. Lamenta disgustar aún más a su madre. Lamenta lo insoportable que le resulta oír llorar a su madre una vez más, a todos ellos llorar una vez más.

—Por ella. No por *mí*.

Cielo frío y nublado, finales de octubre, olor a hojas mojadas y podridas.

¡Ha salido a toda prisa de la residencia sin chaqueta y sin abrigo! La gente la mira extrañada.

¡Necesita escapar! Necesita respirar.

Intenta no llorar. ¡Basta de llorar! Su rostro está contorsionado por el esfuerzo, la boca le duele como la boca de un pez al que le han arrancado brutalmente el anzuelo.

En el sendero atraviesa el campus haciendo eses para no chocar con desconocidos. Los ojos bajos, sin atreverse a mirar ningún rostro. El corazón latiéndole con fuerza. Hay algún problema con su coordinación, con su equilibrio. ¿Está borracha, drogada, esa chica de expresión angustiada sin chaqueta ni abrigo, a solo siete grados de temperatura?

Las miradas se le quedan enganchadas como espinas. Al alzar los ojos con timidez ve caras de preocupación. Y algo más que preocupación.

Ve en la acera un poco más adelante a Kevin, o Colin, con una chaqueta caqui, que la mira fríamente sin reconocerla.

Por lo general se examina con cuidado antes de salir de la intimidad de su habitación. Suele revisar su maquillaje, su pintalabios. Sin maquillaje es una chica anodina y seria; sin pintalabios es como si no tuviera labios, parece asexuada. Su cuerpo es macizo como una calabaza de invierno, sus piernas son robustas y musculosas. Se encuentra de pronto en el extremo del campus. Cruza la calle Sexta, dejando tras de sí ráfagas de bocinazos. Pasando deprisa frente a restaurantes de comida rápida, tiendas de ropa. Nadie más corre en la calle Sexta; Janette está dando un espectáculo. Si fuera una corredora, iría vestida de manera diferente. Si fuera una corredora, no se le ocurriría correr por la acera molestando a los peatones.

En el escaparate de una librería ve un rostro espectral sobre un cuerpo robusto, cuencas sombrías en lugar de ojos, como los ojos de una calavera. Tiene las mandíbulas apretadas de forma antinatural. La línea de su mandíbula es angular como un codo. Un niño, aferrado a la mano de su madre, la mira con miedo.

Son peores que el cáncer, esas miradas.

¡*Idos de aquí, idos al infierno! No sabéis nada de mí*.

Su corazón late deprisa, con dolor. Su respiración va a sacudidas, entrecortada. Necesita ya mismo escapar a ser *vista*.

Jadeando, tambaleándose, se dirige al jardín botánico de la universidad. En los días fríos y húmedos, el botánico suele estar

desierto. Aun así, hay corredores con pantalones elásticos de licra y con las zapatillas adecuadas que la miran sobresaltados. Desconocidos que, percibidos los jadeos y el rostro húmedo de Janette, le devuelven expresiones cuidadosamente neutras.

No tiene adonde ir. No puede regresar a la residencia, aún no. Sin pensar, ha salido corriendo sin chaqueta ni abrigo ni teléfono móvil, no puede llamar a su madre, o a Juliet.

Llamar para explicar. Para disculparse. *No es demasiado tarde, no hay más que tocar la pantalla del móvil..., el número de Juliet. ¡Eso hará*!

¿Juliet? Hola...

Grava bajo los pies como hielo picado. Dolor en el costado izquierdo, totalmente sin aliento. Corre hasta que te falle el corazón. Corre hasta que te estalle el corazón. En un estanque en el que flotan unos nenúfares desecados, festoneado con juncos y espadañas rotos, hay agua oscura y ondulante. El rostro reflejado en él ondula como si estuviera cubierto de cicatrices, con ojos de calavera.

La mandíbula extrañamente desencajada, la diminuta boca de pez abierta y jadeante.

—¡Mamá, mira!

Un niño pequeño observa a Janette a pocos metros de distancia.

—¡Chist! —sisea la joven madre con el ceño fruncido.

Janette retrocede, se aleja deprisa. Está avergonzada, herida.

El aire frío le ha endurecido el rostro, que se le amolda como una máscara de yeso. Sus dedos descubren a tientas que está congelado, desfigurado, como si le hubieran cosido una expresión salvaje a la piel.

El accidente de bicicleta

1

El accidente de Evie con la bici, lo llamaban. O, si la intención era hacer un reproche, insinuar que solo Evie tenía la culpa de que casi la mataran en el puente de Cayuga y del verano de sufrimiento que vino después, *el accidente de Evie con su bici*.

¿Había una sutil distinción? *La bici, su bici*.

Crecer en aquella familia era así. Todos los hijos lo recordarían. En el hogar había un ambiente caluroso y jovial como en una cancha de deportes cubierta, bien iluminada, sin sombras, donde los sonidos rebotan en el bruñido suelo de madera noble, todo a la vista.

Nada que, a ojos de los niños, no estuviera cargado de significado.

Arlette, la madre de los niños, tenía cuidado de no mencionar nunca el incidente del puente de aquella manera. Nunca culpaba a Evie. Nunca habría culpado a ninguno de sus hijos en circunstancias como aquellas, se había sentido tan aliviada de que su hija estuviera *viva*...

Antes del accidente y *después*. Casi llegaría a parecerle que había sido su propia rodilla la que se rompió en el puente de Cayuga Street, su propio cráneo el que se fracturó.

Intentaba recordar siempre, ahora que era madre, y una madre muy responsable, que los niños no tienen derecho a réplica en el

mundo de los adultos. Debes escuchar a los adultos. Están por encima de ti, literalmente. Te mienten cuando les conviene, y no lo descubres hasta años después; si dicen la verdad es porque la verdad les otorga una ventaja. Se inventan excusas, pero te culpan por aquello que no siempre es culpa tuya, aunque no logres explicarte. Ellos pueden hacerte llorar, pero más te vale no hacerles llorar a ellos, porque no te lo perdonarán jamás.

Y pensar que casi te mueres, Evie..., ¡en ese puente! Y no sabíamos dónde demonios estabas.

Cómo pudiste... escabullirte de esa manera, sin decírmelo...

Eso fue lo hiriente. *Sin decírmelo*.

Pero no permitió que Evie supiese nada de esto. Arlette no era ese tipo de madre.

A primera hora de aquella mañana, había reclutado a Evie para que la ayudase a preparar la comida de la fiesta al aire libre que había planeado para celebrar el compromiso de una de sus sobrinas. Madre e hija trabajaban en equipo en la cocina. En el jardín, los chicos ayudaban a su padre a disponer las carpas, las mesas y las sillas plegables de alquiler.

¡Cuarenta y ocho invitados! Arlette llevaba semanas esperando aquel día. En el calendario de la pared de la cocina el 23 de junio estaba rodeado por un círculo hecho con rotulador rojo como una nebulosa en explosión.

De los cuarenta y ocho invitados, al menos un tercio eran parientes y amigos del prometido de Cassie, y Arlette no los conocía. Pretendía cocinar toda la comida ella sola, se negó a contratar un servicio de catering o a comprar comida preparada.

Y ahora anunciaban lluvia para última hora de la tarde. Tal vez habría que apiñarse bajo las goteantes carpas en lugar de dispersarse por el césped, donde florecían los macizos de espirea nupcial y de peonías carmesí.

Había sido una temporada de aguaceros y tormentas de verano. A media mañana el cielo estaba blanco y uniforme, sin nubarrones a la vista, pero no te podías arriesgar estando a menos de treinta kilómetros del lago Ontario.

En Strykersville todos habían crecido bajo un cielo como aquel. Las nubes de tormenta podían tomar forma en cuestión de minutos por encima del inmenso lago. Truenos en la lejanía como ruido de barriles rodando, relámpagos, lluvia rápida y percusiva, muros de lluvia, y en menos de una hora una súbita brecha en el cielo oscurecido, rayos de sol atravesándolo como si aquello fuera lo más natural del mundo: sol, no tormenta.

Desde que había fijado la fecha para la fiesta de su sobrina, Arlette tenía problemas para dormir. A menudo la despertaban sueños sobre comida, invitados, lluvia. Kevin se reía de ella por lo obsesionada que de pronto estaba con la comida. En el cerebro de Arlette se alzaban y caían detallados menús como cataratas espumeantes. Aperitivos, entrantes y postres eran fiebres turbulentas en su sangre.

Un buffet de verano equivalía a comida fría: bandejas de pechuga de pavo recién cortada, jamón de Virginia, *roast beef*. Ensalada alemana de patata, ensalada de col. Maíz dulce. Huevos rellenos. Tomates. Una ensalada verde con lechuga romana, lechuga de Boston, albahaca fresca. Todo recién preparado, nada comprado hecho en una tienda de alimentación o en un mercado de

agricultores. Todo el que entrase en la casa podría oler el apetitoso aroma del pan de masa madre que Arlette iba a hornear esa mañana. Una bandeja de fruta decorada: trozos de piña, bolitas de melón, cerezas negras deshuesadas, fresas, arándanos, frambuesas. Pastel de crema de plátano, pastel de ángel con glaseado de chifón de chocolate, helado de varios sabores.

Arlette se llevó un chasco cuando Kevin acordó con su adinerado amigo Rob Nash que este llevaría las bebidas más caras: vino (tinto, blanco), whisky, vodka, ginebra.

Cassie, la sobrina, se sentía profundamente emocionada de que Arlette se encargase de la fiesta para ella y su prometido. Y aun así decía en voz baja: «Pero no tienes por qué hacer todo esto por nosotros, tía Arlette. Una fiesta con catering sería algo mucho más sencillo. Sin complicaciones».

No eran *complicaciones*, protestó Arlette, dolida. La madre de Cassie había fallecido hacía tres años, y a Arlette le parecía que aquello era lo mínimo que podía hacer por su familia. Por su hermana.

Kevin pensaba que contratar un catering era pretencioso —«darse aires»—. Nada irritaba a Kevin tanto como «darse aires». Aun así, cuarenta y ocho invitados eran mucha más gente de la que había venido nunca a una barbacoa en el jardín.

Al menos no iba a intentar hacer una barbacoa para todos los invitados. Arlette insistió en servirlo ella todo como buffet frío.

Kevin estaba orgulloso de aquella propiedad de más de una hectárea en las afueras de Strykersville. Hacienda de dos pisos, fachada de secuoya, revestimiento de aluminio blanco, techo de tejas. Cortaba la hierba él mismo con un tractor cortacésped, había

construido la terraza de secuoya con ayuda de un amigo carpintero. Miembro de los equipos de rugby y béisbol del instituto de Strykersville; cursos en administración de empresas en el Chautauqua Community College. Copropietario de una ferretería Ace Hardware en el centro comercial. Seis días a la semana estrechando la mano de los clientes, sociable, de buen corazón. La reputación de un hombre de negocios es su capital.

Nada *pretencioso* en Kevin Hansen. Mantenía podados los setos y árboles de su propiedad con una motosierra; desde la terraza había unas vistas espectaculares de las tierras de cultivo de detrás de la hacienda, las ondulantes estribaciones de las montañas Chautauqua.

¡*Silbad mientras trabajáis, muchachos*!, les ordenaba Kevin a los chicos en el jardín con su voz divertida de papá.

En la cocina, Arlette puso a Evie a cargo de los aperitivos. Los huevos rellenos eran el gran reto. Exigían tiempo y maña. Evie no tenía ni idea de por qué su madre no compraba los huevos rellenos en el Safeway. Tanto trabajo. Su trabajo. Para demostrar... ¿qué? ¿Para ahorrar dinero?

Evie tenía trece años, ya no era una niñita que se sintiera halagada cuando Arlette la arrullaba, cuando la llamaba *la pequeña ayudante de mami*. Ya no apreciaba los elogios de su madre. Le había molestado tener que levantarse tan pronto un sábado. Le molestaba que sus hermanos estuvieran en el jardín con su padre, riendo y dando gritos.

Con papá, siempre había algún tipo de *bufonadas*, como decía Arlette con desaprobación.

Con mamá no había nada de eso. Nada de reírse en voz alta, nada de diversión. Y cuidado con resultar impertinente..., «contestona».

A última hora de la mañana, Evie había empezado a encontrarse cansada, inquieta. Apretujada en la pequeña cocina, trabajando en la mesa de formica junto a Arlette, que estaba nerviosa, irritable. Evie le pidió permiso para coger la bici e ir hasta el callejón y volver, no más de cinco minutos.

—Ahora no. No hay tiempo que perder.

¡Qué envidia!... Roy y Billy podían ir en coche con papá al centro comercial para comprar provisiones. Habían tardado por lo menos cuarenta minutos. (Parando de paso por el Dairy Queen para comerse unos helados, Evie *estaba segura*). A su padre le gustaba fingir que Evie era *la niñita de papá*, pero en realidad prefería a sus hermanos, que tenían once y ocho años. El modo en que jugaba con ellos a lo bruto, rugiendo de la risa, no tenía nada que ver con la forma en que jugaba con Evie, a la que trataba como a una muñeca que se le pudiera romper entre las manos.

No era justo. Evie estaba prisionera en la cocina con su mandona madre, obligada a preparar tres docenas de huevos rellenos que tenían que hacerse por fases: una docena de huevos por vez. Hervir los huevos despacio en la olla para asegurarse de que ninguno se rompiera. Enfriarlos con agua fría en la pila. Quitar la cáscara, lo cual requería precisión, habilidad y paciencia, cosas de las que Evie carecía, de modo que la tarea le llevaba el doble de tiempo y todo resultaba un desastre, con trocitos de cáscara pegados a las gomosas claras que Evie tenía que quitar uno a uno con las uñas. ¡*Cuántos huevos! ¡Qué aburrido! ¡Cómo odiaba las tareas de la cocina*!

Y aquello solo era el primer paso. Luego tocaba retirar con cuidado las yemas cocidas una a una. Aplastar las yemas en un

cuenco con un tenedor, añadir mayonesa, jugo de limón, vinagre, pimentón, pimienta roja, sal. Y después colocar la mezcla de nuevo sobre las claras con una cuchara, con cuidado de no estropearlas a pesar de que (pensaba amargamente Evie) en el Safeway podías comprar huevos rellenos en una gran bandeja de plástico con huecos para los huevos, para que no resbalasen y se cayeran al suelo.

—¡Qué desastre estás montando con los huevos, Evie! ¡Pon atención! No hay tiempo que perder, es casi mediodía.

Evie levantó una bandeja demasiado deprisa, dos huevos se deslizaron y se fueron al suelo.

—Ay, la *puñetera*...

Medio sollozando y en voz baja, pero por supuesto Arlette lo había oído.

—Esa boca, señorita. Termina esos huevos y ponlos en la nevera con papel encerado por encima.

¡Las cosas que se encuentra una diciendo!... *Esa boca, señorita*. Y tu hija mirándote como si te odiase.

El problema era que su papel en todo aquello era el de *madre*. Alguien tenía que ser la *madre*, y esa era Arlette.

Kevin era uno de esos padres exasperantes, si los niños fueran perros él los dejaría correr sin correa, quedándose tranquilo al saber que la madre los disciplinaría, al igual que Arlette bañaba, vestía y alimentaba a los más pequeños, responsable no solo de mantener con vida a los tres sino también de que tuvieran un aspecto presentable ante los implacables ojos de los demás.

Con *los demás* se refería a la familia carnal y política. Parientes, vecinos, amigos y conocidos con los que habías ido al colegio, cuyo

escrutinio jamás podrías eludir.

—Perdona, Arlette, cariño..., ¿te importa?

Rob Nash entró en la cocina porque necesitaba usar el baño del pasillo. Cuando Rob Nash entraba en cualquier espacio, tomaba todo el oxígeno. Gran rostro rubicundo, gran sonrisa radiante, desgastada camiseta de los Rolling Stones apretada sobre un torso cilíndrico como un tambor. Un guiño para Arlette y un burlón pulgar en alto para Evie, de trece años: cara pálida y corriente, caderas estrechas como las de un niño.

Uno de esos amigos de los padres de Evie que le decían, con un tono casi de amonestación, de reproche, como si ella les hubiera gastado una broma: «¡Oye, guapa! Pero cuánto has *crecido*».

Esperando quizá que te expliques. ¿Que te disculpes?

Tan solo tartamudear y sonrojarse como una idiota. Resistir el impulso de salir corriendo.

Rob Nash había llegado a media mañana en su Land Rover para ayudar a Kevin y a los chicos a preparar la fiesta, Arlette llevaba tiempo oyendo sus rebuznos de risa fuera. Era imposible no sonreír cuando Rob Nash estaba presente. Era un gran bromista, un contador de historias, desvergonzado en la exageración, bueno, generoso. Cierto es que era un poco mandón, pero mandón en plan gracioso. Rob era el tipo de persona que *te hacía sentir importante* si te distinguía con su atención.

Arlette sospechaba que Rob había convencido a Kevin de que le permitiera poner no solo las bebidas para la fiesta, sino también las carpas, las mesas y las sillas de alquiler; al menos seguro que Rob se las había apañado para que Kevin alquilase todo aquello con descuento.

A Rob Nash le gustaba presumir de que conocía a todo el mundo en Strykersville. Cuando se trataba de favores, era a él a quien *más se los debían*.

A menudo Rob hacía bromas misteriosas, poniéndose un dedo al lado de la nariz. La nariz de Rob era ancha y estaba aplastada, como si el cartílago se hubiese roto y solo hubiera cicatrizado a medias. Sus mejillas estaban salpicadas de capilares rotos justo debajo de la piel. Te hacía sentir que eras cómplice de la broma y que los demás estaban excluidos, aunque en realidad no eras cómplice de nada, no tenías ni idea de cuál era la broma, pero Rob Nash te estaba invitando a fingir que sí porque le caías bien.

Porque eres una de sus personas favoritas. Eres del círculo íntimo de Rob Nash.

Porque eres especial.

Al principio, Rob Nash había sido amigo de su padre. Había sido abogado, empresario, filántropo. (Aunque la palabra *filántropo* no se empleaba normalmente. *Generoso*, *da dinero* eran las expresiones más habituales). En una época había sido un actor aficionado; el punto álgido de su carrera fue el papel de Director de Escena en *Nuestra ciudad*, de Thornton Wilder, cuando Arlette estaba en secundaria. Ella recordaba verlo en escena mientras un foco seguía sus movimientos..., no exactamente un hombre guapo, pero con la seguridad de un hombre guapo, con una voz resonante que podía descender a un ronco susurro. Entonces tenía pelo, espeso y leonino, un poco canoso en las sienes.

Al hacerse Rob Nash mayor, su cuerpo se había ensanchado. No era tan alto como antes. Se ponía ropa para llamar la atención: americanas a cuadros, corbatas florales, trajes de mil rayas en

verano; su ropa casual eran camisetas, vaqueros, chinos. Sus ojos eran de un perplejo azul pálido. Tenía la costumbre de acariciarse sabiamente el mentón como si se acariciase una barba. Su forma de hablar estaba generosamente salpicada de palabrotas y obscenidades cuando se encontraba en compañía de hombres; en compañía de mujeres, cuidaba de hablar con cortesía. Kevin era lo bastante astuto como para no charlar nunca de política con Rob Nash, y, por supuesto, Arlette jamás habría hablado de política con ninguno de los hombres. Invariablemente, Rob conocía *la verdadera historia* cuando se trataba de políticos locales o del estado. Sabía *dónde estaban enterrados los cadáveres*. Algunas de las historias eran chocantes, escandalosas. Una no sabía si creerle. En mitad de una historia, Rob se interrumpía riendo: «¿Te estás creyendo estas chorradas? Solo te estaba poniendo a prueba».

Rob había estado casado dos veces y se había divorciado las dos. Arlette tenía un vago recuerdo de las esposas: mujeres de cabello rubio pálido, «distinguidas». No tenía hijos. A menudo Rob expresaba su decepción, no tenía hijos. La vida lo había decepcionado. Las mujeres lo habían decepcionado. Pero él no se quedaba en el pasado, era un *progresista*. Lo que podría llamarse un *progresista-conservador*.

Era bien sabido que Rob Nash había redactado su testamento en más de una ocasión. Tenía amistades intensas, exigía lealtad. Desheredaba a parientes que lo decepcionaban. Kevin lo sabía: había que cuidar lo que se le decía a Rob Nash incluso cuando parecía estar invitándote a hablar con franqueza en una conversación íntima. A menudo insinuaba que «recordaría» a Kevin, Arlette y sus hijos en su testamento. Se decía de Rob que era un

amigo incondicional, pero que podía ser un enemigo aún más incondicional. No era recomendable *contrariar* a Rob Nash.

A Arlette le parecía que esa opinión era injusta. Se decían todo tipo de sinsentidos sobre las personalidades importantes de Strykersville. Nunca había notado la más mínima incomodidad junto a Rob Nash. Era de verdad como un tío para ella, de niña gozaba de la atención que le dedicaba. Él le daba entonces regalos: conjuntos de jerséis y chaquetas de cachemira, pulseras de dijes, un vale de cien dólares para la mejor tienda de ropa femenina de Strykersville. Cuando se graduó en el instituto, le organizó una fiesta en el Chautauqua Country Club.

Cierto era que Rob tenía una manera de elogiar a niñas y mujeres que podía resultar insultante, una manera que se detenía demasiado en la apariencia física, pero rara vez le hablaba así a Arlette. Una vez le dijo: *Tus hijos son hermosos, Arlette. Pero eso no es ninguna sorpresa, son tus hijos*.

Arlette intentó entonces bromear acerca de que Kevin también había tenido algo que ver con sus hijos. Rob Nash retrocedió con una expresión de disgusto. ¡*No*!

Arlette no tenía ni idea de qué pudo significar aquello. A Rob Nash, una le reía las bromas, o lo que quizá eran bromas.

Cuando Arlette y Kevin eran una pareja joven, parecía que habían heredado a Rob Nash como una especie de tío, del tipo que da regalos, a veces regalos caros, pero insiste en no recibir nada a cambio. «Yo me lo puedo permitir, muchachos. Vosotros no. No pasa nada». Rob le había prestado dinero a Kevin para el primer pago de su camioneta Ford Ranger; de vez en cuando había ayudado a los Hansen con los impuestos sobre la propiedad. Arlette no sabía

cuánto había invertido en Ace Hardware, pero algo había invertido, sin duda.

A Kevin no podía preguntarle, eso provocaría un frunce entre las cejas de Kevin tan fino como la marca de una hoja de cuchillo en la masa de pan.

Rob Nash se quedó un rato en la cocina charlando y riendo con Arlette mientras ella, ante la encimera de formica, preparaba ensalada de patata. Rob era un chismoso incurable, y le contaba a Arlette rumorcillos sobre conocidos comunes, a lo que Arlette respondía, cogiendo aire: «¡Oh, Rob! Pero eso *no es verdad*». (Por supuesto, Evie podía oírlo todo). Rob había estado bebiendo cerveza en el jardín con Kevin. Los dos hombres se sentían más cómodos el uno con el otro cuando bebían. La muy gastada camiseta de los Rolling Stones se le había levantado por delante, dejando al descubierto una porción de vientre blanco como la cera, flácido y lustroso.

Al otro extremo de la encimera, Evie cruzaba los dedos para que el hablador amigo de su madre no se fijase en ella. Si Rob Nash le dirigía la palabra sería para burlarse, cosa que a ella le producía espanto. Sus padres le habían insistido en que llamase *tío Rob* a aquel amigo de ambos, pero ella no lo había hecho nunca, ni una sola vez.

De pequeña se pasaba el día soñando despierta en el colegio, en la iglesia, en cualquier situación en la que los adultos mandasen y ella se encontrase cautiva. Ahora recordó que una vez no había podido evitar oír una conversación entre Rob Nash y sus padres en la terraza en la que Rob Nash presumió de tener pensado ayudar con la matrícula universitaria de Evie algún día, por ejemplo si ella

quería estudiar en una universidad privada como Syracuse o Cornell: *Los dos sabéis que podéis contar conmigo, ¿verdad*?

Evie miró con asco mientras su madre elevaba una cucharada de ensalada de patata hasta la boca abierta de Rob Nash. ¿Estaba su madre *flirteando* con el barrigudo Rob Nash?

—Fan-tás-tico, Arlette —dijo Rob chasqueando los labios.

Rompiendo después un pedazo de jamón de Virginia con los dedos, masticando y pronunciando de nuevo «fantás-tico».

Evie apartó la vista con un estremecimiento. ¡*Qué asco*!

Como si Rob Nash le hubiera leído la mente, allí estaba de pronto, imponente sobre ella y riéndose de su apuro. Inspeccionando la bandeja de huevos rellenos. Evie temía que cogiera un huevo entero y lo devorase, pero en vez de eso, en un gesto de mayor intimidad, Rob hizo girar el dedo índice en el interior del cuenco que Evie había usado para preparar la mezcla, la probó y declaró que era *délicieuse*.

—Arlette, tienes aquí una pequeña ayudante de primera.

Evie sintió un gran alivio cuando Rob Nash salió de la cocina. Pero a los pocos minutos apareció de nuevo en la puerta, con su gran rostro radiante pegado a la mosquitera, sobresaltando a Evie y a Arlette con su voz exuberante:

—¡Eh! Perdonad que interrumpa otra vez. Arlette, tu marido me manda a por hielo, está paranoico de que en el 7-Eleven se vaya a terminar si esperamos más. Evie, ¿te vienes conmigo?

Evie negó en seguida con la cabeza, *no*. Rob Nash no le caía mal, pero no se sentía cómoda con los adultos. Ni siquiera con adultos por los que sentía cariño. Nada que decirles, pero ellos te hablaban sin parar, como si fueras sordomuda. Incluso a veces papá, cuando estaban solos; nada que decirse, en el fondo.

—Sí, vete con Rob, así le ayudas con el hielo. Hazle compañía. Estabas lloriqueando por hacer un descanso, *hala*.

Arlette hablaba con voz agradable. Para nada mandona.

Evie se rio con nerviosismo. Murmurando *ni de coña*.

—No seas ridícula, Evie. Ve con el tío Rob. Ha estado trabajando mucho para ayudar a tu padre bajo el sol.

Evie puso los ojos en blanco, aunque solo Arlette podía verlo. ¡Por qué hacía aquello mamá!

Ponerse de parte de Rob Nash. Porque los adultos siempre se ponían de parte unos de otros. Rara vez los adultos dejaban de ponerse de parte unos de otros.

Bruscamente, Arlette dijo:

—Yo recojo esto. Has dejado un buen desastre. Vete con Rob, haz algo útil para variar.

Rob Nash, sonriente, sostenía abierta la puerta mosquitera. A Evie no le quedó más remedio que pasar por ella, bajo el fornido brazo de aquel hombre.

Le produjo un escalofrío sentir su coronilla, su pelo, rozar ligeramente ese brazo.

Así que Evie se marchó con Rob Nash en su Land Rover de aspecto deportivo al 7-Eleven del pueblo. Estuvieron fuera casi una hora, pero Arlette apenas se dio cuenta, pues estaba hablando por teléfono con su sobrina Cassie, no en una llamada urgente sino prolongada, y poco después volvió a sonar el teléfono y era una amiga para explicarle por qué no podía ir a la fiesta, para disculparse por el aviso de última hora mientras Arlette sentía que el corazón le latía con fuerza por el pánico: *¿Y si cancelaban más invitados? ¿Y si*

no se presentaban? Se había puesto en una situación demasiado vulnerable.

Para entonces, Kevin había por fin logrado erigir las carpas para la fiesta. El jardín empezaba a tener un aspecto abigarrado pero festivo. Arlette se sentía animada.

Casi toda la comida estaba lista. La nevera estaba abarrotada.

Hora de que la anfitriona subiera deprisa a darse una ducha. A ponerse un vestido veraniego con cuello *halter* de percal blanco con estampado de amapolas rojas ceñido en la cintura. Secarse el pelo (rubio oscuro, descolorido pero aún glamuroso) con el secador le provocaba una sensación de algo lujoso, sensual, reconfortante como una caricia incorpórea. Ante el espejo, frunciendo el ceño mientras se ponía crema hidratante en la piel (ligeramente seca), maquillaje beige-crema, polvos. Nada de rímel para resaltar los ojos, de día no. Pero pintalabios rojo amapola para darles vida a sus labios.

Cuando Arlette regresó a la cocina, vio el Land Rover avanzando en la entrada. Ahí estaba Rob Nash descargando dos enormes bolsas de cubitos de hielo de la parte trasera del vehículo; una la dejó fuera con Kevin y la otra la llevó encima del hombro a la cocina para embutirla en el congelador.

Detrás de Rob Nash iba Evie, los dos brazos cruzados contra el pecho llevando una bolsa de la compra llena de botellas tintineantes: tónica, agua con gas, pack de seis Coca-Colas. Eran compras que Rob Nash había hecho por impulso.

—Para que no te quedes sin. Mejor que sobre y no que falte, ¿no?

—¡Gracias, Rob! ¿Qué te debemos? —preguntó Arlette, obligada por la cortesía.

Rob Nash se rio y se desentendió de su pregunta con un gesto despreocupado de la mano.

—Invita la casa, por supuesto. Invita el «tío Rob».

Ahora se iba a casa a «ponerse guapo», dijo; volvería pronto para la celebración.

Era duro ser un soltero viviendo solo en Strykersville, pensó Arlette con una punzada de simpatía, de compasión. En un pueblo tan *familiar*.

Arlette tenía la inquietante idea de que Rob pretendía darles a Cassie y a su prometido algún tipo de regalo de compromiso, quizá un cheque. Y si era un cheque, uno cuantioso. Nadie más le haría regalos a la pareja, era solo un compromiso. Rob Nash siempre tenía que *amplificar* las cosas, esa era su manera de ser.

Por eso algunos pensaban que Rob Nash era una persona estupenda y otros no lo soportaban.

Allí estaba Evie, con la bolsa de la compra aún sujeta contra su pecho plano. Tenía el pelo revuelto, los ojos azul pálido hinchados y húmedos, entrecerrados.

Arlette le dijo que ¡por favor dejara la bolsa! Sube, dúchate, ponte algo bonito para variar, no los mismos pantalones cortos vaqueros de siempre.

—Y no te olvides de lavarte el pelo con champú y usar acondicionador para que no se te encrespe como la pelusa de un diente de león. Y no tardes un siglo, que vamos con retraso.

Evie dejó caer la tintineante bolsa sobre la encimera. Con rostro inexpresivo pasó junto a su madre sin decir palabra.

—¡Y no corras por las escaleras! —dijo, mientras la niña subía las escaleras a zancadas pesadas como las de un adulto.

Arlette sintió una punzada de angustia: *su* hija.

Jamás le habría confesado a nadie, y mucho menos a Kevin, que envidiaba a sus amigas cuyas hijas eran atractivas, encantadoras, divertidas. Al menos dos de ellas eran de una belleza alarmante, y ya a la edad de Evie.

El mundo le ponía las cosas muy difíciles a una chica que no fuera atractiva. Daba igual lo que dijera la gente. O que las feministas fuesen optimistas, alentadoras. Por supuesto, a Evie la ayudaría el hecho de ser inteligente, al menos en el colegio, pero la verdad era que nadie miraría dos veces a Evie si había otras chicas cerca.

Arlette lo sabía. Arlette lo sabía todo demasiado bien. Apenas había podido pasar por *mona*, en el instituto o después. Pero al menos estaba decidida a sacar el máximo partido a lo que tenía.

Intenta explicarles a tus hijos que no habrían nacido si no fuera por ti. La desesperación que corre en las venas por encontrar a alguien que te quisiera lo bastante como para casarse contigo.

Ese era el reto.

Arlette localizó a los niños, los llevó arriba para asegurarse de que se lavaban bien la cara y las manos, les puso ropa limpia. Billy tenía la cara sucia, ¡parecía un hurón!

Roy era lo bastante mayor como para cuidarse solo, pero no se podía confiar en él.

Nunca acaba una cuando se trata de cuidar niños. Como una cinta de correr. Infinitos detalles. Como abrir un cajón de la cocina, ver un sinnúmero de diminutas hormigas negras, cerrarlo rápidamente. No puedo enfrentarme a eso ahora. No.

Abajo estaban llegando los primeros invitados: primos que se habían ofrecido a ayudar con la recepción.

¡*Estás espectacular, Arlette*!

¡*Estás espectacular*!

¡Maldita sea!... El teléfono otra vez. Arlette respiró hondo, se preparó para otra disculpa, pero era solo uno de los parientes pesados de Kevin preguntando a qué hora empezaba la fiesta.

(¿Dónde estaba Evie? ¿Aún arriba? Arlette la llamó a gritos desde el pie de la escalera, la necesitaba en la cocina).

Llegó Cassie con su prometido. Risas nerviosas, cordiales apretones de manos. El prometido era más alto de lo que Arlette recordaba, más guapo. Cassie se había hecho algo en el pelo, una especie de tinte rosa un poco raro que no la favorecía. Arlette sintió una oleada de emociones: *compromiso*, *boda*, *matrimonio*. *Amor*.

Todo eso ya era cosa del pasado. Un poco pasado, rancio como un cartón de leche en la nevera a punto de agriarse.

Aun así, te sientes agradecida. Arlette *lo estaba*.

Otros familiares llegaban. Como si se hubiera roto una represa, una repentina muchedumbre.

¿Iba a llover? ¿Iba a haber truenos, relámpagos? ¿Y si no había suficiente comida, suficiente bebida? Rob Nash ayudaría en caso de emergencia, Arlette podía contar con él para que la llevara a la tienda de comestibles del pueblo... Gracias a Dios, Kevin estaba sacando a la gente de la abarrotada cocina y llevándola a la terraza.

Fuera sonaba rock a buen volumen. Los altavoces de Kevin en la terraza. Sintonizados en una emisora de rock local que Arlette no habría elegido.

Saludar a los invitados. Rápidos abrazos. Mejillas manchadas de pintalabios. Arlette iba tropezando mientras llevaba las bandejas con sus sandalias de tacón mediano.

Zapatos elegantes, sexis, poco prácticos. Quería lucir sus torneadas piernas, sus tobillos casi finos. Recordando cómo en cada embarazo se le hinchaban los tobillos. El vientre, pero también el rostro. Ojos tumefactos, siempre sin aliento. Kevin, con su sonrisa rígida y vacía, evitaba mirarla, tocarla.

Dentro de un rato se sacaría los zapatos. Después de un par de copas, ¿por qué no? Descalza. Eso también era sexy. Aún no tenía cuarenta años. Era la anfitriona, llevaba las uñas de los pies pintadas de un rojo amapola brillante.

Cassie había interceptado a Arlette en la cocina. Hablaba en voz baja, por lo que Arlette no entendía qué le decía. Llegaban más invitados. Alguien en un Jeep estaba aparcando en el césped junto a la entrada, si Kevin lo veía se iba a poner como loco.

Cassie parecía preocupada por algo. Tenía las pupilas dilatadas, manchas rojizas bajo el maquillaje. Llevaba el pelo rizado como en un peinado afro, o casi: tinte cobrizo-rubio-rosado. Uno de los deseos de Arlette había sido siempre que la hija de su (fallecida) hermana conectara con ella, pero ahora, en medio de todo aquel alboroto, Arlette se encontraba riendo nerviosamente, huyendo de la intimidad. ¿Podía Cassie ayudarla a llevar los aperitivos?, le preguntó.

Cuencos de frutos secos. Verduras recién cortadas para mojar en una salsa cremosa de eneldo. Los huevos rellenos de Evie temblando en una bandeja.

Reapareció Rob Nash con una ajustada chaqueta de mil rayas azul y pantalones de pana blancos, frotándose las manos con expectación.

¿Bebidas? Muchas bebidas. Cubos llenos de hielo, bebidas frías.

Una fiesta es como un río, empezaba a recordar Arlette. Al principio estás nerviosa pero en seguida la rápida corriente te arrastra. Empiezas a relajarte. Te tomas una copa: vino blanco con etiqueta italiana, cortesía de Rob Nash. Te tomas otra. En seguida estás riendo con los demás.

Pues claro, ¿qué otro propósito podría tener una fiesta? La risa.

Murmullo de fiesta, gente riendo. Incluso con el cielo nublado, el ominoso retumbar de truenos a lo lejos.

Kevin, el marido: corte de pelo militar, hombros musculosos, polo y pantalones cortos caqui, repartiendo alegremente latas heladas de cerveza rubia, cerveza clásica, refrescos.

Habría pasado media hora, cuarenta minutos. Convocaron a Arlette a la cocina, al teléfono.

—¡Oh, demonios! ¿Quién es?

Una de las parientes mayores, llamándola a través del mosquitero:

—Creo que... dicen que... ¿del hospital?

—¿El... *qué*?

Arlette entró tropezando en la casa. Cogió a tientas el auricular.

—¿Sí? Aquí la casa de los Hansen, ¿con quién hablo?

De esta forma tan abrupta sus vidas se partieron en dos. Como con un cuchillo de carnicero.

Rock a todo volumen, gente hablando en voz alta y riendo, un zumbido en los oídos de la madre mientras se oye preguntar con incredulidad:

—¿Cómo? ¿Cómo dice? ¿*Cómo*?

Evie no estaba arriba, y Evie no estaba en el jardín. Evie estaba en la sala de emergencias del Hospital General de Strykersville.

Había tenido un accidente al cruzar en bicicleta el puente de la calle Cayuga, a tres kilómetros de su casa.

Los testigos informaron de que la niña de trece años iba pedaleando a gran velocidad —de manera temeraria— por la acera para peatones, donde había carteles de advertencia bien visibles: Se debe cruzar el puente llevando las bicicletas a pie, no montado en ellas.

El puente de la calle Cayuga era un puente de vigas de hierro con dos carriles, una edificación de otra época. Las furgonetas y los todoterrenos tenían que maniobrar con cuidado al cruzarse; los vehículos más grandes estaban totalmente prohibidos. La rampa que ascendía hasta el puente desde la carretera era empinada, el suelo del puente era de rejilla metálica. Si mirabas abajo a través de la rejilla, podías ver el río que corría veloz y deslumbraba la vista y embotaba la mente.

A mitad del puente, la ciclista tuvo que desviarse de pronto para no chocar con un peatón, una joven madre que empujaba un cochecito de niño. Se oyeron gritos tanto de la joven madre como de la ciclista, cuyo pie, calzado con zapatillas, resbaló en el pedal derecho de tal manera que su pierna desnuda se deslizó hacia abajo y quedó atrapada entre la parte inferior del pedal y la rejilla del suelo, contra la cual su rodilla y su pierna se iban despellejando mientras la bicicleta avanzaba inexorablemente. Salió disparada de cabeza por encima del manillar y cayó enredada con la bicicleta, fuerte. En el carril contiguo, los vehículos frenaban y tocaban la

bocina. Y es que parecía que la joven ciclista podía caer al carril de circulación.

Una pasajera de un coche que pasaba gritó por la ventanilla. Y se oyó a la ciclista gimoteando mientras yacía bajo la bicicleta destrozada, la pierna derecha atrapada por completo bajo el pedal, dejando al descubierto tendones, hueso de un blanco espantoso entre un torrente de sangre.

Había caído muy mal, y quedó tendida con los brazos abiertos como lanzada con fuerza desde gran altura. Su cabeza sangraba mucho por una herida de siete centímetros en el cuero cabelludo; según se vería más tarde, tenía el cráneo fracturado. Los dientes superiores se le habían salido de las destrozadas encías. Su inutilizada pierna derecha no solo estaba terriblemente lacerada, sino también rota por debajo de la rodilla, la rodilla derecha despedazada. Arrancada la zapatilla del pie derecho, el calcetín blanco de algodón estaba roto y ensangrentado. La bicicleta destrozada quedó en la acera, casi irreconocible como tal.

En la ambulancia, la niña, conmocionada, fue incapaz de hablar o de identificarse. Tenía la boca llena de sangre por los dientes rotos y se la tuvieron que succionar varias veces para evitar que se ahogara con su propia sangre. Perdía y recuperaba la consciencia como un animal entra y sale de zonas de sol y de sombra al huir para salvar la vida. Le apretaron una mascarilla de oxígeno contra la boca y la nariz, alternándola con el dispositivo de succión. En muda angustia sus uñas rotas arañaban una pared de roca maciza que aparecía ante ella con cruda nitidez onírica, desesperada por arañar, agarrar, en un intento imposible de escalar la roca lisa y ponerse en pie.

El personal médico no encontró ninguna identificación en los bolsillos de la ropa desgarrada y salpicada de sangre de la niña. Creyeron que iban a perder a la paciente antes de llegar a la sala de urgencias de West Avenue, pero por alguna razón eso no ocurrió: su joven corazón desfallecía, pero se recuperó y siguió latiendo.

Tras cuarenta minutos en urgencias, la paciente quedó estable. Le retiraron la mascarilla de oxígeno de manera tentativa. La insensibilidad envolvía a la paciente como una niebla opaca. Sumergida en un dolor tan intenso que no podía sentirlo, como alguien que se sostiene a flote en un mar oscuro tan inmenso que no puede verse.

Con voz débil, la paciente dio su nombre, su dirección: *Eavanne Hansen, 1664 Post Road*.

Llamaron a la residencia Hansen, su madre habló con el operador del hospital y ambos padres acudieron de inmediato al hospital, donde a su hija le estaban haciendo una resonancia magnética funcional.

A continuación se le practicó una cirugía de urgencia para reducir la inflamación cerebral.

Más tarde los padres recordarían la vigilia en el hospital toda la noche. Y bien entrado el día siguiente. Aturdidos, aletargados. Incrédulos. Completa conmoción: su hija no estaba a salvo en casa, como habían supuesto, o habrían supuesto si les hubieran preguntado, sino a kilómetros de distancia, luchando por su vida.

La conmoción particular de esa revelación en mitad del ambiente festivo de una fiesta en el jardín.

Arlette jamás olvidaría la incredulidad con la que se enteró de boca de un desconocido, por teléfono, de que su hija estaba en otro

sitio. Cuando habría jurado, *estaba absolutamente segura*, que sabía dónde estaba Evie.

¿Qué... está diciendo? ¿Cómo?

Estas palabras resonaron en su cabeza durante días. Semanas, meses y después años.

Mientras dejaban el coche torcido junto a la acera de urgencias, en una zona con una clara señal de Prohibido aparcar.

Olvidada como si nunca hubiera existido: la fiesta para Cassie y su prometido.

Un evento meticulosamente planeado durante semanas, borrado sin más de la memoria como al pulsar un interruptor.

Tan de golpe los Hansen se fueron de casa, abandonando a sus invitados, que solo unos pocos (los cuales casualmente estaban en la cocina en el momento de la llamada) sabían adónde habían ido.

Cuando Rob Nash oyó la noticia, aunque incompleta, asumió con calma la responsabilidad de la situación, como un capitán de barco. Rápidamente informó a los invitados de que se había producido una «emergencia familiar» —Evie había tenido un «accidente de bicicleta»— y les sugirió que volvieran a casa y no llamaran a los Hansen hasta (quizá) la mañana siguiente.

Rob Nash al mando. No jovial sino frío y serio como rara vez se lo veía. Ahora que su amplia sonrisa se había desvanecido, las arrugas en torno a sus ojos parecían diminutos puntos quirúrgicos blancos.

Los abuelos de los niños estaban en la fiesta, se encargarían de Roy y Billy, que tenían un aspecto aterrorizado después de que sus padres partieran de pronto sin una palabra.

En el hospital, Arlette y Kevin se decían el uno al otro: *Lo único que importa es que nuestra hija está viva*.

Semanas, meses después: *Lo único que importa es que nuestra hija está viva*.

Dudando acerca de preguntar a los médicos si *se recuperaría por completo*. Mejor no preguntar, todavía no.

Rodilla destrozada, cirugía necesaria; fémur roto, fractura de cráneo. Hemorragia cerebral.

Arlette lloró de gratitud, su hija estaba *viva*. Por el momento, eso bastaba.

Una especie de accidente de bicicleta, decía Rob Nash. Se encogía de hombros, un gesto que indicaba que fuera lo que fuese que había ocurrido en el puente de la calle Cayuga, provocado por la hija, era esencialmente un asunto menor, algo tonto, infantil. *Muy exagerado. Una casualidad*.

Pronto se convertiría en una de las anécdotas de Rob Nash, que contaba por todo el pueblo. Pues Rob Nash era, en cierto modo, un testigo presencial, el amigo más cercano de la familia Hansen.

Al contarlo, Rob no mencionaba el nombre de Evie. Dando la impresión de que no conocía su nombre.

Niños en bicicleta en medio del tráfico, sin fijarse por dónde van. ¡Por el puente de la calle Cayuga! Se supone que hay que bajarse y cruzar el puente a pie, pero no lo hacen. A esa edad creen que van a vivir para siempre. (Carajo, nosotros también pensábamos que viviríamos para siempre, ¿no es así?). Ya has oído esa música que llevan puesta en la cabeza las veinticuatro horas del día. No es de extrañar que no puedan pensar con claridad.

Pero si atropellas a uno, es a ti a quien arrestan. Te pasas el resto de tu vida en la cárcel.

Bueno..., quizás no. Quizás no en la cárcel. Pero sí sintiéndote culpable. Te pasas el resto de la vida sintiéndote culpable.

Rob Nash, el rostro enrojecido por la bebida, llevándose el dedo índice a su nariz de poros dilatados y, con un grave movimiento de cabeza, recitando como si dictase sentencia sobre toda una generación.

Se creería que un accidente de bicicleta, una niña en bicicleta, no puede ser tan grave, no puede arruinarle la vida a todo el mundo, pero, claro, si no llevan la gorra de seguridad, o el casco..., o como se llame..., que ella no llevaba, esa chica..., la hija de Kevin Hansen... ¿Y de quién es la culpa?

Evie pasó dieciocho días ingresada en el hospital de Strykersville. Fueron días imprecisos y borrosos de los que más tarde recordaría poco.

Al principio en la unidad de cuidados intensivos, donde su estado era *crítico*. Trasladada después al hospital general y de ahí a la clínica de rehabilitación adyacente al hospital donde primero fue paciente interna retorciéndose de dolor cuando se levantaba la niebla de opioides que la protegía y después paciente ambulatoria (silla de ruedas, muletas, andador y, finalmente, una sola muleta) a la que su madre llevó a la clínica en coche durante el resto del interminable verano y hasta bien entrado el otoño, cuando todos sus conocidos en edad escolar volvieron a la *vida normal*.

Cuando no estaba en la clínica de rehabilitación, iba a una clínica dental en Rochester, a noventa y cinco kilómetros de distancia, para someterse a operaciones con el objetivo de reparar su dañada boca

y, con el tiempo, implantarle una prótesis parcial que reemplazaría los cinco incisivos superiores que se le habían caído literalmente de la boca con el golpe; a estas sesiones también la llevaba Arlette en coche.

Porque, por supuesto, Kevin no podía coger mucho tiempo libre en la ferretería. Eso ni siquiera se hablaba.

—¡Sonríe, Eavanne! ¡Bien grande! ¡Como si tuvieras ganas! —la animaba el corpulento y jovial dentista, con tanta vehemencia que Arlette se descubría poniendo una ancha sonrisa de payaso en lugar de su hija.

En casa pusieron una cama de hospital alquilada a la sala de televisión, un espacio poco apropiado que se convirtió en el lugar de descanso de Evie durante los meses siguientes; meses que fueron una sucesión de citas con doctores, análisis de sangre, radiografías, tomografías computarizadas y resonancias magnéticas funcionales para monitorizar los daños en la parte de su cerebro llamada lóbulo frontal, donde la fractura había sido más grave. En su estado de debilidad, Evie era propensa a las infecciones y a las fiebres repentinas. A menudo le recetaban antibióticos. Medicación para el dolor, para dormir. Medicación para contrarrestar las molestias gástricas causadas por otra medicación. Lentamente su pierna y su rodilla derechas se fueron curando, pero Evie tenía un miedo terrible a apoyar el peso sobre ese lado del cuerpo y volver a romperse los huesos rotos.

—No puedo. No puedo. Es que no puedo.

Arlette decía con dulzura:

—Claro que puedes.

Durante semanas, Evie fue por completo dependiente de su madre. Un gran bebé llorón. No podía llegar hasta el baño sola (¡aquello era humillante!). No podía prepararse su propia comida, ni ocuparse de cosas básicas como bañarse, lavarse el pelo. Había que cambiar sábanas en las que se hacía encima dos e incluso tres veces por semana.

Se despertaba de noche sin saber dónde demonios estaba. Confundía incluso la noche con el día en medio del atontamiento causado por los opioides, que era como una guata entre la que se colaban fogonazos de dolor como relámpagos en un cielo cubierto.

Fogonazos de dolor que la hacían aferrarse a las sábanas, en un estado de pura conmoción visceral. Podían aparecer en cualquier momento, era imposible predecirlos.

—¡Mamá! ¡Mamá! —se oía gritar a sí misma, llamando como una niña indefensa. Porque, en efecto, era una niña indefensa, esclavizada por sus captores.

Arlette llegaba enseguida. Incluso de noche, apresurada, ansiosa.

Había una especie de poder en aquello, en la capacidad de convocar a su madre con solo alzar la voz. Evie podía despertar a toda la casa si gritaba lo bastante fuerte, con voz temblorosa por el terror.

Cuando Arlette le preguntó a Evie por qué tenía tanto miedo si estaba a salvo en casa, Evie respondió en voz baja:

—Pero aquí no estoy a salvo. No estamos a salvo en ninguna parte. No te lo dijeron... Yo me morí en la ambulancia. Seguramente tenían miedo de que los denunciaran. Vi de verdad mi alma, como humo. Salió de mi boca igual que si fuera humo. No estoy unida a mi cuerpo terrenal. *Tú* deberías saberlo, mamá. Estabas allí.

Con tanta calma habló Evie que Arlette se quedó atónita, perpleja.

Jamás repetiría las extrañas palabras de Evie. Pronto olvidaría las extrañas palabras de Evie.

Los días de la convalecencia de Evie eran menos aterradores que las noches. Aun así, en la sala de televisión, donde había reordenado los muebles y arrinconado el sofá contra la pared, Evie se sentía fuera de lugar, incomprensiblemente engañada. Como una intrusa. Le molestaba cuando sus hermanos querían ver sus estúpidos programas, pero no le gustaba quedarse sola; podía oír a los demás en otros lugares de la casa, ajenos a ella. Había amigas —chicas de su curso en el colegio— que querían visitarla, pero Evie negaba en silencio con la cabeza: ¡*No*!

Y nada de parientes después de la primera o segunda semana. Odiaba la compasión en sus ojos y las banalidades que salían de sus bocas. ¡*No, gracias*!

Rob Nash vino a ver a la convaleciente, con un ramo de flores para Arlette y una caja de bombones Godiva para Evie. Pero Evie se negó a verlo.

(Anteriormente, Rob había intentado visitar a Evie en el hospital, pero ella había insistido: *No*).

Arlette no tuvo más remedio que decirle a Rob que se fuera, avergonzada y furiosa. Le recriminó a Evie que estaba siendo grosera:

—¿Sabes?, tu tío Rob se preocupa por ti.

—No me digas.

Evie tenía los párpados entrecerrados, se negaba a mirar a Arlette.

Evie chupó uno de los bombones Godiva y se lo escupió en la mano.

—¡Evie! Pero ¿qué es lo que te pasa?

Evie se rio y murmuró algo inaudible.

—¿Cómo? ¿Qué has dicho?

Evie negó con la cabeza en silencio. Apartó la chillona caja de bombones Godiva, hizo una mueca como si le doliera la cabeza. Desde la fractura de cráneo se había vuelto hipersensible a la luz, una migraña podía aparecer como un cielo que se nubla de pronto.

Arlette tenía que bajar deprisa las persianas o Evie se ponía a gritarle.

Se preguntaba, intranquila, qué pasaría si Rob Nash perdiera el interés en la familia Hansen. Qué pérdidas sufrirían todos, de las que quizás ni siquiera serían conscientes.

Durante el otoño Arlette fue el enlace entre Evie y la escuela, llevándole los deberes de Evie a su profesora, la señorita Deluca, y devolviéndole los trabajos corregidos. Evie odiaba que las tareas le llevaran el doble de tiempo que antes. Se le nublaba la vista, le dolían los ojos. Prefería mil veces dibujar en un cuaderno que Arlette le había comprado, un cuaderno con elaboradas tapas jaspeadas en rojos oscuros que recordaban el interior de un cuerpo.

Un día que Arlette hablaba por teléfono en la cocina con una amiga o con un pariente, Evie la oyó decir que de niña había querido ser enfermera y que ahora era la enfermera de su hija «y le encantaba».

Evie no percibió ninguna ironía, ni un atisbo de queja, sino más bien una brillante y alegre jactancia en la voz de su madre, cuya jovialidad y optimismo la ofendían.

—Sí, se espera que Evie se recupere por completo —decía Arlette a menudo, como si disipara dudas al otro lado del teléfono— y que vuelva al colegio en uno o dos meses. Oye, no es fácil la rehabilitación. La «fisioterapia»... *duele*.

Incapaz de soportarlo, Evie le gritaba a su madre:

—¡No! ¡Tú no lo sabes! ¡Me duele *a mí*!

Aun así, madre e hija se estaban acercando mucho la una a la otra. Los días tristes y húmedos, cubiertos de hojas muertas, los pasaban solas en casa. Cuando Evie terminaba sus deberes, Arlette le dejaba ver la tele por la tarde, e incluso a veces se quedaba con ella un rato antes de que los chicos volvieran a casa y tuvieran que apagarla (a toda prisa).

Roy y Billy se habían vuelto tímidos delante de su hermana, la cual parecía sentir menos simpatía por ellos que antes del *accidente*. Antes los protegía, pero ahora los trataba con impaciencia y sarcasmo. A Roy le molestaba que toda la atención adulta se centrara en Evie. Sobre todo le molestaba la atención de Arlette. Una vez le dijo a Evie en voz baja para que su madre no le oyera:

—Seguro que si quieres puedes caminar.

Evie respondió fríamente, con palabras que jamás había pronunciado en su presencia:

—*Muérete*, pequeña rata asquerosa.

Roy se quedó atónito. A los once años, decía cosas que no sentía, que se le pasaban por la cabeza y que nadie tomaba en serio. Evie había reaccionado contra él como otro niño de once años. No estaba preparado para aquella respuesta: «*Muérete*, pequeña rata asquerosa».

Roy jamás volvió a sentirse a gusto con su hermana. Jamás volvió a confiar en que no le dijera algo horrible en voz baja.

Por fin, con la ayuda de Arlette, Evie logró llegar al solárium acristalado y climatizado de uno de los lados de la casa. Kevin había añadido esta atractiva habitación con ayuda de un amigo carpintero. Recostada sobre unos cojines en un sofá de ratán, Evie dibujaba en su cuaderno durante largas horas, soñolienta por la medicación. Si alzaba la mirada, tenía ante sí una vista de árboles esqueléticos, campos abiertos y, a lo lejos, las estribaciones de las montañas Chautauqua. Ella y Arlette montaban puzles sobre una mesa baja junto al sofá. Eran puzles grandes y complejos de paisajes estadounidenses pintados por artistas del siglo XIX como Frederic Church, Albert Bierstadt, Thomas Cole. Paisajes oníricos, ríos y cielos que tardaban muchas horas en completar. Había algo fascinante en montar los puzles, pero también una sensación de estar atrapada, pues una vez empezabas un puzle, no podías abandonarlo. Por hacer una travesura, o quizá por pura maldad, Evie escondía piezas importantes para que Arlette las buscara en vano.

—Pero, por Dios, ¿dónde está?

Durante esas largas y tranquilas horas, con los chicos en la escuela y Kevin en el centro comercial, Arlette le hacía confesiones a Evie que no le habría hecho de otra forma. Le dijo que, a la edad de Evie, no estaba contenta consigo misma.

—Tenía un juego en secreto: me decía que a la siguiente persona que viera, alguien que apareciera al doblar la esquina, por ejemplo, yo «me cambiaría por esa persona». Era como... un deseo que podía pedir.

Evie se quedó perpleja, con cara de desaprobación.

—¿Quieres decir que habrías preferido haber sido cualquier otra persona en vez de tú misma? ¿Una persona sin hogar, alguien en silla de ruedas, alguien con fibrosis quística...?

—Bueno, era un pensamiento infantil. Yo era una niña...

—Lo que eras es una malcriada y una ignorante. Cambiarte por *cualquiera*... Eso es tan... es una... *traición*.

—Puede ser. Pero sobre todo era algo... infantil. Me parecía que yo no era guapa, o que nadie se iba a interesar por mí.

—Era *una estupidez*.

—Vale, Evie. Ya me queda claro.

Traición. Qué extraño que Evie pronunciara esa palabra. Una palabra rebuscada. Arlette sabía perfectamente a qué se refería pero a ella jamás se le habría ocurrido.

La niña que Evie había sido antes del accidente podía llegar a ser muy irritante, pero esta jovencita tan criticona era muy diferente. Ya no una niña, pero aún no madura. En reposo su rostro aparecía naturalmente malhumorado, petulante. Su piel estaba amarillenta, sus ojos carecían de brillo. Le había crecido pelo ralo sobre la irregular cicatriz de su cráneo, y Evie temía que nunca le volvería a crecer del todo. Otros niños lo verían y se burlarían de ella, tendría que llevar una gorra en clase.

Tres veces por semana, Arlette llevaba a Evie a terapia a la clínica de rehabilitación. Le parecía asombroso el cambio que se había producido en su hija. Trataba de no sentir celos de la fisioterapeuta, a la que Evie admiraba, respetaba. Evie no se quedaba atrás en rehabilitación, no hacía comentarios en voz baja ni suspiraba. Obedecía las instrucciones de aquella joven como jamás habría

obedecido a su madre. Estaba dispuesta a soportar el dolor por ella como jamás lo habría soportado por su madre.

—¡Oh..., oh Dios! —exclamaba con una mueca de dolor, las mejillas bañadas en lágrimas. Tambaleándose para recuperar el equilibrio.

Ante esto la terapeuta hacía una pausa para felicitarla, para elogiarla. La tocaba suavemente en el hombro.

—Bien, Evie. Vamos otra vez.

Se hizo notar que Evie hacía *avances*. *Recuperaba fuerza muscular, coordinación*.

El miedo de Evie era no volver a caminar como una persona «normal». La gente puede detectar una cojera, el cerebro humano está preparado para notar la mínima desviación de lo «normal».

Arlette hojeó el cuaderno de bocetos de Evie. Le sorprendió que su hija tuviera verdadero talento para dibujar a lápiz, al carboncillo y a la tiza. Si se concentraba demasiado, los dibujos quedaban rígidos; si trabajaba con rapidez, casi con descuido, los dibujos eran más realistas, estaban más inspirados.

—Cariño, ¿esto qué es?

Una bicicleta destrozada, que era al mismo tiempo una figura femenina escuálida, retorcida y deforme, con la (desdentada) boca abierta, estirada en un grito silencioso.

Una flor abierta de par en par, los pétalos cubiertos de puntos... ¿Hormigas?

Un cerdo gordo y grotesco, hundiéndose en el barro, con un rostro que parecía casi humano... ¿*Rob Nash*?

Evie observaba la expresión de Arlette con una curiosa sonrisa. Arlette pasaba las páginas con gesto aturdido. La mayoría de los

dibujos, vio con alivio, eran de árboles, nubes, paisajes. Escenas y objetos cotidianos. Kevin de perfil, al carboncillo. Arlette a lo lejos a través del umbral, y también en la cocina, de espaldas, una figura femenina anónima con una cabeza notablemente pequeña.

Dan ganas de decir: Algo bueno saldrá de esto. Siempre sale algo bueno, incluso de la tragedia.

¿Era eso cierto? Arlette quería creer que sí. Antes, Evie nunca se quedaba en el mismo lugar el tiempo suficiente para lograr nada. Era inquieta, nerviosa. A Arlette le recordaba a una de esas arañas saltadoras de patas largas. Apenas podía estarse quieta para terminar los deberes. Jamás se habría concentrado tanto en dibujar. Jamás con tan evidente placer, absorta en un dibujo durante largos minutos, sin apenas levantar la vista.

Por supuesto, Arlette entendía que esto no era una *tragedia*. Lo único que importaba era que su hija estaba viva.

Todos les garantizaban que Evie estaba haciendo grandes avances. Los médicos de Evie se lo garantizaban. Evie era joven, resistente. Los dientes frontales (algo torcidos, grisáceos, no muy bonitos) que se le habían caído de la mandíbula los habían reemplazado con dientes perfectos, impecables. Sus jóvenes huesos sanarían..., estaban sanando. La fractura de cráneo sanaría. Si había algún daño cerebral, probablemente también sanaría. El cuerpo humano tiene una maravillosa capacidad de curarse. Al menos el cuerpo humano joven.

Tragedia habría sido romperse el cuello o la columna, una fractura de cráneo más grave. Parálisis de por vida. Comatosa. Lo que se llama *estado vegetativo*.

Por supuesto, Arlette habría sido la cuidadora de su hija, como lo era ahora. Ese sería su lugar, su papel. *Esa* habría sido la tragedia.

No sabíamos el talento que tenía Evie. Ella no lo sabía. Hasta que tuvo trece años, el accidente de bicicleta... Arlette imaginaba una entrevista conjunta: hija, madre. En las noticias de la televisión local. Noticias nacionales. Primeros planos de los dibujos a la tiza de Evie, de sus retratos. Sus pinturas. Qué orgullo por su hija, Arlette meneando la cabeza con asombro, con gratitud. *Eavanne Hansen, de Strykersville (Nueva York)*.

Pero a menudo, como para fastidiar a su madre, Evie mostraba una total indiferencia por los dibujos. Algunos de los que Arlette más admiraba Evie los arrancaba y los arrugaba.

—Es algo que un millón de personas más pueden hacer, mamá. No tiene nada de especial.

—Pero..., tú eres especial.

—No me digas.

Arlette intentaba no sentirse herida por la brusquedad de Evie. Se decía que su hija estaba poniendo a prueba su paciencia, su amor. Cuando Evie hacía lo mismo con su padre, Kevin le levantaba la voz o se iba de la habitación.

¿Ves? Me puedo marchar. Tendrías que venir cojeando detrás de mí.

Mientras que otros miembros de la familia se distanciaban de Evie y tendían a evitarla, Arlette se mantuvo cercana, leal. A menudo, cuando estaban solas, madre e hija caían en una especie de sopor, Arlette en una de las sillas de ratán, Evie en el sofá.

Arlette se veía de pronto intentando entretener a Evie, evocando viejos recuerdos.

—Fue un accidente que conociera a tu padre. Yo tenía veinte años...

Esto habría continuado con el relato de una reminiscencia entrañable, pero Evie interrumpía a Arlette levantando una mano.

—Tú no te refieres a «mi padre», mamá. Conociste a un hombre, un desconocido, y resultó ser mi «padre». No conociste a *mi padre*, ¡qué forma tan estúpida de hablar!

Arlette no recordaba que en el pasado su hija hubiera sido nunca tan despiadada al juzgarla. Tan implacable. Arlette jamás le había hablado así a su propia madre: su madre le habría dado un bofetón en la cara.

Aun así, Arlette le contó a Evie cómo ella y Kevin se conocieron, no exactamente en una cita a ciegas, pero en cierto modo a ciegas, unidos al azar por amigos en común. Era una historia que Arlette ya había contado a otras personas, pero al contarla ahora no le pareció tan interesante. En una escena de televisión, madre e hija «estrecharían lazos» gracias a esas tiernas confidencias; en la vida real, Evie no intentaba disimular su aburrimiento y se dedicaba a dibujar rápidamente en su cuaderno mientras su madre hablaba.

Arlette recordaba que gran parte de la infancia consiste en fingir interés por los comentarios de los adultos. A nadie le estaba permitido mostrar aburrimiento y, mucho menos, desprecio.

—En una novela juvenil que he leído, todo el mundo es adoptado. La sociedad funciona mejor, nada se deja al azar —dijo Evie, riéndose como si aquello la divirtiera de verdad.

—Bueno..., pero tú no eres adoptada.

—Y, si lo fuera, probablemente no me lo dirías. Tú y papá... lo mantendríais en secreto.

—A los niños adoptados se los puede querer tanto como a los hijos biológicos...

—¿Entonces ganaste la lotería o la perdiste?

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú *querías* una hija? Si hubieras sabido quién sería yo, ¿me habrías querido tener, *a mí*?

—Pues..., pues claro...

—Si hubieras ido a un orfanato donde hubiera otras niñas, ¿me habrías elegido *a mí*?

—Evie, esto es desagradable. ¿A dónde quieres llegar? Tú sabes..., tú sabes que te queremos...

—A cualquier bebé que hubieras traído a casa lo habrías querido. ¿Y qué?

—Yo quería una hija. Esa es la verdad.

—¿Y papá?

—¡Sí! Sí quería.

Pero Arlette hablaba con incertidumbre, no estaba en absoluto segura. ¿Y qué importaba lo que cualquiera de los dos había imaginado que quería? La familia que habían formado era la familia que habían formado.

—Una mujer es su cuerpo, ese es el problema. Un hombre es su cerebro y lo que puede hacer con él, pero una mujer es solo... Una mujer *es*. La gente la mira y la juzga en un segundo.

Evie hablaba con un tono frío, concluyente. Arlette se puso en pie y se marchó a otra parte de la casa casi cojeando, como si la hubieran herido.

Cada vez que Rob Nash venía de visita, Evie se negaba a verlo. Cuando devolvieron la cama de hospital a la agencia de alquiler y

Evie regresó a su antiguo cuarto, si oía la voz de Rob Nash, nunca iba a reunirse con el resto de la familia; si lo invitaban a cenar, Evie se quedaba en su cuarto con la excusa de que tenía deberes.

Por suerte, Rob Nash dejó de preguntar por Evie. Dirigió su atención a Roy y Billy, que se reían de sus chistes.

Arlette le dijo con cuidado a Evie:

—Evie, parece que ya no te cae bien Rob. ¿Hay alguna razón?

Evie se rio con amargura.

—Tú deberías saberlo.

—¿Qué quieres decir con que yo debería saberlo?

—Que *tú* deberías saberlo. Eso es lo que quiero decir.

—No sé de qué estás hablando, Evie. De verdad.

—¡De verdad! —dijo Evie riendo, y luego empezó a toser. Se alejó torpemente, apoyando el peso sobre la pierna derecha.

3

Con el tiempo, Evie regresó a una especie de *normalidad*. En enero volvió al colegio, cosa que tanto había deseado, pero durante el largo sufrimiento de su convalecencia algo se había torcido: sus amigas habían perdido interés en Evie Hansen, o Evie había perdido interés en ellas. Su ausencia de sus vidas había sido abrupta y tozuda; se había negado a que la visitaran. Ellas lo habían considerado una actitud hostil. Eran demasiado jóvenes y tontas para Evie, o, en otro sentido, Evie era físicamente demasiado joven para ellas, subdesarrollada, un ser atrofiado.

Había perdido el ritmo. Había tropezado y se había quedado atrás. Cojeando, con su maldita rodilla. Sollozando, diciendo palabrotas.

Esto era nuevo: decir palabrotas. Arlette quedaba horrorizada al oír a su hija murmurar en voz baja cosas como *carajo*, *me cago en Dios*, *mierda*, *puta mierda*, *joder*. ¡Su propia hija!

Intentó consolarse pensando que sus amigas con hijos que iban al instituto le contaban el mismo comportamiento. Los chicos eran peores que las chicas —por supuesto—, pero las chicas también estaban empezando a adquirir *bocas sucias*.

Todo empieza en el instituto. ¡De la noche a la mañana!

La culpa la tenían los videojuegos, las redes sociales. Los móviles. Internet.

(Aunque Arlette se dio cuenta de que Evie rara vez decía palabrotas cuando Kevin podía oírla).

En su cuarto año en el instituto, una de las amigas de Evie de secundaria reapareció en su vida: Thalia James. Arlette no había visto a Thalia en dos años o más. Arlette se entusiasmó más que Evie cuando Thalia la invitó a su cumpleaños con fiesta de pijamas. Evie se encogió de hombros:

—De acuerdo, iré. No pasa nada. Pero no voy a llevar ningún puñetero regalo.

—¡Pues claro que le vas a llevar un regalo a Thalia! —dijo Arlette —. Lo elegiremos juntas, en el centro comercial.

—No pasa nada, mamá. No me importa.

—No puedes ir a una fiesta de cumpleaños sin un regalo. Ni hablar.

Arlette hablaba con entusiasmo, como si estuviera en juego su reputación de madre. Evie no pudo evitar reírse de su madre,

aunque quizás también se sintió conmovida: Mamá parecía preocuparse *tanto*.

En el centro comercial, buscaron un regalo para Thalia James, que iba a cumplir quince años. Nada demasiado caro, pero tampoco demasiado barato.

—Qué lástima que no podamos encontrar nada en Ace Hardware, podríamos conseguir un descuento —dijo Evie.

Y Arlette respondió, como si Evie lo hubiera dicho en serio:

—Bueno..., yo he pensado lo mismo. Pero allí no habrá nada para Thalia.

Cuando llegaron a casa después de la maratónica jornada de compras, Arlette estaba agotada, tambaleándose. Finalmente, tras muchos desacuerdos, se habían decidido por un bolso de mano de ante morado con correa para el hombro, que costó el doble de lo que habían planeado pagar.

—Está bien. Es bastante guay —admitió Evie—. Gracias, mamá.

Arlette esperó a que Evie le pidiera un bolso de mano para ella, ya que el suyo viejo —más bien una simple bolsa de tela— estaba completamente desgastado, pero a Evie ni siquiera se le ocurrió.

Cuando Arlette se encontró con la madre de Thalia poco después de la fiesta de pijamas, Michelle James no sabía nada al respecto. ¿Fiesta de pijamas? ¿Fiesta de cumpleaños? ¿En su casa? ¿Se estaba confundiendo Arlette con otra persona? Por lo que Michelle James sabía, Thalia y Evie llevaban un buen tiempo sin verse.

—Desde después del accidente de bicicleta de Evie. En el puente. ¿Fue el verano pasado? ¿O el anterior?

Arlette estaba atónita. No supo qué responder.

Huyó a casa, abatida. Como marcada por la deshonra.

Evie ha mentido. Me ha mentido. Pasó fuera toda la noche.

¿*Con quién*?

Cayendo después en la cuenta: *Kevin me matará si se entera*.

Era culpa suya, tenía que ser culpa de la madre. No había estado atenta. No había sospechado. No había hecho las preguntas adecuadas. No había llevado ella misma a Evie a casa de los James; otra persona la había recogido en la entrada de casa. Tampoco la había recogido ella misma al día siguiente: alguien la había traído a casa, a última hora de la tarde, un sábado.

Traicionarnos. Traicionarme...

Para cuando Arlette se atrevió a confrontar a Evie acerca de la *fiesta de pijamas* ya era demasiado tarde. Arlette había perdido su autoridad, su justa ira. Evie no pareció sorprendida de que la descubriera, aunque fuera tan tarde. Enseguida se retrajo en una actitud evasiva, defensiva, no iba a servir de nada interrogarla. Evie aseguró haberle dicho que la fiesta de pijamas se había cancelado, que esa noche fue al cine con otras amigas, chicas que Arlette no conocía, ni a sus madres:

—No pasa nada, mamá.

—Pero ¿dónde pasaste la noche? Eso es lo que te estoy preguntando.

Evie se encogió de hombros, como retando a su madre a que le impidiera marcharse. Yéndose bruscamente a su habitación como si la hubieran insultado. Exagerando su cojera, como para irritar a su madre.

Mi puta rodilla derecha, la llamaba Evie.

A partir de ese momento, Arlette supo que no podía confiar en su hija. No se atrevía a contarle a Kevin sus desacuerdos con Evie, que

eran constantes. No se atrevía a discutir con ella, pues las consecuencias eran inmediatas y extremas, como hacer el ademán de meter el dedo en un enchufe.

Porque de repente todo era ¡*No pasa nada, mamá*!

Qué desgarrador era aquello, ¡con lo unidas que habían estado!... durante el largo invierno de la convalecencia de Evie, cuando estaba débil, dolorida, propensa a las infecciones, haciendo muecas de sufrimiento al intentar caminar. Apoyándose desesperadamente en Arlette, como si Arlette fuese una muleta. ¡Arlette *había sido una muleta*!

La cuidadora de su hija, la compañera de su hija. Todos los parientes se habían dado cuenta; todos habían quedado impresionados. Como madre, una siempre está actuando para otras madres, que saben exactamente cuándo una fracasa como madre, sobre todo las mujeres de la propia familia, de mirada aguda, atentas a cualquier deficiencia. La hermana mayor de Arlette, muerta varios años atrás, se habría sentido de lo más impresionada; nadie habría predicho que Arlette se convertiría en *una madre tan maravillosa*.

«Y ahora me está castigando. ¿Por qué me castiga *a mí*?».

En cierta parte de la mente de Arlette, la convalecencia se confundía con la primera infancia de Evie. La inexpresable intimidad entre madre y bebé: el sobresalto del primer tirón al pecho. Arlette fue una joven madre aterrorizada e insegura. Insegura de su capacidad para mantener *con vida* a un bebé real, de carne y hueso.

Qué dulzura. El amor por su hija perdida inundaba a Arlette, sus ojos se llenaban de lágrimas de nostalgia.

Pero los bebés no siguen siendo bebés. Los inválidos no siguen siendo inválidos. Al final deja de usarse la muleta. Nadie quiere recordar una maldita *muleta*.

En el instituto, las notas de Evie eran irregulares, impredecibles. Sus entusiasmos, como sus odios, venían en oleadas y se desvanecían. Rara vez hablaba de sus profesores salvo para mofarse de ellos. Parecía haber perdido la capacidad de leer deprisa las páginas que le asignaban, de asimilar lo esencial. En el prolongado letargo de su convalecencia, mientras esperaba a que sus huesos rotos sanaran, se había vuelto una *discapacitada*. *Desconectada* de su propio yo, pensaba Arlette.

Pero le encantaba el cuaderno de bocetos que le había comprado Arlette. Cuando se acabaron las hojas, Arlette le compró otro. En este Evie dibujaba figuras parecidas a pingüinos con pies rotos y desdentadas bocas abiertas, tambaleándose como personas borrachas. Incansablemente, dibujaba figuras humanoides, bufonescas, a las que les faltaban partes del cuerpo. Sus autorretratos eran toscos, crueles: se dibujaba a sí misma con un rostro lleno de granos e imperfecciones, con ojos que miraban vacíos.

Empezó a quedarse después de clase para colaborar con el periódico escolar. Su talento estaba en las viñetas cómicas, las caricaturas. Con orgullo, le mostró a su familia una tira cómica del periódico titulada «Mal de Evie».

—¿Veis?, se supone que tiene que recordar al «Mal de Ojo».

Nadie sabía qué era el «Mal de Ojo». Evie tuvo que explicarlo.

¿Una superstición mediterránea? ¿De Oriente Medio? ¿Musulmana?

—El chiste es que el «Mal de Ojo» es un conjuro supersticioso para invocar a los malos espíritus. Pero mirad, en mis cómics ¡*yo soy el espíritu maligno*! Ese es el chiste.

Roy y Billy estaban impresionados con la tira cómica de su hermana. Les parecía asombroso que los garabatos infantiles de Evie se hubieran *publicado* en un periódico.

Kevin puso mala cara. Claramente no sabía qué pensar pero no estaba seguro de dar su aprobación.

Arlette se quedó mirando la tira cómica con una sonrisa. Porque una madre siempre debe sonreír.

—Cielos, cariño, ¡qué *profesional*!

Su hija tenía un talento innegable para la caricatura, lo que significaba crueldad con un toque cómico. O comedia con un toque cruel. ¿Serían caricaturas de personas reales del instituto?, se preguntó Arlette. ¿Compañeros de clase de Evie? ¿Alumnos estrella? ¿Profesores? ¿O eran solo figuras humanoides genéricas, tontas, engreídas, vanidosas, obesas o esqueléticas, con piernas flacas, pechos deformes y cuellos como palillos? Uno de los personajes femeninos —labios gruesos, mejillas caídas, sonrisilla insípida— se parecía a la propia Arlette.

Y luego estaba aquel repugnante cerdo, con su fea cara hocicuda y sus rasgos tan ingeniosamente dispuestos que, para quienes conocieran a Rob Nash, sugerían sin lugar a dudas a *Rob Nash*.

Sin embargo, Kevin no reconoció a su viejo amigo. Miraba fijamente la caricatura del cerdo, intentando ver cómo podía aquello poseer una gracia inocente.

—Y este es... ¿quién? ¿El director de la escuela?

Tampoco Roy o Billy reconocieron al tío Rob.

Solo Arlette. Que habría puesto una mueca pero sabía que Evie la observaba con atención.

—¡Es maravilloso, Evie! Como una tira cómica del periódico. Tus profesores deben estar tan impresionados...

Evie rio, encantada.

—Más bien tienen miedo de quién será el siguiente.

Meses más tarde, se supo que Rob Nash *había fallecido*, de cáncer de pulmón.

En Strykersville se sabía que Rob Nash llevaba tiempo enfermo, recibiendo quimioterapia.

Arlette y Kevin lo habían visitado varias veces en el hospital. ¡Qué desgarrador ver cómo había cambiado Rob Nash!

Su rostro estaba enflaquecido, como un globo que ha perdido aire, resistencia. Había ya pocas bromas, poca cháchara, que eran los modos de Rob para relacionarse con los demás.

—¿Sabéis qué, muchachos?... Estoy cansado. Can-sa-do.

Entrecerraba los ojos, mirando a Arlette y a Kevin como si no los recordara del todo, la juvenil pareja de mediana edad que había traído a aquella habitación de hospital festoneada de flores una violeta africana en una maceta envuelta en papel de aluminio.

De pronto, de no se sabía dónde, habían aparecido parientes de Rob Nash que ocupaban casi todo el espacio de la habitación de hospital y, más tarde, de su habitación en el centro de cuidados paliativos. Como observaron con cinismo los amigos de Rob Nash en Strykersville: *Los buitres vuelven a casa a anidar*.

Pero ¿cambiaría Rob Nash su testamento por aquellos desconocidos? ¿O era demasiado tarde? Ni Kevin ni Arlette hablaban de aquello: *del testamento*.

La promesa de que Rob Nash *se acordaría de ellos en su testamento*.

(A no ser que no hubiese sido exactamente una promesa... ¿Una posibilidad, quizá?).

Cuando Arlette le contó a Evie que Rob Nash *había fallecido*, Evie apenas reaccionó.

—¿Quién?

—¿Cómo que «quién»? Tú sabes quién es Rob Nash. Era.

Arlette sintió tanta consternación, tristeza y exasperación al ver la cara de malhumor de Evie que rompió a llorar.

—¡Pobre hombre! ¡Pobre Rob! Era un amigo tan cariñoso...

Evie rio con malicia. Arlette estaba segura de haber oído a su hija murmurar entre dientes: *Puto cerdo gordo, muérete*.

Fue una época de muchas emociones para Arlette. La verdad era que había querido a Rob Nash..., y que Rob Nash la había querido a ella.

Nadie volvería a mirar a Arlette de aquella manera. Aquella... manera especial que tenía él...

Desde los tiempos en que era el amigo de su padre, hacía tanto. Mucho antes de Kevin y de la maternidad.

Kevin también estaba en duelo. A su manera rígida y callada, que sugería una profunda preocupación, además del sentimiento de pérdida.

(Nadie parecía saber adónde había ido el dinero de Rob Nash, cuánto valía su patrimonio al morir...).

(¿Quizás Rob Nash no tenía tanto dinero como la gente creía, como él mismo hacía creer? Aquel empezó a ser el rumor del pueblo).

Con la excusa de vaciar la papelera de Evie y cambiar las sábanas extremadamente sucias de su cama (algo que Evie no hacía, aunque insistía en que podía mantener su habitación limpia ella sola), Arlette descubrió, en un cajón del escritorio, unos cómics japoneses muy desagradables..., obscenos...

No podía creer lo que estaba viendo. ¡Niñas en uniforme escolar haciendo cosas repugnantes a viejos japoneses!

Arlette se preguntó: ¿Se trataba de publicaciones japonesas reales o de algún tipo de horrible propaganda antijaponesa? No quería examinar aquellos cómics con detenimiento.

Novelas gráficas, libros ilustrados. Novelas juveniles con portadas escabrosas.

Bitch Planet. *Queer Appetites*. *Los días impuros del marinero*: profusamente ilustrado, como si fuera para niños.

Arlette dejó caer el libro en seguida. ¿Qué demonios era lo que había *visto*?

En otra parte de la habitación, Arlette descubrió páginas arrancadas del cuaderno de bocetos de Evie con figuras caricaturescas desnudas: niñas, mujeres, chicos adolescentes. Algunos se besaban y se tocaban unos a otros de forma inapropiada y otros luchaban con cuchillos o espadas o sufrían torturas horribles. Decapitaciones, disecciones. Senos cercenados, intestinos extraídos

de su abdomen. Lo más espantoso: un feto arrancado del vientre de una mujer.

Una mujer rellenita con el rostro de Arlette que sonreía satisfecha: *Mamonstruo*.

Arlette se sentía conmocionada, asqueada. Le parecía evidente que Evie había caído bajo el influjo de alguien en el instituto. ¿Su tutora, una mujer soltera con el pelo muy corto, casi rapado? ¿Geary? ¿Greary? Evie había mencionado varias veces a esa tutora, no en tono de burla, como cuando hablaba de sus otros profesores, sino con admiración.

Sin hablar con Evie (quien jamás le diría la verdad y solo intentaría impedírselo), Arlette fue en coche hasta el instituto. Aún había clases, era media tarde.

En el despacho del subdirector, Arlette habló con vehemencia, furiosa. Había traído los dibujos de Evie como prueba. ¡Una profesora lesbiana en el instituto de Strykersville! ¡Corrompiendo a los niños! Su hija había sobrevivido a un accidente traumático apenas dos años antes, a los trece años, aún no se había recuperado del todo, era impresionable, ingenua..., precisamente el tipo de niña que puede ser *manipulada* por un adulto pervertido.

Un rato después, Arlette estaba hablando también con la directora. Otros miembros del profesorado fueron convocados, y finalmente Isabel Greary, quien manifestó un asombro completo ante las acusaciones de Arlette y afirmó apenas conocer a Eavanne Hansen, pero se negó a confirmar si era o no «lesbiana».

Para entonces Arlette estaba realmente alterada. El sonido de su propia voz, aguda y temblorosa de indignación, la exaltaba aún más; cuanto más calmadamente hablaban los demás, cuanto más

afirmaba la señorita Greary no saber de qué estaba hablando Arlette, más se alteraba Arlette. Amenazó con «acudir a los medios de comunicación». Amenazó con llamar a la policía, con llamar a un abogado. Al mismo tiempo, no quería que su hija se viera implicada personalmente.

—Evie es demasiado sensible. Tuvo una fractura de cráneo, casi se muere. Solo necesito saber que está protegida en el colegio. Necesitamos saberlo..., su padre y yo.

Aun así, involucrar a Kevin era lo último que Arlette quería. Cualquier tipo de revuelo que pudiera tener un aspecto público, cualquier cosa que pudiera «salir en los periódicos» y ser «malo para el negocio», Kevin no lo habría querido.

Tras este incidente, trasladaron a Evie a otra tutoría de décimo grado. No despidieron a Isabel Greary, para decepción de Arlette, ni siquiera la suspendieron de la enseñanza, sino que le permitieron terminar el curso escolar y luego la transfirieron a otro colegio del distrito.

Por supuesto, Evie no tardó en enterarse de lo sucedido. Se sintió humillada y furiosa. Se negaba a hablar con Arlette, incluso a pasar mucho tiempo con ella en la misma habitación. Acusó a su madre de arruinarle la vida: «Mi vida, que ya estaba arruinada. Por *ella*».

Evie empezó a faltar a clase. Empezó a faltar días enteros al colegio. Pasó fuera una noche, todo un fin de semana. Estaba con una nueva amiga, una chica que se había graduado del instituto de Strykersville varios años antes y que ahora trabajaba en la tienda Target del centro comercial.

Le enviaba mensajes de texto a Arlette:

Estoy bien, no me voy a hacer daño. TÚ ya me lo has hecho.

Soy feliz aquí con J. D. No estoy EMBRUTECIDA.

No me puedes llevar a casa encadenada, volveré cuando esté preparada.

Os quiero a todos, ¿de acuerdo?, pero esto es MI PROPIA VIDA y necesita que la salve.

4

Poco podían hacer ellos: *padres de una «niña fugada»*.

Suplicar ante la policía de Strykersville: su hija de quince años era menor de edad, tenía problemas médicos y (posiblemente) problemas mentales a raíz de un accidente de bicicleta que había sufrido dos años antes y del que nunca se había recuperado del todo. Era «muy influenciable», era «fácilmente coaccionable», «necesitaba terapia», estaba alojada con una «persona no autorizada» que no era ni pariente ni amiga de la familia, posiblemente estaba en peligro, posiblemente había drogas de por medio...

Los agentes de policía escucharon con paciencia pero no hicieron nada. En Strykersville, la *fuga de menores* no era una prioridad, como sí lo habría sido un *secuestro*, un *rapto*.

Una agente habló con Arlette de manera paciente y comprensiva, pero le aconsejó que no intentara traer a su hija a casa por la fuerza:

—Eso nunca funciona, señora. Si quieren estar en otro lugar, se irán a otro lugar. No se las puede tener prisioneras.

—¡Pero Evie tiene *quince* años! —protestó Arlette.

—*Quince* años no son *cinco* años, señora.

En realidad, Evie acababa de cumplir dieciséis años. Arlette tenía que admitir que a los dieciséis años no se es exactamente una niña.

La agente comentó que Evie se había ido de casa voluntariamente y que no había razón para pensar que no regresaría. La mayoría de los *fugados* regresaban bastante pronto. No había pruebas de que la estuvieran reteniendo contra su voluntad. De hecho, asistía a la escuela. No todos los días, pero sí con frecuencia. Si la acusaran de *fugarse*, podrían detenerla varios días en el centro de detención del condado y probablemente los padres tendrían que comparecer ante el tribunal de familia...

Arlette se estremeció ante la perspectiva. Kevin jamás la perdonaría si aquello *salía en los periódicos*.

—No nos ayudaréis hasta que a nuestra hija le hagan daño —dijo Arlette.

—Señora, parece que su hija ya ha sufrido daño..., ¿un accidente, es lo que ha dicho?

En efecto, Evie regresó a casa. Pero, poco después, empezó a pasar las noches fuera y a irse los fines de semana. Estaba con «J.D.»..., o con «Carroll»..., «Ernie»..., «Smithie». Cuando estaba en casa, se encerraba en su habitación. Había cultivado una sonrisa de medio lado, una sonrisa de cortante indiferencia. Arlette se sentía herida en lo más profundo. Era algo perturbador cómo, si sonríes a otra persona y esta no te devuelve la sonrisa, te sientes aniquilada, como si tu reflejo en el espejo hubiera desaparecido. Te hacen sentir invisible.

¿Era aquello un síntoma de síndrome de Asperger en Evie? ¿Una incapacidad para interpretar las señales sociales?

¿Había sufrido Evie una lesión cerebral que no aparecía en la resonancia magnética?

Pero Evie percibía perfectamente las «señales sociales», pensó Arlette. Simplemente se negaba a reconocerlas.

Como jugar a un juego sin intención de seguir las reglas. Reírse de los tontos que seguían las reglas.

Como esconder una pieza de un puzle. Haciendo imposible que el puzle se completara jamás.

Como preguntarle a su padre, con tono inocente: «¿Cómo va todo en "Ace Hardware", papá?», como si el nombre de la tienda fuera algo anticuado y cómico.

Unas veces Evie comía con la familia, otras veces no. Rara vez ayudaba a Arlette a preparar la comida o a recoger después. No servía de nada exasperarse con ella; provocar *exasperación* era quizá el objetivo del comportamiento de Evie.

Si no quieres que esté aquí, solo tienes que decirlo.

De todas formas, solo estoy aquí de manera temporal.

A los diecisiete años dejó el colegio y se fue a vivir a Rochester, y luego a Niagara Falls con nuevas amistades de las que Arlette y Kevin nunca habían oído hablar. En Niagara Falls trabajó en un mercado agrícola, y enviaba fotos de ella misma vestida con un enorme mono de trabajo, sonriendo con sus dientes de plástico perfectos. En una de las fotos aparecía con una calabaza gigante y deforme, tallada para Halloween con una sonrisa exagerada y desdentada.

Pasándolo en grande. Trabajando la tierra. Ganando $$$.

Cuando Arlette llamó al número de Evie para invitarla a casa por Acción de Gracias, le dijeron que Evie se había ido en coche con una

amiga a Illinois con planes de trabajar en una granja orgánica. Les había dejado el recado de que ahora estaba «desconectada» pero que «se pondría en contacto» con ellos en cuanto pudiera.

Pasaron meses antes de que volvieran a saber de ella. Y entonces fue solo una llamada apresurada.

—Ya os dije que no había de qué preocuparse. No pasa nada. ¡Voy a colgar si empiezas a llorar, mamá! *Me niego al chantaje emocional*.

Una postal de Denver, las Montañas Rocosas en colores fluorescentes, una nota garabateada a toda prisa apenas descifrable excepto por *... que estéis bien! Os quiero, E*.

Postales de El Paso, Albuquerque, Los Ángeles. Shasta (California), con el monte Shasta en colores fluorescentes.

La gente en Strykersville creía vagamente que Evie Hansen se había «ido a la universidad» a algún lugar lejano. Al igual que, más tarde, Billy ingresó en la universidad estatal en Plattsburgh, junto a la frontera con Canadá, para estudiar informática.

Roy se alistó en el Ejército de Estados Unidos, pasó varios años ausente y cuando regresó se puso a trabajar en Ace Hardware hasta que Kevin se jubiló anticipadamente por motivos de salud y Roy se hizo cargo de la tienda.

5

Porque ya morí una vez, no tengo miedo a morir de nuevo.

Porque la muerte está a nuestro alrededor y en el aire que respiramos.

Porque la muerte está en la tierra, me encanta hundir las manos en la tierra. Me encanta «ensuciarme» la cara.

En la ambulancia vi mi alma salir volando de mi boca como si fuera humo. Nunca se lo conté a nadie.

En la ambulancia me hicieron respirar, & mi alma regresó, pero ya no era la misma.

Cuando viniste a verme al hospital, ya era demasiado tarde. Porque yo ya había muerto, y ya no era tu hija.

El vínculo se había roto, tú nunca lo entendiste.

Lo que consideras Familia es solo un accidente. No hay significado en los accidentes.

La Telaraña se rompe fácilmente.

El sobre de Evie, con matasellos de Traverse City (Michigan), estaba cubierto de colores fluorescentes brillantes. Dentro había un grueso fajo de páginas escritas a mano.

Arlette se secaba los ojos mientras leía la carta y le iba pasando las páginas a Kevin, que tenía dificultades para leer con sus gafas bifocales. La letra era inclinada, urgente, en tinta morada. Arlette no la habría reconocido, podría haber sido la de cualquier persona. No podía oír nada de la voz de Evie en el tono estridente de la carta.

Desde la última vez que habían visto a su hija habían pasado... ¿cuántos años? Evie tenía ahora treinta y muchos: a Arlette le costaba imaginarla a cualquier edad.

Kevin dijo con irritación:

—¿Alcanzas a *leer* esto? ¡Menuda letra de araña!

—¿Quieres que lo lea en voz alta?

—No te molestes.

—¡Kevin!

—En fin, de acuerdo. Adelante.

Arlette leía despacio, con dificultad. Le parecía que Evie estaba hablando sola, angustiándose y discutiendo consigo misma. En los márgenes de la carta había pequeñas caricaturas, figuras grotescas.

Arlette se preguntó si quizá Evie tenía razón, si la familia era solo *accidente*. Nunca había habido ninguna conexión entre ellos, y Evie, arrojada violentamente de su bicicleta a los trece años, era la única en haberse dado cuenta.

—No es ella, Kevin. Quienquiera que haya escrito esto, no es Evie.

—Y entonces ¿quién es? ¡Dios mío!

Kevin dijo esto con asco y le tiró las páginas de las manos a Arlette, que revolotearon y cayeron al suelo.

6

Tres semanas después de la muerte de Kevin, y tras la publicación de su obituario en la *Strykersville Gazette*, Arlette recibió una llamada de Evie, que ahora vivía en Bolton Landing, en las montañas Adirondack, a unos quinientos kilómetros al este de Strykersville.

Kevin solo tenía sesenta y tres años cuando murió de un infarto repentino; Arlette tenía solo sesenta y uno. ¡No era vieja! No era vieja en absoluto.

Al oír la voz de su hija, el primer pensamiento de Arlette fue una oleada de esperanza: *Ahora volverá a casa. Ahora vendrá a vivir conmigo*.

Con voz agitada, Evie exigía saber cuándo había muerto Kevin. ¿Había habido algún signo? ¿Cuándo fue el funeral? ¿Dónde lo

enterraron? ¿Dónde estaban Roy y Billy? ¿Habían ido al funeral? De fondo se oía una cacofonía de voces amortiguadas, como si Evie estuviera llamando desde una sala grande o un auditorio.

Por lo que entendió Arlette, Evie estaba en contacto con alguien en Strykersville que la mantenía al tanto de las últimas noticias del pueblo.

—¿Sigues viviendo en la misma casa, mamá? ¿Cómo sabré dónde vives?

—Claro que vivo en la misma casa.

—No recuerdo el nombre de la calle. No recuerdo el número.

—Cómo no te vas a acordar... ¡Post Road! Uno seis seis cuatro.

—Uno seis seis cuatro...

—Evie, ¿estás bien? ¿Qué es todo ese ruido?

—Es la misma casita hortera tipo hacienda de siempre, ¿verdad? ¿Con el revestimiento de aluminio?

—¿Estás... estás en Strykersville?

—Mira por la ventana, mamá.

Arlette fue rápidamente a la ventana del salón que daba a la calle. No vio nada fuera de lo común.

—¿Estás aquí? ¿En Strykersville? ¿Evie?

—Tal vez estoy dando una vuelta a la manzana. Tal vez te estoy «espiando», mamá.

Arlette salió corriendo a la calle, al gélido viento de noviembre.

—¿Evie? ¿Hola? —gritó Arlette al teléfono, que había perdido la señal al alejarse de la casa.

En la calle, Arlette temblaba convulsivamente, mirando primero en una dirección, luego en la otra. Su corazón latía deprisa, lleno de esperanza: ¡*Mi hija! ¡Mi hija*!

No tenía ni idea de qué tipo de vehículo podía estar conduciendo Evie. Cuando Arlette trataba de visualizar a Evie, solo podía imaginar la foto tomada en la granja orgánica de Rochester muchos años atrás: Evie con un mono de trabajo demasiado grande, sonriendo a la cámara con sus perfectos dientes falsos, inclinada sobre una calabaza gigantesca y deforme como si fuera un adversario derrotado.

Mientras Arlette se alejaba más por la calle, un coche ranchera conocido se detuvo.

—¿Hola? ¿Es usted... Arlette? ¿La señora Hansen? ¿Le pasa algo?

Arlette reconoció a una vecina. Con la emoción, no podía recordar su nombre.

—Creo que... mi hija ha vuelto. Evie. Está por aquí cerca...

—¿Su hija? ¿La que se fue a la universidad?

—Sí. Evie... «Eavanne».

Arlette estaba parada en medio de la calle, despeinada y confundida. Los ojos llenos de lágrimas por el viento frío. Con voz amable, la vecina le preguntaba si quería que la llevara a algún sitio. ¿Tenía idea de dónde estaba Evie?

Con gesto distraído, Arlette negó con la cabeza, *no*. Añadió, por cortesía:

—¡No, gracias! Seguro que ya está de camino. La voy a esperar.

—Puede esperar dentro de casa, señora Hansen. Ella sabrá dónde encontrarla.

—Sí. Es verdad.

—Hace un poco de frío esta mañana. Quizás debería esperar dentro. A menos que quiera que la lleve a algún sitio...

—¡No! No hace falta.

Arlette se dio la vuelta, como si fuera a entrar de nuevo en casa. La vecina la saludó con la mano mientras se alejaba en su coche, pero Arlette se quedó al final del camino de entrada, en el cortante viento helado de noviembre.

Sintiendo una satisfacción absurda al saber que así se referían a Evie en el pueblo: *la que se fue a la universidad*.

7

¡*Problemas de salud*! Mejor no entrar en detalles (morbosos).

En Pheasant Ridge, adonde Arlette se fue a vivir después de que vendieran la casa de Post Road, se hablaba demasiado de *problemas de salud*. Ella desde luego no iba a participar, tenía cosas mejores de las que hablar.

La mayoría de los residentes de Pheasant Ridge eran viudos. Casi todos se habían conocido en sus vidas anteriores, algunos incluso en secundaria o en primaria. Ahora, los que quedaban se reagrupaban. Los que habían sobrevivido al *matrimonio*, a los *hijos*.

¡Nada de autocompasión! *Ella* no era de las que se lamentaban, lloraban o se quejaban porque sus hijos/nietos no los visitaban tan a menudo como ellas habrían querido.

Aunque Arlette también sufría sus propios *problemas de salud*: osteoporosis que le ahuecaba los huesos, bronquitis que la dejaba débil y sin aliento, los abscesos en la hilera superior de dientes que obligaron a extraérselos y reemplazarlos por caras dentaduras postizas (que el seguro no cubría), glaucoma que debía controlar

con gotas oftálmicas nocturnas, alarmantes lapsos de memoria como cortes en una película vieja y defectuosa.

Reagruparse valientemente con viejas amigas, viudas, alguna que otra divorciada, recuperar viejas alianzas. Quienes no podían resistir la tentación de presumir de sus nietos tendían a unirse entre ellas, mientras que otras, como Arlette, que (aún) no tenían nietos de los que presumir, preferían la compañía mutua.

Partidas de *gin rummy*, club de lectura, bailes en cuadrilla: risas y jadeos de mujeres, torpes pero alegres y retozonas. Tres mañanas a la semana, natación (despacio) en la piscina de color turquesa que olía a cloro de forma irritante para los ojos.

Arlette sí recibía visitas: parientes. Su sobrina Cassie venía a visitarla cada pocas semanas.

Recordando con cariño «aquella barbacoa que tú y el tío Kevin celebrasteis en nuestro honor... ¡Qué amables fuisteis...!».

No había sido una barbacoa, sino un bufé frío, todo lo espléndido que Arlette había sido capaz, con bebidas cortesía de Rob Nash; pero Arlette agradeció el recuerdo y no corrigió a su sobrina.

—Y la pobre Evie tuvo ese accidente en el puente, con su bicicleta. ¡Qué poco le faltó!

Por un momento, Arlette no pudo entender qué significaban aquellas palabras: *poco le faltó*.

Dándose cuenta entonces de que Evie no había muerto. Para *eso* es para lo que había faltado poco, y por lo que ella y Kevin se habían sentido tan agradecidos entonces.

—Evie me llamó, ¿sabes? Después de que Kevin muriera.

—Sí, me lo dijiste, tía Arlette. Fue amable por su parte.

—Iba a venir a visitarme, pero... algo pasó... Tuvo que posponerlo.

Demasiado avergonzada para decirle a su sobrina que Evie había olvidado dónde vivía. Después de tantos años, ya no se acordaba de que su calle era Post Road.

Y una tarde, la víspera del septuagésimo cumpleaños de Arlette, Evie vino a visitarla a Pheasant Ridge, sin previo aviso.

—Mamá, qué tal. Soy... yo. Evie.

En el umbral de la habitación de Arlette, avergonzada y entrecerrando los ojos, una mujer de rostro curtido por la intemperie, ojos azul pálido, hombros caídos, sin edad evidente, aunque no joven: cabeza rapada, el pelo apenas asomando, llamativos piercings en la cara. Llevaba unos vaqueros muy lavados, blancos por el desgaste en las costuras. Una chaqueta de piel de serpiente sintética. Botas altas con cordones. Los perfectos dientes de plástico parecían menos blancos y brillantes. Finas arrugas enmarcaban sus labios delgados, que esbozaban una sonrisa vacilante.

Arlette la miró, atónita. Arlette rompió a llorar: ¡su hija!

—¡Evie, pasa! ¡Pasa! ¡Dame un abrazo, ven *aquí*!

Arlette intentó levantarse, se mareó y se sentó de golpe de nuevo en el sillón de tela estampada que era blando y sin osamenta, que se ajustaba a los contornos de su cuerpo. Evie, avergonzada, se acercó cojeando de forma apenas perceptible, respirando fuerte, como si hubiera estado corriendo. Su aliento olía a ceniza, a rancio.

Evie explicó que había oído por casualidad que Arlette estaba en este lugar, un lugar que no existía cuando ella vivía en Strykersville...

—Todo lo que había aquí, en esta calle, eran campos y árboles más allá del instituto...

Evie hablaba con torpeza, como alguien que no estaba acostumbrado a pronunciar palabras. Miraba fijamente a Arlette, la miraba y parpadeaba, como si viera algo que le diera miedo y le hiciese poner una sonrisa vacua y a charlar como si no supiera lo que estaba diciendo.

Arlette extendió la mano para tomar la de Evie y la apretó con fuerza.

¡Qué mano tan fría y delgada! Nudillos nudosos y un atisbo de algo como una mancha de arándanos en la muñeca derecha. ¿Un tatuaje?

—¡Qué alegría verte, Evie! ¡Qué... qué grata sorpresa! Por favor, ¿te puedes quedar? Podemos cenar juntas...

Evie murmuró algo inaudible, una disculpa. Encogiéndose de hombros como solía hacer, algo que Arlette recordó con una punzada de pesar.

¿Qué hacía ahora? Bueno, estaba *entre curros*.

Hasta hacía poco trabajaba en una granja orgánica en Bolton Landing, pero hubo un «colapso»: la mitad del personal se había marchado. Seguramente iba a quedarse con unos amigos en Michigan, si lograba concretar con ellos una fecha.

Ahora mismo estaba de viaje, tomándose un «descanso».

En Bolton Landing había tenido tiempo para dedicarse a su arte. Sus viñetas. Evie sacó con orgullo de su mochila lo que parecía un cómic inusualmente grueso, titulado *Bitch-Storm-Warnings*, una colección de cómics de mujeres que incluía obras de «E. Hansen».

Por fin había alcanzado cierto renombre nacional, dijo Evie. Publicaba sus caricaturas en línea con regularidad y tenía suscriptores. Había estado dando clases en el Adirondack Community College: «El Arte de la Viñeta».

—Ah, ¿sí? ¿Dando clases? ¡Tu padre estaría tan impresionado!...

—Sí, bueno. No pasa nada.

Evie se limpió la nariz.

Al cabo de unos minutos, Evie se quedó en silencio de repente, como si se hubiera quedado sin noticias que contar. Se encontraba sentada en una silla frente a Arlette, de espaldas a la puerta, que estaba ligeramente entreabierta. Arlette intentó pensar en más preguntas, en cosas que contarle a Evie; su actitud era animada y entusiasta. No quería parecer ansiosa. Mientras siguiera hablando, Evie no se iría..., ¿verdad?

Le preguntó a Evie por segunda o tercera vez si quería quedarse a cenar en el comedor. Cena temprana, a las cinco de la tarde. (Eran solo las tres y cuarenta).

Evie respondió evasivamente: *Sí, puede ser. De acuerdo*.

Evie preguntó por Roy, Billy, Cassie y otros familiares, varios de los cuales habían fallecido sin que Evie lo supiera.

Preguntó después, como si se le acabara de ocurrir, si Arlette y Kevin habían heredado algo de aquel amigo suyo:

—Aquel al que querías que llamáramos *tío Rob*.

—Rob Nash.

Hacía muchos años que Arlette no pronunciaba ese nombre en voz alta.

Pero ¿no falleció Rob Nash antes de que Evie se fuera de casa? ¿No debía saber ya Evie la respuesta a su pregunta? Arlette no

recordaba exactamente.

Sintió una punzada de amargura. Amargura recordada y mortificación. La pérdida de un querido amigo, y la pérdida de la herencia que Kevin creía que recibirían de Rob Nash.

Pero cuando se leyó el testamento, Arlette y Kevin ni siquiera estaban presentes. Nadie les avisó. Las familias se encierran en sí mismas cuando hay una muerte. Sobre todo, como había aprendido Arlette, cuando se trata de la muerte de alguien con una herencia considerable.

Aun así, Rob Nash debió de cancelar una deuda de Kevin, un préstamo que le había hecho a Ace Hardware.

Kevin siempre había tenido la intención de devolverle el dinero a Rob Nash, pero cuando Rob murió, nadie se puso en contacto con él para pedirle los treinta mil dólares, o la deuda que fuera; al parecer, no había constancia de ello en las cuentas de Rob Nash.

Kevin no le había contado gran cosa a Arlette. Le habría dado vergüenza que su esposa supiera que Ace Hardware había necesitado un préstamo.

Arlette, con tono evasivo, le dijo a Evie que *no*, creía que no. Creía que no habían recibido ninguna herencia de Rob Nash, por lo que recordaba.

—Fue hace mucho tiempo. Ni siquiera sé dónde está enterrado Rob...

Arlette hablaba con seriedad, como disculpándose. Los temas de conversación parecían alejarse de ella, como si intentara alcanzar un globo que se le escapase. Podía verlo, podía ver lo que tenía que hacer y lo que tenía que decir, pero perdía la concentración.

—Así que todo fue para nada.

Evie lo dijo no con tono acusador, sino con una sensación de asombro.

—¿Qué es lo que fue... para «nada»? No te oigo bien, Evie.

—He dicho: «Así que todo fue para nada». Eso es lo que he dicho.

Las lágrimas se acumularon en los pálidos ojos de Evie, y Arlette no habría sabido decir si eran de tristeza, de ira o de perplejidad. En la huesuda muñeca derecha de Evie, un tatuaje borroso de un pájaro con las alas extendidas y un pico afilado, de perfil.

Arlette no estaba segura de cuál era el tema de conversación. Qué era lo que estaba preguntando Evie. Debía tener cuidado de no asentir con tanta facilidad.

Arlette se había fijado que, en Pheasant Ridge, se tendía a asentir con la cabeza, *sí, sí*, como un yoyó. Era una especie de insidiosa enfermedad. Comenzaba en el momento en que una se instalaba allí. Varios residentes eran más sordos que una tapia, pero estaban deseosos de complacer. Lo cual provocaba malentendidos.

El tema de conversación parecía girar en torno a herencias, testamentos. Arlette le contó a Evie que Roy dirigía la ferretería, había tomado el relevo de Kevin. En el centro comercial, en el mismo lugar. Kevin había querido expandir el negocio, pero nunca lo había hecho. Billy tenía un puesto de consultor informático en Albany. Billy era lo que se llama un *genio de la informática*. No se había casado, pero Roy sí. Aunque Roy estaba *separado*. Sin hijos.

Evie se encogía de hombros al oír las noticias de sus hermanos. Su rostro curtido no delataba mayor emoción que si hubiera estado oyendo noticias por la radio.

—Tu padre me dejó su «herencia»: la casa, ya sabes, el terreno, parte de la ferretería, y el resto a Roy. Creo que fue así. También le

dejó algo a Billy..., no mucho. No era..., no es... mucho. No recuerdo los detalles. Ya sabes, tu padre no quería preocuparme con «asuntos de dinero». No sabíamos dónde estabas, Evie...

Arlette hablaba despacio, como tanteando el terreno. Evie se encogió de hombros mientras se le ensombrecía el rostro. Arlette no podía saber si estaba dolida o enfadada; su vista ya no era tan buena, al igual que su oído.

La verdad era que Kevin pasó años sin mencionar a Evie antes de morir. Tras su primer derrame cerebral, fue como si olvidara que tenían una hija. Antes de eso, estaba furioso con ella, por su *falta de respeto*, como decía.

Nunca se molestó en corregir a nadie que dijera que Evie «se había ido a la universidad». Algunas personas en Strykersville pensaban que Evie Hansen padecía alguna enfermedad crónica, como esclerosis múltiple, y estaba hospitalizada en alguna parte, pero en general ya nadie hablaba de ella.

En el incómodo silencio, Arlette se oyó decir con tono culpable:

—Hay algo de dinero, Evie. Lo dejé apartado para ti. En mi cuenta bancaria. Sabía que volverías..., lo sabía. Me temo que no es mucho. Aquí estoy gastando más de lo que esperaba. Hay todo tipo de cargos ocultos, «tarifas». Pero podría... podría hacerte un cheque...

—¿De verdad, mamá? Eso sería muy generoso por tu parte.

Evie parecía avergonzada. Se limpiaba la nariz con el dorso de la mano como una niña incómoda.

Arlette le indicó a Evie que buscara su chequera, que estaba... ¿dónde?... en un cajón... A Evie le llevó un rato encontrar el cajón y la chequera que había en él, de la sucursal de Strykersville del Bank of America.

Evie le acercó la chequera a Arlette, junto con un bolígrafo que sacó de su mochila, y Arlette se quedó angustiada mirando el cheque en blanco, sin saber cuánto darle a su hija. Podía permitirse darle quinientos dólares... ¿o era cinco mil? ¿O quince mil? Sonrió, Kevin solía burlarse de ella porque se confundía con los *ceros*.

Evie dijo:

—El número lo puedo escribir yo, mamá. Tú solo tienes que firmar el cheque.

Apoyando la palma de la mano en el borde de la mesa para que no le temblase, Arlette firmó el cheque: *Arlette B. Hansen*.

¡Qué sola se sentía desde la muerte de Kevin! Era la *señora Hansen*, pero no había *señor Hansen*.

—¡Gracias, mamá! ¡Cielo santo! Eres muy generosa. Recuerdo que la gente decía que eras... generosa. Que Dios te bendiga.

El rostro de Evie estaba ruborizado, se había puesto eufórica, animada. Arrancó el cheque del talonario, lo dobló con cuidado y se lo guardó en un bolsillo de la chaqueta de piel de serpiente.

Arlette también estaba conmovida. *Que Dios te bendiga*; Arlette no pensaba preocuparse acerca de si aquello era sincero o alguna especie de burla de Evie.

Alguien le había aconsejado una vez —quizá había sido Rob Nash —: *No examines muy de cerca las intenciones de las personas que hay en tu vida*.

Se habría reído tras decir aquello. La risa visceral de Rob Nash, que era tan contagiosa.

Sentadas juntas, ella y su hija, mientras el crepúsculo se ahonda al otro lado de la ventana. Ninguna de las dos hace el gesto de

levantarse para encender la luz, como si temieran romper un hechizo.

Como años atrás, cuando se quedaban mirando por la ventana de la sala de televisión donde estaba colocada la cama de hospital de Evie hacia la lejanía de las colinas, bosques caducifolios hasta el horizonte. Aquí hay un aparcamiento, pero más allá del aparcamiento hay un campo sin cultivar, colinas que se pierden de vista hasta las montañas Chautauqua, a muchos kilómetros de distancia.

Cielo nublado como sábanas viejas. Cómodas, suaves por haber sido lavadas muchas veces. ¿Están Arlette y su visitante esperando para cenar? ¿Esperan la llamada para cenar de las cinco?

En su estado de euforia, Evie tararea, con su cuaderno de bocetos sobre las rodillas mientras dibuja rápidamente un retrato de Arlette sentada en el sillón de indiana, con una bata de chenilla suelta por encima de sus delgados brazos y de su pecho. Por lo visto Arlette se ha adormecido con la intensa conversación, algo a lo que no está acostumbrada. Se le abre la boca, la saliva le brilla en las comisuras de los labios. Se habría puesto pintalabios coral pálido si hubiera sabido que venía una visita, pero nadie la había avisado.

Mientras su lápiz se mueve deprisa, Evie observa con atención a su modelo. Piel blanca con arrugas suaves, no una piel de anciana, Arlette no parece *anciana*, sino de huesos blandos, indefinida, más pequeña de lo que Evie recuerda. Porque hubo un tiempo en que Arlette era más alta que Evie, por supuesto: Evie era *la pequeña ayudante de mamá en la cocina*.

Pequeña ayudante, sin más remedio que ayudar a *mamá*. Hacer lo que mamá ordena.

Evie se ha fijado en que Arlette tiene dientes nuevos: dientes artificiales parecidos a los suyos pero brillantes, más blancos.

Evie se fija, con una punzada de lástima, en lo arrugado que tiene Arlette el dorso de las manos, en lo fina que parece la piel, en las venas azules visibles por debajo.

Ahora Evie está de pie, calzada con sus gruesas botas, y se cierne sobre Arlette, como si tratara de decidir si darle un beso de despedida. Porque Evie ha decidido marcharse. De pronto tiene prisa por irse. Es algo que suele ocurrirle: su sangre empieza a bombear con fuerza y eso es una señal, un aviso de que debe marcharse. Parece a punto de besar las suaves arrugas de la mejilla. Parece a punto de subirle a Arlette el chal de lana hasta el cuello para abrigarla, como Arlette habría hecho cuando Evie era un bebé. En cambio, como siguiendo un impulso, pero con precisión, los dedos de Evie (que saben a tierra y a sal) se introducen a tientas en la boca de Arlette, le quitan suavemente la dentadura postiza, sin despertarla, y se la guardan en un bolsillo; retrocede después, con sigilo, agarra la mochila y sale a toda prisa de la habitación.

¡Nadie ha visto a Evie en Pheasant Ridge! Solo la recepcionista, que tomó nota del nombre de Evie al llegar, *E. Hansen*, pero que no está por ninguna parte cuando Evie se marcha.

Sola en su habitación, Arlette se despierta, confusa. No está segura de qué ha pasado. ¿Por qué la enfermera le ha quitado la dentadura? No se encuentra en el dentista, eso lo sabe. Está en su propia habitación, en Pheasant Ridge. Hace tiempo que no va al dentista.

Arlette dice:

—¿Hola? ¿Hola?

Siente la boca rara, la lengua demasiado grande y libre. Puede palparse las encías con la lengua. Busca a tientas el cordón del timbre. Dice una y otra vez:

—¿Hola? ¿*Hola*?

Su voz se eleva con angustia y alarma hasta que finalmente alguien entra en la habitación y enciende la luz del techo, una chica bajita y robusta con un uniforme compuesto de túnica y pantalones de nailon blanco, que pregunta con voz irritada:

—¿Sí, señora? ¿Y ahora cuál es el problema?

2

La llamada

A las cinco y veinte de la madrugada hay una llamada, la línea zumbando por la estática, S. despierta de su sueño y la informan de que su padre *ha fallecido* esa misma mañana en el hospital de... ¿*Yewville*?... S. no oye la voz con claridad, tan aturdida está por el anuncio que solo puede tartamudear que tiene que tratarse de un error, su padre murió hace años... Al otro lado de la línea la voz repite el nombre del padre de S., incluido su segundo nombre y su fecha de nacimiento; S. afirma que su padre murió hace seis años a la edad de setenta y nueve años en el Hospital St. Marys de Rochester; la voz responde insistiendo en que no se trata de una llamada a un *número equivocado*, recita un número que es de hecho el número de teléfono de S., pronuncia cada dígito con precisión, el hecho es que el padre de S. ha fallecido a las dos y doce minutos de la madrugada esa misma noche/madrugada y la presencia de S. es necesaria en la casa de sus padres, su madre la necesita con urgencia en su casa, y este no es momento para discutir por teléfono de manera infantil.

Su madre la necesita con urgencia: palabras afiladas como la hoja de un cuchillo que frota una piedra.

S. toma aire para protestar de nuevo, pero el auricular resbala de sus dedos entumecidos y cae al suelo.

Incapaz de llorar, como no fue capaz de llorar *entonces*.

Medio dormido, el marido de S. pregunta qué ocurre. S. le asegura rápidamente: ¡*Nada! No pasa nada*, y le ruega que vuelva a dormirse pues ella no podría soportar hablar con nadie en este momento; menos aún con su marido, que hará demasiadas preguntas y descartará la llamada como un error o una broma. Crispada como está, lo último que S. quiere es que otra persona interfiera con la avalancha emocional que siente, un vendaval emocional que la deja sin aliento por una llamada tan ridícula, una conversación tan ridícula, un desconocido que la ha llamado para informarle —¡*a ella*!— de que su padre murió hace apenas tres horas y no hace seis años; que la muerte del padre de S. no es una parte asentada de la vida de S. como las hierbas que crecen sobre una fea hendidura en la tierra, primero ralas y después más profusas, llenando lo que antes era mero vacío.

Aun así, a S. la invade una necesidad repentina de estar con su madre. El deseo desesperado de abrazarla y ser abrazada por ella.

Frenético, como si fuera hambre. ¡*Urgente*!

En la penumbra se viste de cualquier manera. No enciende la luz del techo del dormitorio, que molestaría a su marido, sino la luz de un armario amortiguada como un párpado entrecerrado.

Abajo en la cocina S. dejará un mensaje para su marido explicándole: *Mi madre ha llamado, me necesita. Te llamaré cuando pueda, más tarde. Te quiero, S*.

Piensa en añadir algo. El hombre que duerme arriba *es* su marido, alguien para quien no debería tener secretos...

Pero no se le ocurre nada; deja a un lado el bolígrafo de plástico. Tan solo una niña, una hija, mirando paralizada el abismo de la vida adulta.

Son las cinco y cuarenta y tres de la mañana cuando sale de casa. Lo ve en el reloj digital de la cocina, los números que brillan tenuemente como el radio.

Porque tal vez (¡tal vez!) nunca regrese.

Conduce sin aliento en su vehículo hacia el norte. Adentrándose en el norte a través de cambiantes capas de oscuridad como en un gigantesco lienzo de Rothko.

Consolándose: *Esto no será nuevo, fresco; esto es un viejo dolor sobre el que ha crecido una costra, y después una cicatriz. Tú puedes*.

Esa cicatriz que cubre el cuerpo de S., protegiéndola como una capa más de piel. Transparente, pero impenetrable.

Conduce entre la niebla matutina. Kilómetros de autopista, campos nevados, cultivos. Bosques caducifolios sin hojas en febrero.

La cabeza de S. es un caos, escucha una y otra vez las palabras de un desconocido, pronunciadas con reproche.

Su padre. Fallecido. Dos y doce de la madrugada. La necesitan con urgencia en casa.

Años antes, cuando S. tenía doce años, su padre casi murió en un accidente en la fábrica, a los treinta y seis años. Una pieza de maquinaria pesada cayó, otro hombre murió aplastado, el padre de S. se lesionó el pie, se le rompieron la mayoría de los huesos, y estuvo varios días hospitalizado. *Pero no murió*.

Recuerda la conmoción de la noticia, la incredulidad. La llamaron cuando estaba en el colegio, en la clase de estudios sociales de

séptimo. *Hospitalizado, accidente laboral. Muerto un operario de prensa en taller de mecanizado*.

Y, aun así, qué tenue es el recuerdo, S. tiene que azuzarse para evocarlo. Ver a la niña de doce años de expresión aturdida levantándose de su pupitre, a la que llaman desde el pasillo mientras todos en el aula la miraban en silencio.

No puede estar pasando, ¿qué es lo que está pasando?... No. No es posible.

De modo que también la llamada de aquella mañana fue obviamente un error, un malentendido. Pero es (sin duda) cierto que la madre de S. la necesita; es (sin duda) cierto que S. ha descuidado a su madre, la cual vive sola desde la muerte de su padre; quizás es el hecho de que su madre necesita a S. de lo que trata la llamada, el llamamiento.

Porque algo ha ocurrido en la noche. Desde que S. se durmió poco después de la medianoche junto a su marido hasta que horas más tarde la despertó un teléfono sonando.

Un timbre suave, por lo menos. En el teléfono del dormitorio.

Pero ¿la esperan en Rochester, o en otro lugar? Los padres de S. se mudaron a Rochester después de que el padre se jubilara, pero habían vivido toda la vida en Yewville, donde nació S.; si S. piensa en su *hogar*, piensa en Yewville, porque nunca ha vivido en Rochester.

Después de que sus padres se mudaran a lo que se llamaba una *comunidad de jubilados*, se arrepintieron de haberse ido de Yewville. S. nunca supo con certeza cuánto de esto se debía a la melancolía propia de la edad avanzada y la enfermedad, o a problemas

específicos de su nueva residencia. Su padre, sobre todo, era difícil de comprender: un hombre sociable que rehuía la intimidad.

Había abandonado los estudios a los dieciséis años para empezar a trabajar en el taller de mecanizado de una fábrica de piezas de automoción en Yewville; eso en una época en la que graduarse de la escuela secundaria no era común en las zonas rurales del norte del estado de Nueva York. A los veinte años ya estaba casado, y a los veintiuno era padre. Poco a poco fue ascendiendo a puestos más seguros y mejor pagados en la fábrica, de la que se jubiló al cabo de cuarenta años; animados por S., sus padres vendieron la finca de Yewville y se mudaron a Rochester, donde, según creía S., tendrían acceso a una mejor atención médica en años venideros.

Pero en su nueva y flamante vivienda de la *comunidad de jubilados*, el padre de S. se sentía mortificado al ver cómo sus ahorros, ganados con tanto esfuerzo, se esfumaban velozmente. Cada mes había gastos imprevistos, cargos y recargos, impuestos; cada año subía el alquiler. S., llena de culpa, se sentía responsable, no porque mudarse a un área urbana hubiera sido una equivocación, sino por hacer sentir a su padre inferior y desamparado en un momento vulnerable de su vida. S. insistió en ayudar a pagar las facturas de sus padres, era lo mínimo que podía hacer por ellos, ella tenía un buen sueldo, sus ingresos eran independientes de los de su marido, qué mejor manera de demostrarles su amor, la generosidad de una hija, aunque fuera a distancia.

Para evitarle más vergüenza a su padre, S. enviaba un cheque mensual directamente a la comunidad de jubilados y, tras su muerte, envía a su madre tarjetas, flores y regalos con frecuencia para compensar que no vaya a verla más a menudo.

No había otros hermanos en la familia. *Ella* es la preciada hija, bien entrada ya en la vida adulta.

Conduciendo hacia el oeste por la autopista junto al río Chautauqua, del que se elevan lánguidas brumas como exhalaciones. Al borde de la carretera, hierbas altas rígidas entre la nieve. En el cielo cuelgan pesadamente cúmulos como ubres hinchadas de leche.

S. lleva un tiempo entrecerrando los ojos y mirando al cielo, esperando ver el sol. En lugar de ello, una luna en forma de hoz, a mediodía.

Viajar al norte del estado es como viajar en el tiempo, es peligroso. Hipnotizada por el paisaje S. comienza a perder la comprensión de quién *es*.

Diecinueve años lleva S. casada, pero S. nunca ha tenido un amante de verdad íntimo. Nunca ha comprendido del todo lo que significa la *intimidad*. Y es que siempre S. ha estado protegida por la cicatriz transparente que cubre su cuerpo como una capa adicional de piel.

Agradecida por su esposo, al igual que agradece su excelente trabajo: directora de una fundación que otorga becas en artes y humanidades a candidatos que lo merecen. La propia S. recibió una de estas codiciadas becas hace años, antes de cumplir los treinta.

Mudarse, dejar el hogar. Qué orgullosos estaban entonces de su brillante hija...

S. no llegó a tiempo para ver a su padre antes de que muriera al cabo de una enfermedad breve en el hospital de Rochester. ¡Demasiado tarde! Retrasándose en casa, distraída por el ajetreo del trabajo y por la tranquilizadora afirmación de su padre (por teléfono)

de que la enfermedad no era grave, diciendo con una risotada que estaba bien, por Dios, que muy pronto estaría *bien*. ¿Había creído S. a su padre porque quería creerle, porque creer a un moribundo que nos dice que está *bien* era la opción más fácil?

Neumonía, complicada por insuficiencia cardíaca congestiva. Así estaba impreso con claridad en el certificado de defunción.

El padre de S. había fallecido en el hospital de Rochester, pero la voz que la ha llamado por teléfono esta mañana murmuró algo que sonaba como *Yewville*.

Detrás de la voz, S. había oído sonidos amortiguados. Voces. Una respiración trabajosa y resoplante que (posiblemente) era el rápido latido de su propia sangre en los oídos.

La necesita con urgencia en casa. Necesita.

S. está segura de que la confusión se aclarará una vez esté con su madre. Una vez que se hayan tocado, abrazado.

Porque es urgente, S. tiene que estar *con* su madre. En persona. A su madre no le gusta contestar el teléfono, la bombardean con llamadas automáticas y rara vez responde a los mensajes de S. El correo electrónico y los mensajes de texto son cosas incomprensibles para ella.

S. se pregunta si la voz desconocida que ha escuchado esa mañana era una voz generada por ordenador. Un fallo en el ordenador del hospital, una confusión temporal. Es inútil intentar razonar con un *robot*.

A medida que se acerca a la señal de la salida de Yewville, S. comienza a sentir inquietud, emoción.

La asalta la convicción de que esa es su salida, no la de Rochester. Su madre está en Yewville, no en Rochester. *Casa* es Yewville, no

Rochester.

Yewville (Nueva York) es el lugar de nacimiento de S. Una pequeña ciudad junto al río Chautauqua, población de veinticinco mil personas. A diecinueve kilómetros al sur del lago Ontario, veintinueve kilómetros al este de Rochester. Tierras de cultivo, largas colinas onduladas.

Lo que puede haber pasado: la madre de S. se ha vuelto a mudar a Yewville, a la vieja casa; la madre de S. está esperando a S. allí, y por eso S. tiene que darse prisa.

En la salida de Yewville, S. siente el volante girar entre sus dedos.

Salida: *casa*.

¿*Qué será de nosotras*?, el más lastimero de los lamentos.

S. se prepara para una desagradable sorpresa. Se acerca a las afueras de Yewville.

Restaurantes de comida rápida, gasolineras, tiendas de descuento: un espectáculo desagradable en la carretera que lleva a Yewville, pero, para alivio de S., la calle principal parece igual que siempre. S. podía cerrar los ojos y evocar el conocido centro de la ciudad, desgastadas fachadas de edificios de ladrillo rojo, Klein Brothers, Zapatos Fehr's, Mobiliario Holland, Empire Agentes Inmobiliarios, Droguería Rexall. El edificio de correos, la biblioteca pública. El ancho puente sobre el río Chautauqua, donde de niña S. se asomaba por la barandilla y contemplaba un espectral reflejo en el agua de abajo.

Y, también un alivio, la vieja casa en Meridian Road, a cinco kilómetros de Main Street, sigue en pie.

Antiguamente una hacienda agraria, cubierta con revestimiento de asfalto que intentaba imitar tejas. El agudo tejado a dos aguas, del que en invierno resbalaban pequeñas avalanchas de nieve, entibiada y desprendida por el calor que ascendía del ático mal aislado.

Allí está el enorme y viejo roble junto al camino de entrada, sin hojas en invierno. Las ramas inferiores ausentes, como toscamente amputadas.

Allí están los restos deteriorados de las dependencias: el granero, el cobertizo. Pájaros de oscuro plumaje, demasiado pequeños para ser cornejas pero ruidosos y plañideros, se han congregado en el techo podrido del granero, agitando las alas.

Ningún vehículo en la entrada. Ningún vehículo visible dentro del granero, donde el padre de S. guardaba su coche, que pasó a ser de su madre tras su muerte y que ella nunca se atrevió a conducir por el miedo nervioso a *tener un accidente*.

Qué claro, qué *nítido* el aire de febrero ahora que la niebla se ha levantado. S. sale del coche sintiéndose ligeramente aturdida, desequilibrada. Un frío mineral en el aire que hace que le lloren los ojos.

En el suelo, jirones de nieve de un deslumbrante blanco, como nieve artificial. Arriba, un cielo repentinamente abierto, desnudo como un hueso expuesto.

Siente como si le apretaran el pecho con una prensa. ¡Le cuesta respirar!

Empuja la puerta trasera de la casa, llama a su madre: no hay respuesta, solo el zumbido de algo eléctrico, el frigorífico de la cocina. S. está segura de que su madre *está* en casa. La madre de S. *siempre* está en casa.

Hay olor a humo de cigarrillo, las fosas nasales de S. se contraen de consternación.

Cada vez que S. abandona la frescura del aire exterior y penetra en el interior de la vieja casa, una revelación invade su ser: *Esta es tu vida, tu vida solo puede vivirse aquí*.

S. se ha vuelto estoica al respecto, no es más que un hecho. Sumar una columna de números arroja un dato simple, indiscutible.

Una vida entera de *uso*. Definida por una *pérdida temprana e irrevocable*.

Y es que S. rara vez se ausenta mucho tiempo de esta casa. Casi nunca pasa la noche fuera.

No hay amargura. Nada hay más inútil que la *amargura*.

De entre todas las personas del mundo, de entre todos los que han vivido jamás, a S. le ha tocado mantener viva a esa mujer que es su madre: sacarla del letargo de desesperación en el que si no fuera por ella se hundiría, se ahogaría.

El olor a humo de cigarrillo es más fuerte en la cocina, pero la madre de S. no está en la cocina.

Debe de estar arriba. Acostada en su cama bajo una colcha de punto.

S. llama a su madre, tratando de que su voz suene ligera, melódica. Una voz-globo, ascendente.

Hace años que la madre de S. tiene dificultades con las escaleras, pero se niega a dormir en la planta baja de la casa, insiste en subir, bajar, subir, bajar las empinadas y estrechas escaleras de la vieja hacienda, a pesar de los tobillos hinchados, de las rodillas artríticas, de quedarse sin aliento. En la calle, en público, S. tiene que ayudar a su madre a caminar incluso cortas distancias, pero su madre a

menudo se exaspera con S., se avergüenza, pues de esa forma su andar es torpe, indigno y *odioso*.

Ante esto también, S. se muestra estoica. Se dice que es lo menos que puede hacer, su madre no ha elegido su vida, como S. no ha elegido la suya.

Arriba, S. encuentra a su madre dormida, o más bien justo cuando está despertando, tumbada boca arriba en la cama bajo una colcha sucia. Las persianas de las ventanas del dormitorio están bajadas. Las persianas de esas ventanas están siempre bajadas.

Aquí también el aire está viciado, huele a humo de cigarrillo. Un cenicero en la mesita de noche, de cristal tallado en forma de estrella, que S. ha visto toda su vida, sucio y lleno de colillas.

A S. le cuesta respirar aquí. En esta habitación. Persianas bajadas en ventanas que nunca se abren.

Como si a S. le apretaran un paño empapado en éter contra la nariz y la boca y no tuviera fuerzas para apartarlo.

Aun así, S. saluda a su madre con su aérea voz-globo. S. está *animada*.

Ojos inyectados en sangre, atontados por el sueño, parpadeando mientras miran a S. Como si, por un breve instante, la madre de S. le negara a S. el reconocimiento de una hija por parte de su madre.

¿Tú? Pero ¿tú quién eres?

S. se estremece, esa mirada vacía. Algún día futuro, quizás pronto, cuando la madre de S. de verdad ya no la reconozca, ¿quién *será* entonces S.?

Tantos años viviendo las dos solas. Porque una puede estar *sola* incluso estando *con* otro ser.

Como de costumbre, la madre de S. se resiste a despertar. Desde que su vida se partió en dos hace décadas, dormir es su consuelo. Hay algo sensual, casi obsceno, en la forma en que duerme: boca arriba, los brazos y las piernas extendidos, como una tortuga a la que han dado la vuelta; la boca abierta, flácida, brillante de saliva; en ráfagas erráticas sus sibilantes pulmones aspiran, expelen, aspiran y expelen aire como un fuelle.

Ahora que ve quién es S., una expresión de resentimiento, de exasperación.

¡Hora de bañarse para la madre de S.! S. ayuda a su madre a ponerse en pie, intentando no mirar sus tobillos, que parecen más hinchados de lo habitual. *Edema. Insuficiencia cardíaca congestiva*.

Pasada la hora, de hecho. La madre de S. se negó a bañarse esa mañana, al igual que se negó el día anterior.

Pero ahora la madre de S. dice, con una especie de humor travieso, que está *harta de olerse a sí misma*.

Con cuidado, S. lleva a su madre hasta el baño, al otro lado del pasillo. Hace tiempo que S. dejó de ver los grifos deslustrados, con los bordes llenos de mugre que ningún estropajo puede extirpar, la alcachofa de la ducha tan obstruida por residuos de cal que con los años el chorro de agua se ha reducido a la mitad; el inodoro y la bañera profundamente manchados, ambos de un blanco poco práctico; el suelo de linóleo descolorido. Al igual que S. ha dejado de ver a su madre a tan poca distancia, aparta la mirada por terror a ver —por respeto— a la demacrada anciana que se parece a ella misma de forma inquietante. La madre de S. tiene la piel amarillenta, el cuerpo voluminoso como si estuviera hinchado, como si no tuviera huesos; su rostro es el de una niña extrañamente

envejecida, entrecruzado de finas arrugas como telarañas, una hambrienta boca de lucio enmarcada por dos profundos pliegues como paréntesis.

La madre de S. aparta de un manotazo las manos de S., con irritación. Pero no de manera convincente. No le queda más remedio que dejar que S. prepare el baño, llene la bañera con agua caliente, jabonosa y perfumada, la ayude a entrar en ella, con un movimiento precario para alguien en su estado, lleno de peligros.

S. sabe que a su madre la aterroriza resbalar, caerse. Romperse la cadera a su edad, fracturarse el cráneo, una sentencia de muerte.

Al igual que S. sabe que, aunque su madre finja indiferencia cuando S. llega a casa más tarde de lo que esperaba, sucumbiría al terror, al pánico, a la histeria, si S. llegara realmente tarde o no volviera en absoluto a casa.

Que *siempre te esperen*. No ser *nunca libre para sorprender*.

S. aguarda al otro lado de la puerta del baño mientras su madre se asea. Intenta respirar con normalidad. Intenta razonar consigo misma, nadie tiene la culpa.

A menos que fuera *negligencia indignante, condiciones laborales inaceptables, explotación capitalista de los trabajadores, incumplimiento de las normas mínimas de seguridad en el taller de mecanizado*, como alegaron los abogados.

No ha llegado (aún) ese momento en sus vidas en que S. tenga que inclinarse sobre la bañera para bañar a su madre con una esponja suave, jabón y champú Ivory, arrullar y persuadir a su inquieta madre y envolverla en la toalla más grande después de la precaria y tambaleante salida de la bañera.

Cuidadora: alguien que proporciona *cuidados*.

Ese golpe en la puerta del aula. El llamamiento, clase de estudios sociales de séptimo. Doce años, último día de la infancia. Hace tanto tiempo. Y sin embargo tan nítido en la memoria. Los compañeros de clase mirando el rostro abatido de S., mirando su espalda mientras salía del aula. Porque una vez que dicen tu nombre, una vez te indican que salgas de clase, que te vayas del colegio, que te lleves los libros, eso ya no tiene remedio.

A los doce años era muy joven para afrontar lo que estaba por venir. Y S. jamás podría haber anticipado la noticia: el pecho de su padre aplastado, la médula espinal seccionada, en lo que el periódico local llamaría un *trágico accidente en la cadena de montaje*.

Toda la vida de S. surge de ahí. Como si su pecho hubiera sido aplastado junto con el de su padre, su médula espinal seccionada junto con la de él. Fue un compañero de trabajo quien sobrevivió al accidente con tan solo un pie destrozado, no el padre de S., que murió en la fábrica casi al instante.

El padre de S. murió a los treinta y seis años. El padre de S. no vivió lo suficiente para ser trasladado a otro departamento de la fábrica, no llegó a formarse como diseñador de herramientas y troqueles, ni vivió hasta el año en que la fábrica se sindicalizó, se aumentaron los salarios por hora de todos los trabajadores y se implementaron extraordinarias prestaciones médicas. No llegó a jubilarse al cabo de cuarenta años, no vivió en una *comunidad de jubilados* en Rochester parcialmente subvencionada por su hija, ni vivió hasta los setenta y nueve años con una salud razonablemente buena hasta los últimos meses de su vida.

S. se graduó en la escuela secundaria de Yewville junto con su promoción y con honores, pero nunca se matriculó en la Universidad de Rochester ni en ninguna otra universidad, nunca obtuvo un doctorado, nunca enseñó en la universidad, nunca fue contratada como administradora de una fundación en Filadelfia; todo eso ha sido un sueño, una quimera.

S. hizo algunos cursos en el centro de formación profesional, trabaja allí como asistente administrativa, a cuarenta minutos de casa, nunca lejos de casa. Rara vez sale después de las nueve de la noche y nunca pasa la noche fuera pues es la cuidadora de su madre.

S. nunca se ha casado, nunca ha tenido una relación *íntima* con otra persona. Los varios hombres a los que ha amado no la amaron a ella, no lo suficiente como para casarse con ella. Durante un tiempo quiso tener hijos, y después dejó de querer tener hijos.

Quiso dar placer a otra persona y recibir placer de otra persona, pero eso nunca ocurrió. Apenas puede S. recordar los rostros de los hombres a los que amó y por los que pasó noches en vela atormentándose; todo eso se ha desvaído con el tiempo como papel de periódico blanqueado por la lluvia y el sol.

Casi se ha convertido en una especie de fábula, en una balada. Cómo aquel día un pariente (sin duda) recogió a S. en la escuela. (¿Qué pariente? S. no lo recuerda). Y allí, en esa casa de Meridian Road, la conmoción de ver a su (joven) madre llorando. Los parientes abrazándola, aferrándola, mientras S. se quedaba mirando, asqueada, confusa y resentida, sin comprender aún lo que le había sucedido a su padre, y lo que les sucedería a ella y a su madre, repercutiendo a través de las décadas. Como una mujer en televisión

afeada por el llanto: ¡*Qué será de nosotras! ¡Qué será de nosotras*!..., mientras S. se mantenía aparte en una fría oleada de pánico, sin querer que se agarrasen a ella, sin querer que tirasen de ella hacia abajo, que la ahogasen, retenida en los brazos de su madre mientras, como ahora, al tratar de no oír los sonidos de su madre en la bañera, sonidos carnosos, sonidos demasiado íntimos, respiración pesada, gruñidos, S. encuentra un estoico consuelo mirando por una ventana a un cielo crudo y vacío, aves de plumas negras elevándose del techo del granero con alas que se sacuden sin gracia, tratando de no pensar, no hay necesidad de pensar, el latir del conjuro incesante en su cerebro: *¡Qué será de nosotras! Qué será de nosotras que no sea nosotras aquí, ahora*.

El regreso

Mi amiga era viuda, no muy mayor pero *dos veces* viuda ya.

Una piensa en aquella ocurrencia de Oscar Wilde: *Perder un marido puede considerarse una desgracia, perder dos parece una negligencia*.

Pero la verdad es que no era gracioso. Nada del asunto era gracioso. Audra les había contado a sus amigas que Thad, su segundo marido, prácticamente le había salvado la vida: lo había conocido un año después de perder a su primer marido, con quien estuvo casada treinta y seis años. Por eso evité a mi amiga durante la totalidad de la pandemia. Como si esa fuera la excusa.

Pues bien, Audra tenía que saber que la pandemia no era la excusa de que yo la evitara. Pues Thad había fallecido a principios de 2020, antes del covid, había muerto de un cáncer indescriptiblemente virulento y de rápida progresión, el tipo de cáncer que en cuanto oyes *¿Te has enterado...*?, ya es: ¡*Dios mío! Thad... ¿ya se ha ido*?

Así, sin más. *Se ha ido*.

De modo que yo evitaba a Audra. Incluso pensar en Audra. Algunos temas son demasiado tristes.

Aun así, la otra mañana me desperté pensando en Audra. Qué egoísta por mi parte evitarla. Qué cobarde. Sentí una necesidad repentina de oír su voz. No sabía por qué, pero sentía muchísimas ganas de llamarla, de hablar con ella.

No de dirigirme *a* ella con frialdad y desapego, como en un correo electrónico.

El problema es que ya nadie llama a nadie. Al menos en nuestra generación. El último amigo que me llamaba con frecuencia, como si disfrutara oyendo mi voz, como si disfrutara sabiendo que yo oía su voz, era un poeta muy venerado que murió hace tres años, a los setenta y ocho; nadie lo ha reemplazado en mi vida.

De modo que yo había perdido la costumbre de usar el teléfono para llamadas personales. Una timidez incómoda/adolescente para alguien que décadas atrás usaba el teléfono a menudo.

Desde luego, me resultaba incómodo llamar a Audra después de tanto tiempo. Una casi espera que una viuda te diga con voz sarcástica e impertinente: *¿Tú? ¿Para qué te molestas ahora? Llegas tarde*.

Cuando Thad murió, llamé a Audra. La llamé, le dejé un mensaje, pero Audra nunca me devolvió la llamada, por supuesto, estaba desconsolada por el dolor, nadie espera que una viuda *devuelva la llamada*. Envié una tarjeta de pésame, envié flores. La vi en compañía de amigos en común. Yo tenía sin duda la intención de volver a verla, de pasar tiempo con ella. Pero poco después, cuando el covid se cernió sobre nosotros como un gas venenoso, no volví a ver a Audra.

Así que acabé llamando a Audra y quedé con ella para visitarla. Me recibió con cordialidad, como si yo no la hubiera evitado durante dos años, lo cual me hizo preguntarme si ella había estado evitándome *a mí*.

Varias veces en los últimos veinte años, Audra y yo habíamos estado a punto de convertirnos en *mejores amigas*. Pero nunca

sucedió.

Una vez que somos adultos, tendemos a evitar ese tipo de conexiones emocionales. *Enamorarse*, *amar* a un individuo del sexo opuesto puede ser arriesgado, arduo, insensato, maravilloso; pero es algo impuesto, hay parámetros, expectativas. Sin embargo, una vez que dejamos atrás la adolescencia, el fenómeno de las *mejores amigas* es vergonzoso, algo que evitar.

Pero es posible que me lo imaginase, tiendo a imaginar cosas que no existen para los demás. *Tienes que estar prevenida contra eso*, me advertí.

—Cuánto siento haber perdido el contacto...

—Cuánto siento haber perdido el contacto...

—... cuánto lo siento. ¡Perdóname!

Conduciendo a la casa de Audra, al otro lado del estado de New Jersey. La primera vez en dos años que conducía una distancia como esa. Me sentía alegre, eufórica. Me sentía inquieta. El covid me había mantenido encerrada en casa y abrigada como el invierno de *La tierra baldía* de Eliot, que nos mantiene calientes, entumecidos como tubérculos. Si una no se pone enferma y se muere, eso que los sociólogos llaman *aislamiento social* puede ser un consuelo.

Habían pasado años desde la última vez que visité a Audra y Thad Klein en su hermosa casa de piedra sobre una colina con vistas al río Delaware, comprada cuando Thad se jubiló de la universidad. (Aunque, al parecer, Thad había seguido dando cursos de posgrado en el departamento y presentando a distinguidos conferenciantes. Todo el que venía a la universidad quería conocer a Thad Klein, uno

de los profesores más legendarios de la universidad, de modo que su jubilación había sido una especie de broma).

Tal como recordaba, la casa de los Klein estaba apartada de la carretera, apenas visible a través de un grupo de altos árboles caducifolios. Era la vivienda de una finca agrícola de finales del siglo XVIII, más tarde ampliada, renovada y reformada en numerosas ocasiones; una de las fincas más grandes del valle, en las últimas décadas reducida a tan solo una o dos hectáreas sin cultivar.

¡Qué largo el camino de entrada! Poco práctico, hecho de grava.

Me di cuenta de que me resistía a recorrer el camino de entrada de Audra. Tenía las palmas de las manos húmedas.

Mi preocupación era que, si recorría con el coche los ciento cincuenta metros del camino de entrada, me resultaría difícil dar la vuelta si tenía que irme con prisa.

Estas ideas raras me asaltan en momentos de debilidad, como flechas disparadas al azar. Siento que el velo que me separa de algo adverso se ha vuelto peligrosamente fino, lo cual provoca estas ideas.

Así que decidí aparcar el coche al comienzo del camino de entrada, en una zona de hierba junto a la carretera, y recorrerlo a pie.

Era un hermoso día de finales de verano. No hacía la humedad sofocante habitual en New Jersey en esa época del año. Las cigarras zumbaban alegremente, los campos bullían de vida aviar e insectil. El camino de grava tenía una huella y estaba lleno de irregularidades, punteado de malas hierbas, pero malas hierbas de las atractivas: cardos en flor, zanahoria silvestre. Algunos desperdicios, parecidos a páginas de periódico empapadas por la

lluvia, podridas, atrapadas entre las zarzas a un costado, daban una imagen chocante y desagradable, pero de menor importancia. En general, el aspecto era descuidado-romántico, como en un cuadro de Edward Hopper.

Al acercarme andando a la casa de piedra, me pareció ver un movimiento en una ventana del primer piso, como si descorriesen una cortina.

Levanté la mano para saludar. ¡*Hola*!

Me pregunté entonces si había hecho bien al indicar que había visto a Audra en la ventana... Había tenido la impresión de que ella se escabullía rápidamente.

Se ha olvidado de que vienes. No tiene ni idea de quién eres.

La puerta principal era de madera antigua, maciza, pintada de un elegante granate, que había comenzado apenas a descascarillarse; la aldaba era un águila de latón deslustrada. Intenté no mirar por las ventanas verticales junto a la puerta mientras una sombra se acercaba para dejarme entrar.

—¡Vaya, hola! Qué alegría verte...

—Qué alegría verte *a ti*...

Audra me recibió de manera muy cordial, las lágrimas le brillaban en los ojos. Había en el aire un olor de algo ligero y maravilloso, como de pan horneándose.

Me asombró estar llorando, pues nunca lloro, y qué extraño era llorar *ahora*.

También me sentía mareada. El corazón me latía deprisa. Esos pálpitos que te entran cuando te das cuenta de que has perdido el control. Otro tropezón del corazón y empezará a fibrilar. El oxígeno no te llegará al cerebro. Te desmayarás y caerás al suelo.

Y es que de pronto sentía que echaba terriblemente de menos a Thad Klein. No lo había visto venir, no exactamente. Estar en la casa de Thad, en ese lugar concreto, donde Thad Klein debía estar pero no estaba; que *yo estuviera aquí*, pero *que Thad no estuviera*: me parecía ridículo.

Pero ahí estaba Audra retrocediendo, secándose las lágrimas, siempre sensata, siempre a cargo de la situación:

—En fin, ¡pero entra, Maude! He preparado el almuerzo. ¿Qué tal el trayecto hasta aquí?

Siguió un interludio de risas tensas, nerviosas-agudas. El sonido de mi nombre en boca de Audra era una especie de áspera caricia: *Maude*.

Durante la pandemia me podía pasar días enteros sin oír la voz de nadie en persona. Sin oír mi nombre pronunciado por una voz humana.

Ver a *Maude* en una pantalla de ordenador, en un correo electrónico o en un mensaje de texto no tenía la vibración de intimidad. Más bien, *Maude* parecía una imitación burlesca de la intimidad.

Nadie que me llamara por teléfono. ¿*Hola, Maude? ¿Cómo estás*?

Audra me condujo a una sala de estar con techo bajo de vigas, chimenea de piedra, sofá de cuero desgastado, sillas, mesas con libros apilados, suelo de tablones bruñidos por el uso sobre los que habían colocado alfombras tejidas a mano; desde allí, al descender un escalón se llegaba a un porche cerrado con mosquitera que daba

a lo que parecía un huerto de perales en ruinas, como algo sacado de una película de Tarkovski.

Los recuerdos del lugar regresaban, en oleadas, en ondas. Parecía el recuerdo de una película vista años atrás.

Pilas de libros, horizontales; libros en estanterías, verticales. Rápidamente mi ojo los recorrió, como hacen siempre nuestros ojos en esas circunstancias, buscando títulos familiares, portadas familiares: sobre una mesa de centro, una breve pila de libros con portadas familiares, tipografía familiar, el nombre de una autora familiar, el mío.

Sentí una punzada de algo parecido al placer. Pero quizás también desilusión. Porque me pareció que ese libro mío estaba justo en ese lugar años atrás, la última vez que estuve allí; si sacase el libro de la pila y lo abriera por la página del título, descubriría una dedicatoria con mi inconfundible letra: *Para Audra y Thad con amor, Maude*.

¿Es que ninguno de los dos había leído el libro en todo ese tiempo? ¿Era consciente Audra de que mi libro estaba a la vista, de que sin duda captaría mi atención en cuanto entrara?

Audra había preparado bebidas de frutas: albaricoque, plátano, yogur, germen de trigo. Una mesa circular con tablero de cristal estaba colocada al fondo del salón: dos manteles individuales de color cítrico uno frente al otro a ambos lados de la mesa, como para una partida de ajedrez.

Charla sobre batidoras, alimentos triturados, batidos de frutas. Charla sobre amigos en común, sobre conocidos. Colegas de Thad que habían intentado organizar un homenaje, pospuesto indefinidamente por el covid.

Charla rápida e implacable como ping-pong. Ninguno de los dos lados quiere que la pelota pase volando y se quede repiqueteando en el suelo. El ritmo se acelera, la respiración se acelera.

Mientras Audra hablaba, yo asentía con entusiasmo. Seguía siendo consciente de mi libro (sin leer, sin abrir) ahí cerca sobre la mesa. Seguía siendo consciente de lo *impropio* que resultaba estar en aquel lugar, donde Thad Klein estaba *ausente*.

Hay demasiadas cosas aquí que me distraen. Como he estado viviendo sola mucho tiempo, estoy acostumbrada a dirigir mis pensamientos por una carretera estrecha, bastante recta. En compañía de otros, siento que me quitan el volante de las manos.

Y qué extraña la roma *realidad* de esta estancia. Pues la *realidad* es inevitablemente *banalidad*.

Y, aun así, no hay nada *banal* acerca de la muerte. Ausencia.

La belleza del entorno me distraía porque, bien mirada, consistía en una sobreabundancia de cosas bellas que no guardaban relación entre sí, acumuladas y en colisión unas con otras. Papel de pared de un amarillo pálido floral de estilo William Morris, tapices de complejos diseños colgados en las paredes que podían ser mexicanos, una estantería con teteras que Thad trajo de sus viajes a Oriente Medio.

Y, sin embargo, bien a la vista, sobre una mesa de ratán junto a la ventana principal, un rifle.

—Oh, ¿eso es un... arma?

Arma, no *rifle*, para indicar que aquel objeto me resultaba tan ajeno, tan de mal gusto, que ni siquiera sabía su nombre preciso.

Audra hizo una pausa, con un pestañeo de algo parecido a la irritación; mirando la mesa como si se hubiera olvidado del rifle y

estuviera molesta conmigo por haberle llamado la atención al respecto.

Era de un vecino, que había insistido en que se lo quedara, dijo Audra.

—Por si llego a necesitarlo.

—¿Porque vives sola aquí y la casa está aislada?

—Sí. Porque vivo sola aquí y la casa está aislada.

Por una curiosidad morbosa, porque rara vez había visto un rifle de cerca, pues soy una persona que aborrece y teme las armas y prohibiría todas las armas si tuviera el poder de hacerlo, me acerqué a examinar el rifle, sin tocarlo.

—¿Es un... rifle del calibre 22?

(Nunca había oído hablar de otro tipo de rifle, me pareció una pregunta razonable).

—Sí, es del 22. Los cazadores los usan para cazar aves, me parece. O quizá... ciervos. No es que mi vecino sea cazador, no lo es. Está jubilado, como nosotras; él y su esposa viven en la casa más cercana.

—Pero... ¿sabes usarlo?

—Él me ha enseñado. De hecho, lo he disparado. —Audra hablaba con un tono paciente, como alguien que le sigue la corriente a un niño pequeño. Añadió, avergonzada—: Espero no tener que usarlo nunca, claro...

Un rubor invadió el rostro de Audra. Estaba claro que quería cambiar de tema.

¡Un rifle del calibre 22 en casa de los Klein! Parecido al que llevaría un soldado, con culata de madera oscura bruñida. Sin duda al intentar levantarlo se vería que era muy pesado, y cuando una se

atreviera a apretar el gatillo sentiría un golpe en el hombro, como una reprimenda.

Al regresar a casa no se lo contaría a nadie. Sabía que sus amigos en común malinterpretarían esa información, no le estaría haciendo ningún favor a la viuda.

¿Qué habría pensado Thad?... Un rifle calibre 22 en su casa...

Oh, pero qué... inquietante. Pobre Audra, ¡qué le ha pasado!

Era conmovedor que Audra hubiera preparado un almuerzo tan elaborado. Casi seguro que ni ella ni yo almorzábamos la mayoría de los días; comer no interesa mucho cuando vives sola.

Sopa fría de zanahoria al curry, ensalada niçoise, pan multicereales de un intenso color caoba que Audra había horneado esa misma mañana.

—¡Pero bueno! Esto es increíble, Audra.

Nunca sé bien qué decir sobre el pan horneado en casa. Por lo general, la hogaza se presenta como si fuera una obra de arte, una artesanía extravagante y nudosa, a menudo atractiva a la vista y con un aroma que se te hace agua la boca; la intención es inspirar envidia, supongo, más allá de la simple admiración. Con lo fácil que es comprar panes especiales en las tiendas locales y en los mercadillos de agricultores, ¿qué sentido tiene tanto trabajo en casa? Me sentí obligada a preguntarle a Audra qué tipo de pan era, qué ingredientes llevaba y dónde los había comprado, todo ello con tal seriedad que cualquiera habría pensado que me proponía empezar a hornear pan mañana mismo; y a la vez sentía como una prensa que me oprimía el pecho, la revelación que vino a mí una vez más de que Thad *de verdad no estaba en aquella casa*.

Aunque pudiera esperar... y esperar... y esperar, no oiría sus pasos acercándose a nosotras, no sentiría la vibración de sus pisadas en las viejas tablas del suelo al irrumpir en la estancia tras haber oído nuestras voces: ¡*Oye! ¿Hola? ¿Es Maude? ¿Qué demonios te trae por aquí, Maudie*?

Audra me estaba explicando que hornear pan se había convertido en una parte integral de su vida desde el confinamiento. La palabra *integral* me pareció particularmente conmovedora, lastimera.

Desde el confinamiento, desde que mi marido murió de cáncer de páncreas y me dejó sola en el mundo, hornear pan se ha convertido en una parte integral de mi vida.

Me estaba riendo, pero luego empecé a toser y me llevé una servilleta de lino a la boca, horrorizada.

—¿Estás bien, Maude?

Audra se preocupó, me miraba con fijeza.

Me sequé las lágrimas. Esperando a que pasara el ataque.

Con voz divertida, Audra decía lo molesto que era que todo el mundo le preguntara a una viuda si pensaba vender su casa, aunque es una pregunta razonable, y esta casa en concreto está tan *aislada*...

Se puede medir el orgullo de un propietario hacia su casa por cuánto se queja de ella. Una especie irritable de afecto: hay que arreglar el tejado, hay que cambiar la caldera, termitas, hormigas carpinteras, media docena de nidos de avispones bajo los aleros; impuestos municipales, fresnos que se están muriendo y podrían caerse sobre la casa en la próxima tormenta.

—¡Y el camino de entrada! *Eso* es una verdadera molestia, sobre todo en invierno.

—En invierno, sí..., me lo puedo imaginar. Es tan... largo.

—Es *largo*. Y es de grava. La grava no es práctica, como el asfalto.

—Pero la grava es mucho más bonita.

—Sí, es verdad. Todo el mundo lo dice. Pero Thad también pensaba que era ridícula, porque cada invierno hay problemas con la nieve, y en primavera, por el deshielo, la mitad de la grava acaba en la cuneta. No sé si te has dado cuenta, pero el camino de entrada tiene pendiente, la casa está en la cima de un promontorio, así que la lluvia desciende por el camino...

Me pregunté por qué estábamos hablando tanto del camino de entrada. ¡Grava! ¿Había algún significado oculto que yo no lograba descifrar?

Me pareció extraño que Audra no aludiese a que yo no había recorrido en coche el camino de entrada, sino que había aparcado junto a la carretera. A que había venido a pie. A que ella (obviamente) me había visto, me había observado mientras me acercaba a la casa. ¿No era un gesto excéntrico aparcar en la carretera, a ciento cincuenta metros de distancia? ¿No era una reacción excéntrica la de Audra, no hablar de lo que yo había hecho?

Me había dado miedo pasar vergüenza al dar marcha atrás y maniobrar el coche mientras mi ceñuda anfitriona me observaba desde el porche de entrada. Quizás algo así ya había ocurrido antes en aquella casa. Por ejemplo, yo no me atrevería a pisar una esquina de césped al dar marcha atrás, sobre todo si la dueña de la casa estaba mirando.

(A pesar de que el césped de los Klein estaba descuidado, lleno de flores silvestres y de cardos, y hacía semanas que no lo cortaban, apenas se lo podía llamar ya *césped*).

Audra estaba diciendo, con una voz curiosamente monótona y distante, como si me contara algo que suponía que podría interesarme pero que fuera de mínimo interés para ella:

—... por la mañana me despierto antes del amanecer. En general fuera está totalmente oscuro. No tengo ni idea de qué hora es. No hay nada más deprimente que despertarse tan temprano, a menos que además de oscuro esté lloviendo. Como no soporto quedarme en la cama, bajo a la cocina descalza, en camisón. Es el mismo camisón de franela que tenía cuando Thad y yo nos casamos... hace apenas trece años.

¡Trece años! Yo habría dicho que no más de ocho o nueve.

Toda la vida de su matrimonio, ¡y tan breve!

Pero ahora el tiempo se acelera, como una flecha que se acerca a su objetivo.

—... preparo té, té de hierbas. Thad solía reírse del «té de hierbas», eso no es «té», decía, es una «infusión de hierbas». Vengo aquí, me siento a la mesa, miro por la ventana hacia el camino de entrada. Mi cerebro está en blanco. Estoy esperando a que vuelva la luz. A que vuelvan los colores. A ver los colores de las cosas definirse con la luz. Es algo que me fascina. No sabría decir por qué. Estoy mirando objetos que no tienen color: los troncos de esos árboles, ese poste de la cerca. Ciervos..., a menudo hay ciervos en el camino de entrada. No machos, rara vez machos, por lo general hembras con dos cervatillos. Los colores se definen con el sol. Ves algo moteado que se mueve: es un cervatillo. En esta época del año, los cervatillos tienen solo unos meses. Cuando teníamos un gato, le daba de comer al gato, claro: Rusty. Rusty murió, pero no lo he reemplazado. La gente me dice: ¡adopta un gatito! Un cachorro de

perro. Pero no tengo tiempo. No puedo ser responsable de otra vida. Es decir..., a un ser vivo hay que alimentarlo. Yo necesito sentarme aquí sola mirando esos árboles. Veo a alguien en el camino de entrada, o algo, y si no son ciervos resulta que es Thad que vuelve a casa, exactamente como hacía siempre. Se nota, por la forma en que Thad camina, por la ropa que lleva, por el hecho de que lleva el *New York Times*..., se nota que aún no lo *sabe*.

»Todas las mañanas, durante los años que vivimos aquí, Thad se daba una caminata hasta el buzón para coger el periódico. El *New York Times* lo traen aquí sobre las seis y media de la mañana, así que se levantaba de la cama para ir a buscarlo, era el comienzo fundamental del día para Thad, que Dios nos amparase si la entrega se retrasaba o no llegaba. Solo leía la edición impresa, por supuesto; la leía, decía él, desde 1959, en Harvard. Todos los estudiantes de Harvard leían el *New York Times* en aquella época. Cuesta creerlo, ¿no? Muchos también escuchaban las retransmisiones de la Metropolitan Opera. Thad decía que se podía oír música idéntica, voces idénticas, flotando a través de la explanada de Harvard. De una esquina a la otra.

»Con el *New York Times* había que tener cuidado de que nadie en la residencia te robara el ejemplar. Era algo valioso. Era algo que se atesoraba. Algunos chicos lo leían a primera hora de la mañana, otros se lo reservaban para leerlo por la noche. Thad se lo reservaba para la noche, después de un día de clases y de trabajo. Esa era su recompensa. Él y sus compañeros de habitación en Weld Hall incluso comentaban las noticias, ¿puedes creerlo? ¿En 1959? Claro que eran chicos listos de Nueva York. Stuyvesant, Erasmus Hall. Chicos competitivos. Así que Thad nunca perdió su obsesión con el *New*

York Times, y tenía que ser la edición impresa. Thad decía que la edición en línea le daba un poco de asco, náuseas; en una pantalla, nada parece *profundo*. Pero la edición impresa era puro placer. Leía el periódico entero, o casi. Tardaba una hora o más, durante el desayuno. Para eso servía el desayuno de Thad, como marco para el *New York Times*. Tan absorto estaba en el maldito periódico que una vez no se dio cuenta de que Rusty había saltado sobre la mesa y estaba lamiendo la leche de su tazón de cereales.

»¿Te he dicho que Rusty murió de viejo? Al menos, eso creo. Se adentró en el bosque en primavera, nunca regresó. Días lo estuve buscando en el bosque. Llamándolo por su nombre. Llorando como una niña. Quizás sea mejor así, que los animales se alejen para morir solos, sin que los distraigamos con nuestras lágrimas.

»Entonces, levanto la vista y veo a Thad que viene despacio por el camino de entrada, intentando leer el periódico al mismo tiempo. A veces lo observaba desde esta ventana, tan absorto en su lectura que no sabía dónde estaba. Alguna vez daba un golpecito en la ventana..., ¡cómo le molestaba eso! No vale la pena arriesgarse a molestar al marido de una por una nimiedad.

»Pero esta vez es diferente. Se había ido. Ha estado simplemente... *ausente*. No nos hemos visto en mucho tiempo. Más tiempo que en cualquiera de sus viajes, cuando desaparecía del mapa y no había forma de contactar con él. Y no hay forma de explicar esta ausencia. ¿Dónde ha *estado* Thad? Había intentado llamarlo decenas de veces. Nunca sonaba el teléfono, la llamada iba directamente al buzón de voz. Estoy atónita: Thad ha estado aquí todo este tiempo, obviamente..., al menos en algún lugar. ¡Y ahora

viene caminando por el camino de entrada como si nunca se hubiera ido!

»Es doloroso, recuerdo lo dolida que he estado a lo largo de los años por la desconsideración de Thad. Claro que él no siempre tenía conciencia de ser desconsiderado. Es más, no se daba cuenta. Ignoraba que podía ofender a los demás.

»Cubierta de tejido cicatricial, dijo alguien. Ese es el precio de vivir con cierto tipo de hombre.

»Así que... ahí estoy. Mirando por la ventana. Aún en camisón. Me pongo un jersey o una chaqueta, meto los pies en unas botas y salgo corriendo hacia donde está Thad, en el camino de entrada.

»De pronto me desespero por llegar a él.

»Estoy llorando, gritando: "¡Thad! Dios mío..., Thad...".

»Thad levanta la vista del periódico a su manera característica, entrecerrando los ojos, no está seguro de lo que ha oído, no espera verme así, verme también lo sobresalta.

»Lo que sea que esté expresando mi rostro, no alcanzo a comprenderlo.

»Debería estar aterrorizada de verlo, y de él..., pero no lo estoy, me siento inundada de alivio.

»(Es así de simple, obviamente. Cuando algunos regresan, los que pueden regresar, como si se deslizaran por una grieta en la pared de una caverna, las emociones en sus rostros son claras como las de un niño, claras como el día, nada hay sutil u oscuro en ellos).

»(Hemos llegado a pensar que las verdades profundas de nuestras vidas son complicadas o elípticas como en la poesía, pero en realidad no. Son simples y directas como un martillo que te golpea en la cabeza).

»Estamos juntos ahora. Abrazados el uno al otro. Thad intenta consolarme, está aturdido y confuso pero intenta mantener la calma, ese era su papel en nuestro matrimonio: *Yo estaré al mando*. Ya conoces a Thad, cualquier demostración de afecto le avergüenza. No está seguro de dónde ha estado todo este tiempo, qué ha pasado, me observa para evaluar cómo me siento, y eso le dirá cómo debe sentirse: así fue en el hospital, cuando el oncólogo nos dijo aquellas palabras que había elegido con cuidado. Tratando de determinar si (de alguna forma) esto ha sido un error, pero un error de quién. Si lo que ha salido mal ha sido culpa suya. Nunca se ha sentido cómodo cuando alguien lo critica, aunque sea de manera indirecta; cuando escuchaba elogios sin reservas, su rostro estaba tenso, como el de alguien que espera el hacha, aunque no vaya a caer. Desde su enfermedad se ha vuelto hipersensible, me doy cuenta.

»Su pelo parece un poco más ralo por la parte de arriba, gris plateado, un poco largo por los lados, rizado sobre las orejas. Yo solía peinarlo cuando le llegaba a los hombros, ninguna otra mujer había hecho aquello jamás, me dijo; me consentía aquel capricho, aunque puede que le gustara. Ha perdido peso, sus mejillas están casi hundidas. ¿Sabes?, Thad siempre presumía de haber heredado genes de siervos, estirpe campesina. Sus abuelos eran de una zona rural de Irlanda. Muñecas y tobillos gruesos, complexión robusta, si perdía peso por la enfermedad, no se notaría durante algún tiempo, lo cual era una gran ventaja.

»No podemos creer que nos estemos viendo. Nuestros ojos se miran fijamente. Porque esto no puede ser, y sin embargo... aquí estamos.

»Entendemos que debemos actuar rápido. Quizás se trate de algún error y por eso Thad ha regresado. Sollozamos y reímos, con las mejillas bañadas en lágrimas.

»Thad está tan aturdido que parte del periódico se le cae de las manos, apenas se da cuenta de cómo el viento lo arrastra dando tumbos por el suelo.

»Cada pocos metros nos detenemos, sin aliento. ¡Estamos jadeando! Nos besamos y nos abrazamos, un comportamiento más bien demente, desesperado. No somos niños. Somos adultos sensatos. Los dos estamos francamente atónitos.

»¿Dónde demonios, se pregunta Thad, ha estado... todos estos meses, o años, sin que hayamos tenido contacto?

»¿Y dónde diablos he estado *yo* que no he ido a recogerlo?, quiere saber Thad. He tenido el maldito coche todo este tiempo.

»¡Pero Thad no me está acusando! No. Solo está... ofuscado. No tiene ni idea de dónde demonios ha *estado*.

»Lleva puestos sus viejos pantalones grises de pana, la chaqueta vaquera que ha estado colgada en el armario, una mugrienta gorra de béisbol de la que no podía soportar separarse, unas zapatillas Nike de correr manchadas. Es exasperante, tiene unos diez pares de zapatillas de correr amontonadas en el suelo del armario, pero es incapaz de tirar las viejas cuando compra unas nuevas, y tiene algún par más nuevo, estoy segura.

»Todo esto mientras le digo a Thad cuánto le he echado de menos, lo terrible que ha sido estar sin él, lo sola que me he sentido. Y una soledad sin sentido, sin fin. Lo inquieta que he estado por él, estuviera donde estuviese. Cómo he intentado llamarlo pero él nunca contestaba el móvil. Nunca responde a mis mensajes.

»Intento no echarle nada en cara. No quiero parecer histérica. Nada alejaría más a Thad.

»Thad parece saber que ha estado ausente. En otro lugar. Intenta recordar, pero no lo consigue.

»¡No fue culpa suya!... ¿O quizá sí lo fue? Un hombre se siente mortificado en esas circunstancias. Morir no es... *no es*... varonil. Un hombre se siente débil, castrado. Thad Klein había sido *todo un hombre*, nada lo halagaba más que oír a alguien describirlo como *todo un hombre*. En el hospital me dijo, en el que sería (aunque no lo sabíamos) el penúltimo día, es decir, el último día en que Thad estuvo lúcido: *Oh, Dios. Te he fallado muriéndome. En esas estamos, ¿verdad? Nuestros últimos días*.

»Hablaba con tono de reproche —un amargo reproche— hacia sí mismo.

»Me partió el corazón oírle aquello. Protesté: ¡*No! No digas eso*.

»Le dije que no había fallado a nadie. Que no había *muerto*.

»Todo esto me viene ahora a la memoria, veo la oportunidad de arreglar las cosas. Estamos agarrados de las manos, caminando deprisa hacia la casa. Había olvidado lo grande que es su mano, lo cálida que es, lo fuertes que son sus dedos. Parece que nos lleva un tiempo muy largo llegar hasta la casa. El camino de grava es mucho más largo de lo que recordaba. Y parece que ya es más tarde, media mañana, el sol ha ascendido por encima de la línea de los árboles. Quizás el día sea brillante y broncíneo después de todo. Caluroso. Urge un poco poner a Thad a salvo dentro de la casa.

»Pero Thad se para en seco al ver el estado del camino cerca de la casa, donde puede verse que la grava ha sido arrastrada por el

agua. ¡*Maldita sea!* A pesar de lo cara que le salió la grava, el camino tiene un aspecto horrible.

»Y ese fresno que está junto a la casa, Thad ve que está muerto. Completamente... muerto. Esquelético. No queda ni una sola hoja.

»De hecho, Thad descubre varios fresnos más, muertos o moribundos. ¿*Desde cuándo? ¿Es el barrenador del fresno, que mata fresnos por todas partes en New Jersey? Nos costará mil dólares cortar cada árbol.* Maldita sea.

»Intento calmar a Thad, que se ha puesto muy nervioso. Estos gastos domésticos siempre lo ponen nervioso, no está acostumbrado a la vida en el campo, pasó los primeros dieciocho años de su vida en Brooklyn, en un vecindario de inmigrantes lleno de gente. Dirijo su atención hacia la casa, la mira entrecerrando los ojos. Ahora las lágrimas le corren por las mejillas. Está profundamente conmovido de estar en casa.

»Lleva la barba un poco descuidada, hace tiempo que no se la recorta con sus refinadas tijeritas para barba. Algo atípico en un hombre tan vanidoso como él. Hace tiempo que no se ducha, huele a su propio cuerpo. Sus pupilas están contraídas, como si estuviera mirando una luz cegadora.

»Me pregunta si todavía tenemos al mismo equipo de jardineros de Lambertville que cortaba el césped y podaba los arbustos y los árboles, ¿dónde demonios han estado?... Thad está exasperado conmigo.

»No tengo excusa, la culpa es mía. He *descuidado las cosas*.

»La señal más clara de depresión, de desesperación: *descuidar las cosas*.

»Rápidamente le digo a Thad que ahora que ha vuelto el césped volverá a estar cortado, todo volverá a la normalidad, puede hacer unas llamadas esta misma tarde, cuando haya descansado. Puede contratar a un nuevo equipo de jardineros.

»Pero ahora Thad no se fía de mí. ¿*Puede* fiarse de mí? No tiene ni idea de dónde he estado yo todo este tiempo.

»Al entrar en la casa, entrecierra los ojos y se queda mirando para ver si las cosas están como las recuerda. Algo ha cambiado, lo puede sentir, pero ¿qué es? Recela de algo.

»*¿Qué has hecho con mi sillón? ¿Por qué lo has movido?* Se trata de un voluminoso sillón de cuero color caramelo, colocado frente a la chimenea con la pila de libros de Thad (la mayoría sin leer) al lado, por supuesto que yo no he tocado ni el sillón ni los libros, al igual que no he tocado casi nada en el estudio de Thad, en sus armarios. Ni siquiera el viejo cinturón de cuero raído de Thad, colgado de un gancho en el baño de arriba; no he tenido el valor de tirarlo.

»Thad hace muchas preguntas sobre la casa, la disposición de las cosas en cada estancia y ciertas obras colgadas en las paredes, entre ellas las numerosas fotografías que tomó en sus viajes, pero no hace preguntas sobre sí mismo, hay una curiosa reticencia en lo que respecta a sí mismo, a las cosas misteriosas que le han sucedido recientemente, como al vislumbrar un paisaje desde un vehículo a toda velocidad. Cada enfermedad terminal es una historia que comienza despacio pero que va acelerando; intentas memorizar todo lo que sucede porque es extraordinario, porque nunca antes había ocurrido algo parecido, necesitas retener cada detalle en orden cronológico, cada incidente tiene la espantosa gravedad de una uña

arrancada, jamás podrías olvidar una conmoción semejante; pero muy pronto hay demasiadas conmociones como para recordarlas, todo es un borrón, un zumbante borrón, el paisaje queda atrás a medida que el vehículo acelera.

»Naturalmente, Thad quiere ver su estudio, *sus cosas*. Necesita ver si alguien (es decir, su mujer) se ha atrevido a perturbar su escritorio, su enorme ordenador de sobremesa (pantalla negra y vacía), sus carpetas y archivos, sus libros; pero yo he dejado todo en el estudio de Thad como estaba, pues anticipaba este regreso, esta escena, no había razón para cambiar nada, aunque a menudo entro en esta gran habitación de atrás de la casa solo para sentarme en el escritorio antiguo, maravillarme de su tamaño, su peso; disfrutar del mullido cojín de la silla giratoria, que costó tanto dinero en su día, Thad se rio de mi asombro. Todos los valiosos libros de Thad siguen exactamente como los dejó. Los libros del propio Thad, ocho libros escritos a lo largo de una carrera de más de cuatro décadas, más de trescientos artículos publicados en prestigiosas revistas académicas. Estanterías de obra del suelo al techo, en tres paredes del estudio. No he preguntado a los amigos y colegas más jóvenes de Thad si les gustaría elegir libros de la colección de Thad, por miedo a que no lo hicieran; pero también a que, si lo hacían, esos preciosos libros pudieran acabar en eBay, y si yo lo descubriera, o si de alguna manera Thad lo descubriera, ¡qué dolidos nos sentiríamos! Las bibliotecas ya no quieren colecciones especiales como esta, primeras ediciones de los siglos XVIII y XIX, clásicos de la ciencia, las obras completas de Darwin, su *Vida y cartas*, incluidos incluso volúmenes sobre su rival, Wallace. No se puede regalar libros técnicos, las únicas bibliotecas universitarias que podrían estar

interesadas en esos títulos ya los tienen, y guardados bajo llave. La biblioteca de la zona siempre está reduciendo su colección, vendiendo libros, siempre me impresiona ver los libros que venden, a un dólar en una caja como algo que vendieran en Walgreens.

»Aún intento comprender qué es lo que ha pasado, qué es esto: que Thad ha regresado, por fin. ¿A quién le importan sus libros? ¿A quién le importa nada de esta casa? El hecho es que *Thad ha regresado*.

»Digo, apenas capaz de hablar: *Te he echado tanto de menos. ¡Dónde te habías metido*!, mientras Thad intenta consolarme diciendo con una especie de leve jocosidad: *Bueno, ya he vuelto. Estoy aquí, ¿verdad*?

»Repitiendo cómo nos hemos echado de menos el uno al otro. Pues ¿qué más se puede decir?... Balbuceamos nuestro asombro, nuestro alivio. Como en la vida nos daba vergüenza decir: ¡*Oh, te quiero! Te quiero tanto. Sin ti mi vida no me sirve de nada*.

»Tengo la garganta seca, trago de manera compulsiva. Tengo miedo de decepcionar a Thad ahora que ha vuelto, de que se enfade conmigo, porque desde que se fue he hecho cosas que él no habría mirado con buenos ojos.

»Su tono puede cambiar en un instante. Si me pongo demasiado sentimental, Thad se distanciará. *En fin, yo también te he echado de menos, cariño. No tenía ni idea de dónde demonios estabas ni de por qué... ¿Por qué no me llamaste*?

»*¿Por qué me abandonaste allí, en el hospital*?...

»Cómo balbucear: ¡*Pero eso no es verdad! Yo no te abandoné*.

»En la cocina, Thad, con gran agudeza visual, ve de inmediato el calendario: agosto 2022. Aparta la mirada enseguida; es una fecha

absurda, alguien está intentando engañarlo, no va a caer en la trampa.

»Uno de esos estúpidos acertijos visuales, esas pruebas de neurociencia, de qué forma nuestras percepciones están moldeadas por nuestras expectativas, ¿o es al revés? No voy a dejar que me engatusen para intentar averiguarlo.

»En la alacena, en el refrigerador, hay alimentos que desconciertan a Thad, y los favoritos de Thad no están, leche desnatada para sus cereales; ninguna caja de huevos extragrandes para hacer huevos escalfados. ¿Dónde están esas galletas escandinavas que tanto le gustan, esas que al resto del mundo le saben a serrín caramelizado? ¿Dónde está el tarro de manteca de cacahuete que abrió hace tanto tiempo? (Con una cuchara devoraba a escondidas manteca de cacahuete del tarro, a mediodía). Bien a la vista hay un bote de vinagreta italiana baja en calorías, algo chocante para Thad, algo inaceptable en nuestra cocina pues Thad desprecia las comidas dietéticas vulgares y los empalagosos alimentos procesados. Él se encargaba de preparar la vinagreta diaria para la ensalada, aceite de oliva virgen extra, vinagre de vino, albahaca, mostaza, qué orgulloso estaba Thad de estos rituales, establecidos mucho tiempo atrás, en los días gloriosos de su primer matrimonio; la esposa tardía no podía comprender lo cruciales que eran estos (aparentemente triviales) rituales, cuánto se ofendería Thad si se violaban.

»Estoy desesperada por ocultarle a Thad lo descuidada que me he vuelto por el duelo, lo indiferente que me he vuelto a mi propio bienestar, comiendo directamente de una lata, comiendo alimentos congelados, rara vez verduras frescas o ensaladas verdes, se

necesita demasiada energía para preocuparse un ápice por *una* misma.

»A continuación Thad examina las fotografías de las paredes de varias estancias, en los pasillos. Enmarcadas con esmero, cuidadosamente montadas sobre paspartús blancos, composiciones de una belleza austera: dunas de arena, picos de montañas, amaneceres, costas envueltas en niebla. Demasiado tarde, veo que dos o tres fotografías están sueltas dentro de los marcos, por supuesto la aguda mirada de Thad también se posa en ellas. ¡*Maldita sea! Mira esto. Tienes que prestar más atención, Audra*.

»Rápidamente me disculpo. Intento explicarme, pero Thad me interrumpe. ¡Nunca le han interesado las excusas!

»Solo ahora, con este mal humor que tiene, Thad se acuerda de preguntar por sus hijos, mis hijastros, hijos adultos de mediana edad con quienes me llevo bien pero a los que apenas conozco. Con la ausencia de Thad, nos distanciamos como barcos sin timón en una afable corriente, casi demasiado lejos ya para saludarnos agitando una mano.

»Que yo sepa, no hay malas noticias de ellos, ninguna noticia excepcional, le sugiero a Thad que los llame esa noche, estarán encantados de saber de él.

»*¿Eso crees? Ya veremos*.

»El rostro de Thad se contrae en un inevitable gesto de desaprobación en cuanto surge el tema de sus hijos. Lo han decepcionado. A pesar de que ambos tienen doctorados, de alguna manera lo han defraudado, quizás simplemente nunca han estado a la altura de las elevadas expectativas que su padre tenía para ellos, él nunca me lo ha explicado.

»Como segunda esposa, he aprendido a no preguntar. Cuando lo hago, Thad dice fríamente: *Eso es algo privado*.

»Como ya sabía yo que iba a ocurrir, como me temía, Thad pregunta por nuestro contable, Doug Murphy, otra fuente de irritación para Thad a lo largo de los años, ya que Doug Murphy a menudo no devuelve las llamadas enseguida y *tiene algo, ese tic en el párpado*, que a Thad le inspira desconfianza.

»Y no es que a Thad le importe el dinero. No le importa. Mantener nuestras cuentas al día ha sido mi responsabilidad, pagar los impuestos sobre la propiedad, la hipoteca, la luz, aunque por supuesto si algo salía mal era culpa mía y recibía una severa amonestación.

»Lo cierto es que a Thad no le importa el dinero pero sí le importa que *lo engañen*.

»Está como obsesionado con ese tema. Desde que era estudiante en Harvard, hace toda una vida; se quedaba despierto por las noches calculando quién podía haberlo engañado, quién se estaba aprovechando de él, de su buen carácter, de su ingenuidad, de su inclinación a creer lo mejor de la gente; en los últimos años, enfureciéndose él solo al calcular la suma total de todo lo que le han estafado a lo largo de su vida.

»Pero cuando intento explicarle que Doug Murphy también se jubila, que Doug Murphy se ha sometido a una cirugía a corazón abierto este verano, Thad pierde los estribos y me dice: ¡*Cállate*!, con tal mirada de odio que me quedo clavada en el sitio.

»En vida de él, yo huía de Thad cuando se ponía así, con aquel repentino fogonazo de odio hacia mí, su esposa, como una cerilla que se encendía en sus ojos brillantes. Pero ahora estoy paralizada,

tengo la boca seca, no sé adónde huir, ya no, esta es nuestra casa, la casa final de nuestras vidas. Esta es la vida que nos ha tocado vivir.

»*Thad, ¿por qué me odias? Acabas de volver a mí, soy tu mujer, he sido tu viuda, ¿cómo puedes odiarme*?

»Estas palabras lastimeras, esta súplica, captan la atención de Thad. En lugar de clavarme con odio sus ojos entrecerrados, me mira *a mí*.

»Esa franqueza le resulta incómoda. Perturbadora.

»Está cediendo, gracias a Dios. Thad Klein no es un hombre irracional si una logra llegar hasta él. (Como sus amigos me aseguraron tantas veces durante los primeros años de nuestro matrimonio). En el hospital, Thad tampoco escuchaba al oncólogo, la mirada se le velaba del aburrimiento, pero más tarde sí escuchaba a la doctora de cuidados paliativos, una mujer, cabello suave y ondulado, ojos suaves y comprensivos, por supuesto que *a ella* la escuchaba.

»Cambia rápidamente de tema, algo típico de Thad: *¿Qué hay de cenar esta noche*?

»Abro otra vez la nevera, examino el congelador, espero que Thad no vea lo poco que queda que pueda interesarle, sobre todo hay pan congelado, maíz congelado, guisantes, judías verdes. Nada de carne, ni siquiera pollo. De pronto el esfuerzo lo ha agotado. Dice: *Estoy cansado*.

»La luz se está yendo de su rostro. Su piel había adquirido una especie de vehemencia rubicunda al enfadarse, pero ahora se está apagando, vuelve a su palidez original. Thad se da la vuelta para dirigirse —tambaleándose, extendiendo una mano para tocar las

paredes, para mantener el equilibrio— a un dormitorio de la parte de atrás, donde puede tumbarse.

»*Estoy muy... muy cansado*...

»Me invade el miedo. Es un miedo conocido, pánico. El mandato es: *No dejes que tu marido se duerma, porque ya no volverá a despertar*.

»Corro tras Thad, entro en el dormitorio..., le tiro del brazo, me abrazo a él... *No no no, nada de tumbarse, no puedes dormir. ¡Espera*!

»Thad se libera de mi brazo. Ahora rechaza cualquier intento de que lo toque, mi desesperación le da igual, murmura: *Estoy cansado. Muy cansado*.

»Trato de detenerlo, pero él se tumba pesadamente en la cama con un profundo suspiro, un suspiro que me parte el corazón, embadurnando de tierra la colcha con sus viejas zapatillas descoloridas. En un instante, ya tiene los ojos cerrados.

Audra de pronto se queda en silencio. Se cubre el rostro con las manos, en un gesto de desdicha, de vergüenza.

Todos estos minutos ha estado hablando en una especie de trance. Como yo jamás había oído hablar a Audra o a ninguna otra persona.

Y he estado mirándola fijamente, en trance yo misma. Me la quedo mirando, llena de miedo por ella.

En voz baja, pregunto:

—¿Está...? ¿Al final él... se quedó dormido?...

Mi corazón late deprisa. Siento un fuerte impulso de correr al dormitorio de atrás y asomarme.

Audra parece no haber oído mi pregunta. Su rostro ruborizado sigue casi por completo oculto tras sus manos. Piel flácida en el dorso de sus manos, venas visibles. Odio que mi amiga respire con tanta fuerza, al borde de la hiperventilación. ¿Qué podré hacer si empieza a hiperventilar? Esta angustia es una especie de histeria. No hay remedio para esta angustia.

Me da miedo tocar a Audra. Me da la sensación de que su piel está ardiendo. Se libraría de mi mano como si fuera una serpiente, igual que hizo Thad.

—Debería irme. Tengo... tengo un largo camino de vuelta a casa...

Estoy de pie, me tiemblan las rodillas, necesito irme de este lugar, no puedo soportar esta casa ni un minuto más.

La comida ha quedado abandonada. Restos de ensalada niçoise en nuestros platos. Batidos de frutas medio vacíos en copas altas de cristal tallado.

¡Es hora de irse! Me he quedado demasiado tiempo. No abrazaré a Audra al despedirme, no quiere que la toquen, tiembla de manera convulsiva, ajena a mí.

No me asomaré al dormitorio de atrás. *No lo haré*.

—Audra..., ¡gracias! Te llamaré... Lo prometo.

Me urge librarme de esa casa con sus techos bajos y opresivos. Me urge salir al aire fresco, donde pueda respirar.

Casi caigo por los escalones de piedra, que empiezan a desmoronarse.

El césped descuidado, que ha empezado a echar semilla. El canto demencialmente fuerte de las cigarras en agosto. Camino de grava

medio erosionada por la lluvia, de aspecto abandonado, vergonzoso.

Flores silvestres, zarzas. Páginas de periódico esparcidas entre la maleza.

Bajo a toda prisa por el camino de entrada. Porque el camino de entrada está en pendiente... *hacia abajo*.

En el valle del Delaware, al acercarte al río, el terreno se inclina *hacia abajo* cada vez más abruptamente.

Resisto el impulso de correr hacia el coche. (Apenas puedo ver mi coche, oculto al final del camino de entrada).

Resisto el impulso porque si Audra está mirando por la ventana, lo verá y sabrá por qué corro. Por qué jadeo, desesperada por llegar a mi coche.

Solo en este instante comprendo el propósito del rifle del calibre 22. De quién se supone que el rifle pretende proteger a la viuda.

Las secuoyas

1

Necesitaba escapar. No tanto de los demás como de sí mismo. De hecho, asqueado de su *yo*.

Sendero de veinticinco kilómetros, Parque Estatal Humboldt Redwoods. Horas de soledad, silencio. Ese aire prístino. Columnas de ensoñadora luz solar entre los troncos enormes de los árboles. La *textura* de la corteza de la secuoya, una especie de braille contra las yemas de sus dedos.

Sin embargo, unas voces irrumpían en su soledad, un susurro casi inaudible como el suspirar de las ramas arriba. Sus mayores: padres, maestros. Pero también amigos, chicas. Gente a la que apenas conocía, a la que no quería presente en su vida. ¡Un tumulto!

¿*Vann? ¿Dónde estás*?

Te echamos de menos.

Sus amigos lo llamaban *Vann*. Su familia y sus parientes, *Jake*. Más formalmente, *Jacob Vanbrugh, Jr*.

Cómo nos persiguen las «voces» cuando estamos solos. Cómo nos inundan los recuerdos en la soledad. El único remedio, pensó Vanbrugh, era más soledad..., más silencio.

Tentado de llenarse la cabeza de música, de ahuyentar las voces. Pero no, se había prometido no ceder.

Había visto secuoyas antes, por supuesto. Había crecido en el norte de California. Había hecho senderismo entre secuoyas. Pero nunca solo. Nunca tantos árboles gigantes en un mismo lugar. Nunca un *silencio* como aquel.

Como entrar en otro mundo, contiguo al mundo humano pero totalmente distinto. Y es que en el gran bosque nada, salvo las (escasas) indicaciones del sendero y el mínimo sendero mismo, sugería una presencia humana, y menos aún una designación humana: parque estatal.

Las primeras secuoyas habían aparecido millones de años antes que el *Homo sapiens*. Sin duda las secuoyas sobrevivirían al *Homo sapiens* durante millones de años. Lleno de asco y desaliento por la humanidad, Vanbrugh encontró consuelo en este pensamiento.

Había traído una cámara en la mochila. No es que se tomase muy en serio la fotografía. No tenía paciencia para componer, actuaba por reflejo, impulsivamente. De pie mirando fijamente a través del visor durante largos minutos, en trance... De esa forma, transcurrían franjas de tiempo en el bosque de secuoyas sin que se diera cuenta.

Un yo más profundo afloraba en aquel lugar, poco a poco. No estaba seguro de recibirlo con agrado, pues las superficies son prácticas, en su vida pasaba sobre la superficie de todo como un crío en monopatín. (De hecho, había sido muchas veces un crío en monopatín).

Era asombroso que, desde el suelo, no se vieran las copas de la mayoría de las secuoyas, envueltas en niebla. *Dosel arbóreo*, lo llamaban. Opaco, misterioso. Cientos de especies animales habitaban, supuestamente, en las copas de los árboles sin descender jamás al suelo en toda su vida. Muchas más plantas,

microorganismos. En algunos casos, las copas de las secuoyas habitaban en un microclima diferente al microclima del suelo.

Si uno se quedaba junto a la inmensa maraña de raíces rotas que formaba la base de una secuoya caída, no se podía ver la copa del árbol, que estaba en el suelo. Ni siquiera se podía ver por encima del tronco, de tan grueso que era. Algunas secuoyas medían noventa metros de altura. Algunas tenían hasta dos mil años.

El senderista estaba paralizado. Sentía asombro, pero también horror. El privilegio de estar en aquel lugar (sagrado) aun sabiendo que él mismo era finito, prescindible. Su vida (mezquina) (blanca) (burguesa) quedaba al descubierto como algo risible. Pero ¿no era también noble la vida de Vanbrugh, al menos en potencia?

Seré una persona buena y valiente. Seré la persona que estaba destinado a ser.

Sin sus amigos, que hacían de espejos suyos, al igual que él hacía de espejo de ellos, como en una jaula de monos llena de chillidos y risas, Vanbrugh era de verdad otra clase de persona. En los bosques de secuoyas afloraba su yo más profundo, casi tímido, cauto.

Su alma, que había sentido que maltrataban y ensuciaban, se estaba purificando, limpiando. Todo lo que necesitaba era *soledad*. Un gasto de energía, un esfuerzo. La sensación de que se estaba poniendo a prueba. Sin permitirse tomar el camino fácil: veinticinco kilómetros, no diez. El corazón le latía con extraño y salvaje anhelo tras las costillas.

Durante la ruta se cruzó con pocos senderistas. La ilusión de estar solo en el bosque era embriagadora. Empezó a sentirse invencible, incluso cuando comenzaba a cansarse. A base de esfuerzo había expulsado a las voces de su cabeza..., incluso las voces «buenas».

(Las voces que decían amarlo eran las más insidiosas). Pero cuando iba acercándose de nuevo al comienzo de la senda, inevitablemente empezó a oír voces de personas reales, apenas audibles. No podía evitar ver figuras delante. Senderistas que se parecían a Vanbrugh, equipados como Vanbrugh estaba equipado, botas de senderismo, mochilas, parkas de nailon. Tipos de veintitantos años, sonriéndole como si lo conocieran: ¡*Hola! Cómo va eso*.

Parejas, familias jóvenes. Estas no le gustaban, pues solían ir hablando sin parar. Había incluso una pareja con ropa de senderismo a juego, con bastones de senderismo, charlando en alemán.

Su *soledad* se estaba desgarrando, destrozando. Escarnecido por la espontánea camaradería de los demás. De qué manera tan brusca llegaba a su fin su *soledad*.

Pero estaba bien, supuso Vanbrugh. Regresar al inicio del sendero: servicios, fuentes, mesas de merendero. Aparcamiento asfaltado.

Vio que su vehículo estaba donde lo había dejado. Entre todocaminos y caravanas, uno de los coches más pequeños.

Difícil regresar del bosque de secuoyas al mundo ordinario. Como despertar de un sueño tan intenso que al principio no estás seguro de dónde estás, ni de quién eres.

En la fuente, Vanbrugh esperó su turno. Guardaba silencio, como un penitente. Su actitud no era hostil pero no quería establecer contacto visual con los demás. Seguía obsesionado con la gravedad de las secuoyas. No quería que se disipase tan pronto. Se inclinó y echó agua en su acalorado rostro. Se palpó la barba, perlada de gotas de agua, con expresión de sorpresa. Tener *cara*..., qué extraño le parecía. Se quedó de pie con los pies separados, ligeramente mareado, intentando recuperar el equilibrio.

Fue entonces cuando se encontró observando a una pareja de senderistas a poca distancia. Algo en ellos, en el comportamiento del senderista varón, en su voz cortante, llamó la atención de Vanbrugh.

El hombre, que debía de tener poco más de treinta años, se dirigía a la joven con el tono asertivo de alguien acostumbrado a dar instrucciones; ella guardaba silencio, contrita y cohibida, como alguien acostumbrado a recibir instrucciones. Tenía problemas para ajustarse la mochila, que le pesaba mucho sobre los hombros. Su compañero insistía en que llevara su propia botella de agua; no tenía intención (dijo) de compartir su agua con ella. Con brusquedad, como un castigo, le embutió la botella en un bolsillo lateral de la mochila mientras ella hacía una mueca de dolor en silencio. Él era el senderista más experimentado; la mujer, la menos experimentada. Él tenía pelo oscuro de punta, nariz prominente, barba ancha y puntiaguda. Ella tenía un hermoso cabello rubio oscuro dispuesto en apretadas trenzas que le cubrían la cabeza como un gorro. Finas hebras de pelo sobre la frente. Vanbrugh oyó que el hombre la llamaba *Lise*.

No *Lisa*, o *Liza*. Estaba seguro de haber oído *Lise*.

El hombre le cayó mal de inmediato. Había algo arrogante en él. Su postura, su actitud. La barba bien recortada de forma ancha y puntiaguda, muy diferente de la barba suave y rebelde de Vanbrugh. El modo en que le dio un empujón a la joven, como si esta necesitara empujones y no solo lenguaje, a la manera de un niño retrasado o un animal.

Vanbrugh estaba situado de tal manera que, cuando la pareja de senderistas se dirigió al camino, tuvieron que pasar junto a él. De alguna forma, él se había posicionado allí sin saber que lo estaba

haciendo. De esta forma, obtuvo un vistazo rápido e íntimo de la joven, que pareció fijarse en él, que quizá se había fijado en él desde hacía varios minutos, mientras Vanbrugh los observaba a ella y al hombre barbudo en silencio. Y le pareció a Vanbrugh que la joven le sonreía, o que sonreía en su dirección; una sonrisa leve y dolida que parecía decir: *Sí. Ya lo sé. Pero merezco que me traten así, y la prueba es que me tratan así*.

Vanbrugh no dio ninguna señal de haberse fijado en la joven, o al menos ninguna señal evidente. A pesar de estar fascinado por las apretadas trenzas, que parecían dolorosas, que tiraban del cuero cabelludo de la joven y estiraban la piel de su (fruncida) frente. Era unos seis o siete centímetros más baja que Vanbrugh, al igual que era más baja que su acompañante. Su rostro no era un rostro bello (pensó Vanbrugh) pero sí llamativo, con piel clara y luminosa, una mirada de resignación estoica, de melancolía. Un rostro joven, sin maquillaje. Cejas poco definidas, ojos sombríos. Una fina cadena de plata al cuello, con una pequeña cruz de jade.

Solo habían tenido tiempo de mirarse uno al otro al pasar. Enseguida la mirada de la joven se apartó del rostro de Vanbrugh como si estuviera asustada de su propia audacia.

Con gran claridad, a Vanbrugh le llegó una admonición: *Ella. Estás destinado a protegerla*.

Destinado a amarla. A casarte con ella.

Una repentina alteración en Vanbrugh, una certidumbre maníaca.

La sangre le latía con fuerza en la cara. De pronto tenía mucha hambre, se sentía mareado.

Se quedó mirando a la joven y a su acompañante mientras desaparecían en el bosque. Lo invadió una desesperanzadora

sensación de pérdida: ¿de verdad iba a dejarlos ir? ¿Dejarla ir?

No iba a seguir a aquella pareja..., pues claro que no.

¡Ridículo! Estaba conmocionado, desorientado. Dejó caer su mochila sobre una mesa. ¡Maldita sea! Ya no estaba contento. Qué deprisa se había disipado el hechizo de las secuoyas por ese clamor en su sangre al ver a la chica —la mujer—, una desconocida para él pero (de alguna manera: ¿cómo?) vinculada a él.

Usó un aseo de penetrante olor, las fosas nasales contraídas por el asco. La vida física, *su* vida, debía continuar. Después de una visión, los ojos se reajustan. Uno sigue lentamente adelante. Llenó su botella de agua con agua (tibia) de la fuente. Le dolían los músculos, pero aún se sentía emocionado, inquieto. Comió con voracidad: mandarinas, barritas de dátiles y nueces. Pensando en la chica de las trenzas apretadas, en esa mirada dolida en su rostro, un dolor desconcertado, terrible de ver.

Pensó con calma: no tenía ningún interés en inmiscuirse en la vida privada de los demás. No era un héroe de una película de aventuras. No era un personaje de videojuego. Si la chica se hubiera visto amenazada, si el hombre la hubiera molestado seriamente, él habría intervenido. Si el hombre la hubiera tocado con furia..., sin duda, Vanbrugh habría intervenido.

¡*Eh! Puedo protegerte*.

Lise, su nombre. Lo recordaría: *Lise*.

Todo había sucedido tan deprisa. No había oído la mayoría de las palabras del hombre, solo había visto la expresión en el rostro de la chica.

Estaba claro que había entrevisto algún tipo de relación abusiva. Puede que una relación de abuso emocional. No había visto violencia

física, ninguna crueldad apreciable...

Aun así, le había disgustado el senderista varón, de manera instintiva. *A él*, en cualquier otra circunstancia, le habría gustado darle una paliza.

La chica lo había mirado, parpadeando y sonriendo. Una sonrisa esperanzada. Muy joven. Anhelante.

(¿Qué significaba la cruz de jade? ¿Debía suponer que significaba... algo?).

Aún no era tarde (pensaba Vanbrugh) para seguir a los senderistas. Podía moverse deprisa, alcanzarlos en cuestión de minutos.

Sus piernas eran duras y musculosas. Estaba tan en forma como el hombre barbudo, o incluso más. Era seis o siete años más joven que el hombre de la barba ancha y puntiaguda.

Estaba devorando su tercera mandarina. Jugo pegajoso en sus dedos. Comía rápido, casi sin saborear. Agitado, enfadado. ¿Qué le ocurría?

Se había enamorado... Ridículo. Enamorarse con una sola mirada.

Reflexionó sobre lo que sabía de primera mano sobre el *amor*. El matrimonio de sus padres, por ejemplo. Si se basaba en el *amor*, no en un amor como un salto a lo desconocido sino en un amor como una marcha lenta y constante en terreno llano a plena luz del día.

Así que Vanbrugh no siguió a los senderistas. Claro que no. Era hora de abandonar el parque de secuoyas.

De su excursión de ese día les contaría muy poco a sus amigos. Ninguna anécdota, ningún relato pensado para entretener.

Y cuando examinó las decenas de fotografías que había tomado se sintió desconcertado, decepcionado. No había logrado capturar el

alma misteriosa de las secuoyas que tanto lo había cautivado durante horas. El tinte rojo de los inmensos troncos, intenso rojo-granate, oscuro y húmedo..., nada de eso se veía en las fotografías. La *precisión* desgarradoramente bella del bosque..., muy poco había de eso. Vanbrugh sabía algo acerca de la asombrosa fecundidad y diversidad de vida que sustentaba el bosque de secuoyas, la mayoría en lo alto de las copas de los árboles, donde especies poco conocidas —no solo insectos y aves, sino también pequeños mamíferos— vivían toda su vida sin descender al suelo, pero no había nada en sus fotografías que lo sugiriera. No se apreciaba vida alguna en aquellas imágenes. En el mejor de los casos, las fotos de Vanbrugh parecían postales paisajísticas, y en el peor eran meras instantáneas, de composición banal, ni siquiera bien enfocadas.

Pero aquí venía la sorpresa: casi había olvidado que fotografió varias veces a la joven de las trenzas apretadas, a unos nueve metros de distancia. Había sido cauto al fotografiarla..., arriesgándose a que su acompañante lo viera, y a que ella misma lo viera...

Pero esas fotografías también lo decepcionaron. Apenas se distinguía a la joven a través de una barrera de árboles jóvenes, de espléndidos helechos altos. Ni siquiera se le veían las apretadas trenzas.

Solo una figura borrosa, asexuada y anónima. Podía ser cualquiera.

Pero ¿cómo se llamaba?... *Lise*.

Nada mágico había quedado. Nada fuera de lo común, nada memorable.

Aun así, Vanbrugh no borró las fotos tomadas en los bosques de secuoyas. Las guardaría como recuerdo de... no sabía de qué.

Una experiencia profunda, en cierto sentido. Aunque no habría sabido decir qué experiencia.

Después de la excursión en solitario por los bosques de secuoyas del norte de California, regresó a casa con determinación, con ambición. Estaba resuelto a entrar en la facultad de Derecho. Se matriculó en la Unión Estadounidense por las Libertades Civiles, tal como le había insistido uno de sus profesores. En su primer año de Derecho se unió al Proyecto Inocencia, dedicado a ayudar a hombres y mujeres condenados injustamente a apelar para obtener nuevos juicios..., pero, poco a poco, durante sus tres años en la facultad de Derecho, y después de aprobar el examen para ejercer como abogado, su determinación se desvaneció. Nunca supo por qué.

¡*Allí! Ella*.

Era un tormento, una maldición. Ver a la joven de las trenzas apretadas, siempre de forma inesperada, en un momento inoportuno.

Corría hacia una puerta de embarque en el aeropuerto, y la joven corría en dirección contraria. Bajaba por una escalera mecánica mientras, en una escalera mecánica contigua, subía la joven. En una estación de tren, en una acera abarrotada, en un centro comercial abarrotado. Una vez, en el hospital donde agonizaba su padre, Vanbrugh, distraído por la ansiedad, entró en un ascensor del que salía la joven...

Cada vez que Vanbrugh la ve se queda atónito; se para en seco, la mira fijamente. No ha cambiado mucho: su cabello rubio oscuro está dispuesto en trenzas apretadas y enrollado en torno a su cabeza, su piel sigue siendo pálida, luminosa. Mientras Vanbrugh se hace mayor, ella permanece joven: quizás veintipocos años. O treinta bien llevados.

A veces sus miradas se cruzan, fugazmente. Más a menudo, la joven se muestra distante, ajena a Vanbrugh. (¿Siente desprecio por él? ¿Se acuerda de la cobardía de Vanbrugh en el bosque de secuoyas?).

Nunca la ha visto con otra persona. Ningún acompañante adulto, ningún niño o niños. *No se ha casado*, piensa Vanbrugh.

Si Vanbrugh intenta acercarse a ella en uno de esos lugares públicos, pronto descubre su error.

¡*Disculpa! Te pareces a alguien que conozco*.

O: *Perdona, ¿te llamas Lise? Eres idéntica a*...

Avergonzado, azorado. Balbuceando una disculpa.

Nunca le ha hablado a nadie sobre la joven del bosque de secuoyas. Nunca le ha hablado a nadie sobre el incidente..., de hecho, no hubo ningún incidente, no hay nada que contar. ¿La vergüenza de un hombre joven? ¿Cobardía? ¿Arrepentimiento? ¿Remordimiento? Y nadie a quien contárselo. Pues nunca en la vida de Vanbrugh ocuparía nadie un lugar tan íntimo como la joven de las trenzas apretadas con la que se cruzó a los veinticuatro años.

Si una serpiente pudiera hablar, hablaría exactamente como esta mujer.

—¿Alguna vez piensas en el tema? Quiero decir en serio.

—¿En la muerte? No.

Había respondido deprisa. Aquello no era una conversación, sino un simple diálogo, mera réplica y contrarréplica.

Una mujer en la periferia de la vida social de Vanbrugh. Una amiga que nunca ocupó un lugar íntimo en su vida. Una de esas mujeres (y hubo muchas) a las que Vanbrugh consideraba *caminos sin transitar*.

Pero, en fin..., había que admitir que no tuvo ninguna premonición. En lo que respecta a la muerte. *Su* muerte. Porque aquel comentario grosero y casual había surgido de la nada, en un cóctel sin importancia en su vida, y no había llevado a ninguna parte: ligero, olvidado al instante. Ni el menor indicio.

Sin embargo, un día, poco después, a los cincuenta y dos años, Vanbrugh murió.

Al principio, cuando estaba sucediendo, cuando comenzó el proceso de *morirse*, Vanbrugh no le prestó atención. Muy típico de Vanbrugh: no prestar atención.

Al teléfono. Concentrado en otra cosa. (De hecho, ignominia de las ignominias, en ese momento se encontraba *en espera*). Ni se molestó en prestar atención a un síntoma físico. Ni a dos, ni a tres.

El primer pinchazo de dolor de cabeza, náuseas, calambres estomacales, fiebre... La estrategia de Vanbrugh siempre había sido ignorar. Inicio de gripe, diarrea... Ignorar en tanto sea posible.

No era hipocondríaco. De hecho, era la antítesis de un hipocondríaco.

Se enorgullecía de estar *en forma*. Para un hombre de su edad, *en forma* como pocos.

De modo que Vanbrugh no tenía ni idea de que era el *morirse* lo que lo atravesaba como un niño corriendo por una casa y apagando las luces. Algo parecido a la acidez estomacal, el vértigo y el malestar que había experimentado otras veces sin consecuencias. Y una punzada de dolor, como un alambre al rojo vivo, detrás de los ojos.

Bueno, el dolor era inusual. En una zona de su cerebro que parecía nueva y de una intensidad que sin duda era nueva.

Apenas tuvo tiempo de pensar: *Dios mío, ¿qué me está pasando*? Pero ya no había *yo*.

Se desplomó inerte sobre su escritorio, un lado de su rostro apoyado en el teclado del ordenador, que desprendía un calor infinitesimal. Debió de ser un aneurisma, por lo fulminante. Nada que pudiera llamarse *morir*, pues no había sido un acto voluntario por parte de Vanbrugh, sino más bien (apenas) algo que le había sucedido, como la lluvia.

Una repentina lluvia torrencial. Aguanieve, granizo. La vista a lo alto, el dosel arbóreo de las secuoyas atravesado por gránulos de nieve. Su cerebro estaba siendo atravesado.

Sucede tan rápido que, cuando te das cuenta de lo que está ocurriendo, todo ha terminado.

En el momento no pensó: *¿Es esto una premonición? ¿De... qué*?

Podría haber pedido cita con un médico. Un neurólogo. Si hubiera sospechado algo. TAC, RMf. ¿Le habría salvado la vida? ¿No?

De haberlo sabido su mujer, habría insistido. Su madre, de haber estado viva.

La echa de menos. A su madre. Ahora que lo piensa, murió de un derrame cerebral, ella también. A una edad mucho más avanzada.

Cliché: un aneurisma es como una goma elástica desgastada. Cuando va a romperse, se rompe.

Sin presagios. Sin presentimientos. Nunca le dio mucha importancia a esas ocasionales y tensas sensaciones de malestar que desorientan un poco. En el transcurso de la conciencia de un día hay tanto que se nos echa encima, como restos que arrastra la crecida de un río, que no es posible medir qué significa nada, ni siquiera si *significa* algo.

Pero es un hecho: unos días antes de su muerte, Vanbrugh se encontró pensando en un episodio de su pasado.

Algo que le había sucedido hacía más de treinta años. Una vieja cicatriz de las que producen un cosquilleo y que uno acaricia de manera inconsciente.

Una especie de onanismo, de fascinación por la propia miseria. Algo muy impropio del pragmático Vanbrugh.

Recuerda: tenía veintitrés años, hacía senderismo con una mochila en el norte de California. La única vez en su vida que pasó tanto tiempo solo: casi cuatro semanas.

Algo se decidió entonces. Una división en su vida: antes de las secuoyas y después.

Se casó, por supuesto. Entrando en la madurez, en el mundo que se extendía desordenado y sin explorar más allá de las secuoyas.

Había llegado el momento. Una especie de peristalsis lo impulsó al siguiente paso: mujer, familia. Ahora, su mujer es viuda.

Su viuda. Se siente responsable de esa mujer. Una culpa irritante, como una piedrecita en el zapato.

Ahí está Elise, sola en el crepúsculo. Una figura sombría, en la mano una copa de vino. A medida que se ahonda el crepúsculo, no hace ningún gesto por encender las luces. Su vida como viuda reciente ha sido un espantoso aluvión de tareas, recados, *impuestos de sucesiones*. Está enfadada con Vanbrugh y no le perdonará que haya muerto tan de pronto, sin avisar. Está exhausta y, aun así, inquieta. No puede dormir. *Catatonia excitada*, piensa Vanbrugh. De lo cual se reconoce el culpable.

Los ojos de Elise se levantan, sobresaltados. ¿Se ha dado cuenta de su presencia? Sus ojos enrojecidos se mueven deprisa de un lado a otro, sin ver.

A Vanbrugh lo carcome la culpa, pues su mujer ha estado bebiendo desde la misma tarde de su muerte: evitando a la familia, dejando sin responder las llamadas de amigos, prefiriendo beber sola en la casa vacía. ¡*Esto no es propio de ti, Elise! Tienes que dejar que los demás te ayuden*...

Vanbrugh entiende que es su obligación ayudar a su viuda. Es su obligación consolarla, como tan pocas veces tuvo oportunidad de hacer en vida. Mientras su viuda lo llore, no puede abandonarla.

Elise habla consigo misma. Desconcertada, asqueada. Negando con la cabeza como alguien que se mira en un espejo y no le gusta lo que ve.

—... no me había dado cuenta de que te quería tanto. Si es que esto es «querer»... Es como si me hubieran arrancado un brazo. ¡Dios mío! Cómo te odio.

¿Qué puede decir Vanbrugh ante estas palabras condenatorias? En su estado de debilidad, lo inundan como agua tibia, sucia. *Mantén la boca cerrada, no quieres tragar agua contaminada*.

Desde su muerte, Vanbrugh ha descubierto que ya no es muy elocuente. Antes hablaba con soltura, con ingenio, no dejaba nunca de encontrar una réplica aguda, no rehuía jamás una confrontación verbal, pero ahora las ávidas neuronas de su cerebro fallan. Ahora se da cuenta de que debe *pensar*, pero *pensar* es el enemigo mortal de la palabra.

—... si tan solo me lo hubieras dicho. Si hubieras sido sincero conmigo. Que no me querías... o que, fuera lo que fuese, no era *amor*. Pero... nunca lo hiciste, y yo nunca te pedí explicaciones. No me habría atrevido...

Elise ríe lastimeramente, se derrama vino en la camisa y, de manera alarmante, parece no darse cuenta.

A Vanbrugh le causa espanto oír a su esposa hablar de esa forma. El orgullo de esta mujer hecho añicos a sus propios pies. La mar de infeliz, amargada. Recortada contra las sombras de la casa grande y vacía.

—¡En fin! Siempre pensé que podrías serme infiel, o que quizá ya me habías sido infiel, y que se me rompería el corazón..., como a una idiota. Intenté no hacer caso a ese pensamiento. Pero intenté ser una esposa a la que pudieras amar..., si te fijaras.

Vanbrugh protesta, ella había hecho más que *intentarlo*. Había sido una esposa y una madre entregada. Quienes la conocían la

querían, y *él* la quería; siempre la había querido... La voz de Vanbrugh se vuelve monótona, se apaga. No está seguro de que Elise pueda oírlo, aunque está mirando fijamente un rincón de la habitación como si oyera... algo...

—... estaba un poco obsesionada pensando en esas cosas. Me preguntaba si todas las esposas tenían miedo de que sus maridos les fueran infieles. Sabía... me parecía saber... que estabas distraído por algo, por otra persona...

¡Las secuoyas! Claro, Elise lo sabía.

Vanbrugh quiere protestar. Negarlo.

En vida, Vanbrugh logró evitar este tipo de escenas sensibleras. Hubo otras mujeres a lo largo de los años, era inevitable. Algunas fueron meros coqueteos, aunque de lo más excitantes, ilícitos. Otras fueron amistades románticas; varias fueron relaciones serias. Con todas ellas, como con Elise, se había vuelto experto en evitar la *escena hombre-mujer*. Y es que, en esencia, esa escena va de que la *mujer* percibe al *hombre* tal como es y el *hombre* espera convencerla de que se equivoca.

Aunque el deseo de la mujer de que le mientan (de manera convincente) es halagador, admite Vanbrugh. Mientras Elise esté enfadada con él y desesperada por su vida sin él, lo llorará. *Él* es la causa de su infelicidad, el marido infiel.

—En fin..., entonces pienso, he pensado, aquí sola en casa, ¿a quién le importa todo esto salvo a mí? El que tan siquiera existiéramos, por no mencionar si nuestro matrimonio fuera un «buen» matrimonio.

La voz misma del dolor, piensa Vanbrugh. Llorando su propia vida con la suya.

—Así que ¿qué importa si me fuiste fiel o infiel? A nadie le importa, a nadie debería importarle. Todo es *en vano*.

Vanbrugh se retuerce de angustia. La expresión *en vano* no debería ser pronunciada. No por una viuda. Intenta protestar diciendo que nunca la engañó, que nunca dejó de quererla y que desde luego quería a Kevin... Incluso a oídos de Vanbrugh, la protesta suena débil, poco convincente.

Cierto es que el amor de Vanbrugh por su familia era particular. Podría decirse que era un amor *obediente*, *prescrito*. Su amor por Elise alcanzó su punto álgido cuando tenían poco más de treinta años, después se suavizó, disminuyó. Era un amor *manso*, *sociable*. No era un amor que desgarrara el corazón. En realidad, Vanbrugh nunca había sentido por nadie lo que había sentido por la joven de las trenzas apretadas con la que intercambió una sola mirada en el bosque de secuoyas tanto tiempo atrás que Vanbrugh apenas recordaba quién era entonces él mismo.

Aquellas noches, demasiadas para contarlas, en las que, acostado junto a su mujer dormida, dejaba que sus pensamientos vagaran, se deslizaran, se precipitaran, se sumergieran..., entraran en el bosque de secuoyas.

Una especie de sosiego lo invadía. Un gran silencio. Un escalofrío recorría a Vanbrugh, a punto de entrar en un espacio sagrado.

¡Qué ridículo! Toda su vida adulta había estado a merced de un fantasma. Maldita sea, está agradecido de que nadie lo haya sabido, de no haber cedido y contárselo a alguien, sobre todo a su mujer.

—¡Mira! Maldito seas, mira esto.

Elise levanta un almohadón de seda escarlata del sofá. Vanbrugh no cree haber visto nunca ese almohadón, aunque (si lo apuraran)

diría que nunca prestó mucha atención a la decoración del hogar.

Una amiga se lo ha regalado, dice Elise. El bordado blanco dice: *La viudez es el precio que se paga por haber sido una esposa*.

Incluso cuando Elise ríe, Vanbrugh percibe un reproche.

De alguna manera, los une la culpa. Siempre la sensación de que uno debe tener la *culpa* de que el otro sea infeliz.

Vanbrugh está ansioso por explicarle a su viuda que él no ha *muerto*. No fue como levantar el brazo, sino más bien como respirar y exhalar: no algo que uno *hace*, no un acto voluntario por parte de uno. *Morir*, la *muerte*, es una especie de condición que se nos viene encima como una ola de agua muy fría, pero no la iniciamos nosotros. No la llevamos a cabo nosotros.

Quiere decir con ello: ¡*Por favor, deja de culparme*!

Elise vierte lo que queda de vino en su copa, que le tiembla entre los dedos.

(¿Podría Vanbrugh calmar la mano de su esposa muy suavemente, de manera imperceptible?).

Elise, aunque ha dejado de buscar a Vanbrugh en el sombrío salón, parece consciente de su presencia. Está sentada tiesa, se niega a buscarlo y, en cambio, mira fijamente lo que parece su propio reflejo en una ventana, mientras la oscuridad se hace más profunda fuera. Su rostro exuda una ironía melancólica. ¡*Mira lo que me has hecho! Oh, Dios*. Vanbrugh se pregunta si debería atreverse a abrazarla; si podrían, en sus separadas soledades, consolarse el uno del otro.

Elise comienza a hablar de nuevo, con voz baja y perpleja, como quien decide contar una anécdota porque no encuentra palabras que importen de verdad.

Empieza a contar que, unos días después del funeral de Vanbrugh, estaba sacando del carrito de la compra una bolsa con productos del supermercado para meterla en el maletero del coche, bajo la lluvia, y la bolsa de papel, que se había empapado, se rompió y la compra se cayó al pavimento mojado. Naranjas rodaban a sus pies... Se quedó allí, bajo la lluvia, riendo, o quizá llorando. Todo tan absurdo, tan fútil. Su marido estaba muerto, la compra se le había caído a los pies bajo la lluvia. No sabe cuánto tiempo estuvo allí, riendo, o tal vez llorando, hasta que alguien se acercó a ayudarla. Un hombre, un hombre amable, un hombre con un rostro familiar, un vecino quizás, aunque no lo conocía por su nombre, que llevaba un paraguas. *Disculpe, señora... ¿Puedo ayudarla*?

Allí de pie, dice. Riendo, la lluvia corriéndole por la cara y la compra del supermercado a sus pies. Y alguien la llama *señora*.

Elise se ríe. Vanbrugh siente que se le eriza el vello de la nuca. ¿Por qué le cuenta su esposa esta historia? ¿Es una especie de acertijo? ¿Será ese desconocido su próximo marido?

Vanbrugh se estremece. No si puede evitarlo.

El dilema de su vida. Cuando estaba con otros, anhelaba estar solo como lo estuvo en el bosque de secuoyas aquel día, el más feliz de su vida; pero cuando está solo, como ahora, anhela compañía.

En realidad se quedó un rato en la mesa de madera de secuoya. Amontonando cáscaras de naranja, tirándolas a la basura. Enjuagándose los dedos pegajosos en la fuente.

En realidad intervino.

A los veintitrés años era un tipo descarado. Pura descarga de adrenalina como un disparo al corazón.

La chica de las trenzas apretadas lo miró atónita. Luego, rápidamente: *Gracias, pero*...

Estoy bien..., ¡de verdad! Gracias.

Gracias, pero... no...

Sin aliento, asustada. Mirando por encima del hombro para ver si el senderista barbudo estaba a la vista.

El olor de la joven..., distintivo. A sudor, por la caminata. Vanbrugh sintió una punzada de deseo.

Vio un anillo en su mano izquierda, posiblemente una alianza de boda. ¿Era una mujer casada?

Eres muy amable. Pero yo... no puedo...

Lo siento, yo... es que no puedo...

El excursionista barbudo se estaba acercando. Rápidamente, la joven de las trenzas apretadas le dio la espalda a Vanbrugh y, sin mirar atrás, fue deprisa hacia su acompañante. En su postura había un deseo de aplacar, algo obsequioso, lastimero.

Una mujer maltratada, estaba seguro. Inconfundible.

Pero Vanbrugh se contuvo. El anillo de bodas, si es que era eso, lo había bloqueado.

Pero: si ella necesitaba ayuda, ¿cómo podías ser tan cobarde?

Cómo puedes vivir tu vida sabiendo que es tu seguridad por lo que temes, y no la suya...

Pasan los días, las semanas. Vanbrugh anhela ser libre..., quedar liberado.

Si eso ocurre, tiene motivos para creer que su espíritu regresará a las secuoyas.

Si es que en realidad su espíritu abandonó alguna vez las secuoyas.

Aun así: Vanbrugh está en cierto modo contento, su esposa sigue enfadada con él, por lo tanto aún lo llora. No se ha deshecho (aún) de su ropa. Ni de una sola prenda. Ni siquiera de los calcetines y calzoncillos revueltos en el cajón de la cómoda; la viuda no lo ha tocado.

Extraño sentir una punzada de ternura por sus viejos bóxers desteñidos, por esos calcetines oscuros de lana con los talones deshilachados, cosas arrinconadas en el fondo del cajón que no se había puesto en años y que nunca volvería a ponerse.

Abrigo Burberry, abrigo J. Press de pelo de camello, la chaqueta deportiva de lino gris pálido, trajes a medida..., camisas, pantalones, jerséis, calzado (incluidos varios pares de zapatillas de correr desgastadas)..., docenas de lustrosas corbatas de seda. En tanto las posesiones de Vanbrugh permanezcan en la casa, el hogar de Vanbrugh sigue siendo este.

La oscuridad en la casa se está haciendo más profunda. La viuda, en su petulante desesperación, no enciende la luz.

Sentarse en la parte trasera de la casa se ha convertido en una costumbre para ella. Beber sola. A estas horas. Algo que Elise jamás había hecho en su vida. En la vida *de él*.

Vanbrugh ve que Elise se deteriora. Está más delgada, el reloj de pulsera le baila en la muñeca. Tiene el cabello entreverado de gris,

gris ceniza, y enredado, despeinado. Su piel está pálida y macilenta, y se le acentúan las ojeras por el cansancio. Es obvio que hace días que no se molesta en ducharse. A su alrededor hay un olor a resentimiento, a rencor. La mujer de Vanbrugh, siempre tan bien arreglada, tan *digna*. Esta mujer infeliz se está saboteando para así castigarlo a él.

En cuanto percibe su presencia, Elise dice bruscamente:

—¡Tú! ¡Tienes mucha cara para presentarte aquí! Maldito seas.

Vanbrugh balbucea que lo siente, que puede irse ahora mismo...

—¡No! Por el amor de Dios. Ya que estás aquí te puedes quedar.

Mira con odio en dirección a Vanbrugh con feroces ojos de miope.

Vanbrugh se ha llevado una sorpresa. Insiste en que lo siente de verdad, no sabe qué más decir...

—¡No sé qué más decir! —dice Elise imitando cruelmente la tonta protesta de Vanbrugh—. Habrás tenido alguna premonición, por el amor de Dios. Un hombre sano no se *muere* así sin más.

Pero a veces, protesta Vanbrugh, está claro que sí.

—Y una mierda. Ignoraste síntomas..., señales. Seguro.

Vanbrugh insiste en que *no*.

—¡Está claro que sí! ¿Cuándo fue la última vez que fuiste a que te revisaran la presión arterial? ¿Y el corazón? Prometiste que pedirías cita con ese tal...

Sollozando de exasperación, Elise reprende a Vanbrugh. Desde su muerte no le tiene paciencia, se irrita con él como rara vez lo estaba o reconocía estarlo cuando él vivía. El grado de su hostilidad es asombroso.

Incluso su respiración es diferente. Pesada, ronca. Jadeante. *Su vida es ahora un esfuerzo. Es algo agotador*.

¿De verdad Elise lo quería tanto? ¿Es esto lo que es... el *amor*? ¿Una necesidad imperiosa, como la necesidad de un bebé de mamar del pecho de su madre? Esta mujer necesita de él sustento, un sustento casi físico que Vanbrugh, en su estado incorpóreo, no puede proporcionar.

Recuerda la respiración de su padre en sus últimos meses de vida, que nadie se había dado cuenta de que eran sus últimos meses. Sin aliento tras subir escaleras. Sin aliento tras caminar una corta distancia. Nadie en la familia deseaba reconocer que algo andaba mal con el padre de Vanbrugh al igual que nadie deseaba reconocer que probablemente —seguramente— el anciano no debía seguir conduciendo a su edad...

No quieres ver. No quieres saber. Por el orgullo del enfermo, no puedes arriesgarte a ofenderlo, pues te retirará su amor.

Con su tono titubeante, un tono que es nuevo para él mismo, Vanbrugh intenta explicarle a la enfurecida viuda que de hecho había puesto en su calendario un recordatorio de que debía pedir cita con su médico. De haber habido algún problema, habría ido a ver a su cardiólogo. Como si Elise no pudiera consultar fácilmente su calendario (abandonado en el desordenado escritorio de Vanbrugh, donde fue descubierto después de su muerte con citas, iniciales y abreviaturas que se extendían hacia un etéreo futuro más allá de su muerte) para determinar si estaba diciendo la verdad.

En una relación de larga intimidad, la *verdad* suele ser cuestión de tono. La *verdad* es lo que convence a la amada de que es amada.

Elise está diciendo que cuando tenía un marido (vivo) no sabía lo que era la verdadera *soledad*. Ella existía en una especie de sueño. En un delirio. Cuando estaba sola en casa, creía que era *soledad*

aquello que habitaba, sin darse cuenta de que (por supuesto) era un leve simulacro de lo verdadero. Y es que entonces su esposo no había dejado de existir, sino que simplemente estaba en otro lugar.

—Aunque no estuvieras conmigo estabas en el mismo mundo que yo. Y éramos al mismo tiempo. Pero ahora estás «fuera del tiempo». Te has «ido». No sé dónde estás, pero sé que no estás aquí.

¡Pero él *está* aquí!, intenta explicar Vanbrugh. Puede verla y oírla, y... siente sin cesar su presencia...

(Por retorcido que parezca, esto es así. Vanbrugh se ha convertido en un fantasma amarrado a la esposa afligida y a la casa oscurecida en la que ella habita como una araña en el centro de una temblorosa tela).

Intenta tocarla. Acariciarla, consolarla. Como hacía en vida. Elise se resiste, se estremece.

—¡No seas ridículo! Sé que no estás aquí..., *aquí no hay nadie*. Qué prisa tenías por escapar a tus responsabilidades; nunca quisiste de verdad casarte. Yo lo sabía, pero fingía no saberlo. Pensaba: *Puedo amar lo bastante para los dos*.

Elise ríe. Se sirve otra media copa de oscuro vino tinto, bebe, se limpia la boca con el dorso de la mano. Este gesto, descuidado, tosco, es tan inusual en ella que Vanbrugh queda aún más horrorizado.

—¿Sabes?, nunca pude confiar en ti. Creo que me engañabas todo el tiempo. Creo que había alguien más en tu vida que significaba más para ti que yo. Desde el principio. Desde antes de que nos conociéramos. Siempre pensé que desaparecería, fuese lo que fuera..., quienquiera que fuese *ella*. Pero nunca desapareció.

Elise espera a que Vanbrugh proteste. Pero Vanbrugh está abrumado por la culpa y no puede hablar.

—¿Era *así*? Ahora me lo puedes decir.

Pero Vanbrugh no puede hablar. Su (fantasmal) corazón late con una calma inquietante, como un corazón mecánico al que no afectasen las emociones de un mero ser humano.

—Oh, a la mierda. A la mierda el *amor*.

Exasperada, Elise empuja en dirección a Vanbrugh. Sus agitadas manos lo atraviesan como si estuvieran espantando moscas.

Vanbrugh retrocede, alarmado. Francamente asombrado de oír a su reservada mujer de voz suave pronunciar esas palabras. Elise, que rara vez decía tacos, que de hecho jamás había pronunciado una grosería en su presencia a lo largo de décadas de matrimonio.

—Vete de aquí y no vuelvas. Te detesto.

Más tarde Vanbrugh recordaría: Elise llevaba puesta una vieja camisa de franela suya, holgada, con los puños desabrochados; una camisa que podía servir de camisón. El secreto de la viuda era que había estado durmiendo casi todas las noches con la ropa puesta, demasiado aletargada para desvestirse, demasiado cansada para ducharse, para lavarse el pelo. Repitiendo sin saberlo la depresión posparto que sufrió durante meses tras el nacimiento de Kevin, aunque ni Elise ni Vanbrugh le pusieron entonces nombre a aquella prolongada melancolía.

Pero ¡qué conmovido se siente Vanbrugh al ver a su viuda con una de sus viejas camisas! Una camisa que jamás se habría puesto cuando él vivía. Ni pensarlo.

Kevin. Vanbrugh se da cuenta con un sentimiento de culpa de que aún no ha visitado a su hijo.

Su excusa es que (probablemente) Kevin no quiere verlo.

No es que padre e hijo no se quisieran. Pero se despidieron en malos términos. Vanbrugh no recuerda los detalles. Sus quejas acerca de su hijo variaban de mes a mes, al igual que (suponía) las quejas de Kevin acerca de él. Nunca se sintió cómodo en el papel: padre de un hijo. Un asunto espinoso, recuerda Vanbrugh. La mínima insolencia en el comportamiento de Kevin, una reveladora rigidez en la boca del muchacho, un (reprimido) impulso de poner los ojos en blanco ante un comentario de Vanbrugh: estas señales Vanbrugh podía detectarlas con la susceptibilidad de un depredador que escudriña el terreno en busca de una presa.

Sí. Mi padre. Él, en fin, se ha muerto...

Sí..., ha sido algo rápido. Bueno, no puedo hablar ahora. Mi madre está destrozada. Ya te escribiré.

Si el bebé hubiera sido una niña, Vanbrugh habría querido llamarla Lise. Habría encontrado alguna razón para convencer a Elise. (Aunque quizás a Elise le habría halagado... «Lise» era un eco obvio de «Elise»).

Vanbrugh se pregunta: ¿se enamoró de Elise porque su nombre se parece a «Lise»?... ¿Era esa la razón, al menos la primera razón, de que se hubiera sentido atraído por ella?

¡Absurdo! Los nombres eran pura coincidencia.

Sin querer pensar que su vida pudiera decodificarse con tanta facilidad. Como si fuera un personaje de videojuego manipulado por un Jugador desconocido. *Él*, Vanbrugh, que tanto se enorgullecía de su independencia.

Porque desde luego Vanbrugh cree en el «libre albedrío». Al menos en su propia capacidad para tener «libre albedrío». A pesar de que puede creer con facilidad que otros menos educados que él, menos inteligentes, procedentes de un entorno menos adinerado, están determinados por fuerzas que no comprenden.

Poco después de su muerte, Vanbrugh tuvo un vislumbre de Kevin a lo lejos. Su visión estaba nublada como por la niebla. Un escalofrío paralizante. Levantó una mano para saludar a su hijo como lo habría hecho en vida, un gesto casual, nada que denotara autoridad, una reivindicación. ¡*Aquí! ¡Aquí estoy, por el amor de Dios! Mira quién soy*.

Pero no, ninguna reivindicación semejante. Viendo que Kevin se quedaba de pie alejado de los adultos, los ojos apartados de ellos, su rostro más hosco que afligido, una expresión de víctima de una injusticia, típica del chico. Aunque quizá Vanbrugh lo juzgaba con demasiada dureza: Kevin solo estaba aturdido por la pérdida de su padre. En este interludio en el que todos los que conocían a Vanbrugh estaban aturdidos, sin saber qué decir. Una profunda vergüenza, como después un malentendido. *Pero ¿qué demonios...? ¿Cuándo ocurrió? ¿Sin previo aviso? ¿Cómo es posible? ¿Dónde está...*?..., recorriendo la sala con la mirada para ver quién faltaba en aquella reunión de individuos.

Vanbrugh quería gritarles: *Pero si estoy aquí*.

Aunque, en realidad, no estaba nada claro dónde estaba Vanbrugh.

En la zona de merendero junto al aparcamiento. Parque estatal Humboldt Redwoods. Esperando.

La emoción centellea en el aire en torno a Vanbrugh como sílice. Casi tiene miedo de respirarlo, pues sus pulmones quedarán perforados por diminutas heridas cancerosas.

Diciéndose: *Ocurra lo que ocurra. Que ruede el dado*.

Naranjas, barritas de dátiles y nueces que saca de su mochila. Hambre como una llama. En una cercana mesa de madera de secuoya, una simpática pareja mayor con un perro que golpea rítmicamente la cola mira en dirección al joven senderista con la esperanza de entablar conversación, pero Vanbrugh no está de humor.

Sí, son personas atrayentes, septuagenarias de cabello blanco, podrían ser los abuelos de Vanbrugh, pero no, Vanbrugh no está de humor.

Al ser joven, eres distante, altivo por naturaleza. Ni siquiera necesitas decirte que la vejez es una especie de pantano en el que, si vas con cuidado, nunca caerás. *Tú* no.

Vanbrugh no está seguro de cuánto tiempo lleva esperando aquí y de qué es lo que está «esperando».

Emocionado. Ansioso. Mirando el sendero que se pierde en el bosque de secuoyas a poca distancia.

Bueno, Vanbrugh cede: acaricia al perro de la pareja mayor, que ha trotado hasta él y le olfatea las manos y las piernas con avidez. Un perro amigable, de cuerpo robusto, color arena, un cruce de golden retriever de ojos marrones y húmedos que se alzan hacia el rostro de Vanbrugh como si lo reconocieran.

—Buen chico. Ahora... vete.

La espera se consume estudiando un muy gastado mapa de carreteras del norte de California, extendido sobre una mesa de secuoya. La espera es una especie de exquisita angustia, un resistirse a mirar el sendero más de una vez cada sesenta segundos.

¡Qué espera tan interminable! No es de extrañar que no aparezcan los senderistas.

Se habían metido por la ruta circular de seis kilómetros, según se había fijado Vanbrugh. Uno de los senderos más fáciles, lo que confirma su impresión de que la chica no es una senderista experimentada.

Considera la posibilidad de empezar a recorrer el sendero desde el final para así encontrarse con ellos cuando estén llegando. (¿Reconocerá a Vanbrugh el senderista barbudo? Supone que sí, que la chica lo reconocerá). Si camina a paso ligero, podría cruzarse con ellos... ¿cuándo? ¿En media hora? Se queda mirando su reloj digital, pero la brillante luz del sol oculta los números.

¡*Venga, vamos! ¿A qué estás esperando*?

Durante la tarde llegan otros senderistas, aparcan sus vehículos. Más familias con niños pequeños. Con adolescentes. Una sucesión de senderistas regresa al inicio del sendero desde el interior del bosque, pero la joven de las trenzas apretadas y su barbudo acompañante no aparecen.

Vanbrugh considera la situación. ¿Qué hacer?

Vete ya. Esto es estúpido.

No sé. No se puede predecir.

Ocurra lo que ocurra, eso será todo.

Decide esperar. Solo unos minutos más.

Usa el baño de hombres, que huele ferozmente a desinfectante. Bolas de papel higiénico en el suelo (encharcado), que Vanbrugh prefiere no mirar.

Hombres, mujeres. Se pregunta si el baño de mujeres (contiguo al de hombres) puede estar tan sucio como el de hombres.

Contiene la respiración para no oler el hedor. Mira a través de una ventana en la pared de bloques de hormigón, opaca por la mugre. De puntillas con sus botas de senderismo se esfuerza por ver... ¿qué?

En un universo finito, según algunas teorías, el tiempo debería ser cíclico. En un universo así se podría llegar al «final» del tiempo, pero habrías regresado a ti mismo: estarías mirando tu propia nuca.

Un físico amigo suyo le contó esto al (escéptico) Vanbrugh. No está seguro de si el amigo hablaba en serio o no.

Tampoco está seguro de cómo demonios podría uno reconocer su propia nuca.

¿Mamá? He estado soñando con él..., con papá... La verdad es que un montón últimamente.

Al menos creo que es papá.

Cuando le pregunta qué aspecto tiene papá, Kevin dice: *No sé, es difícil verle. Es en plan como si se enfocara y se desenfocara. La cara es la suya, o por el estilo, pero más delgada, y el pelo lo... el pelo no lo tiene como antes... Es como si se lo hubieran cortado al cero*.

Sus ojos están en sombra. Quizás son solo cuencas. Parece que se mantiene en pie con cuidado, como si no tuviera los huesos bien colocados. Se le tambalea la cabeza, como si le hubieran roto las vértebras. Es, en plan, diferente a como era cuando estaba vivo. Es más humano, en cierto modo.

Cuando le pregunta qué le ha dicho papá, Kevin dice: *Es más bien un estado de ánimo. Es como si hubiera una voz pero estuviera en* «mute»*. Puedo ver que mueve la boca, casi puedo oírle, pero... supongo que no puedo*.

Kevin empieza a reírse. No, Kevin está llorando.

La boca de Kevin está retorcida como un pretzel. Lágrimas brillan en sus mejillas como luz radiante.

¡*Dios! Es tan... tan raro... tan horrible... ¿no*?

Sin duda, sí. Pero no. Solo una parte.

¿*Crees que está tratando de... regresar*?

Vanbrugh está intentando regresar. Sin duda, Vanbrugh está intentando regresar.

Solo que: ya tuvo una oportunidad. Lo sabe: esa oportunidad única en toda una vida, en los bosques de secuoyas.

Al ver el rostro de la joven. El dolor en ese rostro. Los ojos muy abiertos posándose sobre Vanbrugh sobresaltados y mirándolo como si lo reconocieran.

Ella sonrió. O casi. Un reflejo nervioso, una oleada de esperanza. Luz ácuea filtrada entre las altas y densas ramas del bosque de secuoyas que iluminaba su rostro.

Pero lo que Vanbrugh sintió fue pánico. Una oleada de inquietud. Algo que podía hacer, algo que no podría deshacer fácilmente.

Se dio la vuelta, apartó la mirada. La adrenalina que le recorría las venas lo dejó a la vez exaltado y tembloroso, con las rodillas flojas.

Y así, décadas más tarde, Vanbrugh se descubre reflexionando sobre el incidente. Las secuoyas.

¿Puede nuestra vida definirse por lo que hemos perdido, por lo que nunca permitimos que entrase en nuestra vida? No la cosa en sí, sino el espacio en blanco que la rodea.

Si escucha con atención la conversación con el acompañante barbudo, puede detectar un acento..., aunque no lo reconoce.

No es español, ni alemán..., esos podría reconocerlos. Ni irlandés. Quizá de Europa del Este...

Una joven que necesitaba (¿desesperadamente?) la ayuda de Vanbrugh y a la que él le falló.

Con la que no intercambió ni una sola palabra. A la que ni siquiera le dio la mano. Ni un solo contacto físico, y mucho menos abrazarla, besarla, hacer el amor con ella...

Vanbrugh y el acompañante/marido de la mujer habían sido sin duda conscientes el uno del otro. Pero no intercambiaron palabras, y mucho menos se pelearon. No estuvieron cerca de pelearse. Vanbrugh había mirado con furia a aquel hombre, había observado la tensión de la mandíbula bajo la áspera barba, la protuberancia ósea sobre sus espesas cejas, esa mirada de desafío, de arrogancia.

¿Sí? ¿Tú? Atrévete.

Vanbrugh no había querido *atreverse*. No por cobardía física, le parecía. No por el deseo de protegerse del daño. Más bien por una timidez espiritual. Una fatal modestia. La creencia de que nada de lo

que Vanbrugh pudiera hacer serviría de mucho, de que se estaría engañando a sí mismo si pensara lo contrario.

Ocurra lo que ocurra. No ocurre. Una tirada de dados.

Pero ahora lo ve, fue cobardía. La definición misma de la cobardía.

(En realidad) Vanbrugh había nacido para enfrentarse al senderista barbudo. Había nacido para proteger a esa mujer en concreto cuyo nombre recordaría como «Lise».

Pero Vanbrugh falló. En el momento crucial, Vanbrugh falló la prueba de las secuoyas.

Proyectando una elevada sombra sobre su vida con la altura asombrosa de una secuoya. Proyectando una elevada sombra incluso sobre su vida anterior, que se descarriló en ese momento.

Vanbrugh siente que una sensación de locura lo invade; qué derrota tan profunda. El encuentro había sido una cuerda, un salvavidas, lanzado para él, específicamente para *él*. Su destino era sujetarla, aferrarse a ella con todas sus fuerzas, con ambas manos. Su vida, y la vida de la mujer. Aquel salvavidas lanzado para él en su juventud, cuando estaba a punto de ser arrastrado mar adentro solo.

¿Kevin? Hola..., soy papá...

Qué vergüenza estar muerto. Tienes que renunciar a tu autoridad. A tu poder sobre los demás. A la confianza con la que invades la privacidad de los demás. A la suposición de que deben prestarte atención de forma incondicional y ferviente, *a ti*.

Pero al parecer no es un buen momento. Kevin no tiene ganas de enfrentarse a su (fallecido) padre; de hecho, Kevin se retuerce de

inquietud, de sufrimiento.

Siento... siento haberme ido sin...

Ya sabes que yo te quería... Vanbrugh duda, horrorizado. ¿Qué es lo que ha dicho? *Te q-quiero*.

¿Pero dónde está Kevin? Vanbrugh entrecierra los ojos y parpadea, pero no hay nadie, como en un bosque que se aleja sin fin.

Mientras la viuda duerme. Sueños pegajosos, en los que Vanbrugh está atrapado como una mosca en papel matamoscas. Agitándose para liberarse pero sin fuerza suficiente.

¡Pobre Elise! Vanbrugh le ruega.

La llama *cariño*. Le suplica que recuerde: rieron juntos en incontables camas, uno en los brazos del otro, los dedos de ella tan ágiles e íntimos como los de él.

Fueron felices. Tan felices como cualquiera.

Por favor, cuídate. La pena es... un callejón sin salida.

A Vanbrugh le duele ver que su esposa, su viuda, ha perdido tanto peso. Impacta ver las vértebras prominentes de su espalda, el hueco en la base del cuello por encima de las clavículas; los ojos hundidos en las cuencas, con ojeras de fatiga, de desesperación.

La demacración es aburrida, quiere decirle Vanbrugh. La pena es aburrida.

Vanbrugh está horrorizado, al parecer Kevin ha abandonado a Elise. Debe de haber regresado a San Francisco, a su semana laboral de cien horas, a quejarse/presumir ante cualquiera que quiera escucharlo... Su hijo los ha traicionado a los dos, piensa Vanbrugh.

Superficial de alma, incapaz de duelo. ¿También es culpa suya?, se pregunta Vanbrugh.

Posiblemente no había amado a Kevin, ni a Elise, por completo. Había estado distraído. Un fantasma había capturado su corazón o, peor aún: su yo sexual. Esa sensación en el núcleo más profundo de su ser, una especie de gravedad implacable. Un palpitante *Yo soy, yo quiero, lo que quiero es lo que soy*.

Ni Elise ni Kevin entraban ahí. Nadie en la vida diaria de Vanbrugh.

Quiso a Kevin de pequeño, pero no tanto al adolescente en que se convirtió. A los doce años, Kevin atravesó un periodo difícil del que nunca salió; como la hierba dura que crece en algún torpe rincón del jardín, entre una valla y el garaje, en un espacio demasiado estrecho para cortarla bien pero demasiado ancho para que no resulte antiestético.

Vanbrugh no quería que Elise adivinara lo débiles que habían sido sus sentimientos por ella, lo meramente *maridales* que fueron. Porque la había querido y no había querido hacerle daño, y se enorgullecía del hecho, si es que era un hecho, de que las personas que los conocían los considerasen una *pareja feliz*.

Pero toda felicidad había cesado ya. Toda simulación. Vanbrugh se pasa las manos por el pelo como solía hacer en vida y descubre que —(¿cómo es posible?)— su cabello ha raleado de manera alarmante después de su muerte, el aire frío sopla contra su cuero cabelludo como una burla.

¡*Déjame ir, cariño! Sálvate tú*.

Vanbrugh recuerda: al final sí que abordó al senderista barbudo.

No donde empezaba del sendero, sino en el sendero mismo. Y es que al cabo, impaciente por la espera, se puso en marcha. El interior del bosque de secuoyas lo atraía como un imán. Estaba seguro de que se encontraría con la pareja en cuestión de minutos..., y lo que les diría, cómo los abordaría, eso lo decidiría en ese momento.

De modo que se encontró con ellos, en el bosque, a pocos metros del sendero, en un bosquecillo de secuoyas caídas. Allí, verticales columnas de sol penetraban en el interior del bosque. Muy arriba, pequeños pájaros revoloteaban entre las copas de los árboles: jilgueros de los pinos, carboneros.

Oyó una voz masculina, grosera y estridente. Con asco Vanbrugh vio al senderista barbudo a horcajadas sobre uno de los troncos de secuoya, grabando sus iniciales con una navaja.

Cerca, esperaba la joven. Vanbrugh comprendió que no tenía otra opción.

Vanbrugh se acerca al senderista barbudo. Vanbrugh le exige que le explique qué coño está haciendo: *Para de hacer eso. ¡Dios*!

Aunque sea un árbol caído, sigue siendo una secuoya. Aunque sea un tronco, no está «muerto»: miles de plantas y animales viven en su rica materia orgánica en descomposición.

Los dos hombres intercambian palabras. Vanbrugh está furioso, se muestra temerario. Al principio coge desprevenido al senderista barbudo.

De un golpe Vanbrugh le quita la navaja de las manos. Vanbrugh sabe que *eso* es lo primero que tiene que hacer.

Uno de ellos empuja al otro, el otro le devuelve el empujón. Lanzan maldiciones. Se golpean. En cuestión de segundos la

discusión se intensifica, Vanbrugh se abalanza sobre el hombre barbudo a través de una bruma de un rojo resplandeciente. Su visión se ha reducido a un túnel. Está perfectamente concentrado, eufórico. La mujer los mira con asombro. Los hombres ignoran sus gritos, sus súplicas. Si la mujer se atreviera a tocarlos, la echarían a un lado de un empujón.

Vanbrugh se descubre cayendo pesadamente al suelo. Un golpe de refilón en el costado de la cabeza, se había golpeado contra un tronco. Aun así, la resplandeciente bruma roja parece nutrirlo. Apenas siente dolor, sus sentidos se centran como un láser. Nunca se había sentido tan *preciso*. Golpea a su enemigo, sin importarle apenas que le duelan todos los huesos de los puños. El hombre barbudo le da una patada, de manera casi experta, una especie de patada de judo, pero está desequilibrado, el golpe no duele tanto como debería.

Adrenalina dulce, corrosiva-ardiente, recorre las arterias (unidas) de ambos hombres. Vanbrugh busca a tientas una piedra para destrozarle el cráneo a su adversario, pero en cambio encuentra una rama de árbol y le golpea con tanta fuerza que la madera podrida se hace añicos.

Aun así, la lucha continúa. Los dos tienen cortes sangrantes en la cara.

Los dos se quedan sin aliento casi de inmediato, exhaustos. Aunque jóvenes, tienen poca resistencia para un combate como este. Vanbrugh oye al otro jadear como una bestia, a menos que sea él mismo. Sus ojos relucen en su rostro, llenos de rabia. Le habría gustado estrangular a ese cabrón con sus propias manos, sacarle los ojos. En secundaria intentó entrar en el equipo de lucha libre, pero

la lucha libre no era lo suyo. Demasiado sudor y cuerpo a cuerpo, demasiado íntimo. Nunca seguro de a dónde dirigir la mirada. Nunca cómodo aplastando la entrepierna contra la entrepierna del otro.

Nunca en terreno accidentado como este, nunca sin árbitro. El anhelo desesperado de dominar al otro, de usar el propio peso, de derrotarlo. La certeza de que todo lo que puedas hacer para sobrevivir lo harás. Para derrotar al otro por completo, para asegurarte de que jamás irá tras de ti para vengarse.

La mujer le suplicó a Vanbrugh que parase. Aunque la mujer (sin duda) comprendía que Vanbrugh había venido a salvarla, aun así le gritó que parase.

Golpeando con frenesí la cabeza del otro contra el tronco mutilado hasta oír el ¡*crac*! del cráneo, e incluso entonces Vanbrugh no se detuvo, no podía.

En realidad no encontró a la pareja en el sendero. Corrió, jadeando. Era incómodo correr con las botas de senderismo pero corrió, al menos un kilómetro y medio. Debió de pasarlos por alto de alguna manera. (¿Habían salido del sendero? ¿Había pasado junto a ellos sin darse cuenta? El bosque de secuoyas era denso como un sueño en la hora más negra de la noche). En el sendero de seis kilómetros buscó a la pareja en vano, se dio la vuelta para correr de regreso, furioso y derrotado. Pensando que sería la ruta más rápida, volver en lugar de seguir adelante. Estaba desesperado por que no se le escaparan. Había terminado por convencerse de que la chica le había hecho una señal con los ojos, de que había formado en silencio una súplica con los labios: ¡*Ayúdame! Por favor, Dios mío*.

Casi podía oír esas palabras. La súplica silenciosa de una chica que teme por su vida..., y Vanbrugh le había fallado.

Maldiciéndose, pues había cometido un error táctico. Sin querer pensar en que el hombre barbudo se había llevado a la chica lejos del sendero. Donde nadie los pudiera ver. Donde podría obligarla a tener sexo con él.

¿Qué otra razón podría haber para que desaparecieran? Vanbrugh estaba asqueado, furioso... Pero la culpa era suya, los había perdido de vista.

Regresó al inicio del sendero sudando, exhausto. Vio que el vehículo de la pareja seguía en el aparcamiento, por supuesto. Estaban aún en el bosque de secuoyas, no había sido capaz de encontrarlos.

Vanbrugh necesitaba urgentemente ir al baño. Unas instalaciones rudimentarias en una pequeña construcción de bloques de hormigón. Conteniendo la respiración, sintiendo náuseas. Expulsando orina caliente y corrosiva por un agujero parecido a un túnel. Le temblaban las rodillas. La debilidad hacía que se tambalease. De alguna manera, era capaz de respirar en aquel lugar. Llegó a un arreglo: para poder vivir tendría que respirar, y era ese aire contaminado el que debía respirar, no el maravilloso aire fresco del bosque de secuoyas.

La luz de una mañana (invernal) opaca y encapotada lucha por penetrar por las ventanas del dormitorio. La persiana veneciana que Vanbrugh rompió sin querer meses atrás está muy caída, como si la ventana hiciese un guiño lascivo.

¡Ah, pero qué está haciendo Elise!

Por fin, Elise está revisando su ropa, la extiende sobre la cama (sin hacer), la divide en montones. ¡No, no!

Vanbrugh se horroriza. Aunque le ha rogado a su esposa/viuda que lo deje ir para salvarse ella, en realidad no es eso lo que quiere. Supuso que Elise se daría cuenta de que en realidad no es eso lo que quiere.

(Y qué poco típico de Elise no hacer la cama. Pues normalmente Elise hacía la cama nada más levantarse; odiaba, decía, el aspecto de una cama sin hacer, las sábanas arrugadas. Ahora parece que ni se da cuenta).

Coge la ropa del marido del armario y la deja caer sobre la cama hecha un lío. Vanbrugh ve, con un escalofrío de horror, que ya ha vaciado el contenido de los cajones de su cómoda sobre la cama.

Elise solloza. Pero Elise está furiosa.

¿Es posible algo así, una *aflicción furiosa*? Vanbrugh observa desde una esquina de la habitación, sin atreverse a llamar la atención de Elise.

Suena el móvil de Elise. Al principio parece que no va a contestar, por consideración (le parece a Vanbrugh) hacia él, o más bien por la solemnidad de su tarea; luego Elise contesta, con desconfianza.

Mirando al techo mientras escucha. Vanbrugh no tiene ni idea de quién está hablando con su mujer, pero le molesta la interrupción.

—... pensé que sería imposible, que nunca lo conseguiría, pero..., como tantas otras cosas..., es solo una tarea más. «Derechos de sucesión». Tuve que hacer doce copias del certificado de defunción... ¿Crees que pasa a menudo que la gente intenta hacer

trampa? ¿Robar? ¿Una persona se muere y alguien intenta robarle el coche? ¿Afirma ser heredero? «Tribunal de sucesiones».

Elise pronuncia la palabra como si fuera una obscenidad: *tribunal de sucesiones*.

Debería haberla acompañado, piensa Vanbrugh. No tenía ni idea... ¿Es esto *culpa suya*, el sufrimiento en la vida de su viuda?

Pero ahora Elise está riendo, secamente. Su rostro tiene pliegues de cansancio, sus ojos exudan la luz amarillenta del marfil viejo. A Vanbrugh lo frustra no poder identificar la voz del teléfono móvil, pero está bastante seguro de que al menos no es un hombre... Podría ser la hermana mayor de Elise, Kate, podría ser Jenny K. Vanbrugh siente celos de la intimidad entre las mujeres, de la vehemencia con que habla Elise.

Es conmovedor ver que Elise está descalza, vestida solo parcialmente. Todavía lleva puesta la camisa de franela de Vanbrugh, que está muy arrugada, como si hubiera dormido con ella. Siente una punzada de ternura, bajo la camisa los pechos de Elise parecen blandos, vulnerables.

Vanbrugh quiere implorar*: ¿Estás segura de que quieres regalar mi ropa? Mi preciosa ropa. Cosas que me compraste tú*...

Elise está quejándose de que las polillas se han metido en la ropa de su marido, en su abrigo de pelo de camello, en sus pantalones. Él no había puesto cuidado al guardar todo aquello, solo había esparcido unas pocas bolitas de naftalina en las fundas de la ropa, debería haberlo hecho ella, pero él había insistido, ahora la mitad de su ropa está arruinada, ¡ay, Dios!..., el suéter de las Shetland que le regaló cuando cumplió cincuenta años, que le gustaba tanto a todo el mundo: a la pila para donar a la beneficencia.

Espera, suplica Vanbrugh.

Llena de furia, Elise coge con ambos brazos montones de ropa de Vanbrugh y los va metiendo en varias bolsas grandes. Al menos no son bolsas de basura sino bolsas de la compra de tiendas de calidad como Lord & Taylor.

Paralizado por el dolor, Vanbrugh observa. Desde algún lugar en lo alto llega un fuerte retumbar, un trueno que suena como barriles de cerveza rodando.

Gigantescos toneles que ruedan por el cielo. Elise parece no oírlo, ha vuelto al armario de Vanbrugh a buscar el resto de su ropa.

5

¡Impresionante! El cabello trenzado de forma intrincada. Vanbrugh se pregunta cómo sería deshacer las trenzas, soltar el cabello apretado, dejarlo caer sobre los (desnudos) hombros de la chica.

Pasar los dedos para aflojar los nudos. Hundir el rostro en él. Y entre sus pechos.

El senderista barbudo ha ido al baño de hombres; la joven de las trenzas apretadas está sentada en una de las mesas de merendero, doblada hacia delante, con la cabeza entre las manos. Está muy cansada. Está temblando, porque su acompañante le ha hablado mal. Las correas de su pesada mochila se le clavan en los hombros, se ha quitado una. Sonriendo con descaro, aprovechando la oportunidad, Vanbrugh se acerca.

Tiene veintitrés años, es un joven impetuoso. No puede imaginar un día, una hora, en que le falle «su» erección. No puede imaginar

el pozo negro de *malestar* tras el mal humor que toma por *depresión*. Aún no ha presenciado el nacimiento de su hijo, le quedan años para sentir esa enfermiza, vertiginosa convicción de que un hijo suyo y de su esposa, vivo, vulnerable en el mundo, sin importar cómo ese niño madure, será siempre un bebé con una cabeza de hueso blando, una fontanela en la coronilla en la que la vida podría clavar su cruel pulgar en cualquier momento. Así que el joven, impetuoso y envalentonado Vanbrugh se atreve a acercarse a la joven con un saludo que suena casi frívolo: *Hey. Hola*...

Ha estado observando la situación, le dice Vanbrugh a la sobresaltada joven. Le ofrece ayuda, puede venirse con él.

¿Ayuda? —La chica lo mira fijamente—. ¿Se refiere a ayuda con su mochila? ¿O...?

Ayuda. Que si necesitas ayuda. Marcharte de aquí..., alejarte de él. A eso me refiero.

Vanbrugh está sonriendo. Mostrando los dientes. Le gusta que la chica lo vea de cerca ahora. No hay ambigüedad en lo que ofrece. Su piel rojiza, su suave barba ondulada. La sangre le late con fuerza en la cara, en la zona del corazón y en la entrepierna. ¿Necesita marcharse de aquí?, repite Vanbrugh, y la chica lo mira parpadeando, aturdida, y asiente de manera casi imperceptible: *Sí*.

Está temblando de manera visible. Su aliento huele a algo fuerte: ¿alcohol? ¿Pánico? Pánico animal, supone Vanbrugh.

Vanbrugh comprueba que el acompañante no viene. Que no está a la vista. Le ordena a la joven que lo acompañe. *Vamos..., no lo pienses*.

La sujeta del brazo, que es delgado, maleable.

Es seis o siete centímetros más baja que Vanbrugh. Puede ver su pálido cuero cabelludo entre las filas de trenzas, inquietantemente cerca. En el hueco de su cuello, refulge la cruz de jade. Hecha de algún material sintético, como plástico.

Pasiva mientras él la sujeta, como una mujer sorprendida en un sueño.

¿Está casada? ¿Con... *él*? Quizás no. Vanbrugh no está seguro. Supone que ya lo averiguará.

Ven conmigo sin más. Mi coche está ahí. Arrancamos y nos vamos. Todo saldrá bien.

Caminando velozmente juntos hacia el coche de Vanbrugh. De alguna manera, la decisión ya está tomada. De la misma manera que en un preciso instante, ni antes de ese instante ni después, una rama de secuoya fatalmente herida se desprende y se libera del árbol vivo, se precipita al suelo.

Tomada por sorpresa, la joven de las trenzas apretadas tiene bastante presencia de ánimo como para agarrar un bolso, incluso una botella de agua Evian. Vanbrugh ríe. Embriagado de alegría, no le teme a nada. Abre el coche. Ayuda a la joven sin aliento a subir al asiento del copiloto, le quita la pesada mochila de los hombros y la arroja al asiento de atrás..., como si ya hubiera hecho esto, este mismo gesto, con esta mochila, muchas veces. La joven se agacha instintivamente en el asiento del copiloto, protegiéndose la cabeza para que nadie la vea desde fuera del vehículo.

Vanbrugh se pregunta si está acostumbrada a esconderse así, a escapar.

Puedo llevarte a casa. Dime adónde. Puedes recoger tus cosas. No puede hacerte daño si no puede encontrarte.

La chica tartamudea: *Me matará si... si*...

Déjamelo a mí. No le tengo miedo. Yo puedo protegerte.

Da marcha atrás y girando, pisa a fondo el acelerador, toma una pendiente hacia la carretera.

Inundado de certidumbre, de gozo. Sabe que por fin está en el lugar correcto en el momento preciso.

Pero no, Vanbrugh está de pie, paralizado. No se ha movido desde hace minutos..., décadas.

Las secuoyas han cautivado su alma. El silencio de las secuoyas ha penetrado hasta la médula de sus huesos y una sensación de debilidad lo ha invadido, un sobrecogimiento imposible de distinguir del terror.

Estupefacto al comprender que de pie junto a la base de la gigantesca secuoya caída, de puntillas sobre sus botas de senderismo tratando de ver más allá de la maraña de raíces retorcidas y rotas, no puede ver las amplias ramas extendidas de la copa del árbol, ni siquiera puede ver más allá de la anchura del tronco. ¡Un árbol tan alto!..., tan *viejo*.

No, no puede ver la copa de la secuoya. Imposible.

3

Venas pequeñas

—Tiene usted las venas muy pequeñas.

La frase flota en el aire como una polilla con un ala rota que revolotea.

El primer flebotomista no encuentra una vena utilizable, llama a un segundo flebotomista, presumiblemente más experimentado, que tampoco encuentra una vena utilizable y con voz irritada llama a un tercer flebotomista, que debe de ser el más experimentado de todos, casualmente el único hombre en el laboratorio de análisis de sangre, joven para la autoridad que ostenta, brusco y súper seguro de sí mismo, da golpecitos con los dedos en las venas de la blanda parte interna de tu brazo izquierdo y en la blanda parte interna de tu brazo derecho, buscando la vena que será *suya*.

—Cierre el puño, señora.

Frota con alcohol, olor familiar y nauseabundo.

—Esto le va a picar un poco, señora.

¡*Picar*! Ármate de valor.

Primer intento: la *mete*.

Es una sorpresa. Tras el fracaso de sus predecesoras, el flebotomista ha conseguido una vena utilizable al primer intento.

Resiste la tentación de darle las gracias en un arrebato de alivio, de gratitud.

Tu actitud en el laboratorio de sangre debe seguir siendo reservada, formal. Tienes que centrarte en *no desmayarte*.

—Ya puede relajar el puño, señora.

Sentada muy rígida, muy inmóvil en el robusto taburete funcional con amplios reposabrazos de lisa formica que según recordabas (erróneamente) tenía una barra de sujeción a la altura de la cintura pero no, no hay ninguna barra de sujeción.

Muy rígida, muy inmóvil, esforzándote por respirar normalmente, de modo uniforme, dentro de la mascarilla quirúrgica que llevas puesta. Apartando la mirada por el práctico deseo de no ver cómo tu propia sangre oscura cae en pequeños viales de plástico.

—Señora..., ya le he dicho que puede relajar el puño.

De todas las órdenes, sin duda esta es la más difícil: *relájate*.

Como mejor puedes, obedeces. Tu mano se queda flácida. Una extraña sensación te invade, frío absoluto, desapego.

No debes desmayarte. ¡No!

Como en un hechizo, estás inmóvil. La aguja que extrae sangre de tu vena te sujeta con firmeza.

Plumosa ala oscura cerrándose sobre tu cerebro. El flebotomista está *muy cerca*.

Muy pocas personas te han tocado desde el inicio de la pandemia. Confinamiento, cuarentena, «distanciamiento social»: te han condicionado a considerar a los demás como portadores del (invisible, omnipresente) virus. Ahora que la pandemia parece estar remitiendo y que en cierta medida se ha recuperado la vida normal, te has desacostumbrado a que alguien, sobre todo un desconocido, esté *tan cerca*.

Qué extrañas estas intimidades que solo experimentamos con desconocidos: en el ámbito médico, con personas a las que nunca hemos visto, cuyos nombres rara vez conocemos.

Aunque has tenido tiempo de fijarte en la placa de identificación de plástico que lleva en la casaca sanitaria. El nombre del flebotomista empieza por M. Algo como *Mateo*, *Manuel*, *Miguel*.

La piel del flebotomista es del color del corcho quemado, sus ojos son muy oscuros y lleva una mascarilla blanca de uso médico que le cubre la boca y la nariz y que contrasta fuertemente con su tono de piel. En el dorso de sus manos, mechones de vello oscuro. Pecho ancho, musculoso, casaca y pantalones sanitarios verdes, un individuo que entrena, levanta pesas, casi seguro un exatleta, por vanidad se mantiene en forma pero está ganando peso. Se oye su respiración dentro de la ajustada mascarilla blanca.

—Casi terminamos, señora. Aguante.

Percibe tu ansiedad. Qué infantil tu necesidad de que te tranquilicen.

Pero M__ se muestra más perplejo que crítico. No hay en su actitud ningún reproche como en la de sus compañeras, que te pincharon los brazos en vano y culparon a tus venas pequeñas.

Tienes diez años más que M__, según tus cálculos. M__ te llama *señora*; para él, eres de otra generación.

Te sientes dolida, M__ *no te ve*. Es poco probable que nadie te vea en el laboratorio hematológico de oncología.

Como quien anhela recibir un elogio, dispuesta a sacrificar una pequeña parte de tu dignidad a cambio de un elogio, sin que nadie te pregunte, le dices a M__ que te has acordado de beber varios vasos de agua esa mañana antes de ir al laboratorio para que se te dilataran las venas, tal como te habían indicado.

Al oírte, M__ murmura algo que suena como ¡*Bien*!

Te está siguiendo la corriente. Te preguntas si, tras la firme mascarilla blanca, M__ está sonriendo.

¿Cuántos viales va a llenar M__ con tu sangre? Ha llenado ya tres y va a por el cuarto.

Sientes una oleada de debilidad, náuseas. *No*.

La última vez que estuviste en esta sala, antes del covid, antes de la cuarentena, hace dos años o más, un paciente empezó a desmayarse al fondo de la sala, se armó un revuelo, una voz masculina dijo: ¡*Hey! Te tengo*.

¿Era tu flebotomista, cuyo nombre empieza por *M*?

Pensando ensimismada cómo, si M__ quisiera, podría seguir extrayéndote sangre del brazo con agónica lentitud, drenar tu cuerpo por completo de sangre, litro tras litro de sangre espesa y oscura mientras permaneces cautiva en la silla, fijada en el sitio, a merced de él, el flebotomista: la autoridad de la aguja: tu corazón, la fuente de tanto dolor, tanta preocupación, tanto pavor, cada vez más lento, como el péndulo de un reloj que se ralentiza poco a poco hasta que se detiene.

Cesar en la medianoche, sin dolor.

En una neblina de aturdimiento impregnada de alivio, de euforia, de alegría, regresas a la sala de espera de oncología, tomas asiento, cualquier asiento, con las rodillas flojas, incapaz de dejar de sonreír como una boba por si acaso hay una cámara.

¿Ves a esa mujer? No tiene miedo, no se ha desmayado porque le hayan sacado sangre, sonríe para sí misma porque todo está bien.

Miedo a desmayarte en la sala de hematología, aunque (en realidad) nunca te has desmayado en la sala de hematología. Miedo a desmayarte en esta sala de espera, aunque (en realidad) nunca te has desmayado en esta sala de espera.

Solo tres veces en toda tu vida te has desmayado y esas tres veces en el transcurso de un año, el último.

La primera vez que te desmayaste: atendiste una llamada, la voz de un desconocido preguntaba si querías que tu esposo (al que habían hospitalizado el día anterior por un caso leve de neumonía, según describieron) fuera «reanimado» en caso de emergencia, súbito zumbido en tu cabeza como el repicar de una campana, ensordecedor, cegador, encontrarse en el frío suelo de baldosas de la cocina sin recordar haberse caído, sin recordar haberse golpeado la cabeza contra el suelo, por encima de ti el teléfono de pared de plástico colgando de su cable, girando como si estuviera mareado.

La segunda vez, tras la (inesperada) muerte de tu marido en ese mismo hospital, caer a plomo al frío suelo de baldosas del baño de mujeres, despertar con la boca seca, parpadeando y mirando fijamente un techo desconocido, intentando recordar dónde estás, qué debes hacer, qué es lo que ha pasado para que estés aquí y no en casa, a estas horas de la noche no en la cama con tu marido, sino en este lugar desconocido, con olor a desinfectante, sola, de noche y sin otras visitas en Telemetría, intentando determinar cuál es tu cometido, con la desesperación de quien escala una pared de piedra tan solo con las uñas para auparse.

La tercera vez fue unas semanas más tarde cuando por el momento decidiste que estabas *bien*, resuelta a convencer a tus amigos de que estabas *bien*, de que ya no tenían que preocuparse

por ti, estabas en un restaurante con amigos, abriste la carta, te costaba leerla con la poca luz, te diste cuenta de que tu marido no estaba en la mesa contigo, no abría una carta, lo habías perdido de alguna manera, sin saber bien cómo, sin saber ni dónde ni por qué, aquello no cuadraba, que no estuviera en la mesa contigo y con tus amigos, no había una silla vacía para él, no había sitio en la mesa para él, qué antinatural era, qué obsceno era, nadie aparte de ti parecía darse cuenta de que tu marido no estaba contigo, de que no estaba en ningún lugar del restaurante, esta constatación barriéndote como una ola, arrastrándote lejos, extinguiendo la débil llama de tu cerebro como la llama de una vela se extingue con una ráfaga de viento cualquiera.

Alguien llamó a una ambulancia, pero te negaste a que te llevaran. *No no no no*, no iban a llevarte.

Terror a alejarte de casa por la noche. A pasar la noche fuera. Porque si *él* va a regresar a ti, será solo a ese lugar.

Cada vez que te desmayas, esa plumosa sensación de ligereza, aérea como una semilla de algodoncillo que se lleva el aire. Sin dolor, sin miedo, ni siquiera inquietud, porque no hay anticipación. Como si el aire fuera desviado a tu cerebro, un encogimiento, la visión estrechándose como en un túnel, desapareciendo en un minúsculo punto.

De modo que cuando te recuperabas te atrevías a pensar: ¿*Será la muerte tan indolora? ¿Tan misericordiosa*?

Cuarenta minutos en la sala de espera. Poniéndote de los nervios.

Normalmente la sala de espera es un lugar apagado donde nadie habla con nadie. Nadie mira a los demás por miedo a conocerlos y a ser conocido.

Qué alivio llevar mascarilla.

Están haciendo algún tipo de reforma en la sala de espera. Han quitado la moqueta del suelo, faltan partes del techo. Las voces resuenan demasiado altas, estridentes; una recepcionista que habla por teléfono tiene una voz como uñas arañando una pizarra. El expositor de revistas ha desaparecido por completo, como si nunca hubiera existido. Te sientes decepcionada pues allí normalmente habrías encontrado *Salud de la Mujer*, *Vida Saludable*, *Salud Cardiovascular*, *Salud Familiar*, *Alimentación Saludable*, *Hábitos Saludables*, *Cuidados Paliativos*, *Yoga para Pacientes con Cáncer*.

Finalmente la enfermera del doctor G__ dice tu nombre. Detrás de su mascarilla, parece amable, parece sonreír. Quizás se acuerda de ti, o quizás te confunde con otra mujer de tu edad, estatura y aspecto general que ha desaparecido de Oncología para no volver.

Te conduce velozmente al laberíntico interior de Oncología, donde en una de las salas de exploración apunta tu peso y estatura. Te toma la presión sanguínea, que (al parecer) es inusualmente alta.

El doctor G__ vendrá enseguida, te dice.

Otro interludio de espera. Has aprendido a ser paciente, estoica.

Hace tres años te diagnosticaron una «rara enfermedad de la sangre» relacionada con la anemia y que describieron como una leucemia crónica, incurable, pero de lento crecimiento..., a no ser que empiece a acelerar, en cuyo caso puede ser mortal en cuestión de semanas.

Lenta..., a menos que, de pronto, sea rápida.

¡Quién iba a saber que existen más de cien tipos de leucemia! Tú no tenías ni idea.

A un amigo poeta diagnosticado con exactamente la misma enfermedad de la sangre, su oncólogo le dijo: *No te curarás nunca, pero seguramente morirás de otra cosa*.

Esas son las cosas que los médicos les dicen a sus pacientes cuando quieren ser amables.

Al final tu amigo murió pocos años después de su enfermedad sanguínea, o de la devastadora quimioterapia prescrita para tratarla. Aquello despertó del letargo de la remisión como una gran bestia que se levanta y se lanza al galope hacia el precipicio y más allá.

Al parecer, al principio la aceleración es apenas perceptible. Una cuestión de decimales, una fracción de un número en el análisis de sangre. *Asintomática*.

Estás distinta, en tu opinión. Sabes, o crees saber, que la enfermedad «crónica» —«incurable»— ha comenzado a acelerarse.

Y así esa mañana despiertas en la oscuridad antes del amanecer. Despiertas con aprensión, con temor. Mientras los pájaros comienzan a despertar, cantos aislados al principio, que suenan tímidos, inciertos.

Sin embargo, te vistes con mucho cuidado para la cita de esta mañana. Cachemir color ciruela, una falda hasta la pantorrilla, zapatos Ferragamo de tacón medio. Sombría, sumisa.

Hace dieciocho meses que no ves al doctor G__, y apenas lo reconoces con la firme mascarilla quirúrgica blanca que le cubre la mitad del rostro. Es un estadounidense de origen indio, en la cuarentena bien llevada; complexión delgada, ojos bondadosos, mejillas hundidas; la pandemia parece haberlo disminuido. El doctor

G__, una persona tímida que sonríe en situaciones incómodas, se encuentra en desventaja por tener que usar mascarilla; ves cómo sus ojos se fruncen enérgicamente en las comisuras.

El doctor G__ te saluda con su habitual cordialidad, te pregunta cómo vas, a pesar de que sus ojos recorren de manera experta la pantalla del portátil, la única medida auténtica de tu estado.

Observa lo que puedas ver del rostro del doctor G__. ¿Las noticias son buenas o no tan buenas? ¿Son desastrosas? ¿*No ha habido ningún cambio*?

En lo que respecta a un cáncer de sangre crónico e incurable, lo máximo que se puede desear es *ningún cambio*.

El inglés no es la lengua materna del doctor G__ y por eso habla con especial cuidado, eligiendo palabras que tienden a lo abstracto, a lo poco específico. Te cuesta entenderle a través de la firme mascarilla blanca que no encaja bien en su delgado rostro y a través de un zumbido en tus oídos, pero logras captar que, en algunos aspectos, tu estado ha mejorado..., aunque en otros parece haber empeorado. ¿Se trata de los *glóbulos rojos*, de los *glóbulos blancos*? La producción de unos es buena, la de los otros no tanto.

Con independencia de lo que te haya dicho el doctor G__, ahora te asegura que por el momento no necesitas tratamiento.

No le preguntas al doctor G__ cuál es el tratamiento.

Tampoco le preguntas si la remisión está terminando..., si ha terminado. Tienes la boca demasiado seca. Tienes la garganta cerrada.

Por encima de todo, no vas a hacerle al doctor G__ la sensiblera pregunta de cuál es tu esperanza de vida.

Puedes adivinar lo que diría el doctor G__: *Eso no se puede predecir*.

¿Deberías empezar a hacer planes? ¿Planes para acabar con tu vida?

Como humo que se curva elevándose en el aire, y con apenas más sustancia que el humo, la idea de quitarte la vida te viene a la mente, y no por primera vez, como un solaz, como un consuelo.

La noticia de que la remisión podría estar terminando es casi un alivio. Una felicidad más bien aterradora, como abrir una ventana, una ventana que se abre de forma horizontal, y un impetuoso viento toma control de la ventana y la abre con un estampido, jubilosamente, fuera de tu control...

Al ver que permaneces muy quieta, que no has pronunciado ni una palabra, el doctor G__ te asegura una vez más que no es necesario comenzar el tratamiento todavía.

Balbuceas una respuesta estúpida: *Gracias, doctor*.

La consulta no ha terminado. En este punto, el doctor G__ te pide que te acuestes en la camilla de exploración. Escucha el latido de tu corazón con su estetoscopio, te pide que tosas. Revisa tus ganglios linfáticos, tus tobillos. Te da golpecitos en el abdomen. Hay un consuelo absurdo en todo esto: un médico que deja a un lado su portátil y se toma el tiempo de tocar a su paciente con manos hábiles y expertas.

En tono cortés, el doctor G__ pregunta si podría tomarte de nuevo la presión arterial, pues ha visto que está excepcionalmente alta.

Esta vez es más baja. Un alivio, por supuesto.

Pero cuando intentas incorporarte, te encuentras muy mareada. Sientes la cabeza como si estuviera llena de helio, va a desprenderse

de tus hombros y a salir flotando.

Tu mascarilla se ha torcido. Te la ajustas con dedos temblorosos.

Vas a estar bien, te asegura el doctor G__. Las cosas volverán a ser robustas, no enseguida, pero pronto.

¿*Robustas*? Una palabra extraña, una palabra peculiar que ningún hablante nativo elegiría en este contexto.

Te das cuenta de que el doctor G__ está hablando ahora de la pérdida de tu marido, ha visto la destacada esquela en el periódico local. Nunca conoció a tu marido, pero te expresa sus condolencias.

Ahora parece el final de todo, dice el doctor G__. Pero no lo es. Tú ya lo verás.

El final de tu vida, el final del sentido de tu vida. Parecerá eso. Pero no es *así*.

Ríes con nerviosismo. ¿Qué está diciendo el doctor G__? Como si empujara algo hacia ti, un globo de fiesta, una manzana caramelizada.

Ahora te has incorporado, la oleada de mareo ha disminuido. ¿No ha terminado la exploración? El doctor G__ tiene algo más que decirte, en voz baja, lo cual te alarma.

Quiere compartir algo contigo, dice.

No hay muchos que lo sepan. En esta consulta, nadie.

El doctor G__ dice que su hija ha fallecido. Antes de que volviera a casa de la universidad, de Harvard.

Hace apenas unas semanas, él y su esposa recibieron la noticia, dice el doctor G__. Tenía solo diecinueve años, era violinista, se iba a especializar en biología molecular. Pero entonces llegó la noticia, no una buena noticia, del tipo al que estaban acostumbrados a recibir de ella y acerca de ella, no una buena noticia sino una muy

mala, una llamada de la oficina del decano pidiéndoles que fueran a Cambridge de inmediato.

Una sobredosis de medicamentos. Había sido muy infeliz en los últimos tiempos; le costaba quedarse en un solo lugar, concentrarse en su trabajo, practicar el violín. No quería decepcionar.

Habían acudido a un especialista en terapia familiar, dice el doctor G__. Cuando vino a vivir aquí, a casa.

Pero creyeron que estaba lo bastante fuerte como para volver a la universidad. Ella insistió, recuperó gran parte del peso que había perdido. Había dejado de tocar el violín, pero ahora lo había retomado, así que tenían esperanzas...

Has despertado de tu trance de ensimismamiento. Le dices al doctor G__ que cuánto sientes oír esto. ¡Solo diecinueve años! ¡Qué tragedia!

Te oyes tartamudear. Corres de verdad el riesgo de romper a llorar. Recuerdas haber visto pequeñas fotografías enmarcadas de la familia del doctor G__ en su consulta, en visitas anteriores. Una niña sonriente, un niño sonriente. Hermosos rostros, sonrisas radiantes. Sentiste entonces una punzada de algo parecido a la envidia.

No tienes idea de por qué el doctor G__ te ha elegido precisamente a ti de esta forma. Te habla con una sinceridad con la que nunca te ha hablado.

Te sientes conmovida, te sientes privilegiada. Aunque todavía estás mareada, resistes el impulso de apoyarte en el marco de la puerta. No quieres que el doctor G__ se dé cuenta. Debes comportarte de manera estoica, calmada, por el doctor G__. Una digna receptora de la trágica historia de un padre.

El doctor G__ te conduce a su recepcionista, te verá de nuevo, dice, en tres meses.

¿*Tre s* meses, no seis como de costumbre?

Tre s , dice el doctor G__. Es mejor.

Dale la mano como de costumbre al despedirte del doctor G__. Recorre sola el laberíntico pasillo, de vuelta a la sala de espera con su suelo lúgubre y desnudo y sus voces estridentes, atraviesa la salida y dirígete al aparcamiento donde tu vehículo está aparcado entre filas de vehículos similares. Quítate la mascarilla, ¡ya puedes respirar de nuevo! Inspira hondo, sintiendo que tus costillas se ensanchan con una sensación como de helio.

Recorrerás la mitad del camino a casa antes de comprender por qué el doctor G__ te ha contado su historia.

Refugio

Tres puentes tendrá que cruzar. Ciento cincuenta y cuatro kilómetros hasta el monasterio budista del condado de Bucks (Pennsylvania), donde se ha refugiado el *marido distanciado*.

El primero es el pequeño puente de tablones sobre el arroyo Stony Brook, cerca de la casa alquilada donde Lorene ha vivido sola las últimas cinco semanas, desde que su marido se marchó sin previo aviso y sin una nota de explicación; el segundo es un puente de tablones un poco más grande sobre el canal Delaware-Raritan, en Griggstown, que se ha vuelto resbaladizo por la helada durante la noche; el tercero es el más grande y el más imponente, un puente de celosía de acero con seis tramos construido hace más de un siglo sobre el río Delaware, en Lambertville.

Es un desapacible día de lluvia y viento de finales de invierno. Los rayos de sol hacen que a Lorene le duelan los ojos. Siente cómo el coche, un Nissan compacto, tiembla con el viento al subir la rampa del puente en Lambertville. Corrientes de aire frío de una de las ventanillas traseras, la caricia de una mano fría en la nuca.

La mano *de él*, en la nuca.

El río Delaware es mucho más ancho de lo que Lorene recuerda. El puente es mucho más largo de lo que Lorene recuerda. Construido en 1904, es ahora demasiado estrecho para los vehículos extragrandes que se cruzan con el tráfico en sentido contrario de forma insoportablemente lenta; Lorene siente los primeros pálpitos

del pánico, atrapada en el puente sin posibilidad de retroceder, como en un examen de cérvix que, a pesar de que el médico (invisible tras las rodillas levantadas de la paciente) murmura alegremente: ¡*Casi hemos terminado*!, no acaba nunca.

Lo cierto es que a Lorene, pese a que ya no es una jovencita ingenua, ni siquiera una mujer particularmente joven a quien se le podría consentir esa inexperiencia, le resulta raro hacer un viaje largo conduciendo sola; casi siempre Lorene ha ido de copiloto, con un hombre adulto al volante.

Hasta que se fue de casa a los dieciocho años, con su padre, que jamás permitía que nadie más condujera si él se encontraba en el vehículo. Durante los siete años de matrimonio, con su marido, Marcus Coyne.

¡*Pero dónde te habías metido, Lorene! He estado intentando contactar contigo*.

Te quiero, te necesito.

No importa lo que hayas hecho, te perdono.

Es casi como si Marcus estuviera en el coche con ella. Puede oír su voz. Regañándola, afectuosa. Exasperante. *Clemente*.

A pesar del tráfico que viene hacia ella, Lorene echa sin poder evitarlo una mirada nerviosa al río Delaware por encima de la barandilla del puente: el vasto río centelleante, gris acero, hermoso pero aterrador —pues *es* más ancho de lo que alcanza a ver—, desaparece en la distancia, en el horizonte, como un embudo.

Engañosamente plácido, lento. Del color del metal fundido, que es imposible que se mueva con rapidez, traicioneramente. Pero lo hace.

Treinta y siete días con sus noches. Ha estado ausente el *marido distanciado*.

Cuántas veces ha llamado Lorene al móvil de su marido, ha dejado mensajes cargados de ansiedad, mensajes lastimeros, mensajes suplicantes, sin obtener respuesta hasta que finalmente una arrogante vocecita (femenina) automática le informó: *Este buzón de voz está lleno*.

A los amigos de Marcus, aunque conocía solo a unos pocos, podría haberlos llamado, pero al final no se atrevió, porque Marcus se habría puesto furioso al enterarse; en términos prácticos, Lorene supone que ellos tampoco sabrán dónde está Marcus. Y si se había quedado en casa de alguno de ellos, o con alguna amiga, no lo traicionarían contándoselo.

(En general, los amigos de Marcus no veían con buenos ojos a Lorene. No era una intelectual. No era una artista, ni una escritora. No estaba a la altura de Marcus, ni de lejos. Aunque, sí, era *joven*).

Tampoco se atrevió Lorene a llamar a ninguna de las personas o empresas para las que Marcus hace de consultor informático discontinuo. Marcus jamás le perdonaría una traición como esa.

Aun así, Lorene había considerado llamar al servicio de asistencia del centro de informática de la universidad donde Marcus trabaja a veces. No para preguntar si Marcus Coyne estaba allí (¡eso jamás!) sino por la remota posibilidad de que Marcus estuviera y contestara el teléfono, pues entonces Lorene reconocería su voz al instante y sabría al menos que estaba vivo...

O bien Marcus reconocería la suave voz suplicante de Lorene y en ese instante se daría cuenta de cuánto la amaba y de cuánto necesitaba volver con ella de inmediato.

¡Llamar al *centro de asistencia*! Lorene no puede evitar reírse, ¿es esto la desesperación?

Nunca muestres tu desesperación. Nunca muestres tus cartas.

Aquel era un consejo de Marcus, aunque Lorene no sabía si lo había dicho en broma o en serio. Marcus a menudo hablaba mediante enigmas.

Como esposa abandonada, Lorene se alegra de no haber cedido a la tentación de presumir de su marido ante sus compañeros de trabajo en la guardería Blue Bird, en Millstone (New Jersey), donde trabaja desde hace varios años: Marcus es médico titulado por una prestigiosa facultad de Medicina y en la zona lo aprecian mucho como *experto consultor informático*.

Solía maravillarse de que su marido, que sabía tanto de ordenadores y aparatos eléctricos de todo tipo, despreciase esos conocimientos como mera *téjne*. (¿Y qué era *téjne*? Una palabra griega que significa *artesanía*, *técnica*. ¡Cómo le habría gustado a Lorene dominar alguna valiosa *téjne*!). Una vida para los dos *lejos de todo*, ese era el plan de Marcus: en algún lugar fuera de Estados Unidos, posiblemente Cabo Bretón o la Isla del Príncipe Eduardo (Canadá); o quizá Indonesia, Bali. (Casarse con una chica de poca educación sin ambiciones profesionales, sin formación especializada, era una forma de asegurarse la movilidad llegado el momento). Era posible que Marcus hubiera tirado su teléfono móvil en un gesto de disgusto. De repudio. Hablaba con anhelo de estar *desapegado*: desapegado de las personas, de las posesiones, del orgullo por los logros, de los apetitos primitivos, sobre todo de aparatos estúpidos como los teléfonos móviles. De la misma manera que con veintitantos años había abandonado un codiciado puesto como

médico residente en el hospital NewYork-Presbyterian, también había rechazado un puesto a jornada completa como programador informático, aun cuando dicho puesto incluía cobertura médica. Se describía como un hippie al estilo de los de los años sesenta, un peregrino que seguía un sendero solitario, nacido en el siglo equivocado, en el entorno demográfico equivocado. Le atraía *lo abstracto*, *lo impersonal*. La eterna búsqueda de la *iluminación*. Que la mayoría de las personas confunde con la búsqueda de Dios.

Marcus hablaba de estas cosas con una intensidad radiante. Sus ojos oscuros brillaban, sus párpados temblaban de emoción. Su piel era pálida, pero desprendía un aura de calor. Lorene tenía solo diecinueve años cuando se conocieron, Marcus Coyne era once años mayor. Lorene habría podido desmayarse de emoción juvenil ante un hombre tan apasionado, tan diferente a cualquier otro que hubiera conocido.

Poco después de conocerse se convirtieron en amantes. Y poco después de eso vivían juntos en el apartamento alquilado de Marcus en Stony Brook Road.

Al cabo de tan solo unos meses, se casaron.

Lorene no recordaría haber dicho *sí* a ninguna de las peticiones de Marcus, era como si él le hubiera absorbido el aliento, como si no tuviera voz.

Sí sí sí..., ella lo adoraba. ¡Era así!

Una búsqueda incansable de la *iluminación* llevó a Marcus a las montañas Ramapo, en el noreste de New Jersey, habitadas antiguamente por los nativos de la Nación Ramapough Lenape, pues aquel era para Marcus un lugar sagrado, ideal para ayunar, meditar. *Limpiar el alma, purificarse*.

Durante los primeros e idílicos días y semanas de su vida juntos, Marcus llevó a Lorene de excursión por abruptos senderos de montaña en las Ramapo, en un terreno rocoso para el que Lorene, inexperta en senderismo y de tobillos débiles, no era apta; pero estaba decidida a no mostrar jamás su incomodidad. Fuera lo que fuera que Marcus quería en una esposa, Lorene estaba decidida a ser esa esposa. Sin embargo, pronto Marcus se compadeció de Lorene, o perdió la paciencia con ella, y dejó de invitarla.

Después de las montañas, Marcus pasó varios días en un *retiro* en un centro/monasterio de meditación budista en Upper Black Eddy, al otro lado del río Delaware, en el condado de Bucks (Pennsylvania). Era una pequeña comunidad de budistas Mahāyāna, monjes, monjas, novicios y laicos, que administraban el centro. Allí Marcus había sido una vez novicio, pero lo había abandonado; el abad del monasterio, nacido en Tíbet, era su maestro, la persona *más espiritual*, *más silenciosa* que Marcus había conocido jamás.

Marcus podía quedarse en el monasterio siempre que quisiera, según decía.

Un lugar de silencio, de respeto por el silencio. Un lugar de celibato.

Difícil para Lorene no considerar el monasterio —*silencio, celibato* — como un reproche hacia ella. Un reproche al matrimonio de Marcus.

También es posible que Marcus no esté en el monasterio. Que se haya quedado con amigos que han jurado no decirle a Lorene dónde se encuentra. Alguien fue a buscarlo el día que se marchó, Lorene nunca ha sabido quién. Sabe que tuvo una vida «complicada» antes de ella, y que esa vida no había terminado con Lorene.

Una de las amigas de Marcus es una alfarera llamada Miriam, que anuncia su cerámica de intensos colores en una página web que Marcus diseñó para ella, es varios años mayor que Marcus y había sido su amante antes de que él conociera a Lorene...

O bien: Marcus no está con amigos, ni en el monasterio, sino en otra parte. Herido en una ruta de senderismo, solo, desamparado. Aunque tuviera el móvil, ya se le habría agotado la batería.

Los senderistas experimentados nunca van solos, solía decir Marcus.

Poco después de que se fueran a vivir juntos, llevó a Lorene a una tienda de senderismo para comprarle unas botas tan pesadas que se cansaba con solo levantar los pies; los cordones tenían que atarse con doble nudo, pero siempre se le soltaban. Marcus caminaba detrás de ella para supervisarla, le decía con exasperado afecto: ¡*Los cordones! Por Dios*.

En los últimos tiempos, Marcus parecía disfrutar del peligro; hablaba de su vida como de una tirada de dados. O tiras los dados tú mismo, o lo hace otro. O el destino.

Era como hacer el amor, que debía ser espontáneo y sin protección. Y es que, en el amor, nadie debería desear *protección*.

Marcus hablaba así, en enigmas. Lorene pensaba que el sexo sin protección y el sexo con protección eran muy distintos para las mujeres y para los hombres pero no le dijo esto a Marcus, pues a Marcus no le gustaba que se pusiese en duda lo que decía.

De todas formas, nunca se podía estar segura de si Marcus hablaba en serio o en broma.

O en serio y en broma al mismo tiempo.

—Lorene, cariño..., tienes que aprender a descifrar las señales que te rodean. Eso es la iluminación. El camino hacia la iluminación. No mires a los demás, ni siquiera me mires a mí. Mira *dentro*.

Sonrió con ternura, enmarcando su rostro con ambas manos y besándole la frente como se besa la de un niño, como otorgándole una especie de bendición, una especie de perdón.

Lorene quiso protestar: *Te miro a ti, mi marido. Tú estás dentro de mí*.

Lorene tenía un rostro como un girasol, le dijo Marcus. Tan abierto, tan confiado.

Otras mujeres, otras chicas... tenían cara de picardía, de prudencia. Rosas de muchos pétalos, pétalos plegados sobre pétalos, no se podía confiar en ellas. *Su esposa* era diferente.

Ya antes había abandonado a Lorene, pero siempre había regresado al cabo de uno o dos días. O tres.

Distanciado. La palabra le llegó a Lorene como en un sueño. Estaba segura de que Marcus jamás la había pronunciado.

Distanciado: con la palabra *distancia* incrustada. Era cierto, Marcus le resultaba distante, muy a menudo distraído, mirándola con aire desconcertado como si no lograra identificarla o comprender por qué estaban juntos. Ella quería preguntarle: *¿Por qué te casaste conmigo si no me quieres*?

Pero sí la quería, insistía él. ¡La chica con cara de girasol! Pero había momentos en que necesitaba estar solo, Lorene debía respetar eso.

No era *ella*. Era su propia vida, su identidad, lo que lo asfixiaba. Muros que se cerraban a su alrededor, siempre los mismos muros, el valor espiritual de un hombre reducido al trabajo que hace por otros,

y ese trabajo, de poco valor en sí mismo. Necesitaba buscar refugio en otra parte, esperaba que ella pudiera entenderlo.

En febrero sucedió algo entre ellos, Lorene no lo comprendió del todo en ese momento. Solo sabía que lo había provocado, aunque sin querer.

No es bueno pensar en ello. Ahora no.

Pero... ¡treinta y siete días con sus noches! Lorene se acordó de una amiga cuyo marido se marchó de casa sin ninguna explicación; le envió los papeles del divorcio sin previo aviso; sin terapia de pareja, sin llegar a un acuerdo. Sin permitirle a la esposa abandonada preguntar qué había salido mal, en qué tenía la culpa, cómo podía convertirse en mejor esposa, dejándola atónita al darse cuenta de que el matrimonio había *terminado*.

¡Qué golpe! Como la muerte. ¿Cómo podía alguien que amaba comportarse así con la persona a la que amaba? Marcus no le haría eso a ella, Lorene estaba segura.

Esperaba su llamada, la llamada de perdón. Cuántas noches sin dormir en la cama de la que el *marido distanciado* se había marchado.

¿Cuándo debes aceptar que te han *dejado, rechazado, abandonado*?

Lorene no podía preguntar a amigos, familiares. Compañeros de la guardería. Era demasiado vergonzoso, pero quizás (como quería pensar) prematuro: Marcus iba a volver, ¿verdad?

Aun así, Lorene tiene que tomar una decisión pronto, qué hacer si Marcus no regresa. Si nunca vuelve. Cómo *seguir adelante*.

¡Con solo veintisiete años! El futuro tenía que depararle algo más que una vida larga y miserable.

Asuntos prácticos como mudarse a un lugar más pequeño, un apartamento de alquiler en East Millstone. Volver a la universidad nocturna, obtener un título en educación. Adoptar un perro del refugio de animales de Millstone para reemplazar a su querido perro perdido...

Despertó sobresaltada por el sonido de un teléfono en otra parte de la casa.

Era el teléfono fijo, en la cocina. Un teléfono que ya casi no se usaba, pero indispensable en esa casa semirrural donde la cobertura móvil era deficiente.

Descalza en la oscuridad, Lorene corrió hacia el teléfono, frenética por llegar antes de que quien estuviese llamando colgara.

¡*Pero dónde te habías metido, Lorene! He estado intentando contactar contigo*.

Te quiero, te necesito.

No importa lo que hayas hecho, te perdono.

Su voz, inconfundible. Lorene apenas podía oírla por encima de un ruido crepitante como de llamas; la conexión era pésima.

Lorene intentó responder, explicarle que había estado en el trabajo, casi todo el día en el trabajo, que ella lo había llamado *a él*, muchas veces lo había llamado desesperada por saber dónde estaba, pero Marcus parecía no oírla, hablaba por encima de ella en voz baja y rápida, como si temiera que alguien lo oyera.

¿Dónde estaba? ¿Qué le había pasado?... Lorene no entendía.

Tanteaba en la cocina en penumbra en busca de una libreta, un bolígrafo, para anotar indicaciones, una dirección, pero la conexión se cortaba todo el tiempo. Iría a buscar a Marcus, por supuesto que iría a buscarlo, pero... ¿dónde estaba? Lorene solo oía fragmentos

de palabras como si la línea estuviera bullendo de llamas crepitantes.

Marcus parecía preocupado, impaciente con Lorene, le echaba la culpa, como si la mala conexión fuera cosa suya, otro de sus defectos. En el cerebro de Lorene una rejilla se estaba cerrando, dejándola a la deriva en medio de un estruendo parecido al viento, a la distancia, al tiempo, como si el hombre que había llegado milagrosamente a su vida ya estuviera perdido para ella, desaparecido para ella, el *marido distanciado* que jamás volvería a ella ya que por supuesto ella le había fallado, era una esposa fallida, fallida en el amor, fallida en mantener vivo el amor, aferrada a un auricular apretado contra la oreja con la tremenda desesperación de alguien que escucha palabras en un idioma extranjero.

¿Se *encontraba* Marcus en algún peligro? En susurros decía que no le permitían hacer llamadas, que los móviles estaban prohibidos, nada de visitas, ventanas con barrotes y candados en las puertas, sin calefacción, lo estaban matando de hambre, lo amenazaban, había ido en busca de refugio pero no había refugio, había desnudado su alma para buscar al *despierto* pero su peregrinación lo había conducido al Infierno.

Lorene se preguntó si Marcus estaría en un centro médico. ¿Se había lesionado haciendo senderismo? ¿Había ayunado demasiado? ¿Lo había encontrado alguien y lo había llevado a un hospital? Pero ¿dónde estaba ese hospital? ¿Había ingresado voluntariamente en un centro psiquiátrico? ¿Lo había puesto la policía bajo custodia y lo habían ingresado contra su voluntad? Lorene recordaba que Marcus había hablado de un centro psiquiátrico en New Brunswick donde una amiga había estado ingresada, una mujer que se había cortado

las venas, Marcus la había visitado, pero Lorene no recordaba el nombre del centro, por aquel entonces no le interesaban mucho las amigas o antiguas amigas de Marcus; no formaban parte de la vida de Lorene, Marcus había roto casi todas esas relaciones cuando se casó con ella.

La llamada se cortó. El sonido crepitante cesó de pronto.

Lorene colgó deprisa el teléfono. Esperó a que volviera a sonar, pero no lo hizo.

¡*Dónde estás! ¡Por qué me has hecho esto*!

Dices que me quieres...

Como un anzuelo clavado en el labio superior, un pez que se debate atrapado por un anzuelo, retorciéndose y asfixiándose en el aire porque está enganchado: *el amor*.

En la gélida cocina, con poca luz, intentando descifrar las palabras que había garabateado en una libreta. La letra era la letra de una desconocida, frenética, febril: *yeddy, delwar, refug, río, buud, uder blek. Skane, nyaard, weir, yeddy, delwar, mons buud, refugio*.

A pesar de lo tarde que era, Lorene se puso a buscar en internet hospitales, centros sanitarios, centros de tratamiento psiquiátrico y centros de meditación budista en un radio de ochenta kilómetros...

Por la mañana, tras unas horas de sueño nada reparador, al examinar con más calma los garabatos, Lorene vio que aquellas palabras sin sentido tenían una especie de lógica, como un poema, o un enigma:

Río Delaware Upper Black Eddy
Monasterio budista refugio

¡*Refugio*!... Lorene recordó que Marcus le había hablado una vez de acudir a Buda en busca de *refugio*.

En un estado de desesperación, tras haber tirado la toalla, humillándote por completo, sin que quede ni una hebra de orgullo, acudes al Despierto en busca de *refugio*.

Hacia el norte por River Road, se adentra en la zona rural del condado de Bucks. Vislumbrado a través de los árboles a su derecha, el ancho y centelleante río Delaware.

Así que allí es a donde ha huido el *marido distanciado*: al monasterio budista Mahāyāna en Upper Black Eddy. Retirarse del mundo, solicitar *refugio*, como un refugiado político solicitaría asilo. ¡Ojalá Marcus se lo hubiera dicho a Lorene hace semanas!

Este nuevo día, a mediados de marzo, todavía frío, ventoso, pero impregnado de esperanza y de la ansiedad que ayuda a la esperanza.

No hay duda de que perdonará a Marcus, Lorene se siente aliviada de que esté vivo. En sus peores fantasías estaba muerto, perdido en las montañas Ramapo sin que su cuerpo pudiese encontrarse nunca.

O con otra mujer. La alfarera, cómo se llamaba...

¿Preferirías saber que tu marido está muerto o que te ha engañado con otra mujer? Lorene sonríe con amargura; mejor no pensar en esas cosas.

Aliviada de que por fin la haya llamado. De que *la perdone*.

¿Se puede amar si el amor no es correspondido, si no es correspondido de forma igual? La más profunda de las preguntas, al

ser una pregunta sobre cómo vivir. Porque rara vez el amor es por completo recíproco.

Lorene puede amar a Marcus más de lo que Marcus puede amar a Lorene, ella lo impresionará con la profundidad de su amor. La amante girasol, abierta y vulnerable. *Tómame, soy tuya*. Marcus se dará cuenta.

Quizás Lorene se convierta al budismo para unirse a él. Ha pensado muy poco en religión, eso forma parte de su inmadurez. Pero ahora es una mujer madura.

Para esta (primera) (crucial) visita a un centro/monasterio budista, Lorene se ha vestido con esmero. Debajo de su forro polar rojo, ligeramente desgastado, viste de negro: una chaqueta de manga larga de seda y lana comprada en una tienda de segunda mano, cachemir de alta calidad con el defecto de varios minúsculos agujeros de polilla que probablemente nadie notará; una falda negra hasta los tobillos de tela acolchada brillante, también comprada en una exclusiva tienda de segunda mano, y unas elegantes botas negras de piel sintética. Esta no es la joven de vaqueros desgastados, camisetas adornadas con gatitos y perritos y pulseras tintineantes en ambas muñecas que trabaja tres días a la semana en la guardería Blue Bird —la joven que parlotea para entretener y para *aplacar*—, sino una joven tranquila razonable digna serena no servil no desesperada, de rostro como un faro, radiante, abierto, sonriente y cordial, de franca mirada ámbar-marrón, sin maquillaje.

Bueno, solo una ligera pincelada de bermellón en los labios, que por lo demás recuerdan a los labios purpúreo-sexangües de los ahogados.

¿Se cubren el cabello las mujeres budistas? ¿O la cabeza? Lorene no está segura, pero, por si acaso, lleva un sombrero negro de lana de ala ancha con una pequeña y coqueta pluma de faisán.

¡El pelo! Desde que Marcus se fue, Lorene se ha descuidado el pelo, que se le ha enredado y apelmazado; en la guardería usa diademas de colores alegres, sus sonrisas son rápidas e ingenuas, como las de los niños, que la adoran porque no saben nada de ella, porque no tienen necesidad de sentir lástima por ella.

Leerles cuentos a los niños pequeños es puro placer; jamás cuestionan la lógica de una historia, lo improbable de tantos finales felices.

Animales que piensan, que hablan. Animales tan respetados como los seres humanos.

Finales felices. ¿Posible?

Lorene recuerda que, cuando acababan de convertirse en amantes, Marcus admiraba su cabello largo hasta los hombros. Le pasaba los dedos por la densa y ondulada melena castaña, extendiéndola alrededor de su cabeza como una aureola solar. Cuando le hacía el amor a Lorene con ternura, con reverencia, a la luz de las velas, ella creía que su corazón iba a estallar. Que aquel hombre pudiera *amarla*...

Más tarde se preguntaría si aquella forma de hacer el amor —el cabello de Lorene extendido sobre la almohada en torno a su cabeza — había sido una imitación de la famosa/infame fotografía de John Lennon y Yoko Ono acostados juntos...

Poco a poco las velas encendidas junto a la cama fueron desapareciendo. Una noche Lorene se dio cuenta de que hacía tiempo que no había ninguna vela en la mesita de noche.

Una noche Lorene se dio cuenta de que no habían hecho el amor en bastante tiempo.

Una hora en coche hacia el norte, hasta Upper Black Eddy. No toda la nieve de la noche anterior se ha derretido aquí, el hielo centellea en las ramas grandes y pequeñas de los árboles. El sol es brillante, cegador. Finas franjas de luz afiladas como navajas en el río. La belleza del mundo abruma a Lorene, en un instante empieza a sentirse exánime, debilitada. ¡Qué improbable es que Marcus la esté esperando en algún lugar más adelante!

Palabras desesperadas que garabateó en una libreta, apenas legibles a la luz del día: *yeddy, delwar, refugio, río, buud, uder blek*.

Se dice que podría ser más feliz sin él. Se dice que vivir sola la haría más fuerte. Y nada de eso es ni remotamente cierto.

A Marcus le atraía el budismo, decía, porque es la religión de la que Dios está más ausente; no es realmente una religión, sino una forma de ser. No tiene teología, es una *práctica*. No tiene mandamientos, solo revelaciones. Que todos los anhelos efímeros son fútiles, que todos los apegos acaban en la nada. El apetito puro se consume a sí mismo y se convierte en cenizas.

¡Qué serio era Marcus! Lorene quedó impresionada por la severidad de sus principios hasta que se dio cuenta de que *anhelo*, *apetito*, *futilidad* se identificaban con la debilidad de la carne: *sexo*, *amor erótico*. El flujo de sangre caliente que el cerebro (masculino) no puede controlar.

¿La culpaba a ella, se preguntaba Lorene, por su necesidad sexual hacia ella? ¿Hacia cualquier mujer..., o solo hacia *ella*?

Te quiero, te necesito.

No importa lo que hayas hecho, te perdono.

El error de Lorene —(se daría cuenta demasiado tarde)— fue inscribirse en un curso introductorio de informática en la universidad, en el turno nocturno, sin decírselo a Marcus.

Había mencionado que iba a apuntarse a un curso, aunque no dijo qué curso, y Marcus no la había escuchado, o tal vez había supuesto que se trataba de un curso de arte o de artesanía: pintura, cerámica, educación artística para maestros de primaria.

Lorene le aseguró a Marcus que pagaría la matrícula de seiscientos dólares con su sueldo de la guardería.

A él no le gustó que ella estuviera fuera de noche, lejos de él, cuando *él* se encontraba en casa. Solo iba los martes y jueves, pero eran clases largas, de seis de la tarde a siete y veinte. La cena se retrasaba, o no había cena en sí. La tarea de pasear a Osito, su cachorro rescatado, recayó en Marcus por defecto.

Tampoco le gustaba a Marcus que Lorene estuviera haciendo un curso de informática, *téjne*.

Lorene había supuesto que a Marcus le parecería bien. Que lo impresionaría. Ya que él mismo era técnico informático, de los que se encargan de ayudar a profesores y directivos universitarios con sus problemas informáticos, que eran de todo tipo imaginable, inagotables. Como técnico, Marcus era siempre profesional: jamás mostraba la impaciencia que sentía hacia el personal de la universidad; simplemente los consideraba analfabetos informáticos. Le halagaba su gratitud, se había impuesto la norma de no aceptar nunca pagos privados, pues ya le pagaba el centro de informática de la universidad; aun así, no podía evitar presumir ante Lorene de cómo había rescatado a distinguidos profesores llevados al borde de las lágrimas por la intransigencia de sus ordenadores.

No hay nadie que sea tan competente que no se vea empequeñecido por otra persona. ¡Qué vulnerables, qué tontos nos volvemos!

Una tarde de principios de semestre, en febrero, cuando Lorene regresó a casa de la universidad, descubrió que Osito había desaparecido. Un cruce de terrier y spaniel, aún lo bastante joven como para temblar y vibrar de emoción cada vez que Lorene, o con menos frecuencia Marcus, lo sacaba a dar un paseo; torpe, entusiasta, con patas desproporcionadamente grandes, con ojos marrones, húmedos y esperanzados, lustrosos como botones de plástico.

Pero ¿cómo ha salido Osito de la casa?, le preguntó Lorene a Marcus entre lágrimas, y Marcus afirmó no tener ni idea, él también había estado fuera casi todo el día, suponía que Osito echaba de menos a Lorene, que pudo pensar que lo había abandonado, o quizá había salido a buscarla a *ella*.

Hasta altas horas de la madrugada Lorene estuvo llamando a Osito, buscándolo fuera con una linterna a lo largo de la calle, tratando de no desesperarse. Los vecinos dijeron no saber nada. Marcus ayudó a Lorene un rato, llamando a Osito con una urgencia forzada (¿o era quizá irónica?), demostró preocupación y compasión, pero no parecía tan perturbado como Lorene, ni tuvo paciencia con la angustia de Lorene al cabo de un día o dos.

Una y otra vez Lorene preguntó cómo había podido salir Osito, adónde podría haber ido Osito, por qué iba a escaparse Osito..., él nunca se habría escapado. Detrás de la casa había un campo sin cultivar, con árboles en abundancia, con sotobosque, con terreno pantanoso que a Osito se le permitía explorar a diario, sin correa.

Nunca se alejaba demasiado, era eufórico pero rara vez desobedecía. No era un perro testarudo ni problemático.

Lorene pensó: *Claro, Marcus me ha castigado. Ha castigado a Osito*.

Una parte de ella no lo podía creer, no del todo. No quería creerlo.

No se atrevía a acusar a Marcus de haberse llevado al perro. En su matrimonio Lorene tendía a charlar mientras Marcus la escuchaba a medias como hechizado por ella..., pero solo hasta cierto punto. De los asuntos serios en los que discrepaban, Lorene no hablaba. No tenía las palabras, el léxico necesario. Marcus tenía todas las palabras, Marcus tenía la autoridad. De los asuntos serios hablaba *él*. La única esperanza de Lorene era que hubiera llevado a Osito a algún lugar donde alguien pudiera encontrarlo y salvarlo, buscarle un nuevo hogar. O llevarlo a un refugio.

Lorene recordó que Marcus le había pedido prestado a un vecino un rifle calibre 22 para matar marmotas. Lorene no quería pensar que le había pegado un tiro a Osito y había arrastrado su cuerpo al bosque.

Él no haría algo así..., ¿verdad? No podía ser, con la gracia que Osito le hacía a Marcus...

Sentada en el coche llorando. Intentando no imaginar la incredulidad, el miedo creciente de Osito a que uno de los humanos que le habían dado un hogar pudiera hacerle daño...

Lorene no le decía nada a Marcus, pero él percibía su desconfianza, su retraimiento. Lo dolida que estaba de que le hubiera arrebatado a Osito. Castigar a una criatura inocente para castigarla a *ella*.

Y ahora Marcus a menudo no la aguantaba, cualquier cosa lo sacaba de quicio. Un tenedor que se le caía, una mirada perdida en el rostro de Lorene. Su costumbre de retraerse de él, apenas perceptible. Le hablaba mal, con frialdad. La interrogaba sobre el curso de informática. Se acostaba tarde, o no volvía a casa; en la cama, le daba la espalda, o la poseía bruscamente, como en una parodia del amor.

Sin decirle nada a Marcus, Lorene contactó con refugios de animales en un radio de quince o veinte kilómetros. Envió por correo electrónico fotografías de Osito, desaparecido *en las inmediaciones de Stony Brook Road*. Describió por teléfono a Osito: sí, tenía microchip; sí, estaba vacunado contra la rabia y el moquillo; sí, estaba (razonablemente bien) adiestrado; no, probablemente no acudiría si un desconocido lo llamara por su nombre; no, no tenía ni idea (empezando a llorar, impotente) de cómo había conseguido abrir una puerta (cerrada con llave), escabullirse al exterior y escaparse durante el día sin que nadie lo viera...

De todo esto Marcus no sabía nada. Pero sin duda lo sospechaba.

Un día, Marcus perdió los estribos y empujó a Lorene contra la pared. Lorene, sin pensarlo, lo empujó a él a su vez como haría una niña. Él le gritó a la cara, la tiró sobre un sofá, le cerró los dedos en torno al cuello.

Tan rápido sucedió que a Lorene le costaría recordarlo más tarde. Las manos de Lorene —sus aterrorizados dedos— se agitaban en el aire, empujaban las manos de él, intentó tomar aire para gritar, para suplicarle a Marcus, que al momento siguiente la soltó y se alejó.

No le había apretado la garganta, solo la había empujado para mantenerla abajo. Solo había sido un momento. *No la había*

estrangulado.

Ella había provocado la ira de Marcus y lo había convertido en algo que él no era: un bruto.

Esa noche, Marcus salió, no regresó hasta que Lorene estaba ya en la cama. Al día siguiente, cuando Lorene volvió del trabajo, se había ido; solo faltaba una maleta, su portátil y sus dispositivos electrónicos, algo de ropa y calzado, incluidas unas botas de senderismo.

Le había dejado el coche, debía de haber hablado con un amigo para que lo recogiera. Esto era amable por parte de Marcus, decente: dejarle a Lorene el coche, que era de él, que estaba a su nombre; esa decencia en lo más hondo de Marcus Coyne, inviolable. Podía dejarla, repudiarla, pero no iba a hacerle daño. Ella estaba segura.

No dejó ninguna nota, ninguna explicación. Pero no era necesario, Lorene entendía.

Aunque se decía: *Esto no ha pasado. No lo hizo a propósito*.

Examinándose el cuello en un espejo. No veía ningún moratón. Nada de nada. Quizá tan solo una marca oscura en la piel.

En la guardería Blue Bird llevó bufandas arcoíris anudadas casualmente alrededor del cuello. Ninguno de los compañeros sospechó, estaba segura.

Sin embargo, cuando Lorene se detuvo ante la pila del baño de arriba, una sombra parecida a un moratón había descendido sobre la parte inferior de su mandíbula. Semanas después sigue ahí.

En Upper Black Eddy, Lorene gira a la izquierda en la estrecha Harbinger Road, alejándose del río Delaware, en una empinada subida junto a la Reserva Natural del Condado de Bucks. Un cartel de madera hecho a mano, tan discreto que podría pasar desapercibido, indica que la casa y monasterio de meditación budista está a tres kilómetros de distancia.

El aire se siente más enrarecido aquí, más frío. Parece que nadie vive en Harbinger Road.

Lorene se había fijado, en River Road, en varias hermosas casas antiguas de piedra con vistas al río. La mayoría estaban alejadas de la carretera, como fincas rurales. El condado de Bucks es un condado donde hay dinero, situado lo bastante cerca de Filadelfia como para ir y volver en el día; en la margen que pertenece a Pennsylvania, las propiedades son grandes, lujosas, mientras que en la margen de New Jersey la mayoría de las casas son pequeñas y anodinas.

Es en cierto modo una anomalía que un monasterio budista se encuentre aquí, en Upper Black Eddy, en la cima de una pequeña montaña del condado de Bucks, en una antigua granja de piedra erosionada con dependencias atrás. Un rico terrateniente, seguramente budista, debió de legarle esta valiosa propiedad al monasterio.

Lorene conduce por un camino de grava hasta el edificio principal. Su corazón comienza a latir con fuerza por la anticipación de encontrarse con Marcus, a quien espera ver en cualquier momento, esperándola.

¡*Gracias a Dios! Te quiero, lo siento mucho*.

Llévame a casa, lo siento mucho.

Pero nadie está esperando a Lorene, no hay nadie a la vista. Si no fuera por los vehículos aparcados a un lado del edificio principal, uno de ellos un Land Rover de aspecto nuevo, el lugar podría estar desierto.

En un sendero que lleva al edificio hay un desgastado banco de madera; nadie espera sentado allí a Lorene.

Cerca, una estatua de Buda, rechoncho, impasible, de más o menos metro y medio de altura, hecha de un material tosco que podría ser arenisca. Lorene queda fascinada, nunca ha visto un Buda de ese tamaño.

Ancho y plano rostro asiático de paz, de iluminación. Párpados inusualmente grandes y alargados, casi cerrados sobre los ojos protuberantes. Nariz larga, recta y fina. Labios bien cerrados como una flor que (aún) no se ha abierto. El Despierto en estado meditativo, con la conciencia dirigida hacia dentro como una feroz llama. El Buda no es un maestro, no emana «sabiduría». Las palabras son irrelevantes. Las palabras son meras interferencias. Las palabras son engañosas. El lenguaje humano se creó para engañar, para dividir. Ante Buda, Lorene se sabe insignificante, mezquina. Su dolor por la ruina de su matrimonio —el *fracaso* de su matrimonio—, por la pérdida de Osito..., es como efímeras hojas desecadas que el viento arrastra en un remolino por este sendero.

Sin embargo, como ha explicado Marcus, no existe el dios Buda: *Buda* significa *el iluminado*.

Tú misma eres el Buda, en tu estado más puro.

Pero ¿cómo se alcanza un *estado puro*? Ese es el dilema.

Marcus había intentado enseñarle. Le tuvo paciencia, al principio incluso fue cariñoso.

¡Qué torpe! Intentando encajar su cuerpo, sus carnosos muslos, en la llamada *posición del loto*. Intentando sentarse igual que Marcus, con la espalda recta como una vara para que su mente quedara vacía: un recipiente sin contenido. Lo ideal era despejar la mente por completo, rechazar la distracción de los pensamientos como si espantaras insectos molestos. Pero una fuerza semejante a la gravedad tiraba de ella. Los pensamientos llegaban en enjambres, con aguijones.

¿Cómo se hace, cómo se desprende uno del *tiempo*? Pues toda su vida adulta Lorene ha vivido en el tiempo. Es muy consciente de que el tiempo pasa demasiado rápido, de que no tiene suficiente tiempo, lleva el tiempo en un reloj en la muñeca, en cualquier habitación donde haya un reloj ella lo consulta de forma compulsiva. Cada día se queda más atrás, fracasa en llevar a cabo lo que debería. Pronto el sol comenzará (de nuevo) a declinar en el cielo, llegará el crepúsculo. Pronto, otro día se habrá ido.

Marcus afirmaba poder meditar sin pensamientos molestos durante una hora; para Lorene, tan solo unos minutos habrían sido un triunfo. Cuánto más la habría amado Marcus si hubiera logrado hacerlo. Aparte de amarla, tal vez la habría admirado.

Sentada para meditar, Lorene era consciente de su cuerpo a través de la incomodidad. La región de su abdomen inferior, su ingle, que desprendía calor y era hipersensible a la presión. En memoria del afable y sonriente Buda, colocaba las manos ligeramente sobre las rodillas con las palmas hacia arriba. Cerraba los ojos. Cerraba los oídos a todo sonido, pero no podía no oír a Osito tironeando de su correa, gimiendo suavemente, lloriqueando al otro lado de la casa,

donde Marcus lo dejaba atado mientras Lorene y él meditaban en el porche trasero.

Había algo demasiado *preciso* en la meditación. Lorene se veía obligada a percatarse de su cuerpo con demasiada intimidad. Era todo lo que *tenía*, o todo lo que *era*; había en ello una lección de humildad. Un corazón latiendo, un cerebro, estómago, intestinos, el oculto laberinto interior del útero, los ovarios, el cérvix. Una sensación de frío la invadía, un terror a la vida reducida a carne: ¿era eso todo lo que era? Y un cuerpo de mujer, tan vulnerable. Los hombres le habían pellizcado los pezones, que les parecían hermosos pero también de alguna manera molestos, como listos para que les hicieran daño. Lenguas se habían introducido en su reacia boca. Una vez un chico le había escupido después de aplastar su boca contra la suya. Más de un chico le había hecho deliberadamente daño introduciéndole el pene a pesar de sus gemidos de dolor. Incluso su adorado esposo a veces parecía desear hacerle daño, de alguna manera exasperado con ella, con la mera carne de la mujer, blanda e indefensa, pasiva y sumisa, y sin embargo fuera de su control.

Lorene lo intentó durante semanas, lo intentó con ahínco. Imitando a Marcus. Obligó a su mente a alcanzar la pureza, el vacío; pero Lorene era un recipiente embutido como una salchicha con entrañas, sangre, pensamientos ingobernables, que no podía vaciarse.

Está bien, Lorene. Lo has intentado.

Meditar no es para todos, no te fuerces.

Marcus se había sentido decepcionado con Lorene, pero (posiblemente) también validado. Pues Lorene era la chica que había

elegido para casarse con ella, no una intelectual de su nivel, sino una persona llena de admiración por él, dócil y obediente.

Había tenido lo que él llamaba relaciones difíciles con mujeres de edad más similar a la suya, que esperaban más, siempre *más*. La chica de rostro de girasol no era una de ellas.

Durante estos largos minutos, Lorene ha estado mirando fijamente el Buda de arenisca. Notando un hormigueo inquietante, casi de terror, el que la invadía de niña al mirar los maniquíes en las tiendas de ropa y sentir sin poder evitarlo que eran de alguna manera conscientes, que la percibían.

Marcus le habló alguna vez del *valle inquietante*. Nuestra inquietud ante la presencia de objetos o criaturas que parecen seres humanos pero no son seres humanos.

Algo que crees que es humano pero no lo es.

Lorene se pregunta si alguien la ha estado observando a través de una ventana; bajo el brillante sol no puede ver el interior del edificio, no quiere parecer que está mirando. Aun así, está más o menos aguardando a Marcus, espera oírlo llamarla con cariño: ¡*Lorene! Has venido*...

Aunque en los últimos meses la voz de Marcus ha expresado tan a menudo impaciencia, exasperación...

¡*Lorene! Dónde te habías metido*...

En un pequeño patio interior con una carretilla y escombros apilados por doquier, Lorene golpea en una pesada puerta de roble. No hay timbre, no hay aldaba. No hay señal de vida en el interior.

Contra la fachada de piedra sin labrar hay trepadoras secas, arbustos sin podar, lilas, glicinia; forsitias a punto de florecer en los

próximos días de calor. Toda la naturaleza en suspenso como un aliento largo tiempo contenido.

Lorene se da cuenta de que le castañetean los dientes. Su vida, el resto de su vida, podría decidirse en los próximos minutos.

Quiere creer que hay algo reconfortante aquí, en este patio descuidado. En la sensación general de abandono que transmite el lugar. Y el Buda de arenisca, soñando cerca, qué expresión de paz en su rostro... Aquí hay seguridad, no juicios. Refugio.

Por fin se abre la puerta, una mujer aparece en el umbral entrecerrando los ojos para mirar a Lorene como si esperara reconocerla, pero no la reconoce; aun así sonríe, con una notable calidez y una suave oscuridad en los ojos.

—¡Hola! ¡Bienvenida! Pasa.

¿Es posible que estén esperando a Lorene?

Lorene entra, sonriendo con esperanza. Sonríe con tanta fuerza que le duele la parte inferior de la cara.

—¿Has venido sola? ¿Nos habías visitado antes?

—Yo... estoy sola. No os había visitado antes...

Lorene echa un vistazo a la estancia, una especie de antesala o vestíbulo, con pocos muebles, donde no nota más calor que fuera y donde no hay mucha luz. Las ventanas son pequeñas, enmarcadas en gruesas paredes, y le sorprende lo sucias que están. Bajo sus pies hay un suelo de tablones desnudos, ligeramente inclinado, con solo unas pocas alfombras dispersas, finas como toallas. Paredes blancas que necesitan una limpieza o una mano de pintura. Sobre una mesa de piedra, otra efigie de Buda, con rasgos cincelados más finamente, de unos cuarenta y cinco centímetros de alto.

¡No ve a Marcus! Lorene esperaba verlo dentro, esperándola. Su corazón late con fuerza por la decepción.

La mujer de la sonrisa y los ojos entrecerrados se presenta; susurra un nombre que Lorene no alcanza a oír bien, como Martha, Agatha, pero que no es ninguno de esos nombres. Ronda los cincuenta años, pero tiene un aire juvenil; va vestida de forma excéntrica: unos pantalones que parecen de montar, una chaqueta que no combina, un jersey basto sobre una camisa blanca con el cuello arrugado; en los pies lleva calcetines de lana gris y sandalias de cuero abiertas por delante. Lleva corto su cabello gris.

La mujer estrecha las manos de Lorene en un saludo amistoso, pero se pone rígida cuando Lorene le explica que ha venido a buscar a su marido:

—Marcus me llamó anoche.

—¿Marcus...?

—Marcus Coyne. Usted debe de conocerlo, está aquí en un retiro..., un *refugio*. Ha estado aquí muchas veces...

Lorene esperaba que el rostro de la mujer se iluminara por el reconocimiento, pero en cambio su cara se cierra como un puño, como si Lorene hubiera dicho algo insultante.

Le explica con tono envarado a Lorene que el personal no está autorizado a dar información sobre nadie que resida en el monasterio. Ni sobre nadie que *haya* residido.

—Este es un lugar privado para la meditación y la instrucción, un santuario. Seguro que lo entiende.

—Pero... Marcus es mi marido...

—Lo siento, señora Coyne. No estoy autorizada a decir si su marido está aquí o no.

Lorene recuerda de pronto que Marcus tiene un nombre budista. ¡Pues claro!

Lorene le dice a la mujer budista que Marcus tiene un nombre de *dharma*, cree que esa es la expresión: *nombre de dharma*. Se lo dijo hace unos años, no recuerda bien, no tiene ni idea de cómo pronunciar el nombre, algo así como *dai-kan chis-ho*...

A Lorene le da vergüenza hablar así, mutilando las palabras. Ni siquiera sabe en qué idioma están esas palabras: ¿tibetano? ¿chino? ¿tailandés?

La mujer budista no responde como Lorene espera. Con estudiada cortesía, escucha a Lorene luchar con el nombre de *dharma* como si escuchara a un niño al que le cuesta pronunciar una palabra desconocida.

Cortésmente la mujer budista repite que cuando una persona busca refugio en un monasterio o un templo, su privacidad es sagrada, inviolable.

—Pero... mi marido me llamó. Anoche, tarde. Se le oía alterado, preocupado...

Lorene también empieza a sentirse alterada. Está sonriendo a la mujer, sonriendo con fuerza, como si su boca estuviera fija en una sonrisa; una sonrisa de desesperación, una sonrisa suplicante, una sonrisa de creciente ira.

Aun así, se pregunta si todo esto no será un error: el largo viaje en coche hasta Upper Black Eddy a lo largo del río, la interpretación de las palabras garabateadas esa mañana; la desesperada conversación telefónica de la noche anterior. Es posible que Marcus no pronunciase las palabras *Upper Black Eddy*, ni siquiera *budista*, o *monasterio*. Desesperada por comprender sus palabras, las oyó mal.

Quizás Marcus no está ni siquiera en las cercanías de Upper Black Eddy (Pennsylvania).

El *marido distanciado* se encuentra a muchos kilómetros. El *marido distanciado* no volverá jamás.

Lorene mira a su alrededor, sin saber qué hacer a continuación. Su corazón es un tonto pajarito que choca con el interior de su caja torácica. Paciente, amablemente, la mujer budista sigue de pie frente a ella, esperando a que Lorene se vaya, esperando a que Lorene entienda, sin tener que decírselo de forma grosera: *Es hora de que te vayas*.

¡Pero Lorene no puede irse! Sigue clavada en el sitio.

Ve, a través del hueco en arco de una puerta, lo que parece una sala de meditación, vacía.

Velas altas, de cera blanca, sin encender. A Lorene le parece oír cánticos a lo lejos.

Vehículos aparcados a un lado del edificio, hasta diez o doce. Aquí hay gente, en algún lugar del complejo de edificios, meditando, cantando... ¿mantras?..., y Marcus está entre ellos, sin duda.

Lorene esperaba ver monjes con túnicas, monjas. Con la cabeza rapada. ¿Es la mujer budista una monja?

Si es así, es una monja estadounidense. Una especie de monja laica. Célibe, asexuada como una hortaliza.

En las sucias paredes blancas hay pinturas de mandalas tamaño póster que podrían haber realizado unos niños metiendo los dedos en pintura. Fotografías más grandes de una especie de templo budista con un gran Buda rechoncho de plácida sonrisa situado en lo alto de unos escalones de piedra cubiertos de musgo.

—¿Eso es un templo sagrado?... ¿En China, Tíbet?

Lorene le pregunta esto a la mujer budista como si entre ellas no hubiera tensión, ningún asunto pendiente; la estrategia de Lorene siempre ha sido usar su sinceridad como escudo. Las palabras brotan sin control, tanto quiere Lorene agradar.

—Tíbet. Templo de Jokhang.

Lorene inclina la cabeza. *Templo de Jokhang*.

No tiene ni idea de dónde puede estar eso. Le preguntará a Marcus cuando lo vea. Si se acuerda... *Templo de Jokhang*.

—La verdad es que... podría entrar aquí como voluntaria. Marcus me dijo que los voluntarios son bienvenidos en los centros budistas. Podría ayudar a limpiar estas paredes, se me da bien dar una mano de pintura. Los arbustos de afuera los podría podar yo.

Siente una repentina urgencia por ofrecerse como voluntaria, por ofrecer sus servicios. Ofrecerse a *sí misma*.

Me uniré a vosotros aquí, os ayudaré. Me quedaré con Marcus, aquí.

Ya verás, en el fondo soy uno de vosotros.

La mujer budista sonríe con incomodidad, como si no estuviera segura de qué responder. Lorene insiste, sugiere, como si se le acabara de ocurrir, que podría buscar a Marcus ella misma, llamarlo por su nombre desde fuera, desde la parte trasera del edificio, pero la mujer la interrumpe suavemente:

—No, lo siento.

Lorene se limpia lágrimas de los ojos. Ha venido desde muy lejos como para que le hagan darse la vuelta ahora.

Pregunta, intentando no suplicar, si hay alguien más con quien pueda hablar... ¿Un director? ¿Un supervisor? ¿Un *monje*?

Con expresión de alivio, la mujer budista se aleja apresuradamente y poco después aparece un hombre más joven, con la cabeza rapada, de aspecto ascético pero con inquietantes ojos azules. Se llama... ¿*Colson*? ¿*Conrad*?... Es el *director interino* del centro, que saluda a Lorene con un levísimo asomo de sonrisa, una sonrisa cautelosa, una sonrisa como una criatura que se asoma de una madriguera sin intención de salir más de la madriguera, y le pregunta qué se le ofrece.

Colson, o Conrad, viste ropa holgada, calcetines de lana con sandalias. Su rostro viejo-joven está vidriado como si fuera de porcelana. Tiene una mirada ascética de desapego, de ironía. Cuando Lorene intenta explicarle por qué está aquí, que su marido Marcus la ha llamado y le ha pedido que lo lleve a casa, él niega cortés pero definitivamente con su rapada cabeza, lo siente mucho, no puede dar esa información sin tener permiso, y no tiene permiso, así que...

—Me temo que no puedo ayudarla, señora Coyne.

—Sabe el nombre de mi marido..., «Coyne»...

—Me lo han dicho. Ahora mismo.

Claro que lo sabe. Todos conocen a Marcus.

Hay algo acerado, incluso desdeñoso, en el budista de ojos azules, que mira a Lorene con una compasión gélida.

Sin embargo, como quien no tiene más remedio que seguir un guion preestablecido, Lorene dice estar segura de que Marcus está aquí, en algún lugar.

—Su *nombre de dharma* es...

Lorene intenta pronunciar el nombre, el budista de ojos azules la escucha cortésmente pero no la ayuda a pronunciar las palabras

desconocidas.

—... tiene un mentor aquí. Vuestro abad...

Abad. Lorene no está segura de que ese sea el término correcto, ¿no es un *abad* algo cristiano?

Colson, o Conrad, no la anima a continuar, pero Lorene persiste, no le queda más remedio que seguir adelante a trompicones, como el conductor de un vehículo difícil de manejar que no tiene espacio para dar la vuelta, intentando sonreír, sonreír con gracia, como una joven atractiva sonríe al azar a un hombre, a cualquier hombre, sin tener ni idea de lo que está diciendo, pero no puede rendirse tan fácilmente.

—Yo... yo sé... quiero decir, me doy cuenta de que... es doloroso para una persona como Marcus vivir en el mundo secular. Él es muy espiritual. Por eso ha venido aquí, en busca de *refugio*. Puede que primero haya estado en las montañas, en New Jersey..., y después ha venido aquí. Pero me parece que algo ha debido de ocurrir, algo ha salido mal... aquí...

La voz de Lorene se apaga. El director del centro se niega a ofrecerle ni siquiera las mínimas señales sociales que las personas amables y compasivas brindan a los demás, un fugaz asentimiento con la cabeza, algo parecido a una sonrisa, como uno trata de animar, aunque sea por compasión, a alguien que tropieza al intentar caminar. ¡Qué parecida es a la serena indiferencia del Buda de arenisca la pétrea compostura del hombre de la cabeza rapada!

—Entiendo..., por supuesto..., que hay que proteger la privacidad de las personas que vienen aquí. Pero Marcus me llamó, anoche, pasada la medianoche. Se le oía preocupado. Dijo que estaba

atrapado, que había barrotes en las ventanas, que lo estaban matando de hambre...

Estas palabras brotan de ella atropelladamente, Lorene se ha pasado de la raya. Ve que ha agotado la paciencia del budista de ojos azules, cuya compostura finalmente se ha quebrado. Ahora está frunciendo el ceño con gesto severo.

—No. Ya basta. Aquí nadie está confinado, nadie «mata de hambre» a nadie. Su marido no está aquí, señora Coyne. Debería buscarlo en otro lugar.

—Pero... ¿ha *estado* aquí? ¿Le ha pasado algo?

Ahora el rostro del director también está cerrado, apretado como un puño.

—¿Qué le han hecho a mi marido? ¿*Dónde está*?

Con gesto sombrío, el director abre la puerta y le indica a Lorene que debe irse. Lorene está a punto de ponerse a gritar.

Los budistas tendrán que expulsarla a la fuerza, piensa Lorene. Pero nada enfurecería más a Marcus que su mujer *montando una escena* en este lugar sagrado...

—Me... me voy. Me voy a ir.

En el patio, Lorene vuelve a ver la carretilla, montones de escombros, arbustos que necesitan ser podados. Incluso en su estado de confusión, con el pulso acelerado, Lorene piensa que podría ofrecerse a ayudar con la limpieza a fondo del monasterio, no le urge volver a la casa vacía, le urge sentirse *útil*, pero no se atreve a ofrecerse, ya no, es demasiado tarde, ha arruinado cualquier futuro que pudiera haber tenido en el monasterio budista de Upper Black Eddy.

En silencio, el budista de ojos azules acompaña a Lorene hasta el sendero de la entrada. Es inquietantemente alto; mide al menos dos metros. No parece ser mucho mayor que Marcus. A su lado, Lorene se siente como una niña, intimidada y a la vez agradecida, este hombre ha decidido ser amable con ella, a su manera impersonal; la está protegiendo de una dura verdad.

—Marcus estuvo aquí..., ¿es eso? ¿Algo salió mal y se fue? ¿Tuvo que irse?

Lorene habla deprisa, sin aliento. Es su última oportunidad.

—Por favor, dígame: ¿le pidieron a Marcus que se fuera?

—Aquí no hay nadie con ese nombre, señora Coyne.

—Ya, pero... ¿lo *ha habido*?

Con un encogimiento de hombros, un asentimiento casi imperceptible, *sí*, el director se da la vuelta.

Lorene se lo queda mirando mientras se aleja, atónita. De modo que... *sí*.

Lorene agradece que la despida con ese gesto amable. Como un perro hambriento agradece el hueso que le arrojan con descuido.

Sí, tu marido estuvo aquí. Y sí, le pedimos a tu marido que se marchara.

¡Cómo lo agradece! Lorene se seca las lágrimas. Le dice al director mientras se aleja rápidamente:

—¡Gracias! Muchísimas gracias. Yo... te quiero...

Murmurado con tanta timidez que nadie oye ese *te quiero*.

Es de verdad un gesto de bondad, Lorene realmente lo agradece.

Pues ahora ya lo sabe. Sin saber exactamente qué sabe.

Busque a su marido en otro lugar.

Su marido no está aquí.

Con cuidado al maniobrar el Nissan compacto para salir del aparcamiento. ¡No es momento de chocar con otro vehículo! Pues sin duda ese es un principio budista: prestar *atención*.

Suponiendo que (probablemente) los budistas del interior del centro la observan con atención, esperando a que se vaya.

Al menos, a Lorene le han permitido saber: Marcus ha estado aquí, y ahora Marcus no está aquí. Pero Marcus está vivo, y ha estado *aquí*.

Lorene debería sentirse aliviada, Marcus no se ha mudado con Miriam, la alfarera, ni con otra mujer. No ha perecido en las montañas Ramapo, donde sus restos medio devorados habrían permanecido sin ser descubiertos hasta la primavera siguiente.

Una esperanza desolada, como las hojas del año pasado arremolinadas en el viento: Marcus estará en casa cuando ella regrese. Esperándola.

Conduce con cuidado, con precaución, al salir del recinto budista; el camino de grava es estrecho y está lleno de roderas. Lorene siente como si llevara en este lugar apartado mucho tiempo, un tiempo insondablemente largo, increíble ver que ha pasado menos de media hora.

Y de nuevo en Harbinger Road, descendiendo hacia el río Delaware.

Centelleantes gotas heladas en las ramas de los árboles que caen sobre el capó, el parabrisas, el techo del coche como toscas lágrimas.

Tu castigo es que nunca volverás a ver a tu marido, la frase le atraviesa a Lorene el corazón como una flecha, al tiempo que ve, a unos nueve metros, en una curva, la figura de un hombre con un cortavientos familiar y una mochila a sus pies... ¿*Marcus*?

El hombre entra en la calzada y agita los brazos hacia ella. En su rostro —*es* el rostro sin afeitar de Marcus, más demacrado de lo que Lorene jamás lo ha visto—, una expresión de exaltación, de alegría.

Lorene frena de golpe. Marcus está junto a la puerta, la abre, saca a Lorene del coche para abrazarla bruscamente.

—¡Has *venido*! ¡Estás *aquí*! ¡Mi amada esposa!

Marcus está riendo, extasiado. Marcus está besando el rostro de Lorene, besos rápidos y húmedos como los besos de un cachorro frenético, la abraza fuerte hasta dejarla sin aire.

—Dios, me había olvidado. Qué *preciosa* eres.

El rostro áspero y sin afeitar de Marcus, contra el de ella. Por un instante Lorene se queda de piedra, mareada, como si fuera a desmayarse.

El eufórico Marcus tira su mochila al asiento trasero del coche, insiste en conducir él. No está cansado, se siente bien. Lleva botas de senderismo, pero se siente de lo más *inquieto*.

Por supuesto, toma el lugar de Lorene al volante.

Qué rápido ha sucedido todo, la vida de Lorene le ha sido devuelta, no ha tenido tiempo de comprender... En el asiento del copiloto junto a su marido.

—Gracias a Dios. Estás aquí. Mi mujer.

Marcus habla con júbilo, su rostro está sonrojado de emoción, de satisfacción. Conduce el Nissan por las numerosas curvas de

Harbinger Road mucho más rápido de lo que Lorene se habría atrevido.

Habla deprisa, con tono de exaltación, luego de indignación, de humillación. ¡Dios, qué tonto ha sido!..., dejarse *engañar*, *traicionar*.

También tiene hambre. Joder, *se muere* de hambre.

Lorene está anonadada, Marcus rara vez usa palabrotas al hablar. Lorene recuerda sin duda que Marcus calificaba el uso de lenguaje vulgar como un síntoma de debilidad tanto en hombres como en mujeres.

Debilidad, inseguridad. Una regresión a lo infantil. Ira demasiado explícita.

Hay un local en Lumberville donde preparan bocadillos, recuerda Marcus. Pueden comer algo allí.

—Luego vamos a Black Rock Point. Hay un sendero allí, una ruta de senderismo. En lo alto de una colina hay una *visión*.

Ruta de senderismo. Visión. Lorene intenta asimilar el significado de esas palabras.

Su vida devuelta... en un instante. Ver a su *marido distanciado* esperándola al borde de la carretera tan tranquilo como si hubieran quedado en encontrarse.

La vida devuelta no como ella lo había imaginado, sino de una forma totalmente inesperada, por completo bajo el control de Marcus.

Y este recordatorio, que casi había olvidado: cuando estás casada, tu vida la determina otra persona. Él tiene tu corazón en su mano, tu corazón desnudo y palpitante confiado a los dedos de otro.

Marcus, como si pudiera leer los pensamientos de Lorene, busca a tientas su mano, se la aprieta con fuerza para tranquilizarla. Busca

su rodilla, la aprieta aún más fuerte. Sin apartar los ojos de la carretera, para alivio de Lorene. Le dice que la ama, que ella le ha salvado la vida, que no lo ha defraudado como otros, otros mierdas en los que *confió como un idiota*.

—Mi mujer. *Mi* mujer. «Amor de mi vida».

Lorene rara vez ha visto a Marcus en un estado tan intenso. Normalmente se muestra impasible, melancólico, desapegado como el Buda.

¡Y qué delgado está! Incluso sus muñecas: blancas y nudosas bajo los puños deshilachados de la chaqueta de nailon.

Marcus siempre ha sido esbelto y ágil como un galgo, pero ahora los pómulos se le marcan bajo la piel tensa. Tiene en la frente extrañas arrugas verticales, como pequeños cortes. La barba le ha crecido de forma irregular, entremezclada de gris mica. El pelo hasta los hombros, que a veces llevaba recogido en una coleta, ha desaparecido de manera chocante: pelos duros como cañones de pluma brotan de su cráneo rapado, más oscuros y ralos que en la barba; parece un hombre recién salido de la cárcel, mirando y parpadeando bajo el sol. Sobre su ojo izquierdo hay una costra en forma de media luna que parece reciente, aún no endurecida en una cicatriz.

¿Se ha metido Marcus en una pelea? No con budistas, ¿verdad?

Lorene ve que los nudillos de Marcus también están raspados. ¡*Ha estado metido en algún tipo de combate físico*!

Lorene intenta recordar si Colson, o Conrad, el director del centro, también tenía los nudillos raspados.

—Hay una cosa que sienta de lo más bien —dice Marcus con tono sombrío—: estar *desconectado*.

Lorene se pregunta si, para Marcus, el matrimonio forma parte de esa *conexión*.

Lorene sigue esperando a que Marcus se disculpe por haber estado tanto tiempo fuera. Por haber hecho que fuera imposible contactar con él. A pesar de darse cuenta de que Marcus no piensa en absoluto en ella como un individuo separado de sí mismo. Y, efectivamente, ha estado *desconectado*: *refugiado*.

Treinta y ocho días, toda una vida. Sin embargo, para Marcus, aparentemente, eso tiene poca importancia.

Sus ojos están un poco amarillentos, como si tuviera ictericia. En su nariz se ven venas, capilares rotos. Incluso al volante está inquieto, respira por la boca. Un olor a algo terroso y húmedo emana de la chaqueta de nailon, que está manchada. ¿Ha pasado Marcus la noche fuera tras ser expulsado del centro budista? ¿Ha dormido en el suelo? Ese olor a hojas podridas, a gelidez de finales de invierno, a malestar físico.

Con tono vacilante Lorene pregunta si Marcus *está bien*.

(Porque, desde luego, a ella no le parece que Marcus *esté bien*).

Marcus ríe con ligereza, por supuesto que *está bien*.

Lorene le dice a Marcus que ha estado muy preocupada por él. Desesperada, a veces. Incapaz de comer, de dormir, de concentrarse. Y sin nadie a quien poder contárselo. Durante treinta y ocho días no tuvo ni idea de dónde estaba él...

Lorene habla con calma y serenidad, porque son palabras que ha ensayado. No está acusando al *marido distanciado*, ni le hace reproches; solo constata un hecho. Porque, después de todo, ha vuelto a ella. Como si no existiera ningún problema entre ellos.

Y si no hay ningún problema entre ellos, quizás todo fue solo un malentendido por parte de Lorene...

Marcus nunca se *distanció* de ella, sino que así lo interpretó Lorene. Desde la perspectiva de Marcus, solo abandonó su vida cotidiana para emprender un retiro espiritual, para buscar *refugio* en un monasterio budista.

—Treinta y ocho días...

Marcus pronuncia estas palabras como un científico que sostiene una peculiar especie animal apartado con un instrumento, tan solo observándola, sin evaluar ni emitir juicio.

—Creo... creo que sí —dice Lorene débilmente.

—Pues lo dudo. ¿Treinta y ocho?... ¿Los has *contado*?

Marcus se ríe, qué ridícula es Lorene. O quizás lo ridículo es la situación.

—Cariño, el tiempo es una ilusión. Un engaño. Una esposa mía debería saber que no debe lanzarme a la cara estadísticas, las estadísticas no tienen significado intrínseco.

Lorene protesta, ha estado preocupada por él. No sabía si estaba vivo, ni siquiera... si volvería a verlo.

Marcus se ríe, está perdiendo la paciencia con esta conversación.

Gira hacia River Road, que es solo un poco más ancha que Harbinger Road, pisando a fondo el acelerador. Ráfagas de viento procedente del río sacuden el coche compacto.

—Si hubiera sucedido eso, que nunca nos hubiéramos vuelto a ver, entonces... *eso es lo que habría sucedido*. Es una tirada de dados, nada más.

El tono de Marcus es ahora más comprensivo. Pero sobrio, desconcertado.

—Si estuviera muerto lo sabrías, Lorene. Alguien habría contactado contigo. La verdad es que nunca estuve lejos. Aún falta tiempo para mi viaje a Oriente. Cuando uno «desaparece» de un sitio, «aparece» en otro. La verdad es que te llamé, pero nunca estabas en casa.

Marcus está mintiendo descaradamente. Lorene lo sabe. Él le está lanzando esa afirmación improbable como para retarla a dudar de él, o a creerle: le da igual.

Lorene querría protestar pero no encuentra las palabras. Siempre sucede que cuando Marcus está presente, se adueña de todas las palabras.

¿Y no es lo más sensato agradecer que el *marido distanciado* haya regresado? La esposa abandonada no ha sido humillada ni avergonzada en público. No es objeto de lástima. En la guardería Blue Bird nadie sospechaba siquiera que el marido de Lorene llevaba fuera... ¿cuánto?, ¿*cinco semanas*?

Marcus le dice a Lorene que se siente rebosante de energía, como un globo que alguien ha *soltado*. Las últimas cuarenta y ocho horas de su vida han sido una patada en la tripa pero... *transformadoras*. Como Saulo en el camino a Damasco, transformado por un rayo en *Pablo*.

Y ahora, reunido con su querida esposa, con la esperanza de reconsagrar su matrimonio..., se siente *muy muy feliz*.

Lorene no tiene ni idea de lo que significa eso: ¿*reconsagrar su matrimonio*? La idea es reconfortante, prometedora. ¿Renovar los votos? ¿Volver a casarse en una ceremonia religiosa?

(¿Quizá en una ceremonia budista? Siete años antes, se casaron en una ceremonia civil rutinaria oficiada por un funcionario

municipal, a la que no invitaron a ningún miembro de las dos familias).

Marcus relata que se fue de acampada a las montañas Ramapo para despejar su mente de toxinas espirituales: materialismo, *téjne*. Perdió la cuenta de cuánto tiempo.

Luego, como un peregrino, fue —a pie, cruzando el río en Lumberville, por el puente de Bulls Island— hasta el monasterio de Upper Black Eddy, donde antes lo habían hecho sentirse bienvenido. Sin embargo, el anciano abad que había sido su maestro no le dio una bienvenida tan cálida esta vez. Ninguno de los miembros del personal parecía quererlo allí. Algo pasaba, nunca supo qué. En un sueño, el mismísimo Buda lo había convocado al monasterio, el Buda disfrazado de hombre común..., y por eso no se debe rechazar a ningún desconocido, porque esa persona podría ser el Buda.

Debió de caminar sesenta y cuatro kilómetros durante varios días hasta llegar allí. En su rostro podían ver su profundo anhelo, pero... precisamente quienes podían salvarlo le fallaron.

Marcus habla sin rodeos, con voz desprovista de emoción. Su tono entusiasta se ha desvanecido. Lorene, llena de compasión, extiende la mano y le toca la huesuda muñeca. Hace tanto tiempo que Lorene no toca a alguien de esa manera, para consolar, que no está preparada para la emoción que la invade y la deja mareada.

—Pero ahora volverás a casa, Marcus. Nuestra casa puede ser tu «refugio».

Marcus ríe con brusquedad, mostrando dientes húmedos que parecen más grandes, más desiguales de lo que Lorene recuerda.

En Lumberville paran en una pequeña tienda, donde a Marcus no le queda más remedio que comprar bocadillos envueltos en celofán para él y Lorene. Se sienta en el Nissan, al volante, a comer con avidez: pavo procesado, queso procesado, en un panecillo blanco y pastoso, grueso como el puño de un hombre. Tiene un hambre voraz, observa Lorene. Es raro que Marcus coma carne, especialmente una carne tan artificial como el fiambre de pavo, pero, presa de un hambre voraz, le resulta indiferente.

Marcus interroga largo y tendido a Lorene sobre el centro budista. Quién habló con ella, qué dijeron de él, qué mentiras, qué subterfugios, a pesar de que Lorene insiste en que nadie dijo nada malo de él. Ni siquiera reconocieron que «Marcus Coyne» había residido allí hasta que, justo cuando Lorene se marchaba, el director le indicó —«no con palabras, sino asintiendo con la cabeza, con una expresión de su rostro»— que Marcus había estado allí, pero que ya no estaba.

Marcus se mofa, incrédulo. Le hace más preguntas a Lorene, que niega que los budistas hayan dicho nada negativo sobre él, nada crítico, fue en el último momento cuando el director pareció sentir lástima por ella...

—¿El director? ¿«Colson»?... ¿Y ese mentiroso qué dijo?

Marcus está perdiendo la paciencia.

—Me dijo: «Deberías buscar a tu marido en otro lugar».

Marcus se muerde los labios, pensativo. ¡Qué parecida a un *koan* zen suena esa observación al repetirla!

Marcus le dice a Lorene que su error fue buscar *refugio* en un lugar donde el *refugio* ya no es posible. Una costumbre budista consagrada por el tiempo, acoger a un alma sufriente, hundida en la

desesperación, salvar una vida. Pero los budistas de Upper Black Eddy se han vendido, se han aliado con ricos benefactores. Aceptar grandes sumas de dinero, propiedades —como la propiedad de Upper Black Eddy: doce hectáreas, millones de dólares en bienes inmuebles en el condado de Bucks—, es corrosivo para el alma. Ninguna persona espiritual puede aceptar bienes materiales sin degradarse, sin contaminarse. El Despierto enseña: debes descargarte de posesiones, de los apegos.

Pero fue error *suyo*, reconoce Marcus. *Él* fue quien se postró ante ellos, como un tonto.

Es cierto que llegó al monasterio sin invitación, sin haber contactado antes con nadie del personal, pero es que *estaba* desesperado, el abad que en el pasado había sido su mentor no parecía tener tiempo para él, le dieron una especie de trastero (sin calefacción), un simple futón en el suelo sucio. Le asignaron las peores tareas de la cocina, de la limpieza. Y había una mujer —en teoría una *monja*, una *iniciada*— que afirmaba haber pasado varios años en un monasterio de Tailandia, pero las vocales nasales y planas en su forma de hablar la delataban como nativa de New Jersey, qué farsante, qué impostora, su *nombre de dharma* era algo así como «Myō»..., «Meimei»..., Marcus la caló al instante, no poseía profundidad espiritual, se le notaba en los ojos vidriosos e inexpresivos. Había visto en Marcus a alguien que le disputaría la atención del abad.

Decidió entonces sabotear a Marcus, destruir su concentración. La angustia de su deseo por *despertar*.

Invadió su privacidad, su voto de celibato, se interpuso en su camino, pero, cuando él le respondió como ella claramente lo había

invitado a responder, cambió de opinión, lo acusó a *él*, y los demás optaron por creerla a ella y no a Marcus.

Intentó explicarse, pero malinterpretaron sus palabras. Distorsionaron sus palabras y las transformaron en algo horrendo, obsceno.

Amenazaron con llamar a la policía del condado de Bucks.

O quizá —(Lorene no está segura de lo que dice Marcus, habla rápido y con enfado)— *llamaron a la policía del condado de Bucks*...

Lorene escucha con asombro. ¿Había Marcus acosado a una mujer? Seguramente, no a la mujer de mediana edad que había hablado con Lorene..., sino a una mujer más joven..., ¿una *monja*?

Marcus se ha terminado su bocadillo, panecillo blanco incluido, y se lame los dedos manchados de mostaza. Todavía tiene hambre, así que Lorene le pasa su bocadillo, que apenas ha tocado. La saliva se ha acumulado en las comisuras de los labios finamente cincelados de Marcus. A Lorene le recuerda a Osito bajando la cabeza a su cuenco para comer, torciéndola hacia un lado en un gesto a la vez tosco y delicado mientras sus ojos se suavizaban con el placer sensual de comer.

¡Osito! Lorene sabe que sería en vano esperar a que Marcus hable del perrito perdido.

Marcus manda a Lorene de vuelta a la tienda a comprar dos latas de cerveza (frías) y dos botellas de agua Evian. A Lorene le parece alarmante ver a Marcus bebiendo, sobre todo durante el día; de vez en cuando se bebe una copa de vino con la comida, pero nada más. Alarmante también que Marcus haya pedido agua Evian, pues eso significa que habla en serio de caminar de vuelta a casa.

Rápidamente Marcus se bebe una de las latas de cerveza. La otra la sujeta con la mano izquierda mientras reanuda la marcha hacia el sur por River Road, junto al río resplandeciente, a treinta kilómetros por hora por encima del límite de velocidad.

¿No debería ir más despacio?, pregunta Lorene en voz baja.

¿Y no debería disimular que conduce bebiendo? ¿Qué pasaría si...?

Marcus se ríe y se encoge de hombros. Claramente le da poca importancia a la preocupación de Lorene por la policía del condado de Bucks.

—«Caer en el Pozo del Vacío»: ese es el tema.

Es una traducción del sánscrito, explica Marcus. El fenómeno de meditar demasiado tiempo, con demasiada intensidad. *Agotamiento*.

Había meditado demasiado. Había caído en «el Pozo del Vacío».

Había llegado al budismo relativamente tarde, perdido como estaba en el mundo material, tropezando y tambaleándose en el lodo y el fango que lo rodeaban, la facultad de Medicina, la tecnología informática, una temporada de videojuegos, las drogas, adormecer la mente, había llegado al budismo poco antes de los treinta años, casi demasiado tarde. Así que siempre te sientes con prisa, desesperado por ponerte al día. Qué ansia de refregar el alma. Como refregar un inodoro mugriento con un cepillo. Se sentaba a meditar durante horas cada día hasta que se le entumecían las piernas, hasta que apenas podía ponerse en pie. Tenía las vértebras desalineadas. El cerebro ebrio por un exceso de oxígeno. Se había convertido en un recipiente que rebosa de abundancia. Se ahogaba en su propia virtud como uno se ahoga en su propio vómito.

Marcus se sincera con Lorene, como si hubiera regresado de entre los muertos para iluminarla.

—En *el Abismo del Vacío* puedes ser tan feliz que te olvidas de respirar. Empiezas a perder tu naturaleza animal. La meditación es una cuestión de pulmones. Control de los pulmones. Control de los latidos del corazón. Pero una vez que tomas el control, puedes perder el control. Puedes perder la vieja y mecánica forma de respirar, de pensar. Cuando el Buda entra en ti, ya no tienes la necesidad literal de dormir, de comer. No tienes la necesidad de otras personas. Porque dejas de existir, como un pequeño arroyo que se vacía en un río. *Eres todas las demás personas en una sola*.

Lorene escucha con asombro y a la vez con terror. Piensa que serlo *todo*, ser *uno*, es ser *nadie*, *nada*.

Marcus es a la vez el marido de Lorene, a la que ama con un amor que la deja sin aliento, y otra persona, de mejillas demacradas, de rostro enrojecido, sin afeitar, con ojos brillantes inyectados en sangre, a la que ella apenas conoce.

En cajas aún sin desembalar después de años, en la casa alquilada de Stony Brook Road, Lorene ha descubierto carpetas de cartulina con papeles viejos, documentos, recibos pertenecientes a Marcus, incluso recortes amarilleados de un periódico de Montclair (New Jersey): *Marvin Howard Coyne ha sido nombrado mejor alumno de la promoción de 2006 de la escuela secundaria de Montclair*. Expedientes académicos (con notas uniformemente altas) de secundaria y la universidad, pertenecientes a *Marvin Howard Coyne*.

Marcus debió de cambiarse el nombre, supuso Lorene. No de forma oficial, no legalmente, sino informalmente, presentándose ante sus nuevas amistades no como Marvin, sino como *Marcus*. Cuando llegaban cartas dirigidas a *Marvin Coyne* ella daba por sentado que se trataba solo de errores, erratas.

Lorene nunca le había mencionado este descubrimiento a Marcus. Y nunca lo hará.

Dice, como si se le acabara de ocurrir, que Osito apareció hace unos doce días.

—En un refugio de Montgomery. Lejísimos... No puedo entender cómo llegó hasta allí...

A su lado, al volante, Marcus se queda mudo de asombro ante esta declaración informal. Lorene no mira a Marcus.

Mientras Marcus estaba fuera, con tanto tiempo sola, ella siguió buscando al perro perdido, haciendo llamadas, escribiendo correos electrónicos, enviando fotos, y finalmente lo identificaron en el refugio de Montgomery, justo el día en que alguien iba a adoptarlo. Debió de haber un fallo con el microchip y por eso no habían notificado a Lorene.

—Me eché a llorar cuando vi a Osito en su jaula. Parecía mayor, más desaliñado. Ya no era un cachorro. No dejé que me viera, no quería interferir en su nueva vida. ¿Es eso lo que significa *karma*..., lo que uno se merece? Él nos dejó, tal vez presentía que algo andaba mal entre nosotros, pero ahora había gente nueva en su vida que podía quererlo. Me pareció lo mejor.

La voz de Lorene tiembla. Nada de lo que dice es verdad y, sin embargo, Lorene se estremece al imaginar al perrito perdido en una jaula en un refugio.

Marcus se ha puesto rígido, centrado en conducir. Su expresión es tensa, tirante; tiene la mandíbula apretada. Parece no tener idea de cómo responder a lo que le cuenta Lorene, trata de no reaccionar con sorpresa, conmoción, disgusto o culpa, tal como el Buda no

reaccionaría ante una revelación como esta, ante la cual permanecería impasible, inmutable como una estatua de arenisca.

Finalmente, Marcus dice:

—Así que... todo salió bien. Osito escapó..., no quería estar confinado con nosotros. Había aprendido a no confiar en nosotros..., ni siquiera en ti. Recuerda que te quedaste fuera hasta tarde ese día, cuando desapareció...

Lorene no responde. Su corazón late con fuerza por la gravedad de lo que ha dicho, como quien, en una partida de cartas, lo arriesga todo a una sola.

—No queda todo el tiempo del mundo.

En el inicio del sendero en Black Rock Point comienzan una ruta de tres kilómetros, una de seis kilómetros y medio y una de once kilómetros. De las tres, Marcus insiste en hacer la de seis kilómetros, que lleva hasta una torre de vigilancia en lo alto de una colina.

Lorene le dice a Marcus que no cree que pueda caminar tanto; serían doce kilómetros en total. Los senderos están llenos de restos del invierno, hay ramas caídas por todas partes. No ha dormido bien últimamente, se siente exhausta... Además, lleva zapatillas deportivas, no botas de senderismo como Marcus.

Marcus insiste, frunciendo el ceño: es un día especial. *Este* día.

Ha hecho un largo viaje, dice. Una peregrinación.

Un marido debería tener derecho a esperar que su mujer respete ese viaje. Y ahora, su regreso. Es hora de una *re-consagración* de su matrimonio.

Después de pasar cada día horas sentado meditando en ese lugar sin calefacción, sus músculos estaban tensos, agarrotados, pero ahora... están fortalecidos. Como su determinación de liberarse finalmente de las trampas terrenales.

—Tenemos que compartir esta visión. *Y vamos* a compartir esta visión.

Un brillo ocre ha aparecido en los ojos de Marcus, como en los de un gato, y resplandecen en la penumbra.

—Yo... pienso que no...

—No *pienses*. Actúa.

Marcus le entrega a Lorene una de las botellas de Evian para que la lleve durante la ruta. Es crucial, dice Marcus, hacer senderismo siempre con una botella de agua. La deshidratación puede atacar de pronto, fatalmente.

Dice de nuevo, con énfasis:

—No queda todo el tiempo del mundo.

Lorene mira nerviosa a su alrededor. No se ven otros excursionistas, ni vehículos estacionados al inicio del sendero. Hace meses que no limpian los senderos. El cielo está cubierto por finas nubes desgarradas como hebras de telaraña. El sol ha desaparecido, hay una repentina pérdida de color, una repentina gelidez, como en un eclipse.

No tiene ni idea de lo que quiere decir Marcus: *No queda todo el tiempo del mundo*.

Tratando de recordar que, no hace mucho, a Lorene le habría encantado que Marcus la invitase a hacer senderismo con él en uno de sus lugares especiales. Caminar hasta un lugar elevado, que prometiera *una vista, una visión en todas direcciones*.

—¡Empecemos! Tú vas primero.

Al llegar al inicio del sendero, un tosco mojón de piedra, Marcus empuja a Lorene para que vaya delante.

Insiste en que Lorene camine delante para poder velar por ella, por si tiene un accidente, por si se tuerce un tobillo. Si ella caminase detrás de él, irá demasiado despacio para seguirle el ritmo, lo perdería de vista, podría desviarse del sendero, perderse.

Dice, con el tono de un padre que advierte a un niño, con apenas un toque de humor: *Sí, hay osos negros en las zonas rurales del condado de Bucks*. Razón de más para que Marcus camine detrás, velando por ella.

Lorene se pone en marcha, Marcus la sigue de cerca. Las zapatillas de finas suelas de Lorene ya están mojadas.

Tal como Lorene temía, el sendero de seis kilómetros hasta la torre de vigilancia está atestado de escombros por las tormentas. Los senderistas deben avanzar despacio, con cuidado. Zarzas, rosas silvestres, espinas puntiagudas que se enganchan en la ropa de Lorene, que arañan sus manos desnudas; ramas que tras doblarlas dan un latigazo y escuecen. Hay tramos del sendero bastante despejados, donde se puede caminar a paso rápido, pero otros tramos están empapados de lluvia, fangosos, llenos de rocas. Marcus le da un manotazo a Lorene para indicarle que *hay que mirar hacia abajo, cuidado con las piedras planas*; nunca pises una piedra mojada, puedes resbalar, caerte.

De pronto el sendero se vuelve tan empinado que Marcus busca unas ramas rotas para Lorene y para él mismo a modo de bastones. Marcus *insiste*.

Lorene está decidida a no decepcionar a Marcus. Esta caminata es quizá una especie de prueba.

Una prueba que no superó cuando era joven, cuando Marcus dejó de invitarla a ir con él en sus caminatas por las montañas Ramapo.

Piensa: *Representa esta escena. ¡Tú puedes*!

Luego, el regreso a casa. Con el que ha estado soñando las últimas cinco semanas.

Retomar esa vida. La vida que le aterrorizaba haber perdido.

Preparará una cena temprano con la comida favorita de Marcus. Comprará una hogaza del pan multigrano favorito de Marcus, que quizás consiga en una panadería de Lambertville, de camino a casa.

Marcus estará agotado, se acostará temprano. Y Lorene con él.

Sin embargo ahora, a mediodía, Marcus se muestra lleno de energía, eufórico. Mientras suben por el sendero cada vez más accidentado, se dirige a Lorene con su voz grave, hipnótica.

—... la vida meramente personal, las vidas como la nuestra, tenemos que saber que no merecen vivirse. La lucha. La vida banal y cómoda: *lucha*. Conocer al «amor de tu vida»..., aparearse con esa persona..., reproducir tu ADN..., (aunque es absurdo reivindicar esa propiedad: *tu* ADN)..., sucumbir al tiempo..., morir. Salmones nadando contra la corriente, los más bellos de todos los peces, literalmente agotando su vida, muriendo por el esfuerzo, símbolos de algo noble..., pero nada más alejado de la verdad. Pregúntales a los salmones si preferirían vivir otro año. A ninguna criatura le preocupa reproducir la especie. Spinoza dijo: *Todo lo que vive anhela persistir en su ser*. Sustituir la vida del ser individual por la vida de la especie es obsceno. El Despierto insistiría: *lucha por ser y más allá*.

El cielo se ha vuelto más tenue, la luz y el color se retiran del sendero. Lorene recuerda un eclipse que vio de niña, toda la clase de alumnos de séptimo grado (asustados, sacudidos por risitas) fuera del colegio con las instrucciones de mirar el sol a través de cristales «ahumados»... Un repentino rayo de luz penetró en la visión de Lorene; soltó el cristal con un pequeño grito y se tapó la cara. Pero ¿había sido *demasiado tarde*? Durante semanas estuvo aterrorizada de quedarse ciega.

—¿... te acuerdas de Schopenhauer? Te lo leía cuando empezamos a salir. El mundo es «voluntad y representación». Pero la «representación» es mayor que la «voluntad», que es nada más que existencia bruta e irreflexiva, mero deseo sexual. En mitad del deseo sexual, bien podríamos ser babosas marinas, cucarachas.

Lorene pone una mueca de dolor, es típico de Marcus decir cosas tan brutales. Pero según cierto punto de vista, supone Lorene, Marcus y Schopenhauer no se equivocan.

Lorene nunca ha podido resistirse a la *certidumbre* de Marcus. Lorene jamás ha tenido una relación íntima con nadie tan inundado de vida y de propósito, ni siquiera ha conocido a nadie así. El resto de sus conocidos —familiares, parientes, compañeros de clase, amigos— eran personas sin rumbo, ajenas a todo; irreflexivas; pasivas en lugar de activas, incapaces de tomar muchas decisiones por sí mismas. Marcus es una especie de cartógrafo; otros no tienen ni siquiera mapas para guiar sus pasos.

Al poco de conocerse Marcus predijo que algún día el amor de Dios traspasaría el corazón de Lorene, y ella no sobreviviría como ella misma.

Cuando Marcus parecía creer en Dios. O al menos en lo que él entendía por Dios.

En aquellos días Marcus hacía el amor con ternura. Parecía animar a Lorene a dar el primer paso, a tocarlo *a él*. Como si estuviera reteniendo su fuerza de forma proporcional a la debilidad de Lorene.

Por las noches, cuando Marcus se hundía en el sueño, dándole la espalda a Lorene mientras ella yacía contra él, su cara apoyada de lado contra su espalda, que no estaba caliente, sino fresca, Marcus cogía la mano de Lorene y la apretaba contra su pecho, y Lorene se dormía también poco a poco, sumida en una felicidad absoluta, segura, protegida.

Más adelante en el matrimonio, Marcus empezó a quedarse en su estudio hasta pasada la medianoche. Lorene, aturdida por el agotamiento, se acostaba sobre las once, incapaz de mantener los ojos abiertos. Intentaba no pensar que, por alguna razón que no lograba comprender, su marido estaba esperando: ella ya estaría dormida cuando él se metiera en la cama.

Intentaba no pensar: ¿*Es que Marcus ya no me quiere*?

En el sendero, a pocos metros por detrás de Lorene, Marcus habla animadamente, con gran elocuencia, rememorando sus años en la facultad de Medicina, antes de conocer a Lorene, de los que solo le ha hablado de manera fragmentaria, siempre en tono de autocrítica, de ironía.

Su periodo como interno en el NewYork-Presbyterian: un puesto muy codiciado. Quería ser cirujano y entonces estaba haciendo de ayudante de un cirujano muy respetado cuya especialidad era la oncología ginecológica. La operación consistía en una histerectomía de emergencia, extirpación del útero, del cérvix y de los ovarios,

pero allí solo había un cuerpo, un cuerpo femenino anestesiado, horrible ver la *inconsciencia del cuerpo*, que ya no era una persona, un individuo, un ser consciente, y Marcus, un hombre de veinticinco años, se encontraba completamente consciente, con mascarilla y bata, muy despierto, alerta, concentrado en el centelleante instrumento del cirujano, en las incisiones en el abdomen de las que brotaba sangre brillante, nada digno de la más mínima sorpresa, y sin embargo al momento siguiente Marcus estaba en el suelo, había perdido toda noción de sí mismo y había caído como un peso muerto, para asombro de los demás, para irritación del cirujano, y lo tuvieron que sacar del quirófano, las enfermeras tuvieron que reanimarlo, y por supuesto en esos rápidos minutos su vida cambió, la trayectoria de su vida cambió, un vagón descarrilado que cae a un abismo, la última frase de un tosco chiste, sin vuelta atrás.

Vació su taquilla, salió del hospital, nunca regresó, nunca miró atrás.

Ahora dice: el único *camino seguro* es desaparecer. No dejar ninguna nota cobarde, ni disculpas ni explicaciones.

Ahora dice, a la espalda de Lorene: cuanto más seguro es, el camino es borrarse a uno mismo. Borrar el *yo*.

—Borrar todos los recuerdos al borrarse a uno mismo. No solo los recuerdos vergonzosos, sino todos los recuerdos. Que te atan al mundo. El propósito de desaparecer no es dejar confusión tras de ti para que otros la limpien; el propósito es llevarte a un lugar completamente nuevo.

A un lado del sendero, de pronto es terreno privado: han puesto carteles de *Prohibido el paso. Prohibido cazar*.

Marcus se enfurece al verlos y los arranca de los troncos de los árboles.

—Ninguna puta tierra es *privada*. Toda la tierra es *pública*.

En un instante Marcus está furioso. La voz hipnótica y reflexiva ha desaparecido; ahora Marcus habla con vehemencia, con asco.

Y también de pronto, Lorene siente que le fallan las rodillas. Tiene que sentarse y cae a medias sobre los restos de un tronco podrido. Trataba de ignorar un dolor palpitante que le latía detrás de los ojos. Sus zapatillas están empapadas. Como sumándose a la discordia, sobre sus cabezas unos pájaros gritan furiosos, batiendo airadamente las alas de plumas oscuras.

—Lorene, ¿qué *demonios*? ¿Por qué estás *sentada*?

Lorene intenta explicarse, está muy cansada. Tiene las piernas cansadas, le duele la cabeza. Intentó explicárselo a Marcus antes de que empezaran a caminar...

Marcus está furioso, ¿qué es lo que le pasa *ahora*? Apenas han caminado un kilómetro y medio, no han llegado a dos kilómetros, ¿por qué es tan *débil*?

¿No entiende Lorene que este es un día especial? Hoy van a *re-consagrar* su matrimonio, ese es el plan.

Marcus habla con tal dureza que Lorene se protege de él. Eso es un error: levantar las manos para cubrirse el rostro en un gesto infantil que lo enloquece de rabia.

Si te proteges de un hombre enfadado, se enfadará aún más.

Estás provocando la venganza, el castigo. La mujer se granjea el daño del que se culpará al hombre.

Marcus tira de Lorene agarrándola de las muñecas. ¡Arriba! ¡De pie, joder!

El tiempo se acaba para ella, para él. Arena movediza, arena que se escapa. Lo supo, sin duda, cuando ella le mintió, cuando le mintió descaradamente sobre el maldito perro.

¡El perro! ¡*El perro*!

Eso decidió el asunto. No hay vuelta atrás.

Marcus se inclina sobre Lorene, tira de sus muñecas hasta dejarla en una incómoda posición a medias acuclillada, presiona su boca (con una lúgubre sonrisa) contra la de ella, fuerte; sus dientes chocan con los de Lorene; ella no abre la boca para que entre su lengua, está paralizada por el miedo.

Marcus se ríe de ella, de la expresión de su rostro. Pero le enfurece, no le hace ninguna gracia.

—¿De qué tienes miedo? ¿Miedo de *mí*..., de tu marido?

Lorene no ve amor hacia ella en los ojos de Marcus, surcados de capilares rotos. No hay reconocimiento de *ella*.

Intenta apartarlo, pero Marcus es demasiado fuerte, malignamente fuerte a pesar de su delgadez. La fuerza, piensa Lorene, de una serpiente musculosa y fibrosa, con una fuerza que recorre todo su cuerpo.

—Puto miedo a *morir*.

Marcus sacude violentamente a Lorene por los hombros, la empuja al suelo mojado. La insulta, le rasga la ropa mientras ella se resiste como una niña aterrorizada, agitando los brazos a ciegas, pataleando.

No hay tiempo para pensar ¡*Esto no puede estar pasando! ¡Qué es lo que me está pasando*!

El puño de Marcus golpea a Lorene en un lado de la cabeza: un golpe que la aturde. Un segundo golpe en el ojo, otro en la nariz,

que empieza a chorrear sangre. Gruñendo, Marcus se inclina sobre Lorene y cierra las manos en torno al cuello de Lorene por la parte de abajo, a la altura de las clavículas, aprieta.

Lorene se retuerce, araña sus manos, se ahoga con su propia sangre. Está aterrorizada de Marcus, de que la esté estrangulando.

Marcus le grita a la cara: Por qué no *deja de forcejear*. Por qué no *deja de resistirse*.

Morirán juntos, promete Marcus. Lorene no morirá sola.

Lorene sigue resistiéndose, luchando por su vida. Una niebla negra se cierne sobre su cerebro, pero sigue luchando, arañando las manos de Marcus. Marcus le da la vuelta, le presiona la cara contra el suelo, presiona la rodilla contra la parte baja de su espalda. Al menos le ha quitado las manos del cuello, Lorene puede ahora respirar en jadeos de pánico.

Marcus le tira del forro polar rojo, le sube la falda negra acolchada con la que Lorene esperaba impresionar tanto a los budistas como a su *marido distanciado*. ¿Va a violarla Marcus? ¿De una forma que la hiera, la castigue, la humille? Se apoya pesadamente sobre Lorene, usando su peso a su favor, con la rodilla en la base de su columna. De nuevo cierra las manos en torno a su cuello, con más fuerza. Furioso, soltando tacos: *Lo que te mereces por traicionar a tu marido*.

De alguna manera, Lorene jamás comprenderá cómo logra, por pura desesperación, zafarse de las manos de Marcus. Lo golpea salvajemente, en la cabeza, en la cara. Lo patea, lo araña. Se trata de puro instinto animal, es incapaz de pensar. Busca a tientas con los dedos algo a lo que aferrarse, cualquier cosa, algo sólido, la rama rota que usaba como bastón, con ella golpea a Marcus en la

cabeza y en los hombros hasta que la rama se le hace pedazos en la mano.

Podrida por dentro, bullendo de diminutas hormigas negras. Pero lo bastante dura como para aturdir a Marcus, para hacerlo caer de rodillas.

Jadea, respira apenas lo justo para no desmayarse, aliento tenue como si lo succionara por una pajita rota, pero Lorene logra mantenerse en pie, la debilidad le recorre en oleadas los músculos de las piernas pero se mantiene en pie, si cae su agresor la asesinará, no hay más remedio que reunir toda la fuerza de la que es capaz para *mantenerse en pie, para no caer*, agarra una piedra del suelo, lo bastante pequeña como para que le quepa en la mano pero de borde afilado, lo bastante grande como para herir al agresor en el cuero cabelludo, en el rostro. Al instante la costra en forma de media luna sobre el ojo del agresor comienza a sangrar.

El agresor no tiene nombre, se ha convertido en una figura onírica, una pesadilla, *el otro, el otro que pretende quitarle la vida*, ya no es su marido, ya no es nadie conocido: *el otro, que pretende quitarle la vida si ella no lo impide*.

Allí donde la roca pueda golpear, roca vivificada con su propia furiosa vida. Y así Lorene, tropezando, se libera. Su agresor ha caído de rodillas, ha caído al suelo, se protege la cabeza con las manos. Finalmente ella suelta la roca pringosa de sangre, la deja caer.

Corre cojeando por el sendero como un animal herido. Tratando de respirar de manera superficial, pues las costillas le palpitan de dolor, cada inspiración es como inhalar fuego. Rehace el camino cuesta abajo, cayéndose, volviendo a ponerse en pie con dificultad. Le gotea sangre de la nariz.

Corre por su vida. *Su* vida.

Ha pasado el tiempo, es ya más tarde ese mismo día, el cielo se ha oscurecido con nubarrones, ha comenzado una lluvia helada.

Piensa que hay un lugar al que puede ir, donde puede buscar refugio, recuerda vagamente: el monasterio budista de Upper Black Eddy...

Confundida piensa que el monasterio está cerca, pero luego se da cuenta de que Upper Black Eddy está a kilómetros de distancia. Lorene jamás podría llegar allí a pie, se desplomará antes de llegar a Harbinger Road.

Exhausta, resbalando ladera abajo sobre sus talones. Hierba mojada, rocas resbaladizas, lluvia azotando su rostro, helada pero vigorizante, manteniéndola despierta, alerta.

Débilmente el hombre la está llamando: ¡*Lorene! No me abandones*.

Aún más débilmente: *Te quiero*...

¿Dónde está Lorene? Entre los jirones de lluvia, puede ver el río Delaware, al otro lado de River Road.

Ese aspecto de lava fundida, demasiado espeso como para correr rápidamente, se diría. Gotas de lluvia como balas en la irregular superficie del agua, como vida despertando bajo la superficie...

El inicio del sendero, por fin. En River Road. Detrás de ella, la voz se ha desvanecido, solo se oye el repiqueteo de la lluvia, el viento entre los árboles. Ese jadeo rápido, como el de un perro, es la propia respiración de Lorene, como nunca la había oído.

El mojón de hormigón al inicio del sendero, oscurecido por la lluvia. El Nissan compacto, del que Lorene no tiene la llave.

En River Road agitará los brazos cuando se acerque un vehículo. Porque pronto, en cuestión de minutos, un vehículo se acercará, sin duda.

No se esconderá acobardada tras la curva, se mantendrá firme en la carretera, desafiante. Sangra por una herida en la cabeza, por la nariz. La parte delantera del forro polar está oscurecida por la sangre. El pelo enredado pegado al cráneo, ropa desgarrada. Los faros de un coche en la turbia luz invernal la iluminarán, un vehículo frenará hasta detenerse, la conductora bajará la ventanilla y gritará alarmada: ¿*Hola? ¿Estás herida? ¿Necesitas ayuda? ¿Has tenido un accidente? ¿Necesitas que te lleve a un taller*?

¡*Dios mío, cómo tienes la cara*!

¡*Sube, por Dios!... ¡Qué frío hace*!

Pesca nocturna en Antibes

Las dos mujeres, a las que a menudo se veía juntas, a las que incluso confundían una por la otra, habían enviudado en el transcurso del mismo año y ninguna se había adaptado bien. Su amistad, al principio en sociedad, informal, se había vuelto crucial para ambas. Meghan llamaba a Zahira, o Zahira a Meghan, al menos una vez al día, a menudo dos. Si no se veían ese día, llegaban a hablar por teléfono tres veces. Si surgía una crisis..., bueno, si surgía una crisis, Meghan probablemente estaría en casa de Zahira en cuestión de minutos.

Con exasperado afecto, Zahira bromeaba: *Meghan puede llegar aquí antes que cualquier ambulancia*.

Así era, si Meghan intentaba contactar con Zahira por teléfono, correo electrónico o mensaje de texto y no recibía respuesta en treinta minutos, subía corriendo a su coche e iba hasta la casa de Zahira en estado de ansiedad. Vivían a menos de un kilómetro y medio de distancia en un barrio residencial de casas diseñadas a medida que lindaba con los terrenos arbolados del Instituto de Estudios Avanzados de Millstone, pero Meghan siempre cogía el coche en previsión de la peor posibilidad: tener que llevar a Zahira a urgencias a la otra punta de Millstone.

(Meghan estaba preparada para eso, pues Meghan estaba preparada para el desastre: había llevado a su marido a esa misma sala de urgencias dos años antes al comienzo de su galopante

enfermedad y tenía pensado ser la cuidadora de su marido en casa cuando le dieran el alta del hospital, pero eso no sucedió porque su marido murió sin recibir el alta del hospital y Meghan se vio privada del papel de cuidadora para el que creía estar destinada. Y se decía que no volvería a cometer el mismo error. Practicaba el momento en que les contaría a sus amigos cómo había salvado a Zahira, cómo la había llevado a urgencias justo a tiempo: *Sabía que algo andaba mal, tuve una premonición, Zahira no contestaba el teléfono, no me devolvía las llamadas, gracias a Dios que fui a su casa entonces*).

(Porque existía el temor, expresado principalmente por Meghan Dunne, pero compartido en distinto grado por otros miembros de la comunidad del Instituto, de que Zahira Kruk, deshecha por la muerte de su marido, padeciera *depresión clínica, tendencias suicidas*).

(De momento Zahira no había necesitado el ansioso escrutinio de Meghan. Pero, poco a poco, Zahira estaba empezando a contar con él).

Cuando sus maridos estaban vivos, las dos solo se veían de vez en cuando, siempre acompañadas, en cenas o eventos del Instituto, nunca habían pasado tiempo ellas solas. Zahira, que era mucho menos sociable que Meghan Dunne, no recordaba haber tenido ni una sola conversación de cierta profundidad con Meghan durante aquel tiempo de *antes*; apenas recordaba a Meghan Dunne, a la que nunca se había tomado muy en serio. (Zahira se tomaba en serio a muy pocas esposas de los colegas de su marido). Tampoco sus respectivos maridos habían sido más que colegas cordiales en el Instituto de diferentes departamentos; de los dos, el marido de Zahira (biólogo molecular) había tenido una trayectoria más destacada, siendo un perenne candidato al Premio Nobel, mientras

que el marido de Meghan (sociólogo) se había labrado una reputación como intelectual público y publicó artículos en *The New Yorke*r y *The New York Review of Books* sobre el papel de la ética en un mundo rápidamente cambiante debido a la ingeniería genética, la inteligencia artificial e internet.

Fue aproximadamente seis semanas después de la muerte de Herman, el marido de Zahira Kruk, cuando se empezó a ver a Zahira y Meghan juntas paseando a primera hora de la mañana por el Bosque del Instituto o por una ruta de senderismo de cinco kilómetros en Watershed. Con menos frecuencia, se las veía en eventos del Instituto: conciertos de música de cámara, salas de cine, conferencias; compraban juntas en la cooperativa de alimentos orgánicos, hacían voluntariado en el Refugio de Animales de Millstone. Durante un tiempo circuló el rumor de que una de las dos, probablemente Meghan, iba a vender su casa y compartir la de la otra; pues ambas viudas habían heredado casas excesivamente grandes con vistas a los terrenos del Instituto, cuyo mantenimiento resultaba muy costoso. Corría el rumor —(de hecho, no era solo un rumor)— de que las viudas planeaban viajar juntas en otoño a Italia; esperaban alquilar una villa durante el mes de octubre en la costa de Amalfi.

Pronto se hizo evidente que si se invitaba a Zahira a un evento, había que invitar también a Meghan, pues era poco probable que Zahira fuera sin Meghan, y también era menos probable que Meghan asistiera sin Zahira. (Aunque era más probable que Meghan asistiera a un evento sin Zahira que Zahira sin Meghan).

¡*No intentes sembrar la discordia entre nosotras! No se puede*.

Era desconcertante para ambas que las confundieran no solo conocidos superficiales sino también viejos amigos, vecinos. Zahira no sabía si reírse u ofenderse, pues sin duda era la más bella de las dos, además de ser varios años más joven que Meghan; Meghan se sentía halagada por el malentendido y enseguida aclaraba la situación:

—Ah, no, creo que te refieres a Zahira Kruk. Eso no lo dije yo, jamás diría algo así.

O bien:

—No, en absoluto. La casa a la que te refieres es la de los Kruk..., la casa de Zahira..., en Gödel Lane. Diseñada por Michael Graves. Mi casa es solo una vieja casa colonial en Plymouth Road.

Eludía nerviosamente la atención. Y es que ahora, tras la muerte de su marido, Meghan se había convertido en un *medio-yo*, en una viuda. Era doloroso atisbarse en un espejo sin haberse preparado antes para lo que vería allí: ojos desolados fijos vidriosos superficiales como reflectores.

Era como una garrapata incrustada en su piel, minúscula pero tóxica: la conciencia de la muerte de su marido, en la que estaba decidida a no pensar.

Meghan había admirado durante mucho tiempo a Zahira Kruk, desde cierta distancia: Zahira era un tanto altiva, y podía ser mordaz y sarcástica; sus cejas oscuras, sus llamativos ojos oscuros y su brillante cabello negro sugerían una ascendencia exótica y aristocrática, se decía que egipcia o medio egipcia. Zahira vestía con ropa de marca de seda oscura y llevaba collares, pulseras y pendientes de oro; sus zapatos eran elegantes, de tacón alto; en las reuniones, era famosa por ignorar las cortesías rituales típicas de los

estadounidenses: joviales repeticiones de ¿*Cómo estás? ¿Qué tal el verano? ¿Tienes algún viaje planeado*? En presencia de Zahira, estos clichés caían al suelo como monedas huecas, claramente falsas.

Sin embargo, a Zahira le gustaba desafiar las expectativas al revelar, si le preguntaban sobre sus orígenes, que no había nacido en absoluto en un lugar exótico, sino en Ann Arbor (Michigan) y que su nombre al nacer era «Sarah».

—Había demasiadas Sarahs en mi colegio, me lo tuve que cambiar.

(¿Era *eso* cierto, lo del nombre de Zahira? Meghan lo dudaba).

Meghan no podía evitar reírse de los excéntricos comentarios de Zahira, que se recibían con un silencio desconcertado en las reuniones; allí donde todos intentaban complacer, Zahira no se esforzaba en absoluto.

¡*Qué placer que no te importe no caerle bien a la gente*!... Meghan, que desde niña solo había deseado caer bien, que el mundo entero la *amara*, sentía envidia.

Dotada de un glamur oscuro, como una mujer de Modigliani, con un aspecto de enloquecedora abstracción, en público, en las reuniones Zahira parecía distante, perdida en sus pensamientos; volvía en sí solo si su marido hablaba, y entonces ponía mucho interés, como si cualquier cosa que dijera Herman debiera tener un significado especial para *ella*. Una mujer indiferente a la mayoría de las personas, pero profundamente enamorada de su marido, y esa era la debilidad de Zahira, pensaba Meghan: vulnerable como la fontanela en el cráneo de un recién nacido.

Era causa de (secreta) desazón para Meghan que los Kruk nunca hubieran aceptado una invitación a su casa, ni que ellos hubieran

invitado a Meghan y a su marido a su casa; pero, ahora que Zahira era viuda, estaba segura de que se iba a resarcir.

En un pequeño homenaje privado a Herman Kruk en el Instituto, pocos días después de su muerte, Meghan se atrevió a acercarse a Zahira Kruk como nunca antes se había atrevido. Al ver la palidez cenicienta de Zahira, lo conmocionada, lo *muda*, *desconcertada*, *destrozada* que estaba, Meghan se acercó en silencio y se quedó a su lado, y cuando se presentó la oportunidad, mientras un cuarteto de cuerda interpretaba una pieza de Schubert que al parecer era la favorita de Herman Kruk, Meghan cogió la mano flácida y helada de Zahira, como si fuera una pariente hasta entonces desconocida. Al principio, pareció que Zahira iba a soltarse de Meghan con sorpresa y disgusto, pero no lo hizo: la mano permaneció en la de Meghan como una pequeña criatura capturada.

Qué alarmante para Meghan, y qué emocionante, estar tan cerca de Zahira, ver que los bellos ojos oscuros de Zahira, en general límpidos, estaban surcados de capilares rotos, y oler el cuerpo inconfundiblemente sudoroso de Zahira envuelto en franjas de terciopelo morado oscuro que le caían hasta los tobillos. En los pies Zahira no llevaba sus elegantes zapatos de costumbre, sino unas desgastadas bailarinas que se había olvidado de cambiarse.

Se inclinó hacia Zahira y le murmuró al oído, muy cerca: *Todo irá bien, estarás bien, una respiración tras otra*.

Solo otra viuda, una mujer, podía entender.

Por todas partes, rostros desconocidos. Personas a las que conocían desde hacía años. Pero ahora irreales. Nada de eso era real. Pesadilla. Sin más profundidad que recortes de papel.

En la oscuridad, el haz de una linterna se movía a saltos sobre un espacio sombrío y herboso que no era fácil de identificar de inmediato como un *jardín*. Debía de haberse metido por ahí desde la calle.

¡Demasiado tarde! *Intrusa*.

El haz saltó cegadoramente al rostro de la intrusa. Con los dedos extendidos la intrusa se cubrió los ojos que ya le dolían, que ya eran furtivos.

Una puerta de la terraza se había abierto sigilosamente, una voz alarmada preguntaba: *¿Hola? ¿Hay alguien ahí? ¿Qué quiere usted*?, y la intrusa habló con calma, con aire de disculpa, explicó que no se había dado cuenta de que aquello era propiedad privada, que solo estaba buscando a una gata perdida, una gata gris de pelo largo llamada Minx, con un collar azul, desaparecida ese mismo día del 19 de Gödel Lane.

Se encontraba, insomne merodeadora nocturna, en el césped del jardín trasero de una vecina, desorientada, tras perder la noción de su entorno bajo una sombría media luna.

Siguió entonces: un aluvión de palabras, disculpas mutuas, compasión por la buscadora de la gata perdida y preocupación por la pobre Minx (descrita como una «gata tímida de interior, ya no tan joven», que nunca salía y a la que el exterior le aterraba, por no hablar del Bosque del Instituto, con sus zorros, mapaches y coyotes, peligrosos e incluso letales), un intercambio de números de teléfono, la promesa de estar atenta por si aparecía Minx.

¡*Buenas noches*!

Buenas noches.

Se dio la vuelta, se alejó a paso ligero. Corriendo a medias.

Secándose las lágrimas de los ojos. ¡Qué cansada estaba de las *lágrimas*!

Durante esos breves minutos, recordando, más allá del abismo de la muerte de su marido, el misterio de su querida gata Minx, que se había internado, según la teoría de ella y su marido, en el Bosque del Instituto siete años antes sin dejar rastro, sin que apareciese siquiera un pequeño esqueleto de gato en el bosque tras meses de búsqueda.

Se repite a sí misma: *Todo irá bien, estarás bien*.

Una respiración tras otra.

Sonámbula de día y de noche, intrusa en lugares oscuros.

Días interminables en los que la conciencia pasaba fugazmente por la cabeza de Zahira como esas manchas de luz y de sombra que empuja el viento sobre el suelo.

Era como un abismo, un súbito pozo profundo en la tierra. Desnudo y abierto. Al otro lado, su vida *antes*. De este lado, su vida *después*.

Sin puente entre ambas. Sin pasarela por la que pudiera al menos arrastrarse.

Desde la muerte, Zahira rara vez dormía a horas normales y en lugares normales. Le aterraba estar tumbada despierta durante horas —(era infernal oír los primeros cantos de los pájaros, los cardenales, anunciando el alba)—, así que evitaba dormir todo lo que podía. Se agotaba caminando kilómetros cada día por el Bosque del Instituto y más allá. Se consolaba con la promesa de la noche, dormir si lograba caer en la cama lo bastante exhausta. Porque hay

un punto definido en el que el agotamiento físico se funde con la felicidad de derrumbarse, de dormir. Lo que sea que signifique *dormir*. Por lo visto, había perdido la práctica. Había perdido el ritmo. Posiblemente estaba relacionado con el latido del corazón. Ya no podía contar con la noche, con el sueño. Porque durante semanas había experimentado ese terror pánico de que si se dormía, en ese espacio de tiempo su marido moriría, y de hecho algo así era lo que había ocurrido aunque entonces estaba en el hospital, aunque no junto a su cama, imperdonablemente. De modo que permanecía erguida, vertical, todo el tiempo que podía cada día. El puro agotamiento era la clave para derrumbarse, lo que conduce al sueño más fiable. Perder, dejar de lado, eso que llamamos *conciencia*.

Él había dicho: en realidad no sabemos qué es la *conciencia*. Pero sabemos cuándo la *conciencia* está ausente.

Era una época de movimiento perpetuo. Sentada, no sentada, de pie, caminando, subiendo escaleras, bajando escaleras, en un bucle. La casa era grande, demasiado grande incluso para dos personas de las cuales una había acumulado más de treinta mil libros, pero aun así las paredes eran opresivas, el techo se cernía bajo, como una frente que presionaba hacia abajo si no mantenías los ojos abiertos, alertas.

Zahira tiene trabajo que hacer, es traductora. Ha traducido poesía al inglés del árabe, del francés. En el momento de la hospitalización de Herman, se había llevado trabajo al hospital, tanto tiempo de tranquilidad había imaginado, pero de alguna manera no hubo tiempo de tranquilidad, ni tiempo para la reflexión o la concentración, y cuando en los intersticios de las emergencias médicas echaba un vistazo a su trabajo en su portátil le parecía algo

sin importancia, totalmente inútil, sin valor, ¿por qué se engañaba a sí misma?..., *nada de esto importa*.

Herman solía preguntarle sobre su trabajo, se tomaba el tiempo de leer borradores de sus traducciones, en los primeros años de su matrimonio se había interesado particularmente en el trabajo de Zahira, pero últimamente no, tenía que admitir Zahira. *Ni lo más mínimo*.

Aun así, desde luego *no tomaba* pastillas para dormir. Se *negaba* a tomar pastillas para dormir. Comprendía que el anhelo de reunirse con su difunto esposo era tan fuerte que no debía dar ni siquiera el primer paso.

El anhelo de inconsciencia era muy poderoso, tan poderoso como cualquier deseo físico, y una vez que comenzara a depender de la medicación, pronto necesitaría dosis mayores; se sentiría insatisfecha con la diluida papilla del dormir medicado sin sueños, sin la profundidad desgarradora de los sueños; buscaría períodos de sueño cada vez más largos, un pozo profundo, un pozo profundo que se abría a la nada, a la inconsciencia, dentro del cual Zahira no se atrevía a mirar, no se atrevía a inclinarse para ver el pálido rostro espectral que la esperaba abajo.

Y así, vestida de oscuro, con una chaqueta oscura con capucha para cubrirse la cabeza como una penitente, como una disciplinante, dolorida por el cansancio y aun así impaciente consigo misma, a merced de aquella futilidad, merodeaba de noche por el barrio residencial en torno al Instituto, que, al carecer de aceras, al carecer de farolas, con árboles altos y con densos setos fúnebres, parecía un paisaje rural nocturno en un cuadro nórdico. Merodeaba, pensando: *Quizás él esté en algún lugar por aquí. Quizá esté perdido también*.

Una afirmación irracional de día, pero razonable de noche.

Todo es razonable en la oscuridad.

Palabras que entran flotando en el cerebro de la viuda como neutrinos atravesando la materia (aparentemente) sólida.

Tempestuosas emociones en caminos húmedos en noches de otoño.

¡*Oh, Vida, que comienza en fluida Sangre*,

y al consumarse es aburrida!

Tropezando a plena luz del día como si fuera de noche. Cortando una llamada de una vecina preocupada, mujer de uno de los colegas de su marido. De repente la cansa mucho otra voz humana. La voz *de él* se ha silenciado, no hay otra voz que ella quiera oír.

Luz de luna tan clara como el día pero el paisaje drenado de luz. No se debe despertar a un sonámbulo, pero Zahira no está segura de si está despierta o dormida.

Caminar de noche es como nadar en un agua oscura, invisiblemente. Internándose unos seiscientos metros en el bosque hay un arroyo estrecho, un puente rudimentario que lo atraviesa, de estructura primitiva, con la anchura justa para una sola persona, con cuerdas a las que agarrarse al cruzar; hay que ir impulsándose con esas cuerdas, pues el puente se balancea y se sacude como si estuviera a punto de venirse abajo y caer al agua.

Zahira ha cruzado este pequeño puente muchas veces de día. Sabe cómo agarrarse a las cuerdas para mantener el equilibrio. Ebria sensación de quedar liberada de la gravedad. Hay casi una sensación de regocijo, de vértigo.

No es que Zahira corra peligro de ahogarse en el somero arroyo, no. Su paso es demasiado firme como para que pierda el equilibrio, y el agua tendrá menos de sesenta centímetros de profundidad. Tampoco hay rocas contra las que pueda golpearse la cabeza si cae.

Cesar en la medianoche sin dolor.

No a menudo, pero a veces paseaban juntos por el bosque. No a menudo, pero a veces el marido de Zahira se tomaba un tiempo para estar con ella, un tiempo no planeado, espontáneo. Era solo a petición de Zahira; Herman jamás pensaría por sí mismo en una excursión tan frívola. Su vida era su trabajo, le había advertido antes de casarse. Una mujer casada con Herman Kruk tendría que contentarse con una pequeña porción de vida emocional, esto Zahira lo comprendía. Como una luna en forma de hoz en el cielo nocturno, estrecha pero radiante, hipnótica.

De esa luna en forma de hoz ella había esperado al menos un hijo.

Pero eso no había ocurrido. ¿Por qué? ¿*Por qué* había tenido esa expectativa?

Ahora es otro momento. Ahora es *después*.

Zahira está sola, no hay nadie a su lado a quien pueda tomar (tímidamente) de la mano. Nadie a su lado cuyo silencio sea tan intenso que ella jamás querría interrumpirlo.

El amor más profundo, no palabras sino el ser.

Estar cerca, estar presente. Amor, silencio.

Jamás el marido de Zahira cruzó el puente rudimentario con ella. Jamás se adentraron juntos tan adentro del bosque, pues invariablemente Herman quería regresar, la placidez de la naturaleza no le interesaba, le parecía aburrida; para el biólogo molecular, lo fascinante es lo molecular, no la mera biología. Para Zahira, el hecho

de un paseo con su esquivo marido tenía que importar más que la duración del paseo.

Al regresar de cada paseo, Zahira pensaba: ¡*Recordaré esta ocasión*!

Pero en realidad Zahira no recuerda los paseos individuales. Prácticamente todo lo que se dijeron a lo largo de treinta y dos años de matrimonio está en su mayor parte olvidado, agua que se arremolina al irse por el desagüe.

Al cruzar el puente peatonal Zahira se siente acunada por el balanceo, por las sacudidas. Se queda muy quieta agarrada a las cuerdas para mantener el equilibrio. Se inclina para mirar el agua negra de abajo. Allí, una tenue corriente, una ondulación apenas visible, como la piel de un animal que se sacude al emerger del sueño.

Mira hacia abajo mientras sus ojos se ajustan a la oscuridad. Sintiéndose mareada, a la deriva. Un olor a tierra mojada. Fértiles hojas podridas. Por un escaso instante liberada del malestar al que la viuda aún no ha dado el nombre de *duelo* —(pues nombrar la sensación que la satura despierta y dormida sería a la vez demasiado fácil e inadecuado)—, como si la oscuridad se hubiera aclarado.

Ve reflejada en el agua una figura junto a la suya; una figura inmóvil, pero a la vez amigable; de pie muy cerca de Zahira como si le murmurara algo al oído.

Tal miedo siente Zahira que está a punto de desmayarse. Su lengua se ha vuelto fría. El corazón le ha dado una sacudida como si estuviera a punto de entrar en fibrilación.

Nadie a su lado en el puente..., por supuesto...

Zahira se da la vuelta, ansiosa por alejarse del puente. El hechizo se ha roto, ya no siente ningún deseo de mirar hacia abajo, al agua que ondula lentamente.

Sigue el sendero cubierto de hojas que sale del Bosque del Instituto. Medio corriendo, sin aliento. Tiene abrojos pegados a su ropa oscura, las suelas de sus zapatillas de lona están mojadas como esponjas. Por la carretera de detrás de los edificios del Instituto vuelve a la casa de Gödel Lane, que ha dejado con las luces encendidas en la mayoría de las habitaciones para sugerir una atmósfera de actividad, incluso de algo festivo para cualquier observador que pasara en coche.

Eso no es una residencia —¡obviamente!— donde hay una sola persona, una viuda, encogida de miedo.

Zahira aún está muy alterada pero empieza a olvidar por qué, *por qué* está sin aliento de tanto correr, no hay razón para que se dé tanta prisa en volver a la casa, que la espera exactamente como la dejó: vacía.

En todas las habitaciones: nadie.

Nadie cuenta con su llegada. Nadie la espera.

Es sorprendentemente tarde..., o temprano: cuatro y cuarto de la madrugada.

Por un instante de confusión no recuerda dónde ha estado. ¿Buscando a su gata perdida, Minx?..., pero Minx desapareció hace años.

(Herman apenas parecía percatarse de la presencia de la gata, pero cuando desapareció la echó de menos).

(Zahira lo había observado mirando a su alrededor, frunciendo el ceño. Echando de menos a la gata gris de pelo largo sin comprender

qué era lo que echaba de menos).

(Era solo que... *falta algo*).

(Algo no está bien).

A mitad de las escaleras, una sensación de pavor se adueña de Zahira, se da cuenta de que intentar dormir en su habitación será un error. La idea más segura es dormir en el piso de abajo.

Apaga las luces una a una. Cae sobre la cama del cuarto de invitados, se hunde casi de inmediato en un sueño profundo y sin sueños, como en el fango más oscuro. ¡Qué agotada está! Zahira siente que su cerebro se disuelve en la inconsciencia; en ese estado renunciaría a despertar jamás.

La figura en el puente junto a ella. Reflejada en agua negra y ondulante.

Yo te quería, ¿sabes?

Ahora mi boca está llena de cenizas.

¿*Zahira*?..., la llaman por su nombre a lo lejos.

Despertada de golpe, bruscamente. Son las siete y veinte de la mañana; Zahira lleva durmiendo tres horas...

No sabe bien dónde está, por qué en esta habitación del piso de abajo, sábanas empapadas de sudor y el corazón golpeando como un pájaro atrapado dentro de su caja torácica... Caramba, llaman a la puerta a estas horas. Un timbrazo estridente, golpes, su nombre dicho con apremio: ¿*Zahira? ¿Hola*?

La despiertan justo cuando más necesita dormir. Zahira tiene ganas de llorar, de gritar.

¡*Dejadme en paz! ¡Fuera de aquí*!

Pero la voz persiste. Increíblemente, el timbre suena una vez más.

Presa del pánico, Zahira se envuelve en una sucia bata de seda. Es una crueldad que la expulsen de ese sueño profundo y sin sueños, apenas puede mantener el equilibrio, se apoya en las paredes mientras camina descalza hacia la puerta principal. El cabello en torno a su rostro pálido e hinchado, la boca seca como si estuviera llena de arena.

¿Zahira? Hola...

A través de una estrecha ventana vertical junto a la puerta ve, en los escalones de entrada, a esa mujer..., Meghan: Meghan Dunne. *Esa* mujer.

La mujer que se atrevió a tomarla de la mano en el funeral la otra noche. La mujer que se atrevió a acercarse a Zahira como si fueran hermanas.

Sin otra opción, Zahira tiene que abrir la puerta. Le debe a su marido (eso cree) comportarse con civismo, con sensatez, en esta comunidad donde todos se conocen y difundirán chismes sobre ella si no se comporta como corresponde.

En el rostro de la intrusa una expresión de alivio al ver a Zahira despierta, de pie. Y de desilusión, cuando se da cuenta de que Zahira claramente no se alegra de verla.

Meghan, con cierta incomodidad, explica que suele caminar todas las mañanas a esta hora y quería ver si Zahira estaba bien...

—¿Y por qué no iba a «estar bien»? ¿Estás *tú* bien?

La voz de Zahira está ronca, como si no hubiera hablado en mucho tiempo. Meghan Dunne pone una sonrisa boba.

—Lo... lo siento, pensé...

—¿Pensaste que me había suicidado? ¿Una «sobredosis» de algo?

—No, no... por supuesto que no...

—Bueno, no me he suicidado. Como puedes ver. Ya puedes dar la noticia. Gracias por estar tan atenta.

Meghan sigue moviendo la boca, con una especie de disculpa banal, cuando Zahira cierra la puerta de golpe, se da la vuelta.

¿Tiene Zahira Kruk tendencias suicidas? No las tiene.

Esa misma mañana, Zahira encontrará una pequeña bolsa de regalo en los escalones de entrada. Dentro, varias botellas de batidos de frutas (fresa-plátano, vainilla-melocotón, arándanos) y una tarjeta: *Disculpa la molestia. No quería alarmarte. Me levanto temprano casi todos los días. Ven conmigo si quieres dar un paseo. No pretendo saber (exactamente) por lo que estás pasando, pero diría que estás comiendo como deberías. Tu amiga Meghan*.

Zahira se ríe con desprecio. Meghan Dunne le ha escrito la nota tan rápido que se le ha olvidado una palabra clave: *no*.

Diría que no estás comiendo como deberías.

Firmado: *Tu amiga Meghan*.

¡Qué imbécil! Metiéndose donde no la llaman.

Siente la tentación de tirar los batidos, bebidas empalagosas que a Zahira no le gustan por lo dulces que son, y la tarjeta..., sobre todo la tarjeta.

Sin embargo, mareada por el hambre, engulle el batido de fresa y plátano sentada a la mesa de la cocina. Cuando termina, se bebe casi entera una segunda botella.

Muy cansada de pronto. Incapaz de mantener los ojos abiertos.

Tropieza en algún lugar y cae sobre un sofá, en cuestión de segundos está profundamente dormida y no despierta hasta media

tarde.

Los *derechos de sucesión* exigen (durante el día) toda la energía de la viuda. No hay tiempo para nada más.

Hace llamadas telefónicas en una época en la que es raro, en la que es prácticamente imposible, contactar con una persona de carne y hueso. Rellena formularios (en línea). Habla con un empleado del banco, por fin. Habla con su abogado. Presenta documentos: juzgado de sucesiones. Gestiona la transferencia de los títulos de propiedad (casa, vehículo) a *Zahira Kruk, esposa*.

Pero, por las noches, está demasiado inquieta para quedarse en casa. Nerviosa, sin ganas de dormir. Le aterra permanecer tumbada sin poder dormir. No puede leer, no puede trabajar, no puede ver la televisión. No puede quedarse quieta. Apenas escucha los mensajes de su contestador, las amables invitaciones de sus amigos. Rara vez revisa su correo electrónico salvo para ver que el número de mensajes sin leer en su bandeja de entrada ha alcanzado las cuatro cifras.

Pues *¿para qué*? Nadie por quien Zahira tenga el más mínimo sentimiento se pone en contacto con ella.

Descubre que la contraseña que ha estado usando para el ordenador de Herman es ahora *incorrecta*.

Debe de estar recordándola mal. O escribiendo la palabra mal.

Aun así: *incorrecta*.

Al anochecer se aventura a salir. Como una criatura nocturna. Cuando no es probable que nadie la vea.

Con ropas oscuras, con una linterna; nubes tenues arrastradas sobre la faz de la luna...

Con miedo a extraviarse. Incluso de día es fácil perderse en el Bosque del Instituto, donde los senderos están notoriamente mal señalizados.

Cómo buscó en ese bosque a Minx, su gata gris de pelo largo, semanas y meses después de saber que la búsqueda sería inútil. En busca de unos restos cubiertos de pelo, o de un esqueleto... Porque en cierto sentido a Zahira le parecía peor, más doloroso, que la gatita vagase perdida y desesperada buscando su casa y sin encontrarla jamás.

Alumbra hacia delante con la linterna. Atrae enjambres de mosquitos, polillas. Espera a que reaparezca la luna. Es medianoche, o más tarde de medianoche. Zahira se ha extraviado, sus pies ya están empapados. *Semanas después, descubren el cuerpo*.

Finalmente, Zahira logra encontrar el camino hasta el arroyo, hasta el puente rudimentario en el interior del bosque. Más lejos del inicio del sendero de lo que recordaba.

Pisa con cuidado al entrar en el puente. Se agarra a las cuerdas. Y allí de nuevo reflejada en el agua negra, lenta y ondulante (no claramente, sino oscuramente, como en una Polaroid descolorida) está a su lado la figura. *Un hombre. La figura de un hombre. Sin rostro, todo él sombra*.

Si Zahira se queda muy quieta, si mira fijamente el tiempo suficiente, con la suficiente intensidad.

Si no se da la vuelta para ver que, a su lado, en el puente, no hay nadie.

—Eres absurda. Repugnante.

A la viuda le choca, la perturba profundamente. Como los atracones de comida, quedarse dormida como en coma durante nueve horas seguidas.

Descubre en sí misma, en una región de su alma que creía insensible, adormecida como un nervio puede estarlo ante el dolor, una emoción tan cruda como la *envidia*, los *celos*.

—No es posible. Si serás *estúpida*.

A pesar de que Zahira evita ver a gente, a las amigas, las conocidas, la gente del Instituto, los hombres solitarios (divorciados, viudos) que la han llamado, que le han enviado correos electrónicos o incluso que han intentado acercarse a ella en lugares públicos como el supermercado (imposible de evitar, a pesar de que Zahira compra en la poco concurrida hora antes del cierre), aún se sorprende cavilando sobre la buena fortuna de las mujeres a las que conoce y que todavía tienen a sus maridos; mujeres que no son (aún) viudas.

Zahira no codicia realmente a sus maridos. Son *sus matrimonios* lo que Zahira codicia.

Camina de noche, demasiado inquieta para quedarse en casa. Pasa junto a las casas cálidamente iluminadas de los vecinos, ubicadas en terrenos de una hectárea o más tras barreras de árboles, de arbustos.

¿Vas a querer vender tu casa? Si es así, puedo ponerte en contacto con...

Sin embargo, Zahira puede ver habitaciones iluminadas en algunas de estas casas, incluso el movimiento de personas en su interior, el brillo de una pantalla de televisión, es evidente que a los vecinos de

Zahira les da igual que los vean. Pues este es un vecindario tranquilo en el que hay pocos peatones a cualquier hora.

Gente paseando perros, corredores, algún que otro ciclista. Caminantes de primera hora, como Meghan Dunne.

Calzadas sinuosas, callejones. Sin aceras.

Siente una punzada de algo parecido al resentimiento, a la ira. Que ella, Zahira Kruk, sea ahora una de las *excluidas*, cuando durante toda su vida adulta ha estado *incluida*.

El matrimonio, protector como un nido densamente tejido. Uno de esos nidos —de cornejas, urracas— construidos tan apretados, tan amorosamente que son prácticamente impermeables.

De todas las casas del vecindario, es la casa de los Greb la que atrae a Zahira, a ochocientos metros de su casa, en Feynman Drive. De todos los matrimonios, es el matrimonio de los Greb el que la llena de envidia.

No es que Zahira desee ser Hester Greb, porque no es así. Ni siquiera la esposa de Ilya Greb, en realidad no.

Es solo... el *matrimonio* de los Greb...

Ilya Greb, un biólogo que fue colega del marido de Zahira. Varios años mayor que Herman y más aclamado: a los cincuenta y un años, junto con una o dos personas más, había recibido el Premio Nobel por su labor en el campo de la inmunología; de entre sus colegas biólogos, era a Ilya a quien Herman más admiraba. No es un hombre atractivo, no de manera obvia, con su rostro simiesco y anguloso, una frente baja, una mirada de incómoda intensidad y una sonrisa que sorprendía por su súbita calidez... cuando sonreía...

Hace años, recuerda Zahira con vergüenza, Ilya Greb se comportó de forma un tanto insensata al imaginar que estaba enamorado de

ella, la esposa (mucho más joven) de su colega; aunque no ocurrió nada..., por supuesto...

Como una película que vio hace mucho tiempo, que recuerda solo a trozos. Herman nunca lo supo, nadie se lo pudo haber dicho. Quizá Hester sí lo supo, pues las mujeres sienten esas cosas.

Si alguna vez cambias de opinión, aquí estoy.

Pasa por delante de la casa de los Greb, una de las más antiguas del barrio. Impasible, baja, ladrillo oscuro y estuco. Techo de pizarra deteriorado. Caóticos arbustos de hortensias, setos crecidos. Las casas del Instituto se construyeron a principios del siglo XX; en aquella época, las familias contaban con servicio doméstico, nadie podría permitirse ahora nada por el estilo.

No hay luces en la planta baja de la casa de los Greb. Una sola luz arriba, muy probablemente en el dormitorio del matrimonio.

Zahira siente una punzada de dolor, de amargura. La intimidad de un dormitorio, de una cama: compartir la cama con un marido.

Incluso un marido tan distante. Aun así, en sus brazos, *suyo*.

Todo eso le ha sido arrebatado a Zahira.

Desde la muerte de su marido, Zahira no ha visto ni ha hablado con Ilya Greb, pero sabe que lo han operado hace poco; que se está recuperando, aunque lentamente, y que rara vez sale de casa, donde Hester cuida de él. Hester, con cara de agobiada, acudió al funeral de Herman y dejó mensajes de condolencia para Zahira, le envió una tarjeta. Sin duda, Hester firmó la tarjeta con su nombre y el de Ilya; probablemente también envió flores. Zahira, abrumada por el dolor, apenas se ha fijado. No tiene intención de guardar las tarjetas, ni de escribir por compromiso las correspondientes tarjetas de agradecimiento.

Recuerda ahora aquella peculiar etapa de su vida hace más de veinte años.

Un nervio que creía muerto, de repente temblando de vida.

Aquella época en que Ilya Greb, casado desde hacía mucho tiempo, con hijos adultos, con una amante esposa, empezó a acercarse a Zahira Kruk en las reuniones del Instituto para hablar con ella de forma tímida pero persistente; lo más incómodo era que la miraba con ojos de adoración. Pronunciaba su nombre con una reverencia conmovedora: *Za-hi-ra*.

Siempre parecía a punto de soltar alguna tontería: ¡*Pero si creo que te conozco! Yo te he visto... en algún lugar*...

En los círculos del Instituto, Ilya Greb ya era renombrado. Un biólogo molecular que había recibido el Premio Nobel de Fisiología. Había obtenido otras distinciones de más joven. Nada de esto había cambiado su carácter, su humildad era genuina. Reaccionaba con vergüenza cuando lo felicitaban, murmuraba que la labor por la que había recibido el Premio Nobel la había realizado años antes, cuando tenía treinta y tantos; sus colegas más jóvenes eran los verdaderos responsables de las nuevas vacunas, no él.

También era tímido en compañía de Herman Kruk. Observaba con disimulo al otro más joven, como si se midiera con él: ni de lejos tan atractivo, ni tan seguro de sí mismo, un *patoso*, según decía de sí mismo.

Tímido, pero, como muchas personas tímidas, gracioso cuando quería. Hacer reír a los demás era una forma de apropiarse de ellos. Le encantaban las películas de Charles Chaplin, los Hermanos Marx, Buster Keaton. Había cultivado un estilo *keatoniano*: jocoso pero inexpresivo, como una marioneta.

Al ver que Zahira se sentía incómoda en su presencia, Ilya intentaba hacerla reír, con torpeza. Era realmente gracioso, a su manera desmañada.

Zahira, que conocía la atención masculina desde la adolescencia, había cultivado maneras de desviar ese interés sin caer en el insulto: procuraba sonreír, pero no demasiado pronto; reconocer los chistes malos sin soltar una carcajada; nunca aparentar complicidad, *compenetración*. Bastante le costaba ya, podría haber dicho bromeando, mantener una *compenetración* íntima con su propio marido, como para malgastar su energía emocional con los maridos de otras mujeres.

Zahira no tenía interés en aventuras sexuales, tenía su trabajo del que ocuparse, difíciles proyectos de traducción, una tendencia a la autocrítica severa y la autocensura. Era cierto que su nombre de nacimiento era «Sarah», una máscara de convencionalismo, de insipidez; «Zahira» era la máscara más apropiada, un nombre ideal para una traductora del árabe. (Las lenguas de Zahira eran el árabe, el francés, el italiano y el inglés; su especialidad era el árabe literario). No tenía tiempo para fantasías románticas ni habría animado al marido de otra mujer a cortejarla por pura vanidad, como hacían algunas; para tener admiradores entre los maridos de sus amigas, algo usual en comunidades como la del Instituto, no romances serios, no aventuras, no expectativas u obligaciones sexuales, solo relaciones platónicas de carácter público. Zahira se resistía incluso a estas, pues le parecían hipócritas.

Aun así, Zahira pasó, solo una vez, por la oficina de Ilya Greb en el Instituto ya que él había insistido en invitarla. Era un científico de renombre, Zahira sentía un interés genuino por su trabajo, pues

guardaba relación con la salud pública, con la epidemiología. Siempre buscaba temas sobre los que pudiera conversar con conocimiento de causa con su esposo. E Ilya era un hombre verdaderamente amable, un caballero.

Escuchando a Ilya hablar con aquel entusiasmo, deseaba que Herman pudiera compartir pensamientos similares con ella. Su esposo era de lo más reservado, Zahira a menudo sentía como si una barrera mental lo escudase de los demás, incluso de su esposa. Su mirada se velaba cuando escuchaba a Zahira hablar, como si tuviera la cabeza en otra parte.

Pero Ilya Greb se dirigía a Zahira directamente, fijándola en su intensa mirada, en el halago de aquella mirada. Que Ilya le hablara como si —casi— fueran iguales, que Zahira pudiera comprender las complejidades de las que hablaba..., era conmovedor para ella, halagador.

Enfermedades, contagios. Historia de epidemias, de las pandemias. Las primeras formas de atención médica. El (fortuito) desarrollo de las inoculaciones, de las vacunas. A Zahira le resultaba emocionante pensar, con Ilya, al igual que con Herman, que la investigación científica era una forma de vida impersonal, «sin yo», más allá del (mero) yo. Una especie de religión secular, mucho más fiable que la sagrada. Como Herman, Ilya creía firmemente en la acumulación de conocimiento objetivable mediante minuciosos experimentos; una tarea altruista en la que uno se aupaba sobre los hombros de innumerables precursores. Nadie estaba aislado, no existía ningún «genio solitario». Zahira se emocionaba al pensar en una frase de una de las cartas de Flaubert: *Aimons-nous donc en l'Art, comme les mystiques s'aiment en Dieu*.

Amémonos pues en el arte, como los místicos se aman en Dios.

En el despacho de Ilya había una lámina enmarcada de *Pesca nocturna en Antibes*, de Picasso, que ocupaba gran parte de la pared. Ilya vio a Zahira observándola con atención y le contó que aquella había sido la primera obra de arte que realmente le había llamado la atención, a los diez años de edad; la había visto reproducida en un libro, sin tener ni idea de quién era Picasso ni de que la imagen era de una gran pintura al óleo. Le había fascinado la extrañeza de la obra, que parecía un sueño, con sus colores inusuales, apagados, de aspecto antinatural, y sus figuras aplanadas, como caricaturas, que le impactaron especialmente:

—No sabía por qué, pero me ponían ansioso, me parecían muy realistas. Y aun así no eran realistas en absoluto.

Años después, ya adulto, Ilya descubrió el óleo en el MoMA y quedó asombrado por su tamaño, por las visibles pinceladas, por una atmósfera de tensión y angustia en el lienzo que no era visible en la reproducción. Volvió varias veces para contemplar *Pesca nocturna en Antibes*, era para él como un enigma, un irritante. Terminó comprando una reproducción de alta calidad en el museo e hizo que se la enmarcaran.

—Mi esposa lo odia, odia a Picasso por principio. Pero a mí me gusta tenerlo aquí, cerca de mi laboratorio. *Aquí* es donde paso la mayor parte de mis horas de vigilia.

Ilya le contó a Zahira que Picasso había pintado *Pesca nocturna en Antibes* dos años después del *Guernica*, la obra por la que era más famoso. Compartía temas similares —la guerra, la violencia— con el *Guernica*. Una de las figuras caricaturescas representaba al propio

Picasso, Ilya habría pensado que el artista era joven entonces, pero tenía cincuenta y siete años.

—El artista «pescando» en aguas oscuras. Rodeado de peligro, de muerte. La «pesca» es la aventura desconocida.

Ilya hablaba con una inusual calidez, como si estuviera confesando un secreto. A Zahira la intensidad de aquel hombre le parecía un tanto embarazosa, pero sus palabras la conmovían, pues era cierto: todos pescamos en aguas oscuras, de noche. Cada uno tanteando a su manera.

Rodeados de formas y colores subacuáticos, antinaturales: verdes apagados, morados. Rostros humanos aplanados como máscaras.

Ilya habló largamente sobre su vida anterior, su trabajo, al que había llegado por casualidad, cuando lo aceptaron en la facultad de Medicina pero decidió aplazar sus estudios un año, lo que alteró el curso de su vida.

—Habría sido un médico histérico. Me habría desgastado tratando a los pacientes. Nadie habría oído hablar de «Ilya Greb», no estaría aquí.

Pronunció «Ilya Greb» con un aire de cómica ironía, como si fuera algo que le hubiera sucedido, un sino.

Y ahora, al conocerla a ella, a Zahira:

—Siento que mi vida está a punto de tomar un nuevo rumbo, una vez más.

Zahira no supo qué responder. Era absurdo, ridículo... que Ilya Greb pensara que, aunque solo fuera por un instante, Zahira pudiera considerarlo un amante, o que ella pudiera desempeñar en la vida de él un papel... cualquiera que fuese el que se estaba imaginando...

No una segunda esposa, suponía ella... ¿Una mujer de treinta y tantos años divorciándose de su marido para casarse con un hombre que frisaba los sesenta, por muy joven que pareciera?

Y ese hombre casado con otra mujer desde hacía décadas, con hijos y nietos.

Zahira intentó sonreír débilmente. Se sentía avergonzada por haberse metido en aquella situación.

De entre todas las personas decentes, Ilya Greb no merecía que jugaran con él. Zahira lo sabía.

No con palabras, sino con su actitud permitió que Ilya Greb supiera: *Sí, yo también me siento atraída por ti; pero no, no pasará nada entre nosotros*.

Tan solo una franja de pelo en la alta cúpula de la cabeza de Ilya, un vientre blando y en expansión, hombros estrechos, piernas pálidas y flacas (había visto a Ilya en pantalones cortos). Llevaba sandalias Birkenstock con calcetines; sudaba de emoción cuando hablaba de su trabajo, se ponía demasiado cerca de Zahira, la cual pensaba con ironía que, aunque no estuviera felizmente casada, jamás haría el amor con un hombre que llevara sandalias con calcetines. Ilya era demasiado amable, demasiado *paternal*.

Ilya tenía la (errónea) impresión de que iban a almorzar juntos; Zahira le explicó que tenía otro compromiso.

¡Qué expresión de dolor infantil, de decepción en su rostro simiesco!... Zahira fingió no darse cuenta.

En realidad, dijo Ilya, nunca almorzaba en el Instituto, ni en ningún otro sitio, normalmente se comía un sándwich en el laboratorio, un almuerzo de faena, pero hoy había hecho una

excepción, por Zahira había hecho una excepción. Había una reserva en el comedor del Instituto...

Zahira negó firmemente con la cabeza. *No, gracias, Ilya*.

Ilya intentó convertir el rechazo en un número cómico. Arrastrando los pies de un lado a otro como Buster Keaton, desconcertado, pero insistiendo: *¿No? ¿No? ¿Nada?... ¿Nada en ABSOLUTO*?

Zahira rio, incapaz de resistirse.

—¿Otro día, entonces?

—No creo. Lo siento.

—¿De verdad?

—Sí. De verdad..., *no*.

Sabía que aparecer con Ilya Greb en público, en el comedor del Instituto, llamaría la atención de la comunidad. Aunque no hubiera nada entre ellos, y de hecho (casi) no lo había, la mera presencia en ese comedor, aquella especie de exhibición teatral de su estatus de *amantes*, por improbable que fuera, sería considerada de mal gusto, vulgar.

Y la noticia llegaría a oídos de Hester, y de Herman, sin duda.

(Aunque Herman no los habría visto, ya que, al igual que Ilya Greb, nunca hacía un almuerzo formal, trabajaba casi siempre todo el mediodía sin salir de su laboratorio).

—Adiós, Ilya. Tengo que irme...

Como un Buster Keaton abatido, Ilya siguió a Zahira hasta la puerta. Torpe, patoso, bufonesco, desconsolado. Inexpresivo.

Tocando la muñeca de Zahira con el índice, suavemente, dijo en voz baja:

—¡En fin, querida! Si alguna vez cambias de opinión, aquí estoy.

Si alguna vez cambias de opinión, aquí estoy.

Ha sido una noche intranquila. Zahira ha caminado en círculo por los terrenos del Instituto, en un circuito de cinco kilómetros. No se ha sentido lo bastante fuerte para adentrarse en el bosque. Se ha sentido atraída por lugares más familiares, como un perro perdido, como un gato perdido en busca de su hogar.

Pero ha temido que la vean, que la identifiquen. En las primeras horas de la mañana, una figura solitaria caminando por Feynman Drive hacia Gödel Lane.

Regresa finalmente a la casa, entra por una puerta lateral. Pensando, como suele pensar cada vez que entra, que si Herman está en casa, arriba, estará dormido; no la oirá entrar sigilosamente. No la llamará con voz asustada como hizo en el hospital: *¿Zahira? ¿Dónde estás? ¿Por qué me has dejado aquí solo*?

Entra tambaleándose en la habitación de invitados para dormir en la cama sin hacer. Sueño alterado en el que Herman la busca, pero (como puede ver Zahira) el rostro no es el de Herman, sino el de Ilya Greb.

No el rostro del hombre de ahora, un hombre de casi ochenta años. El rostro de décadas atrás, joven, animado.

Si alguna vez cambias de opinión...

Y ahora, ¿va a ser Zahira humillada aún más? ¿Enamorarse del recuerdo de un hombre (casado) que una vez le tocó la muñeca, que la miró con adoración, con quien hace años que no se ha visto en un entorno íntimo, que no ha hablado en privado?

Tampoco Ilya se ha puesto en contacto con Zahira desde la muerte de Herman.

Esa misma mañana Zahira descubrirá un vehículo desconocido en el camino de entrada a su casa.

Al volante, aparentemente dormida, esa mujer: Meghan Dunne.

Zahira se ríe. ¡Qué ridículo! ¡Qué *estúpido*!

Ya ha pasado la edad de los vínculos, de las amistades. Una compenetración entre viudas.

El tiempo de las *mejores amigas* ha pasado. Durante toda su vida adulta, tras dejar en Ann Arbor una familia inmigrante muy unida, Zahira ha evitado la intimidad emocional, de hecho no ha querido tener ninguna relación cercana. Se casó a propósito con un hombre como ella, que valoraba su privacidad. Entre ella y Herman había temas de los que ninguno de los dos se habría sentido cómodo hablando.

Sobre todo, las relaciones emocionales con otras mujeres nunca salen bien. Zahira está segura.

«Acabas haciendo el ridículo. *Tú* ».

No está segura de si se dirige a Meghan Dunne o a sí misma.

Aun así, Zahira supone que sería un gesto amigable, un gesto de buena vecina, al menos reconocer la presencia de la mujer dormida en su vehículo de forma tan descarada, en el camino de entrada de su casa.

(Zahira no se sorprende de ver en el asiento del copiloto, junto a Meghan, una bolsa de una exclusiva tienda de comida de Millstone. Croissants, tartaletas de frutas. Pan multicereales. Quesos).

Un golpecito en la ventanilla del Mercedes, al menos. No hace falta invitar a Meghan Dunne a entrar en la casa, pero eso es lo que

hace Zahira.

La vida de una viuda es *trágica*, no hay lugar para lo *banal*.

Sin embargo, de alguna manera, sin el consentimiento de Zahira, sin haber tomado en absoluto la decisión, sin nada consciente, intencionado, empezó a ocurrir que Meghan Dunne llamaba con frecuencia a Zahira y que, si Meghan no llamaba, Zahira esperase su llamada; era una especie de tic, un nervio espasmódico, el fenómeno de *esperar una llamada* que no deseaba especialmente, que casi temía recibir porque la voz de la otra mujer era un irritante para Zahira: una voz aguda, una voz susurrante, que rezumaba a la vez agresividad y disculpa.

¿Llamo en un mal momento? Puedo llamar en otro momento...

Nunca no era un *mal momento*. Pero, como Zahira sabía, Meghan sabía eso.

Poco después, de alguna manera, ocurrió que Zahira se encontró caminando, a primera hora de la mañana, con Meghan Dunne.

Sí, es de verdad estimulante caminar a primera hora de la mañana. No quedarse en la cama adormilada, pesada.

Caminar a paso ligero, un circuito de cinco kilómetros. El cielo iluminándose, increíbles formaciones de nubes, la voz de Meghan animada, implacable.

Ya no vagaba sola por la noche tan a menudo como antes.

La vida nocturna se desvanecía. Esa melancólica vida nocturna, el corazón hecho harapos. Deseando morir. Desvanecerse en la muerte, como en el arroyo oscuro y ondulante del Bosque del Instituto.

Una vida diurna tosca y carente de sutileza, como un girasol que se hace visible.

Qué parecida a un girasol: Meghan Dunne. Abriéndose paso entre las grietas del cemento. Imparable.

Semanas evitando a la gente con la sombría certeza de que no tiene ningún deseo de volver a ver a nadie nunca, desde luego no de volver a hablar con nadie, y sin embargo Zahira se descubre encontrándose con Meghan frente a su casa en Gödel Lane para caminar con ella a las siete de la mañana.

Acepta una invitación de Meghan, que tiene una entrada extra —(la del difunto marido)— para una obra de teatro, para un concierto. Queda con Meghan y con otra amiga para comer, para cenar en casa de una vecina, sin recordar cuándo dijo que *sí*.

Meghan insiste en que Zahira debería hacer voluntariado con ella en el Refugio de Animales de Millstone una o dos tardes a la semana.

Es idea de Zahira, sin embargo, conducir hasta el Vivero de Hart para comprar árboles (jóvenes, resistentes) que reemplacen la media docena de fresnos que han muerto y han sido retirados de su propiedad y de la de Meghan Dunne.

Y es idea de Zahira, con el caluroso apoyo de Meghan, donar árboles al Instituto en memoria de sus maridos y establecer fondos de dotación en el Instituto a nombre de sus maridos.

Trágico, banal.

Cuánto más digno sería para una viuda que amó a su marido quitarse la vida, piensa Zahira, en lugar de pasear tranquilamente

con Meghan Dunne por el Bosque del Instituto. La constante cháchara de la otra, reluciente e intrascendente como monedas de oro falsas.

Confesándole a Zahira, quien debía prometer no contárselo a nadie, que llevaba años desesperada temiendo que su marido le pidiera el divorcio, aterrada ante la posibilidad, intentando recuperar el amor de su marido, amor que (creía ella) se había vaciado poco a poco como el agua en la pila del lavabo, de lo cual nadie tenía la culpa, bueno..., *ella* tenía la culpa, por no ser capaz de evitarlo.

Confesándole a Zahira que no era por Zahira por quien temía que pudiera suicidarse, sino por sí misma, en sus peores noches.

Confesándole a Zahira que había hecho algo muy estúpido hacía unos días.

Muy vergonzoso, pero también cómico. Sí.

Con el enigmático murmullo que la caracteriza, Zahira parece expresar curiosidad, compasión. Aunque teme qué tipo de confidencia íntima va a pronunciar Meghan.

Con voz avergonzada, Meghan le cuenta que quedó con un hombre al que no había visto en cuarenta años, desde que eran estudiantes universitarios en Middlebury. Cuando él contactó con ella por primera vez (por Facebook) tras ver la esquela de su marido, ella no contestó, pero la otra noche lo hizo impulsivamente, sin saber por qué, intercambiaron unos cuantos correos electrónicos, y de repente ella sintió un terrible deseo de verlo, y él también estaba ansioso por verla, quedaron para cenar en New Brunswick —(cuarenta minutos en coche para Meghan, dos horas para su amigo)— pero cuando llegó Meghan vio a su amigo —«Lawrence»— antes de que él la

viera a ella, esperándola en un reservado del restaurante; lo vio y huyó...

—No pude seguir adelante. Qué *vergüenza*.

—Bueno. Yo no me *avergonzaría*.

Zahira nunca está segura de qué respuesta espera Meghan de ella en estas conversaciones.

¿Compasión o... risa? La mayor parte de lo que Meghan le cuenta a Zahira tiene un aire cómico, como si desde que enviudó hubiera perdido una *gravedad* esencial; empiezas a sentirte, le ha dicho a Zahira, como basura arrastrada por el viento.

—No era que Lawrence hubiera envejecido mucho..., aunque claro que ha envejecido. Parecía un abuelo hippie. O que yo no supiera qué decirle. Simplemente... sentí que... que iba a hacer el ridículo, a derrumbarme, a ponerme a llorar. Demasiado... *necesitada*.

—¿«Necesitada»... de qué?»

—De tener un marido. De estar casada. De nuevo.

—¿Así es como te sientes?

Zahira está sorprendida, su amiga le había parecido mucho más segura que ella, mucho más adaptada a ser viuda.

—No es que quiera «casarme». Quiero *estar casada*.

Zahira asiente, divertida. *Estar casada*, en el décimo o vigésimo año de matrimonio (tal vez). No tener que empezar de cero.

Ambas coinciden en que sienten envidia de las mujeres de su edad que aún tienen a sus maridos.

—De pronto tienen ventaja, tienen algo por lo que vivir. No solo vivir..., sino vivir para.

Zahira ha confesado un pensamiento desesperado. En el aislamiento de la noche del insomne, una revelación como esta es

algo profundo, estremecedor; en este paseo matutino con su amiga, en este entorno familiar, con su amiga vestida con un elegante chándal beige rosado con una capucha superflua, le parece simplemente algo disminuido, patético.

Envidia, celos. Qué mezquina se ha vuelto.

Sin embargo, hay una especie de consuelo en ello, en la mezquindad. Algo de hermanas.

—Hester Greb. A ella la envidio.

—Ay, Zahira, ¿de verdad?... ¡*Yo también* envidio a Hester!

Es raro que Zahira hable de manera tan impulsiva. De repente, las dos mujeres se echan a reír como colegialas.

Por supuesto, en la comunidad del Instituto, entre los maridos supervivientes de esa generación de brillantes investigadores científicos, el caballeroso, el dulcemente divertido Ilya Greb, con su Premio Nobel, es el ideal.

Confesar tener *envidia*, tener *celos* de Hester Greb, precisamente de ella. Qué sorprendida estaría Hester.

—Ella no se merece a Ilya —dice Meghan con seriedad—, es decir, es tan normal y corriente, tan seria..., siempre hablando de sus nietos. No creo que tenga ni idea de la persona con quien está casada. *Él* tiene un sentido del humor...

Zahira piensa: *Y me quiere*.

Es decir: *Me quiso. Hace tiempo*.

Ha pasado tanto tiempo, Ilya te echa de menos.

Ilya agradece mucho las visitas.

¡*Ilya está cada día más recuperado*!

Siete semanas después de la muerte del esposo de Zahira, Hester Greb invita a Zahira y a Meghan a almorzar a su casa.

Zahira amablemente declina, pero Meghan insiste en que *sí*.

En realidad, tal como Zahira recuerda vagamente, Hester Greb la ha invitado a su casa varias veces. Ha *estado pendiente* de Zahira desde la muerte de Herman. Pero Zahira declinó las invitaciones o las ignoró.

—No es porque seas viuda, o porque yo lo sea —dice Meghan—, es porque Hester quiere que la gente visite a Ilya. Él es una persona tan agradable que no será nada estresante. Dicen que se está recuperando de una cirugía, o que tiene «covid persistente», o ambas cosas. Echa terriblemente de menos su laboratorio. Echa de menos el Instituto. Tenemos que decir que *sí*, es una muestra de amistad.

Zahira vacila. Le resulta muy difícil, se le cierra la garganta ante la perspectiva de un *sí*.

Por supuesto, Zahira ha estado pensando mucho en Ilya Greb. Su obsesión con el marido (perdido) se ha transformado en una obsesión con el «amante» (perdido).

Teme que verá en el rostro de Ilya la expresión de sus antiguos sentimientos por ella: esa mirada de adoración; e Ilya ahora con setenta y tantos años, en silla de ruedas...

Pero yo te quiero, siempre te he querido. Za-hi-ra.

Tiene miedo de cómo reaccionará ella misma en su propia condición devastada. Como una amputada, cojeando con una sola pierna y una muleta mientras la gente intenta ser amable fingiendo que ella tiene las dos piernas.

¡*Qué valiente es Zahira! Pero no nos dejamos engañar por la impostura*.

Le explica a Meghan que siente tantos celos de Hester Greb, que teme dejarse llevar por la emoción en la casa de los Greb, que tendrá que excusarse e irse.

—No seas ridícula, Zahira. Solo es un *almuerzo*.

—No es por el almuerzo, es por el *matrimonio*.

—Deberíamos alegrarnos por Hester. No deberíamos sentirnos rivales.

Zahira contiene la respiración, resentida. Hester Greb *es* una rival.

—Hester es la principal cuidadora de Ilya, debe de ser agotador. Por supuesto que les gusta recibir visitas. Debes de haberte dado cuenta, Zahira: Ilya siempre pareció tenerte mucho cariño. No hace falta que nos quedemos mucho tiempo.

Siempre pareció tenerte mucho cariño. ¿Lo habían notado los demás? Zahira había querido creer que los sentimientos de Ilya por ella eran completamente secretos, privados.

—¡Vamos a ir! Somos todas vecinas.

Zahira intenta resistirse débilmente, pero Meghan se impone, Meghan tiene razón, por supuesto. En un sentido ético. Es un acto de buenas vecinas.

Aunque los Greb viven a ochocientos metros de la casa de Zahira, Meghan insiste en llevarla en su coche. Zahira suplica:

—¡Podemos ir caminando, Meghan! Por favor.

—No vamos a ir *caminando*. Si ocurriera algo, si alguien necesita que lo lleven a urgencias, tendré el coche. Además, hay que llevar zapatos elegantes, no zapatillas de correr. Es una ocasión especial.

Así que Zahira acepta ir en el coche de Meghan. Se siente ingrávida, predestinada; como una figura en una película.

Lo cierto es que Zahira es demasiado vanidosa para llevar zapatos planos al ir a ver a Ilya Greb, llevará un elegante vestido peruano de seda con un exquisito estampado, mangas largas, zapatos de verano con tacón medio. Las piernas al descubierto, de un pálido nacarado. Un collar de medallones griegos de aspecto antiguo, pendientes del tamaño de caracolas.

Zahira siente una oleada de mareo al acercarse de día a la casa de los Greb. Ha pasado tan a menudo frente a esa casa en mitad de la noche, mirando las ventanas tenuemente iluminadas como hipnotizada; sintiendo que los ocupantes de la casa deben de ser conscientes de su presencia, un espectro que ronda su hogar.

Razona que, con una tirada de dados levemente diferente, Zahira podría ser la esposa con un marido (vivo), no Hester Greb; en un universo alternativo, Zahira *es* la esposa de Ilya Greb.

Ese momento en que el médico revisa tu análisis de sangre en la pantalla de su ordenador: ¿dirá: *Todo sigue igual*, o dirá, tras un instante de vacilación, en voz más baja: *Parece que algo ha cambiado*?

Es eso, eso es lo que enfurece a Zahira. ¡La pura casualidad!

Como, al dormir, a Zahira la atormentan crueles sueños del *antes*. Está en un lugar en el que, de manera provisional, es «feliz» como podría ser feliz un niño; hay alguna duda, alguna inestabilidad, algún riesgo para esa felicidad, pero ella no sabe qué es, pues Herman está con ella, o en otra habitación, o en realidad no está en ninguna parte pero hay una intensa *conciencia* de su marido hasta que el sueño se interrumpe, de golpe.

Zahira tarda varios minutos de estupor en darse cuenta de que estaba soñando. La han engañado, se han burlado de ella.

No hay *antes*, solo hay *después*.

Exiliada del *antes*, de toda esperanza de felicidad. Despierta a una angustia sofocante, al conocimiento de que el marido ya no está, el marido ha muerto, el marido no volverá.

¡*Cuántas veces el mismo sueño idéntico! Atrapada en las espirales que aplastaron a Laocoonte*.

Meghan mira a Zahira, que tiene la mirada fija y perdida:

—¡Zahira! Mira por dónde andas.

En el sendero agrietado que lleva a la puerta de los Greb hay un rastrillo que Zahira ha estado a punto de pisar con sus elegantes zapatos de suela de corcho.

Las dos observan: alguien ha estado trabajando en los descuidados parterres, probablemente Hester Greb. Desgreñados arbustos de hortensias, rosas de aspecto anémico, lirios tigre pasados, aplastados y secos. Las malas hierbas han invadido casi todo el ambicioso huerto; solo quedan unas pocas hileras de tomateras, judías verdes y pimientos entre la tierra recién removida y regada.

Meghan se agacha para recoger el rastrillo y lo pone a un lado. Zahira ve unos guantes de jardinero sucios abandonados en la hierba, no los toca.

La casa de los Greb es una casa grande y sólida de ladrillo y estuco, de más de un siglo de antigüedad. Como alguna otra casa antigua de la vecindad del Instituto, ya no está en óptimas condiciones. Sus dueños están jubilados, los hijos hace tiempo que se marcharon. Los Greb ya no tienen el interés de antes por el

mantenimiento de la propiedad, posiblemente no se han dado cuenta de que la maleza se ha abierto paso por las grietas del camino de entrada, que hay pequeños arbolitos creciendo en los canalones, que hace falta cambiar partes del tejado (de pizarra). Zahira asimila todo esto, esta imagen, y se llena de aprensión. *Su* casa no es tan antigua como la casa de los Greb, es una de las varias casas de la zona diseñadas por Michael Graves en los años setenta, calificada de joya arquitectónica, y ahora mantenerla es responsabilidad de la viuda.

—Todos recordamos cuando Ilya insistía en cortar él mismo el césped —dice Meghan—. ¡Y después de haber ganado un Premio Nobel! Ahora parece que nadie lo corta con regularidad.

Zahira se acuerda. Ilya quitaba con una pala la nieve de la entrada, de las aceras. Cuántos años.

Ella lo saludaba con la mano, recuerda. Ilya Greb con un gorro de lana rojo, con un forro polar, vaho envolviéndole el rostro. Saludándola a su vez *a ella*.

Hester Greb les abre la puerta a las dos, parece sorprendida, como si por un momento hubiera olvidado que venían invitados. Una mujer menuda, su cabello es blanco como la espuma, su rostro sencillo y serio muestra unos pliegues de algo parecido al asombro. Cuando Meghan pregunta con inquietud si ocurre algo, Hester ríe:

—Las dos parecéis tan *jóvenes*.

Zahira recuerda que la esposa de Ilya se había dedicado seriamente a la música. En los conciertos de los jueves del Instituto tocaba el clavecín, piezas relucientes y quebradizas de Bach, hace mucho tiempo.

Hester Greb parece atónita ante el aspecto de Zahira, cuyo rostro sereno carece de arrugas si no se mira muy de cerca, y de Meghan, con sus mechas rubias, sus torneadas caderas y la silueta del busto realzada por una blusa de punto.

Hester viste ropa muy informal: camisa arrugada y pantalones de algodón con las rodillas sucias. Tiene las uñas oscuras y rotas, obviamente ha estado trabajando en el jardín.

—No nos hemos equivocado de día, ¿verdad, Hester? ¿O... de hora? —pregunta Meghan, preocupada.

Hester recupera la compostura rápidamente.

—Ah, no. Claro que no. Ilya ha preparado una ensalada, ya sabéis que eso es la especialidad de Ilya.

Hester abraza a las mujeres, a una y después a la otra; se la ve frágil, ha perdido estatura en los últimos años. Zahira contiene la respiración, temerosa de inhalar un olor que repela a sus sensibles fosas nasales, mientras Hester dice en tono de disculpa:

—Si no os importa, Zahira, Meghan, siempre nos quitamos los zapatos aquí.

—Ah. Sí —responde Meghan secamente, molesta.

—Oh..., no hay problema —dice enseguida Zahira.

Le echa una mirada a Meghan, divertida.

¿Lo ves? Al final no hacía falta llevar zapatos elegantes.

Sobre un felpudo junto a la puerta hay pantuflas de papel, junto a los zapatos de los Greb.

Ambas invitadas se ven obligadas a ponerse las pantuflas de papel, cosa que hacen sin mucho entusiasmo. Zahira no puede resistir la tentación de preguntar:

—¿Son estas zapatillas de papel como las que te dan en los hospitales? Espero que no nos vayas a hacer quitar la ropa, Hester, y ponernos esas batas blancas de papel con lazo que se abren por detrás o por delante.

—Oh... oh, no...

Impasible, Hester parece no comprender que el comentario de Zahira pretendía ser gracioso, a no ser que piense (como también piensa Meghan con desaprobación) que es sarcástico.

Hester, parloteando nerviosamente, guía a las mujeres por la planta baja de la inexpresiva y vieja casa hacia la cocina. Tras ella, Zahira arrastra los pies con las zapatillas de papel de una manera que podría calificarse de *irónica*, esperando arrancarle una sonrisa a Meghan.

Un hogar lleno de trastos de la época de los abuelos de Zahira en Dearborn (Michigan). Habitaciones sorprendentemente pequeñas para una casa de este tamaño, techos altos, molduras descoloridas, sofás desgastados y sillones mullidos repletos de cojincitos satinados.

Estanterías repletas, muchos libros dispuestos horizontalmente. En las paredes, cuadros al óleo que parecen pintados por un amateur; en una repisa de chimenea, fotografías familiares enmarcadas. Deprimente, piensa Zahira: ni rastro de que un científico de renombre mundial haya vivido aquí la mayor parte de su vida.

Un olor a pan recién horneado, muy aromático. Pero un olor siniestro por debajo, perciben las fosas nasales de Zahira, algo medicinal, conocido.

Zahira se siente nerviosa, aprensiva. Escucha a medias la cháchara de su anfitriona: Ilya se sometió a su primera cirugía en diciembre,

en Sloan Kettering; tuvo que volver al quirófano en marzo; la segunda cirugía duró siete horas; tardó muchos días en recuperarse de la anestesia; luego estuvo en cama tres semanas, los músculos de las piernas se le atrofiaron y existía riesgo de coágulos de sangre; después *hubo* coágulos de sangre, pero se los trataron con medicación... Un fisioterapeuta viene a casa varias veces por semana, e Ilya ha estado haciendo avances. Por supuesto, siendo Ilya como es, se impacienta, siempre ha odiado sentirse débil.

Puede perdonar a los demás, pero no a sí mismo. Le avergüenza necesitar un andador o una silla de ruedas. Por eso no se ha dejado ver mucho, y tampoco Hester. Es reacio a aparecer en público, la gente sentirá lástima por él, sus amigos, sus ayudantes de laboratorio, Ilya tiene pavor a que la gente sienta lástima por él o se ponga *triste*.

—Pero también os echa a todos de menos. Echa de menos su laboratorio, a todos esos jóvenes, como una familia para él. Han pasado siete años desde que se jubiló, pero... en la vida de un investigador científico, la investigación es el sentido de su vida. Eso sí que no puede reemplazarse.

Hester habla con tono remilgado, como si esperara que sus invitadas objetaran.

—Por supuesto, su familia también es especial para él. Pero a veces no es tan real... como la otra.

—¡Sí! Eso es así.

Meghan asiente tan deprisa que probablemente no estaba escuchando a Hester.

Zahira intenta ignorar el olor predominante. Mezclado con el olor a pan recién horneado, podría llegar a ser nauseabundo.

¿Es... alcohol isopropílico? Un desinfectante de olor penetrante que se usa para esterilizar vías intravenosas, puertos. Hospitales, salas de infusión. Desinfectantes de manos.

Hester les dice a Zahira y Meghan que Ilya está emocionado con su visita y que lleva despierto desde las seis de la mañana. Ha preparado una ensalada verde con tomates y albahaca del huerto de Hester, y su vinagreta italiana especial. Ilya está *casi como antes*, pasa las mañanas en la terraza, tiene su portátil, su móvil. Sus antiguos compañeros siempre consultan con él, le piden consejo...

En una neblina de expectación, Zahira sigue a Hester y a Meghan por una breve rampa de aluminio desde la puerta de la cocina hasta la terraza que da al jardín. Aquí brilla el sol, un alivio tras el letargo del interior de la antigua casa. El corazón de Zahira late como loco, ella se pregunta: ¿*Está aún enamorado de mí*?

Teme que, si ve esa mirada en el rostro de Ilya Greb, esa mirada de urgencia y anhelo que hace años que no ve, en ese instante se volverá débil; sentirá una oleada de emoción tan dolorosa como la sangre que fluye hacia una extremidad congelada.

—¡Ilya! ¡Tus visitas han llegado! —dice Hester alegremente.

Ilya, en silla de ruedas, más pequeño de lo que Zahira recuerda, pero sentado con calma, erguido, entrecierra los ojos en dirección a ellas, sonríe ampliamente, levanta un brazo maculado por la edad a modo de saludo.

El rostro de Ilya no ha envejecido mucho, piensa Zahira, aliviada. Anguloso, simiesco, marcadas arrugas en torno a los ojos, un hombre mayor con cierto atractivo, la verdad. Para un hombre de su edad.

Hester ha elegido para Ilya una camisa blanca de algodón, de corte extrañamente cuadrado, con mangas cortas hasta los codos que parecen hincharse; su mandíbula está recién afeitada, tiene diminutos cortes sangrantes en la parte inferior.

Su rostro parece más alargado, más flaco. Su cabello casi ha desaparecido, solo quedan unos pocos mechones en la (majestuosa) cúpula de la cabeza. Se ha quitado las bifocales, pues no quiere que lo vean con gafas. Sus ojos están húmedos y alerta, entrecerrados y fijos en el rostro de Zahira, saluda con entusiasmo: *Hola*.

Pronuncia el nombre de Zahira como si fuera música: i*Za-hi-ra*!

Más dificultades con el nombre de Meghan: ¿*Maaghem*?

Ilya besa teatralmente las manos de sus dos visitantes, al estilo continental, pero no es un gesto en el aire, sino que realmente besa el dorso de sus manos, primero a Zahira y luego a Meghan, con labios húmedos.

—¡Queridas señoras! ¡Queridas y bellas señoras! Muchísimas gracias por venir.

Los labios de Ilya están curiosamente fríos, gomosos. Pero su actitud es entusiasta. Zahira se pregunta si Hester ayuda a Ilya a afeitarse, como ella ayudaba a Herman, sosteniéndole la mano con ternura. Ve la intensidad con la que Ilya la mira, una vena azul late en su sien.

Zahira Kruk, lustroso cabello oscuro hasta los hombros, esbelta con su hermoso vestido de seda, con ridículas zapatillas de papel en los pies.

Entre Zahira y este anciano en silla de ruedas, un tenue resplandor de su antigua *compenetración* como una luz en la lejanía.

Meghan saca de su enorme bolso una botella de vino blanco que Hester recibe con cierta vacilación, mientras Ilya le agradece efusivamente.

—Ilya está tomando una nueva medicación...

Una expresión de cautela aparece en el rostro con finas arrugas de Hester. Meghan, sin prestarle atención, bromea diciendo que espera que la nueva medicación no sean esteroides.

—Los esteroides me vuelven *loca*.

Hester explica que ahora mismo Ilya no puede tomar vino, e Ilya levanta la voz por encima de ella e insiste en que *claro que puede*.

Zahira interviene, intentando ser de ayuda:

—Algunos medicamentos no son compatibles con el alcohol, ya sabes.

De forma incomprensible, Meghan se ríe. Como burlándose de Zahira, dice:

—Oh. No me diga, doctora.

Meghan, bruscamente, le quita la botella de vino a Hester y dice que la va a poner en la nevera. Zahira se pregunta si Meghan se ha dado cuenta de su error y se lleva el vino para que Ilya se olvide de él.

Pero Ilya tiene expresión hosca y mira con furia a Hester.

Cuando Meghan regresa del interior de la casa viene riendo a carcajadas, con sus zapatos y los de Zahira en las manos.

—Ya que estamos fuera, Hester, ¡seguro que podemos ponernos los zapatos! Espero que no te importe.

Hester mira a Meghan con rostro inexpresivo, como una madre miraría a un hijo revoltoso, y luego esboza apenas una sonrisa como diciendo: «Por supuesto».

Pasan los minutos entre un aluvión de conversaciones. Hablan del Instituto, de un nuevo director interino del que Ilya «no tiene nada bueno que decir»; hablan del tiempo, de lo difícil que es encontrar un manitas de confianza en Millstone. ¡Y carpinteros! ¡Y fontaneros!

Zahira, aliviada de haber recuperado sus zapatos, escucha solo a medias. Lleva zapatos abiertos; se ha pintado las uñas de los pies de magenta, a juego con su pintalabios y con las uñas de las manos.

¡Qué farsa! ¡Pintalabios! ¡Esmalte de uñas! La primera vez en seis, ocho meses.

En su habitación del piso de arriba, pintalabios en mano, mirándose incrédula en el espejo. *Estás de broma*.

Mientras las otras dos mujeres charlan, Zahira se pone los zapatos. Elegantes zapatos de suela de corcho con tiras negras cruzadas, pies blancos y esbeltos. Consciente de que Ilya la observa.

No tiene ganas de ver los pies y las piernas atrofiadas del pobre Ilya, gracias a Dios ocultas por la mesa de cristal a la que han acercado la silla de ruedas.

Hester ha instado a sus invitadas a sentarse a la mesa, puesta para almorzar con servilletas de tela cuidadosamente dobladas junto a coloridos platos de cerámica. Sobre la mesa hay una jarra de té helado. Pan recién horneado, pan de plátano. Con voz zalamera, Ilya pide que traigan el vino a la mesa. Hester finge que no lo oye.

Aún más cháchara sobre tareas del hogar. Se diría que el tema podría prestarse a anécdotas divertidas, pero Hester parece gravemente estresada. Meghan inclina la cabeza hacia la mujer de mayor edad, como si escuchara atentamente. ¡El inodoro del baño de abajo! Después de tirar de la cadena, sigue haciendo un sonido como de un hilillo de agua que gotea sin parar, todo el día y toda la

noche, y toda esa agua desperdiciándose, Hester está desesperada por encontrar un fontanero que le eche un vistazo, y al oír esto Meghan se pone en pie de golpe, *ella* le echará un vistazo al inodoro, quizá pueda arreglarlo; entra de nuevo en la casa con Hester muy cerca de ella a su espalda, protestando débilmente.

Zahira se queda a solas con Ilya en la mesa. Por un momento, ninguno de los dos sabe qué decir.

Zahira se pregunta si Ilya recuerda que su marido ha muerto. Herman Kruk, al que él conocía bien.

Zahira, con ademán de esposa, sirve té helado en el vaso de Ilya. Él le da las gracias, pero vuelve al tema del vino blanco.

—Como a un niño me trata. Como a un zángano.

Zángano no es una palabra que Zahira habría esperado oír. Ilya tiene más cosas que decir, tiene ganas de quejarse, está claramente descontento con su esposa, con la forma en que lo trata, como si le pusiera una correa al cuello. Pero le tiene preparada una sorpresa, Ilya ríe en voz baja. Quizá hoy mismo.

—Hoy es un día especial. ¿Sabes?

—Ah, ¿sí?

Zahira está mareada, siente unas leves náuseas. El aliento de Ilya tiene un olor rancio, metálico-cúprico, fétido. Zahira reconoce el olor: quimioterapia. Inconfundible.

Hester, la esposa, ha dejado de notarlo. No hay remedio, dejas de notarlo. Tu sentido del olfato queda adormecido. Duermes con él, lo sostienes en tus brazos.

Ilya le hace un cumplido a Zahira por el collar de medallones griegos. Con tono grave, Ilya le agradece que lo lleve puesto, como si fuera (piensa Zahira) un collar que él le regaló hace tiempo, o

como si imaginara que se lo regaló; en realidad es un regalo que le hizo hace mucho tiempo Herman, cuando viajaron por las islas griegas poco después de casarse.

—Te sienta bien. Sí..., *gracias*.

Meghan y Hester regresan triunfalmente a la mesa llevando cuencos y bandejas de comida. Meghan resplandece. Hester está maravillada con ella: en unos segundos Meghan ha reparado el inodoro goteante que llevaba días molestando a los Greb y que ni siquiera el premio Nobel Ilya Greb había podido arreglar. Solo hay que levantar la tapa en la parte trasera, dice Meghan, es muy fácil ajustar el tapón de goma, que no estaba bien cerrado sobre el desagüe; no tiene misterio, y no hace falta pagar a un fontanero.

Hester le da las gracias a Meghan efusivamente. Está muy impresionada con Meghan.

Así de fácil, dice Hester con los ojos muy abiertos. Como por arte de magia, el goteo *ha parado*.

¿Sabían todos que en Millstone un fontanero cobra ciento setenta y cinco dólares solo por la visita, repare la avería o no?

Zahira le dedica a Meghan una sonrisa ladeada. Orgullosa de su descarada amiga en momentos como estos.

No siempre quieres a Edith Piaf, a veces quieres a Ethel Merman. Necesitas a Ethel Merman.

Ethel sirve el almuerzo con ayuda de Meghan. Zahira hace un gesto débil para ayudar, pero Hester insiste en que no se necesita más ayuda.

Sopa fría de pepino con eneldo fresco y yogur griego. Pan recién horneado. Una ensalada de hojas verdes frescas, lechuga romana, rúcula, tomates del huerto de Hester, albahaca, algo masticable,

pegajoso, como higos. La vinagreta (secreta) de Ilya, aceite de oliva virgen extra, vinagre de vino, hierbas (albahaca, mostaza), sal marina, pimienta de Sichuan. Zahira agradece la sopa fría, su mera insipidez le resulta reconfortante. La ensalada de Ilya también está buena, aunque es picante. Intenta no toser, con pedacitos de pimienta de Sichuan mal molida en la garganta.

A Herman siempre le gustó la pimienta. Pimienta recién molida. Indiferente al ataque de tos que le arranca lágrimas a Zahira.

La conversación ha derivado hacia el huerto de Hester, que, según deduce Zahira con hastío, es una de las pasiones de su vida, pero una «terrible decepción» este año. De las varias tomateras, solo una ha prosperado, después de que a Hester no le quedara otro remedio que quitarle los pulgones uno por uno. La lechuga roja, plantada a principios de primavera, pronto quedó devastada por el sol. Todas estas verduras —excepto la albahaca— son del mercado de Millstone. Los pimientos verdes de Hester no han prosperado, las judías verdes están en mal estado. Demasiado calor, demasiadas babosas, escarabajos japoneses, conejos, una marmota residente; demasiada lluvia, demasiado poca lluvia. ¡Antes Hester cultivaba espárragos en su huerto!..., pero ya no, se ha dado por vencida.

A Hester casi se le escapa un sollozo. Zahira se anima a decir que entonces Hester quizá tenga que comprar casi todas las verduras en el mercado de Millstone como todo el mundo, un comentario desenfadado, piensa, sin intención de ser sarcástico, pero Hester dice, con tono sombrío:

—Sí. Y con lo cara que está la verdura.

Meghan le lanza a Zahira una mirada divertida/de advertencia: ¡*Pero chica! Nada de ironía, por favor*.

Para involucrar a Ilya en la conversación, Meghan le dice con tono de coquetería que él es biólogo, que él entiende que las «plagas del jardín» tienen que comer como todo el mundo, que cada tipo de «parásito» y de «depredador» tiene su sitio en «el gran esquema de las cosas» —¿verdad?—, pero Ilya solo hace una mueca, no va a dejar que le siga la corriente ni siquiera una atractiva mujer más joven con mechas rubias y un busto exuberante.

Zahira ha estado pensando en aquella pintura de Picasso: *Pesca nocturna en Antibes*. Mientras Hester la guiaba por la casa de los Greb, miraba a su alrededor esperando ver algo sin saber qué era, y ahora se da cuenta de que era el cuadro, aquella lámina enmarcada en el despacho de Ilya, en la que no pensaba desde hacía años; aunque posiblemente en el Bosque del Instituto de noche, mirando el oscuro arroyo ondulante bajo el puente, un vago recuerdo de la *pesca nocturna* había acudido a ella, no del todo dentro de su campo de visión.

¡*Pesca nocturna*! Agarrándose fuerte a la barandilla de cuerda.

Zahira pregunta con naturalidad si la lámina, *Pesca nocturna en Antibes*, la pintura de Picasso, está aún en el despacho de Ilya del Instituto..., a pesar de que mientras lo dice cae en la cuenta de que, por supuesto, Ilya se ha jubilado y ya no tiene despacho en el Instituto.

Ilya se inclina hacia Zahira como si le costase oír lo que dice. Mira fijamente los labios móviles de Zahira.

Hester dice:

—¡El póster aquel tan feo! Hice que Ilya lo tirara cuando trasladó su despacho a casa.

—Es una reproducción de un cuadro, una lámina..., una lámina de alta calidad del MoMA. No es un póster.

Zahira habla con cuidado y cortesía. No quiere ser grosera con la filistea esposa de Ilya Greb en su propia casa.

—Odio a Picasso. Esos centauros lujuriosos...

—Sátiros...

—¡Lo odio!

El cabello blanco y espumoso de Hester parece una crisálida que tiembla de indignación en torno a su carita arrugada.

Meghan mira a Zahira, desconcertada, perpleja. No tiene ni idea del porqué de este súbito arrebato, ¿qué demonios ha dicho Zahira para provocarlo?

Zahira le dice por señas a Meghan que *ella* no tiene ni idea.

Ilya parece confuso, no ha oído bien la pregunta de Zahira, pero no quiere pedirle que la repita.

Hester ha advertido a sus invitadas que Ilya se cansa fácilmente, que se ha levantado a las seis de la mañana emocionado por verlas, hoy necesitará echar la siesta temprano, así que quizás —(piensan ambas mujeres)— deberían prepararse para irse.

Pero Ilya parece lleno de energía. No quiere que sus atractivas y (más) jóvenes invitadas se marchen aún.

Ilya ha apartado su tazón de sopa fría de pepino, solo ha dado un bocado o dos a una rebanada de pan de plátano. Se ha comido la mayoría de la ensalada que ha preparado. El té helado parece que lo ha reanimado, saca el tema del nuevo nombramiento en el Instituto para la Cátedra Greb (bautizada en su honor); les dice que él no ha tenido nada que ver con la elección de esa persona y que está profundamente disgustado, al igual que (al parecer) está

profundamente disgustado por la reciente elección a la Academia Nacional de Ciencias de varios biólogos cuyo trabajo está «sobrevalorado».

—Demasiada «diversidad». Pero no suficiente «mérito».

Zahira murmura algo vago en respuesta. Le dice a Ilya que está segura de que Herman pensaría lo mismo.

Meghan dice, con un tono más áspero y coqueto:

—¡En fin! El Instituto tardó treinta y dos años desde su fundación en nombrar a su primera investigadora, y tuvo que ser la persona más brillante en su campo.

—Todo eso fue una exageración —dice Hester—, por favor, no me lo recuerdes...

—Una especialista en estudios bíblicos, ¿no? No recuerdo su nombre...

—¡Ilya no era de esa generación! Ilya no tenía nada que ver con nombramientos, nunca lo tuvo.

—Es verdad, ya lo sé. Lo sé, Ilya.

Meghan, al ver que Ilya parece inquieto, le cede enseguida la palabra.

Sentado en su silla de ruedas, muy erguido, Ilya les dice que especular sobre el pasado, como hace la gente continuamente, como han hecho ellas, es algo así como *viajar en el tiempo*.

—Y *viajar en el tiempo* es ciencia de pacotilla.

Zahira sabe que si hay una sola cosa que no se debe discutir con un científico es la idea de *viajar en el tiempo*; sin embargo, Meghan se esfuerza por hacer hablar a Ilya sobre el tema, haciendo el tipo de preguntas que una alumna brillante de secundaria haría para impresionar a su profesor.

Ilya, normalmente tan educado, interrumpe a Meghan para hablar de Einstein, de su famosa afirmación, de su afirmación sin sentido de que *el tiempo no existe*; cuando Einstein sin duda sabía que, *en realidad, solo existe el tiempo: el reloj de arena que corre en una sola dirección*.

Animado, Ilya dice:

—Cambiaríamos todos los premios por la cosa más sencilla: más años en el laboratorio. Si pudiéramos volver a quienes éramos de jóvenes. Si pudiéramos volver al principio. Cuando trabajábamos tan duro que nada más importaba: el trabajo; cuando llegan los premios, ya es demasiado tarde.

Zahira se siente algo dolida, marginada; parece que Ilya Greb ha olvidado que está enamorado de ella, o que alguna vez lo estuvo. Es de *trabajar duro* de lo que habla con nostalgia.

Si alguna vez cambias de opinión, aquí estoy.

Hester lleva un rato recogiendo la mesa, en apariencia sin escuchar. O quizás Hester ya ha oído este lamento otras veces y no tiene intención de tomárselo en serio.

Meghan se levanta de golpe para ayudar a Hester, abandonando de manera imperdonable a Zahira, que teme quedarse a solas con Ilya Greb.

—Aquí hay un secreto —dice Ilya, inclinándose hacia adelante con aire conspirador, clavando en Zahira su mirada miope y húmeda—... que *ella* se niega a respetar.

—¿Qué... secreto es ese, Ilya?

—Un secreto a voces.

Ilya abre las manos, extiende las palmas frente a él; ambas manos están temblando.

—Lo que de verdad... de verdad... quiero es morir.

Zahira no está segura de haber oído bien. Tiene una sonrisa estúpida en la cara.

—Podrías ayudarme, ¿sabes? Hoy mismo. —Le agarra la mano—. Querida Za-hi-ra.

Por suerte, Hester y Meghan regresan con un bol de fruta fresca —(piña, fresas, plátanos, kiwi)—, cuencos pequeños, tenedores y cucharas. El fuerte olor ácido de la piña hace que las fosas nasales de Zahira se contraigan. Mientras las otras dos mujeres charlan animadamente, Zahira retira deprisa la mano de la de Ilya. Le envía una señal a Meghan de que tiene una gran urgencia por irse cuanto antes, pero Meghan, que sonríe alegremente, no parece darse cuenta.

Ilya ha pegado su silla de ruedas lo más cerca posible de la mesa de cristal. Enseña los dientes en una sonrisa desprovista de alegría, parece Buster Keaton en una pantomima de angustia silenciosa.

—Mi secreto es..., porque sé que a ustedes, señoras, les gusta sonsacar secretos entre sus amigas..., que de verdad *de verdad* quiero morir, y *ella no me lo permite*.

Hester ríe, sobresaltada. Su boca se mueve convulsivamente.

—Ah..., ya estamos con lo mismo. ¿Qué te ha estado contando?

Hester ignora a Ilya mientras se apresura a servir ensalada de frutas en cuencos. Meghan le sujeta el bol grande, Zahira mira fijamente sus ágiles manos. Una cuchara grande y hermosa de plata grabada, un poco deslustrada, de una vajilla antigua.

Hester pregunta si Ilya se ha estado quejando de que sus hijos no vienen de visita, ni los nietos.

—¿Cómo se los podría culpar si él los critica, si les pone exámenes? ¿Qué le puede importar a nadie si los nietos no tienen ni idea de cuántos «años luz» hay hasta el sol, o de cuántos miles de millones de años tiene la Tierra, o billones de años la galaxia, o de qué *es* la galaxia?

Ilya dice que esa *no es* la cuestión.

Ilya le dice a Hester que por qué no vuelve a la cocina y enjuaga los malditos platos, que es lo único que quiere hacer, meterlos en el lavavajillas, limpiar el desorden, eso es lo que de verdad quiere hacer. Está hablando en serio.

—¿En serio? ¿*Tú*?

Ilya se ríe. Sentado erguido en su silla de ruedas. Le tiembla la cabeza de forma apenas perceptible, puede verse un temblor en su cuello.

—¡Sí! Porque de verdad *de verdad* quiero acabar de una vez con esta farsa y *de verdad* quiero algo más que un público de mujeres boquiabiertas, quiero *participantes*.

Ilya habla casi con alegría, como si esperara que su pequeño público fuera a reír en apreciación de su humor como tantas veces en el pasado; un humor extravagante y seco, de cine mudo, que recuerda la Europa del Este de entreguerras.

Hester dice, con un nudo en la garganta como una bisagra que cruje:

—No eres gracioso, Ilya.

E Ilya dice, guiñándoles un ojo a las atónitas invitadas:

—No..., ¿y tú sí? —alzando las cejas como Buster Keaton.

—Dices cosas muy odiosas. ¿Cómo puedes decir esas cosas tan odiosas delante de las visitas? No es propio de ti, Ilya —dice Hester

con mayor urgencia, empezando a llorar—, dices cosas muy hirientes y que en realidad no sientes.

Ilya responde con voz alegre y traviesa:

—Si no las siento, ¿qué daño hay en decirlas? La que no tiene gracia eres *tú*.

Resulta tan chocante que Ilya Greb, precisamente él, esté humillando a su esposa-cuidadora, que Zahira intenta tocar el brazo de Hester para consolarla; pero Hester aparta la mano de Zahira:

—¡*Tú*! ¡Atreverte a venir precisamente aquí!

Como si Zahira tuviera la culpa del extraño comportamiento de Ilya y no estuviera tan alterada como la propia Hester.

—¡Señoras! No es casualidad que os haya invitado. Es la víspera de mi cumpleaños, mi septuagésimo noveno. Os he invitado con un propósito. No quiero morir solo, es algo muy solitario morir solo, pero un ritual, una ceremonia, una bendición, es un consuelo, así que, señoras, bellas señoras, os he envenenado a todas... *nos* he envenenado a todos.

Mientras las mujeres escuchan sin habla, Ilya continúa con entusiasmo, temblando en su silla de ruedas como si fuera a saltar de ella, explicando que ha preparado la ensalada con especial cuidado, mezclando en la vinagreta varios *Gastropoda* infectados con el parásito *Angiostrongylus*, batidos en la licuadora.

—Un parásito mortal. No tiene cura.

¿Qué es *Gastropoda*? Babosa común de jardín. ¿*Angiostrongiliasis*? Infección parasitaria del cerebro.

—¿No empezáis ya a sentir una extraña sensación de... ingravidez? Las neuronas se están rompiendo como burbujas. Zahira, querida..., tú lo sientes, ¿verdad?

Las mujeres están aún atónitas, no saben si Ilya está bromeando o si habla en serio; o si, aunque cree hablar en serio, se equivoca. Hester sujeta las gesticulantes manos de Ilya para que se queden quietas. Zahira se siente débil, enferma; Meghan tiene la mandíbula desencajada.

—Pero, Ilya, ¿por qué...? Pero ¿qué dices?

—¿No me estabais escuchando? ¿Por qué me miráis con la boca abierta?

Zahira intenta levantarse, se siente débil, presa del pánico. La verdad es que siente como si su cerebro se estuviera hinchando, como si estuviera a punto de estallar. La presión de la materia cerebral contra el duro cráneo le recuerda un episodio espantoso de su juventud: el mal de altura en Ecuador, en la ciudad de Quito, a más de dos mil setecientos metros de altitud, cómo de pronto la derribó un violento dolor de cabeza, lo alarmado que estaba Herman, pero también *irritado*, pues había planeado para ambos un viaje más en el interior de los Andes para visitar las ruinas incas de Machu Picchu, y en cambio a Zahira tuvieron que trasladarla en helicóptero a la costa.

Meghan, que tiene un aspecto muy pálido, dice tartamudeando que los puede llevar a todos a urgencias, que tienen que hacerles un lavado de estómago...

Pero Ilya está dando saltitos en su silla de ruedas, riendo como un niño. *Está riéndose*; evidentemente todo es una broma.

—No habla en serio —grita Hester—, está intentando aterrorizaros. Hace estas cosas. Él... él ha empezado a hacerlas...

Ilya se pone un dedo a un lado de la nariz como un sabio.

—¡Señoras! Pues claro que estoy de broma. ¿Es que no sabéis encajar una broma? Creía que estabais *liberadas*.

Zahira se tambalea por las náuseas. Está a punto de tener una arcada, de vomitar. Consigue ponerse de pie, tira de Meghan.

¡Hay que irse! ¡Hay que escapar! Ya están afuera, llevan puestos los zapatos, gracias a Dios. Solo tienen que salir de la terraza, rodear la casa, a través de la hierba crecida, hasta el coche de Meghan, que está aparcado junto a la acera.

Hester grita frenéticamente tras ellas, Ilya *solo está bromeando*.

Cogidas de la mano como colegialas asustadas, las dos mujeres corren. Oyendo tras ellas un débil grito de arrepentimiento: ¡*Señoras! ¡Bellas señoras! ¿Es que no sabéis encajar una broma...*?

En el coche de Meghan, Hester las alcanza, sin aliento, suplicando:

—¡Por favor! Lo siento mucho. Ilya no tiene mala intención..., claro que no. Es esa nueva medicación, un esteroide para controlar la fibrilación, pero lo pone peor. No puede dormir, es como si soñara mientras está despierto, ve cosas que no están ahí, gasta estas bromas terribles...

Efusivamente, Meghan y Zahira le aseguran a la angustiada mujer que por supuesto la entienden, que es obvio que Ilya no es el de siempre. Hester les ruega que no se lo cuenten a nadie y ellas lo prometen, por supuesto que no se lo contarán a nadie, siempre han querido a Ilya, todo el mundo quiere a Ilya, esto no es asunto de nadie, Ilya se pondrá bien.

Hester les suplica que vuelvan a la casa, que por favor entren, pero tanto Zahira como Meghan se estremecen ante la idea, ¡gracias pero no! Hester se abraza a ellas, primero a una y luego a la otra. Una mujer bajita pero *fuerte*, las aprieta con fuerza. A Zahira le

parece que Hester se ha encogido en esta última hora, es del tamaño de una niña, con clavículas protuberantes, con protuberantes huesos de las muñecas.

—Por favor..., volved solo cinco minutos para despediros. Ilya quiere disculparse...

—No, de verdad..., tenemos que irnos. Gracias, Hester...

—¡... Adiós!

En el coche de Meghan escapan desesperadamente sin mirar atrás a la pobre Hester Greb, que se queda de pie desolada en el camino.

A una manzana de distancia, Meghan frena bruscamente. ¡No puede conducir de los nervios! A su lado Zahira se ahoga de la risa, no una risa normal sino muy aguda, como el ladrido de un perro pequeño; se queda sin aliento. Meghan sacude a Zahira con fuerza:

—¡Zahira! ¡Para! ¡Estás histérica!

Pero empieza a reírse ella misma, un ataque de risa demencial, como dos borrachas agarrándose una a la otra a plena vista de cualquiera que pase por Feynman Drive.

No pueden irse a casa todavía. Cuando se les pasa el ataque, Zahira le pide a Meghan que conduzca hasta el vivero de Hart, donde eligen plantones, jóvenes matas de lilas y glicinias, rosales, bandejas de cóleos, petunias, zinnias, begonias y dalias para que se los lleven a domicilio y puedan plantarlos alrededor de sus casas. Zahira insiste en pagar la cuenta. Zahira no quiere ni oír hablar de dividir la cuenta con Meghan.

Sea cuando sea el cumpleaños de Meghan, dice Zahira, este es su regalo para Meghan, tiene que hacérselo este mismo día.

Agradecimientos

Quiero expresar mi agradecimiento a los editores de las publicaciones en las que estos relatos aparecieron originalmente, en ocasiones en versiones ligeramente distintas.

«El frenesí» se publicó por primera vez en *The New Yorker*.

«El miedo» se publicó por primera vez en *Michigan Quarterly Review*.

«El accidente de bicicleta» se publicó por primera vez en *NewYorker.com*.

«La llamada» se publicó por primera vez en *Fiction*.

«El regreso» se publicó por primera vez en *Harper's Magazine*.

«Las secuoyas» se publicó por primera vez en *American Short Fiction*.

«Venas pequeñas» se publicó por primera vez en *Fictionable*.

«Refugio» se publicó por primera vez en *Zyzzyva*.

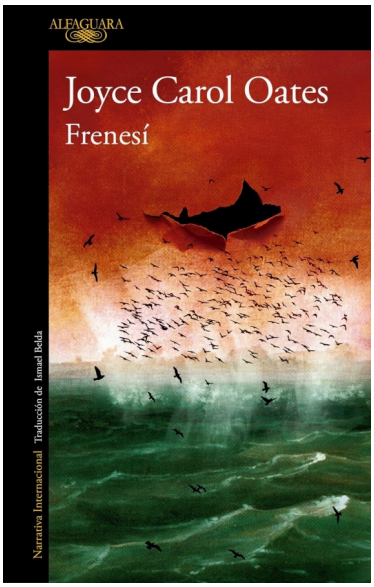
Una colección de relatos sobre el instante exacto que puede cambiarlo todo.

JOYCE CAROL OATES EN ESTADO PURO

Por la ganadora del National Book Award, del PEN, del Prix Femina Étranger, del Premio Pepe Carvalho, candidata al Premio Nobel y cinco veces finalista del Premio Pulitzer

«Una introspección mordaz».
Il Corriere della Sera

«Inquietante magistralmente orquestada, intensa y despiadada».
Vogue, elegido Libro del año



En esta apasionante colección de relatos de suspense psicológico, Joyce Carol Oates, auténtica leyenda del género y finalista del Premio Pulitzer en cinco ocasiones vuelve sobre algunos de sus temas distintivos, como los peligros de una juventud desprotegida, el difícil comienzo de la edad adulta y la dolorosa belleza de la amistad femenina. Así, una joven se venga de un amante muchos años mayor; un extraño accidente de bicicleta persigue a una familia durante décadas; una niña, celosa de su prima perfecta, descubre que acaso ella sea la afortunada; o una viuda espera en su casa rural el regreso de su difunto marido.

Con su célebre inteligencia analítica, Oates disecciona en una prosa deslumbrante nuestros miedos más profundos y evoca la vida de sus personajes en sus momentos de mayor peligro, cuando el destino y el libre albedrío se cruzan, y un encuentro aciago o una mala elección pueden marcar la diferencia entre un día cualquiera y un camino sin retorno.

La crítica ha dicho:

«Sin duda de las mejores escritoras vivas de Estados Unidos».
The New York Times Magazine

«Una escritora de igual o mayor talento y profundidad que Norman Mailer, John Updike, Gore Vidal o Saul Bellow».
Javier Martínez de Pisón, *El País*

Joyce Carol Oates nació en Lockport, Nueva York, en 1938 y es una de las grandes figuras de la literatura contemporánea estadounidense. Es autora de más de medio centenar de novelas, más de cuatrocientos relatos breves, más de veinte libros de no ficción, doce libros de poesía y diez obras de teatro, publicadas en sus más de seis décadas de trabajo. Ha sido galardonada con numerosos premios, incluidos el National Book Award, el PEN/Malamud Award, el Prix Femina étranger y, en España, el Premio BBK Ja! Bilbao por el «modernísimo humor negro de su obra» y el Premio Pepe Carvalho 2021. En 2010 recibió la Medalla Nacional de Humanidades, el más alto galardón civil del Gobierno estadounidense en el campo de las humanidades, y, en 2012, el Premio Stone de la Oregon State University por su carrera literaria. Entre sus obras destacan *Qué fue de los Mulvaney*, *La hija del sepulturero*, *Niágara*, *A media luz*,*Mamá*, *Ave del paraíso*, *Memorias de una viuda*, *Blonde* (finalista del Premio Pulitzer), *Hermana mía, mi amor* (Grand Prix de l'Héroïne Madame Figaro), *Rey de Picas*. Una novela de suspense (uno de los mejores libros del año según *El Cultural de El Mundo*), *Un libro de mártires americanos*, *Riesgos de los viajes en el tiempo*,*Delatora*, *Babysitter*, *Noche*. *Sueño*. *Muerte*. *Las estrellas*, *Carnicero* (mejor novela del año 2024 según *El Mundo*) y *El señor Fox*, su última e impresionante novela.



Título original: *The Frenzy*

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Joyce Carol Oates
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2026, Ismael Belda Sanchís, por la traducción

© Diseño de Alfaguara: Penguin Random House Grupo Editorial, inspirado en un diseño original de Enric Satué

Imagen de la cubierta: Adaptación de la cubierta original de Hogarth (Kate Sinclair/Donna Cheng). Thomas Birch, Mouth of the Delaware, 1828 (óleo); Getty Images (pájaros y rotura).

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

En caso de necesidad, contacte con:
seguridadproductos@penguinrandomhouse.com

ISBN: 979-13-88364-24-2

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: AlfaguaraES
X: @AlfaguaraES
Instagram: @AlfaguaraES
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Frenesí

Parte 1

- El frenesí
- El miedo
- El accidente de bicicleta

Parte 2

- La llamada
- El regreso
- Las secuoyas

Parte 3

- Venas pequeñas
- Refugio
- Pesca nocturna en Antibes
- Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Joyce Carol Oates

Créditos

Índice de contenido

1. Frenesí
2. Parte 1
    1. El frenesí
    2. El miedo
    3. El accidente de bicicleta
3. Parte 2
    1. La llamada
    2. El regreso
    3. Las secuoyas
4. Parte 3
    1. Venas pequeñas
    2. Refugio
    3. Pesca nocturna en Antibes
    4. Agradecimientos
5. Sobre este libro
6. Sobre Joyce Carol Oates
7. Créditos